

MANUEL SCORZA

GARABOMBO, EL INVISIBLE

NOVELA



Plaza & Janés Literaria

Manuel Scorza



FOTO: F. BEDMAR

Nacido en Lima, 1928, y fallecido en accidente de aviación ocurrido en Madrid en 1983, Manuel Scorza se haría mundialmente famoso con su primera novela: «Redoble por Rancas». Esta obra, aparecida en 1970, es la primera de un ciclo épico compuesto, además, por «Garabombo, el invisible» (1972), «El Jinete Insomne» (1976), «Cantar de Agapito Robles» (1976), y «La Tumba del Relámpago» (1978). Todas ellas constituyen la pentalogía que Scorza denominó «La Guerra Silenciosa», conjunto de libros que serían traducidos a muchísimos idiomas.

A principios de 1983, Manuel Scorza publica la primera obra de un nuevo ciclo, el que habría de titularse «El Fuego y la Ceniza». Esta obra era la novela «La Danza Inmóvil», que por vez primera aparecía en esta misma colección, y que trataba de problemas lo mismo personales que colectivos en el ámbito de las guerras revolucionarias de Hispanoamérica.

Por otra parte, Manuel Scorza también se había dado a conocer brillantemente como poeta. Con la desaparición de este escritor, se pierde a uno de los más grandes narradores actuales en el ámbito de las letras en lengua castellana.

PLAZA & JANES / LITERARIA



WITHDRAWN

No longer the property of the
Boston Public Library.
Sale of this material benefits the Library.



GARABOMBO, EL INVISIBLE

Manuel Scorza



PLAZA & JANES, S.A.
Editores

DUDLEY BRANCH LIBRARY
61 WARREN STREET
ROXBURY, MA 02119
617-442-6186

SPANISH

P.B.

Portada de

JORDI SANCHEZ

CR 16-4-85

Primera edición: Marzo, 1984

© 1977, 1984, Herederos de Manuel Scorza
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-38026-X — Depósito Legal: B. 10.764 - 1984

(ISBN: 84-85321-04-9. Monte Avila Editores, C. A., Caracas. Ed. original.)

NOTICIA

*A Mañuco y a Ana María,
para que leyendo esta historia
comprendan que el mejor trabajo
es el trabajo que hacemos por los demás.*

NOTICIA

Este libro es también un capítulo de la Guerra Callada que opone, desde hace siglos, a la sociedad criolla del Perú y a los sobrevivientes de las grandes culturas precolombinas. Cientos de miles de hombres —muchísimos más que todos los muertos de nuestras inglorias guerras «oficiales»— han caído librando esta lucha desesperada. Los historiadores casi no consignan la atrocidad ni la grandeza de este desigual combate que, por enésima vez, ensangrentó las cordilleras de Pasco en 1962.

Dieciocho meses después de la masacre de Rancas, la comunidad de Yanahuanca, comandada por Fermín Espinoza, Garabombo, invadió y recuperó los casi inabarcables territorios de las haciendas Uchumarca, Chinche y Pacoyán. ¡Era el amanecer de la gran epopeya andina que concluiría con el feudalismo en el centro de Perú!

M. S.

1. DEL LUGAR Y LA HORA EN QUE LOS INCRÉDULOS CHINCHINOS COMPROBARON QUE GARABOMBO ERA TRANSPARENTE

Entonces todos comprobaron que Garabombo era verdaderamente invisible. Antiguo, majestuoso, interminable, Garabombo avanzó hacia la Guardia de Asalto que bloqueaba la Plaza de Armas de Yanahuanca. Sólo perros nerviosos habitaban la friolenta soledad. Veinte guardias, con los capotes levantados contra el cierzo, defendían la bajada al río Chaupihuranga. El sol de las cinco fulgía sobre los cascos. Sin amedrentarse, Garabombo enfiló hacia los centinelas. En la esquina la angustia devastó a los chinchinos. ¿Lo veían o no lo veían? Despreciando un fusil ametrallador montado sobre un trípode de combate, Garabombo progresó hacia el pelotón acumulado delante del Puesto (porque los ineptos guardias civiles sólo servían para darle agua a los caballos de las Tropas Especiales); atravesó la calle. ¿Lo veían o no lo veían? El mismo Melecio Cuéllar, su cuñado, se hundió las uñas en las palmas sudorosas. ¿Garabombo ingresaría y saldría indemne del Puesto o los centinelas ignoraban su insolencia únicamente para justificar la descarga? Hasta Amalia Cuéllar, su mujer —que más que nadie carecía de motivos para desconfiar— se tapó la boca con su pañolón azul. «Está subiendo la vereda», describió, sin necesidad, Amador, el Sonriente. ¿Lo miraban o no lo miraban? ¿Garabombo pisaba la puerta del Puesto o la de su muerte? Uno de los

centinelas levantó la metralleta. La multitud gimió. Siempre escultórico, Garabombo se detuvo. Por la puerta emergió el abrigo verde, la cara pecosa del comandante Bodenaco. Garabombo se pegó contra la pared. Con intolerable lentitud Guillermo, el Carnicero, extrajo una cajetilla y encendió un cigarrillo. El humo brilló contra el ocaso. Siempre arrimado contra la pared, ingresó. Los chinchinos esperaron el balazo ineluctable. En la plaza un oficial se cuadró delante del comandante Bodenaco. «Está dando parte», susurró Víctor de la Rosa, ex sargento de infantería. Le contestó un plural gemido. ¡Ahora Garabombo saludaba —con una insolentísima sonrisa— desde una de las ventanas del Puesto! «Apresúrate, grandísimo cabrón», gruñó Corasma.

—No lo ven —sonrió Amador Cayetano, el presidente de la comunidad—. ¡Es invisible!

—Hace siete años que es invisible —susurró Melecio Cuéllar.

¡Nadie lo veía! Protegido por su carne transparente, antes del anochecer, Garabombo se apoderaría de los planes secretos de la Guardia de Asalto. Esa misma noche la comunidad conocería las instrucciones de la 21ª Comandancia, los puntos donde se preparaba el ataque alevoso, los secretos de la «Operación Desalojo», los nombres de los confidentes que ensuciaban la tierra de Yanahuanca. Amador Cayetano inició la carcajada. ¿De qué le servía al infeliz Ministro de Gobierno Elías Aparicio telegrafiar órdenes cifradas?

—Padre nuestro que estás en los cielos, haz que a Garabombo no lo miren —rezó Sulpicia.

—No seas tonta, Sulpicia —exclamó Melecio Cuéllar—. ¡No lo ven! Garabombo puede comer y dormir a su gusto. Y si quiere orinará sobre los guardias. ¡Creerán que está lloviendo!

—Más bien pensarán que ha pasado un zorrino —gruñó Corasma.

—Está bajando la escalera —susurró Oswaldo Guzmán.

Se congelaron mientras reptaba el tiempo que Garabombo empleó para emerger, de nuevo, en la puerta. Por fin salió del Puesto. En la orilla de la plaza se detuvo, miró a los chinchinos y soberbiamente se sopesó los testículos. Era va-

lentísimo pero jactancioso. El muriente sol pulió su rostro huesudo, los gruesos labios, el bigote pobre, su pelo de escobillón.

El mismo Corasma no consiguió prohibirse un escalofrío de admiración destituido por la angustia. ¡Por la misma vareda avanzaba un pelotón que acababa de ser relevado en el puente ahora custodiado día y noche! Garabombo se fijó contra la pila. Los guardias cruzaron sin verlo; desdeñando un guardia retrasado Garabombo caminó hacia donde boqueaba el sol.

¡Una alegría sin fronteras los invadió! ¡Garabombo era verdaderamente invisible! ¡Garabombo era transparente! ¡Ningún centinela percibiría sus movimientos de cristal! El rigurosísimo estado de sitio implantado en Cerro de Pasco era inútil. La represión fracasaría. En vano los destacamentos clausuraban los caminos; en vano el ejército había establecido un nuevo cuartel cuyas visibles ametralladoras amedrentaban el desfiladero de Huariaca, a más de cuatro mil metros de altura. Hacía meses que nadie circulaba sin salvoconducto. ¡Nadie salvo los invisibles! Porque ¿quién controlaría a un hombre transparente? Pero de pronto la multitud retrocedió. Despreciando el abrigo de la esquina, Garabombo enfiló hacia la Subprefectura, cuartel general del coronel Marroquín, jefe de la «Operación Desalojo». ¿Qué pretendía Garabombo? ¿Ingresar al edificio de paredes celestes y puertas azules en uno de cuyos tres balcones el coronel Marroquín vigilaba el sol? Con pavor, con admiración, con escalofrío, lo miraron avanzar. Hasta el personero Corasma se unió al credo fervoroso. Eran primos y se odiaban; pero en ese momento Garabombo no era el detestado pariente, ni el supuesto depredador del ganado de Murmunia, ni el jactancioso jinete que aprovechando su invisibilidad dormía con las mujeres casadas, sino el comunero gracias a cuyo inolvidable coraje Chinche conocería los planes de combate de la Guardia de Asalto y respondería el fuego por el fuego. ¡Porque llegaba la hora!

2. DONDE SE VERÁ QUE EN CHINCHE, COMO EN TODAS PARTES, CRECE LA MALA HIERBA

Garabombo señaló con su mano huesuda las rocas del portón Huagropata. En la hipocresía de la madrugada, disimulados, distinguieron los capotes y los cascos fantasmales. Garabombo se volvió hacia un hombre pequeño y musculoso y por primera vez en su vida miró mustiarse la sonrisa de Amador Cayetano. La palidez le vació al mismo tiempo la cara, las manos, los dedos y hasta las uñas. La frontera entre el plumizo del poncho y el cobre de la piel se anuló. Garabombo levantó la mano. Se inmovilizaron. Buscando las rocas todavía nocturnas, asilándose en los puertos de niebla, Garabombo descendió. Cayetano lo siguió, más aterido por la sospecha que por la neblina. Bajaron casi doscientos metros: entonces miraron, neto, el destacamento que acechaba entre las rocas por donde rompiendo la luz avanzarían los pueblos congregados en Chinche.

—¿Qué te dije?

Cayetano no contestó.

—Esos guardias no vienen de Cerro. ¿Ves los capotes? Es tropa venida de Lima.

Con el viento casi no se le oía. Siguieron descendiendo y distinguieron las filas de guardias de asalto tiritando en la madrugada glacial. Garabombo comenzó a contar con los dedos, pero era difícil, muy difícil, arrancar los uniformes parados de la lividez del alba.

—Cuarenta... cuarenta y uno...

Entonces un jirón de luz lamió la ametralladora y las cajas de municiones.

—Es una Hotchkiss.

Era ex sargento de caballería. Se levantó enorme de cólera.

—¿Qué te dije?

Cayetano no respondió. Toda la noche, mientras velaban en el hielo del invierno adelantado, se había arrepentido mil veces de la decisión impuesta por Garabombo. Porque sin darle tiempo a notificar al personero Corasma, ni siquiera a consultar a Exaltación Travesano, Garabombo había exigido la anulación de la orden de marcha. Un Garabombo más hosco que el peor noviembre que Cayetano recordaba había impuesto una inmediata cancelación.

—¿Estás borracho, Garabombo? ¿Estás mamado? ¿Cómo se te ocurre?

—El Abigeo nunca se equivoca —Garabombo señaló el cielo—. ¡Todavía hay tiempo!

—Sueño es sueño, Garabombo.

Garabombo se adelantó más que la noche.

—¿Tú te haces responsable, Cayetano?

—Pero los pueblos esperan...

—Si no cancelas orden marcharán al cementerio. ¡Reúne a tu gente y anula!

Toda la noche había mensurado las terribles consecuencias de un error. ¿Qué error? Garabombo tenía razón. ¡La Guardia de Asalto los acechaba!

Siempre hundiéndose en los roquedales lunares ascendieron el Huagropata. Por fin temblaban las hilachas de un día miserable, pero suficiente para mostrar, a lo lejos, otro destacamento. Descendieron hacia la quebrada y a un kilómetro recuperaron sus caballos. En silencio ganaron la pálida enormidad de la pampa de Chinche. Patos salvajes precedieron graznando el galope de sus caballos menudos pero resistentes, acostumbrados a la carrera a más de cuatro mil metros de altura. Galoparon tres horas. El sol laqueaba la inmensidad; las cumbres distantes, la soberbia aguja nevada del Jirishanka, fulguraba. Eran casi las ocho cuando divisaron

la imponente escuela que devoraba el miserable caserío de Chupán. Era un edificio de dos pisos, de dos alas, de diez ventanas, de inacabables paredes blancas que proponían un espejismo, porque ¿quién podía esperar allí semejante monumento? En la puerta de la escuela hombres disimulados bajo ponchos, sombreros y bufandas casi idénticos descubrieron el galope y se adelantaron, excitados. Pero Garabombo y Cayetano sólo saltaron de los caballos maltrechos en la puerta; abandonaron las riendas a Eleuterio de la Rosa y a Melcio Cuéllar. Los hombres se acumularon alrededor de la gravedad de un hombre pequeño, de piel nocturna y ojos mongólicos horneados por un fulgor rabioso: Gregorio Corasma, el personero de la comunidad.

—¿Qué mudanzas son éstas, Garabombo?

Se detestaban con una animadversión postergada pero no olvidada ante la suprema causa comunal. Palabras sólo cambiaban por motivos comunales.

Avanzó casi hasta tocar el sombrero grasoso y luego se volvió a Cayetano.

¿Qué cambios son esos, señor presidente? ¿Con quién consultaron para anular la orden? ¿Ustedes creen que la masa es juguete? ¿Por qué cambiaron la fecha de la recuperación? Los pueblos ya partían cuando ustedes cancelaron todo. ¿Quién los autorizó? ¿Somos muñecos?

Por el cielo cruzaron dominicos, luego patos salvajes. Odioso, felino, Garabombo gritó:

—¡Entre nosotros hay un traidor!

Corasma retrocedió. Los delegados casi no se movieron. Cayetano siguió masticando su risita. Era su defecto: sonreía sin cesar. Los comuneros sabían que Amador Cayetano no desarmaba la sonrisa ni en los velorios, pero las autoridades muchas veces lo consideraban un desacato. En la sonrisa aleteaba ahora algo siniestro.

El corpachón de Garabombo clausuró la salida.

—Anteayer recibimos un aviso de que alguien nos traicionaba. Nuestro deber es maliciar y maliciamos. El presidente de la comunidad, aquí presente, y yo acordamos anular la orden. ¡Hemos vigilado toda la noche! ¡Toda la noche recorrimos los lugares designados! Hoy amanecemos en Huagro-

pata y ¿a quién encontramos? ¡Habla, Cayetano!

—La Guardia de Asalto nos esperaba.

—¿Cuántos?

—Cientos de armados.

El odio no le cabía.

—¡Era Guardia de Asalto! ¡Cientos de guardias de asalto listos a quemar y matar! Para llegar a Huagropata la tropa limeña necesita por lo menos tres días. ¿Cómo sabían que hoy la comunidad invadiría?

—Es cierto. Para llegar, por lo menos necesitan tres días —admitió Víctor de la Rosa. Vestía un pantalón de bayeta y una desteñida casaquilla de infantería que conservaba celestes galones.

—¿Qué tal si invadíamos? En este momento estaríamos velando a nuestras mujeres y a nuestros hijos. ¡Muertos por culpa de un hijo de puta que me está oyendo! Sólo nosotros, sólo los miembros de la Junta de Recuperación, conocíamos el lugar y la hora de esta invasión. ¡El traidor está aquí!

Las manos menudas de Cayetano rebuscaron en su alforja. Sacó sobras de fiambre, papas hervidas, una botella de aguardiente, un paquete de velas, una vara de tocuyo y por fin un pequeño crucifijo de plata. Se arrodilló, abrió los brazos como el cura Chasán y besó el Cristo.

—¡En nombre de Dios!

Todos se persignaron.

—Este crucifijo es bendito. El padrecito Chasán lo bendijo. No se aprovechó de una bendición. El padrecito se queja de que los días de bendición los chinchinos meten cruces de contrabando y reciben gratis la bendición. Él aprovecha también y manosea las tetas de solteras y casadas. Pero por esta cruz se pagó aparte. Diez soles pagué. Este Cristo es milagroso. ¿Quién salvó al hijo de Travesaño? ¿Quién aclaró la calumnia contra doña Añada? Doña Pepita la acusó del robo de una tetera de plata. Ya la apresaban cuando yo paseé este crucifijo por la puerta de la casa y la tetera apareció.

Besó el cuerpo martirizado.

—¿Quién se atreverá a perjurar delante de este Cristo? ¿Quién se arriesgará a no encontrar sus huesos el Día del Juicio Final? Cuando el Arcángel Gabriel toque la trompeta

los perjuros no encontrarán sus calaveras. ¡Esta lucha no es para uno, es para todos! Nuestro pueblo pelea para que todos los hombres vivan libres en tierras libres. Pero alguien es débil. ¡Alguien ha hablado!

Besó de nuevo el crucifijo.

—Primero, amar a Dios sobre todas las cosas.

El personero Gregorio Corasma rebuscó en su memoria. Ese Cristo era milagroso. Su tío Magno Corasma se despeñó; lo recogieron agonizante. Ya boqueaba cuando besó el crucifijo. ¡Santo remedio!

—Segundo, no jurar su santo nombre en vano.

Melecio Cuéllar se retorció los dedos. Hacía unos días se había emborrachado tan extremosamente que tuvieron que recogerlo de la plaza de Yanahuanca. ¿Y si en copas había hablado?

—Tercero, santificar las fiestas.

Máximo Bonilla sintió granizo en la espalda.

—Cuarto, honrar padre y madre.

Exaltación Travesaño suspiró. ¡Ni metido en un horno hablaría!

—Quinto, no matar.

Mónico Espinoza sintió tranquilo el martilleo de la voz.

—Sexto, no fornicar.

Andrés Roque se arrancó los pelos de la nariz.

—Séptimo, no robar.

Epifanio Quintana se pasó la mano por la mejilla.

—Octavo, no levantar falsos testimonios.

El aire se ensopaba. Entre los cencerros, lejos, aulló un perro. Cayetano concluyó el decálogo y se arrodilló delante del crucifijo:

—¡Por la perdición de mi alma juro que no he comunicado la fecha ni a mi mujer!

Los hombres se acercaron, se arrodillaron y repitieron, temblando, el juramento. Garabombo también besó la cruz, pálido. Sólo un hombre tripudo y pequeño, descalzo, se arrinconó, con la cabeza gacha.

—¿Tú no juras, Rufino?

Rufino Cruz no contestó.

—¿Usted no jura, don Rufino?

El hombre se arrodilló.

—¡Perdón, hermanitos!

Los dientes y las manos tiritaban en el mismo paludismo.

—¡Perdón para un desgraciado! La conciencia me duele. ¡No quiero condenarme! Yo he hablado. ¡Por orgullo, no por mala fe! El domingo pasado el caporal Manzanedo nos afrentó. Sin motivo nos sacó del camino a latigazos. Por rebajarlo yo le dije «Manzanedo, pronto acabará tu tiranía. La próxima semana los chinchinos comeremos en casa de sus patrones». Esto le dije y ese maldito sopló en la oreja de los Proaño. ¡Perdón, señoritos!

—¿Con quién más te franqueaste?

—Sólo con ese traicionero. ¡Por un minuto me he ensuciado!

Lágrimas lentas surcaban la cara prieta.

—¿No sabías que él repetiría? ¿No sabías que Manzanedo es un hijo de puta?

—Por tu culpa la policía ha podido masacrarnos. ¿Tú pagarías esas vidas? ¿Tú criarías a los huérfanos? —gritó Corasma, brutal.

—¡Yo también tengo hijos! Perdónenme. He servido a la comunidad. Di la verdad, Cayetano. He servido bien. Durante años he padecido, he gestionado abandonando mis trabajos. Tres veces he estado en la cárcel. ¡He servido...!

—Los traidores nunca sirven.

—Desapareceré, viajaré, partiré...

—Es débil de ánimo.

—La hierba mala vuelve a crecer.

—¿Quién está seguro de que no volverá a traicionar?

—Este hombre ha puesto en peligro años de esfuerzo.

—¿Cuántos muertos se enfriarían ahora por su culpa? Estamos en peligro.

—Es cierto, ¿qué seguridad tenemos que este hombre no volverá a hablar?

—¿Quién garantiza?

Hablaban como nombrando a un ausente. Garabombo se levantó. En su mano tiritaba un cuchillo.

3. DE LO QUE A GARABOMBO LE SUCEDIÓ A LA SALIDA DE LA PRISIÓN

El boticario Lovatón miró las aguas arcillosas del río Chaupihuaranga, se arrebujo en su bufanda de lana de alpaca y cruzó el puente de Yanahuanca. La neblina gateaba todavía sobre los techos, encapuchaba Yanacocha y Chipipata. En la subida del jirón Huallaga se cruzó con tres arrieros que saludaron sacándose el sombrero y a la altura de la pila, frente al cafetín «El Chinito», distinguió al hombre. Se detuvo asombrado.

—¿Eres tú, Garabombo?

El forastero no se movió.

—¿No me conoces, Garabombo? ¡Soy Juancho Lovatón!
¡Acuérdate, hijo! ¡Acércate!

El hombre sin poncho tiritaba.

—Buenos día, señor Lovatón.

Trataba de sonreír.

—¿Cuándo llegaste, hijo?

—Estoy llegando, don Juan.

Estaba tan flaco que parecía que alguien le hubiera sacado la carne dejando sólo el pellejo, los ojos, los ademanes.

—Ya sabía que habías salido de la cárcel. Cayetano me avisó que te habían soltado. Pero eso fue hace meses; ¿por qué no has venido?

—He estado enfermo, don Juan. He estado tres meses en el hospital —se rió—. ¡Casi estiro la pata!

Lovatón contempló el pueblo todavía soñoliento.

—¿Ya desayunaste?

—Anoche comí.

—Vente a mi casa.

Garabombo vacilaba.

—¿Sabes que soy el nuevo presidente de la comunidad?

—Eso he oído, don Juan.

—Apúrate, hijo. Cuanto menos nos vean, mejor.

La neblina escarbaba en las calles fangosas. Subieron por la callejuela, bordearon la plaza desierta y entraron en una tienda de portones verdes, «Farmacia La Salud».

—Pasa hijo, pasa.

El boticario entreabrió la puerta, lo introdujo en la trastienda, luego se metió al patio donde cacareaban gallinas intranquilas. Garabombo miró las paredes empapeladas con viejos periódicos; en el rincón descubrió el estandarte de la comunidad de San Pedro de Yanahuanca. El boticario Lovatón volvió con dos platos de caldo humeante. A Garabombo se le agrió la boca.

—Sírrete, hijo.

El viejo acercó una silla de paja y se sentó delante del otro caldo. Sopló y sorbió ruidosamente.

—¡Casi te desconocí, Garabombo! Perdóname pero eres hueso y pellejo. Come hijo, come. ¿Cuánto tiempo estuviste preso?

—Treinta meses, don Juan.

—¿Dónde estuviste?

—Primero en la Intendencia, luego en el Frontón.

—¿Y Bustillos?

—Salimos juntos pero yo entré al hospital. Debe estar en Chinche. Usted debe saber.

—No he sabido.

El viejo frunció las cejas, se acarició la frente sarmen-tosa.

—En tu ausencia han pasado muchas cosas, Garabombo. ¿Sabes que don Gastón Malpartida ha muerto?

—Eso he oído, don Juan.

—Murió intestado. Con este pretexto los Malpartida y los López se pelean. El viejo dejó tantísimos hijos que la tierra

no alcanza. El Yerno N.º 1 quiere despojar a todos. Los chinchinos pagan los platos rotos. Los hacendados se han apoderado de casi todos los pastales. Ya no se puede pastar ni en Mixque ni en Nuñomiayoc. Para pastar, a Chinche sólo le queda la quebrada Ixcaicancha.

—Pero Ixcaicancha es pura roca, don Juan. ¿Qué animal come allí?

—Ahí están cientos de familias, reducidas a la fuerza a vivir en esa quebrada.

—Ningún ganado dura en Ixcaicancha. ¡Es puro roquedal!

—Mueren. «Hemos perdido la mitad de nuestro ganado. Más de dos mil ovejas se nos han muerto.» Eso me dijo tu cuñado Melecio la semana pasada. ¡Sírrete, hijo! Estás flaquísimo. Casi no se te ve. ¡Ahora sí que la gente dirá que eres invisible!

—Ya no soy invisible. En la cárcel me curé, don Juan —sonrió Garabombo.

Se agachó sobre el caldo.

—Eso no es todo, Fermín. A muchos chinchinos ni siquiera los reciben en Ixcaicancha. A los murmuradores los expulsan sin trámites. En Uchumarca, en Pacoyán, en Chinche, en El Estribo, en Diezmo, en todas las haciendas, es igual. Muy ensorbecidos caminan los hacendados después del fracaso de Rancas. Los Proaño supieron que algunos uchumarquinos viajaron a Rancas para auxiliar a los sobrevivientes con bastimentos. ¿Sabes qué pasó?

Garabombo abandonó el caldo grasoso.

—Aprovechando la ausencia, Manzanedo y sus cabalgados deshicieron sus casas. En una mañana destejieron veinte chozas y pusieron a las familias en la carretera. ¡Hay cientos de familias expulsadas! Tambopampa hierve de refugiados.

—¿Y qué dice nuestro personero?

El viejo abandonó la cuchara sobre el periódico que cubría la mesa.

—¡Remigio Sánchez es un vendido! Nosotros creíamos que siendo criollo y casado con chinchina nos valdría. Por interesados Dios nos castiga. ¡Maldita sea la hora! Es nuestro peor cuchillo. Ese hijo de puta aguanta todos los trámites.

Y como sin su firma ningún reclamo vale, todo está parado.

—¿Por qué lo eligieron, don Juan?

—Por bestia, Garabombo. Como ese señor usa corbata la comunidad creyó que nos haría respetar.

—¿Y?

—Es uña y carne de los hacendados. Con los Proaño y los López se trata de compadre. Cada vez que alguien plantea algún reclamo nos desanima. «Perro chico no pelea con perro grande. Los hacendados tienen costalillos de billetes. Nosotros cotizamos de centavo en centavo. ¡No podemos!»

—¿Y nadie lo para?

—Al contestador, nuestro personero le pone la mano.

—¿Y usted, don Juan?

El viejo levantó las manos.

—¿Qué hago solo?

4. DE LA CONVENCIÓN DE CABALLOS QUE SE CONGREGÓ EN LA PUNTA CONOC

En los tiempos en que yo era invisible, un día que amainó la tempestad salí de la cueva Jupaicanán, para recoger bosta. En eso estaba cuando por los roquedales salieron seis caballos. Viajeros no conocen esas estrecheces. Mucho me asombré. Las bestias subían por su voluntad a la punta Conoc. Al rato apareció una tropa de caballos bien comidos, capitaneados por un moro. ¡Igualito! Y otra caballada guiada por un tordillo nervioso que después supe que se apellidaba Relámpago, y luego un cuatralbo, un zaíno y unos lentos mulos. ¡Igualito! Por su capricho subían a Conoc. De rato en rato relinchaban hacia la otra banda. Toda la mañana siguió llegando el bestiaje. Al mediodía subieron un caballo dolido por una matadura y un potro arzonado. Avanzada la tarde llegaron dos jinetes fuertemente emponchados, con las caras cubiertas por máscaras de nieve. El viento se enrabiaba. El jinete, que lucía una máscara de lana amarilla, relinchó. ¡Increíble! Oyendo sus artificiales relinchos los caballos contestaron; los que en la punta Conoc se revolcaban, se levantaron y acudieron. Siempre relinchando el jinete subió. Entonces vi brillar las escopetas. ¡Ladrones! Me escondí. Ya los montados se mezclaban, mimaban a los silloneros que nada temerosos les lamían la cara. En esos comadreos vivieron hasta que el alto relinchó, quebró rienda y bajó por la otra banda. Fielmente, los animales siguieron a su potro

gris. El compañero cerraba la marcha. Delante de las rocas donde yo aguaitaba se paró, sacó una botella de su alforja y se levantó la máscara para beber. Y ¿a quién veo? ¡Al Abigeo en persona! Y como hacía eternidades que no comerciaba con humanos, grité:

—¡Oiga, amigo!

El Abigeo tiró la botella y casi antes de que se estrellara, me encañonó con la wíchester.

—¿No se acuerda de mí?

El Abigeo bajó la carabina, riéndose.

—¡Por poco no la cuentas, Garabombo! Casi te suelto un tiro.

El otro me pasteaba detrás de las rocas. El Abigeo levantó el brazo. El compañero alto, huesudo, de cara larga, de ojos tristes, de mejillas chupadas, se acercó sonriendo, sin soltar la carabina.

El Abigeo se volvió.

—Yo creo que usted conoce al chinchino Garabombo. Es el varón que padece la enfermedad de ser invisible, según le conté el otro día en Oyón.

—No tengo el gusto.

El otro se agachó, murmuró algo en la oreja del caballo.

—Les advierto que usted es un amigo y que esperen.

Así conocí al Ladrón de Caballos, ese varón al que tanto debo. Venían de despojar a la hacienda Uchumarca. Los caballos los esperaban para largarse a La Unión donde mucho estiman a las buenas bestias.

El Abigeo sacó otra botella de su alforja.

—¡Hace frío, sírvase, Garabombo!

¡Rico trago! Bebí, limpié el pico de la botella con el filo de mi poncho y se la pasé al Ladrón de Caballos que bebió y la devolvió.

—¿Qué es eso que me cuentan que usted es invisible?

—¡Es cierto! Cruzando el puente de Chirhuac me volví transparente.

El Ladrón de Caballos acabó de abrir una lata de sardinas.

—Bajando a Yanahuanca a presentar una queja me enfermé.

—¿De qué se quejaba?

—El dueño de Chinche, don Gastón Malpartida, me abusaba. Usted lo conoce.

—¿Cómo no vamos a conocerlo si de allí venimos? —relinchó Girasol, un potro frontino.

—¡Usted se calla! —gritó el Ladrón de Caballos.

Girasol no se curaba de esa costumbre: intervenir en las conversaciones. En muchas oportunidades el Ladrón de Caballos había sufrido por su culpa grandes riesgos. Por su gusto jamás hubiera sacado a Girasol, pero el potro amaba los viajes y era demasiado influyente en la caballada para desairar sus pedidos.

—¿Qué dice? —preguntó el Abigeo sacando pedazos de carne asada de su alforja—. ¡Sírvaselo!

—Cojudeces. ¡Siempre dice cojudeces! ¡Siga!

—Pues don Gastón tiene la costumbre de inaugurar a todas las mujeres. Todas las chinchinas que cumplen quince años obligatoriamente deben servir en la casa hacienda. Igual quisieron que mi mujer, Amalia Cuéllar, fuera. Yo me opuse.

—Tiene razón.

—Y lo peor no es el viejo sino que encima suben los yernos. ¡Me opuse! En el cuartel aprendí mis derechos. ¡Yo he leído la Constitución!

—Por eso estás acá —se rió el Abigeo—. ¡Hay cosas que es mejor no saber!

—Soy sargento segundo licenciado y no lo quise permitir. Bajé a quejarme a la Subprefectura.

—¿Y?

—No me vieron.

—¡Pero yo lo veo!

—Es que usted es de nuestra sangre, pero los blancos no me ven. Siete días pasé sentado en la puerta del despacho. Las autoridades iban y venían, pero no me miraban.

—Achau... se estremeció el Ladrón de Caballos.

—Al comienzo no me di cuenta. Creí que no era mi turno. Ustedes saben cómo viven las autoridades: siempre distraídas. Pasaban sin mirarme. Yo me decía «siguen ocupados», pero a la segunda semana comencé a sospechar y un día que el Subprefecto Valerio estaba solo me presenté. ¡No me vio!

Hablé largo rato. Ni siquiera alzó los ojos. Comencé a maliciar. Al fin de la semana mi cuñado Melecio me aconsejó consultar a Victoria de Racre.

El Abigeo y el Ladrón de Caballos dejaron de masticar.
—¿Y qué dijo doña Victoria?

Era una mujer tan temida que ningún comunero osaba nombrarla sin ostentoso respeto.

—¡Que me había vuelto invisible! ¡Alguien me había hecho «daño»!

—No me extraña —dijo el Abigeo, severo—. No es la primera vez que me encuentro con un hombre invisible. Los blancos miran cosas que nosotros no vemos. Una vez viajando por La Unión encontré a un ingeniero de la Oficina Agropecuaria. Todos desconfiaban. Nadie se le acercaba. ¡Peor que carachoso! Bebiendo una tarde en un cuchitril, el ingeniero se me aproxima y me dice:

—Oiga, amigo, le invito a una cerveza.

—Con gusto, ingeniero.

—Hace tiempo que quiero franquearme con usted.

—A sus órdenes, ingeniero.

—He observado que usted es muy querido en este pueblo.

—Aunque me quede mal decirlo, ingeniero.

—Oiga, amigo, yo soy enviado de la Oficina Agropecuaria para luchar contra las enfermedades de la papa. Yo puedo hacer mucho por la agricultura, pero aquí la gente es muy desconfiada. No encuentro cómo hablarles. ¿Qué le parece si yo lo gratifico con un sol por cada persona que usted me consiga para una conferencia?

¡A caballo regalado no se le mira el diente! Esa misma noche reuní a treinta amigos. ¡Un sol por cabeza! El ingeniero se tiró su rollo. ¡Hablaban bonito! A maravilla explicó la causa de las enfermedades provocadas, según él, por animales invisibles, dizque microbios. Ya casi nos convencía cuando dice «y para que vean que no miento les mostraré una fotografía de esos microbios». Y saca la foto de un animal horroroso de mil patas y cuernos. «¡Éste es el animal que malogra sus campos!» La gente se mató de risa y se largó. Yo también me fui. Al día siguiente el ingeniero me increpó:

—¿Qué pasó? ¿Por qué se fueron?

—Perdone, ingeniero, pero la gente se fue porque usted está deschavetado.

—¿Cómo así?

—Esos animales que usted mostró no existen, ingeniero. Si esos animales tan grandes vivieran aquí, ¿usted cree que nosotros ya no los hubiéramos visto?

El Abigeo concluyó:

—Así son ellos, Fermín: miran cosas que nosotros no miramos y al revés. ¡Ése es tu caso!

—¿Esta enfermedad es curable? —preguntó Garabombo, angustiado.

—Los perros aúllan cuando miran las ánimas. Ellos ven a los invisibles. ¿Ha ensayado untarse con lagaña de perro? —dijo el Ladrón de Caballos.

—Todavía no.

—Ensaye.

Lo interrumpió el burlón relincho de Girasol.

—¿De qué te ríes?

—Me río del Invisible —relinchó Girasol.

—¿Y qué te da risa, baboso?

—Yo veo al Invisible.

—Tú no eres hombre. ¡Tú eres bestia!

—¿Qué dice? —preguntó el Abigeo que no comprendía el caballuno, pero que por el ruido de la conversación sospechaba una disputa.

—Este caballo es el animal más metete que he conocido —dijo el Ladrón, harto—. ¡Es un charlatán! Por su culpa uno de estos días amaneceré en la cárcel.

—¿Y por qué lo traes?

—¡Mal con él, peor sin él!

—Nevará —dijo el Abigeo—. ¡Estos caminos son muy bravos!

—Aquí nieva mucho —informó Garabombo.

—¿Usted dónde vive?

Garabombo señaló la montaña encapuchada por la neblina.

—En la cueva Jupaicanán.

El Ladrón y el Abigeo se extrañaron.

—Pero allí nadie vive, compañero. Eso está muy alto.

—Nieva día y noche. La cueva Jupaicanán es húmeda. Para dormir hay que cambiar continuamente de lugar el pellejo. Pocos lugares son secos.

—Yo me escondí una vez en Jupaicanán —dijo el Ladrón de Caballos—. Lo peor no es el frío sino los murciélagos. ¡Hay millones!

—Se combaten con humo de bosta —dijo Garabombo—. Lo peor es la humedad.

—¿Hace cuánto tiempo que vive allí?

—Hace seis meses que vivo con mi mujer. Desde el día que me expulsaron de la hacienda Chinche.

—Usted sufre mucho, compañero. ¿Por qué no baja?

—No me permiten. Estoy prohibido de pisar tierra de Chinche. No me toleran. «El día que quieras asistir a tu velorio, baja.» Así me ha dicho Sixto Manzanedo.

El Ladrón de Caballos sacó de su alforja dos botellas de aguardiente, dos latas de sardinas y unas cajas de fósforos.

—¡Sírvese, amigo!

Los ojos de Garabombo rutilaron de ambición.

—¿No tendrá sal?

—Tengo.

—¿Puede regalarme un poco?

—Sírvese —dijo el Ladrón entregando un buen paquete.

—Granizará —dijo el Abigeo—. El cruce de la cordillera puede ser bravo. ¡Mejor nos vamos! Quédate con la botella, Garabombo.

El Ladrón de Caballos gritó algunas órdenes y los caballos comenzaron a desfilar hacia Oyón. Pronto el cielo se deshizo en gruesos perdigones. Se perdieron en la nevada.

5. DEL MIEDO QUE A GARABOMBO LE ACOMETIÓ DE SUFRIR UNA RECAÍDA DE SU ESPANTABLE ENFERMEDAD

—Estoy solo —dijo el viejo Lovatón—. La gente está muy asustada. Después de la masacre de Rancas nadie quiere ni oír la palabra «reclamo».

Garabombo se quedó mirando las islas de grasa.

—El único camino sería destituir a Remigio Sánchez.

—¿Es posible?

Le temblaban las manos.

—Claro que es posible, don Juan. La Ley autoriza a cambiar de personero si los dos tercios de una comunidad firman por la destitución.

El viejo Lovatón lo miró desalentado.

—Nadie firmará, Garabombo. Ya te dije que tus paisanos están muy asustados.

Garabombo se paró como un hombre que se propone saltar. Era muy alto.

—¡Conseguiré las firmas!

—No servirán de nada. Las autoridades son de ellos, Garabombo.

—Iré a Lima.

—Ya fuiste a Lima y ya ves lo que te pasó. ¡Te demoraste tres años para volver!

—Pero en la prisión me curé de mi enfermedad. Yo nunca he tenido mejor escuela que la cárcel. Oyendo las discu-

siones de los políticos se aprende, don Juan. ¡Ya no soy invisible!

—¿Y qué has aprendido, Garabombo?

—He aprendido que los traidores ensucian la tierra.

Lo espesó una gordura maligna.

—Los traidores no merecen ni la tierra de sus tumbas.

—Ése no es el camino, Garabombo.

El viejo le sostuvo la mirada.

—¡No es el camino!

—Entonces ¿cuál es?

—¿Sabes leer?

—Sí, don Juan.

—Siéntate y entérate.

—Cada vez que pienso en ese cholo me lleva la puta madre.

—Yo conozco a alguien que puede aliviarnos de ese dolor de muelas, jefecito.

El bigotudo se lo quedó mirando.

—Ustedes son puras bocas.

El jinete cumplió doscientos años. El Ojo le admiró la facha.

—Palabrita, patrón.

Se chupaba una hilacha de carne.

—¡So! —gritó el jinete.

El Bigotudo se palpó la quijada. La noche de la barba exaltaba el acero azul de los ojos.

—¡Puras babas, Solidoro! Aquí ya no hay hombres. ¡Amador sí que era hombre! ¡Pocas palabras!

—Por eso se lo cargaron, patrón.

—Yo de usted he oído hablar mucho.

El Ojo miraba envejecer la espuma de la cerveza.

—Mis patrones dicen flores de usted.

El Ojo medía la espuma agonizante.

—¡Bellezas hablan!

El Ojo se acorazaba en un silencio puercoespín.

—A mi patrón le revolotea una mosca. El otro día me dijo: «Oye, Solidoro, yo no soporto esa mosca. ¿Tú no conoces a alguien que pueda aliviarme?»

El Ojo destapó una nueva cerveza y una risita seca.

—¿Cuántos años tendrá esa mosca?

—Unos treinta años.

—¿De dónde nacen esos rencores?

—El hombre le anda organizando unas invasiones de tierras a mi patrón.

El viejo Lovatón se detuvo; alguien rascaba en la puerta de «La Salud». Salió: era Sulpicia.

—¿Qué quieres, hijita?

—Pastillas.

—¿Para el dolor de cabeza?

La vieja denegó con la cabeza.

—¿Para el dolor de estómago?

—No.

—¿Para la fiebre?

—No.

—Habla, Sulpicia. ¿Cómo quieres que sepa?

La vieja obstinó la cabeza baja.

—Pastillas de Remigio, taita.

—¿Qué pastillas?

La vieja se empecinó en su silencio zarrapastroso.

—Habla, pues, hijita, no tengo tiempo.

La vieja tartamudeó.

—El Remigio dice que tienes unas pastillas japonesas que quitan el hambre.

El boticario se oscureció.

—¡Mentira, Sulpicia! Remigio te ha engañado. Dile que no siga mintiendo. ¡Como lo agarre se comerá la joroba!

—¡Pastilla, pastilla!

—Por la Virgen, Sulpicia, esas pastillas no existen. Nunca han existido. Son mentiras inventadas por Remigio. ¡Perdona, estoy ocupado!

—¡Contado!

Mostró un sol calentado por el sudor.

—Te juro, viejita, nunca he vendido esas pastillas.

—¡Toma!

—¡Por Dios, Sulpicia!

Se volvió maldiciendo a la trastienda, revolvió un baúl y sacó un grueso legajo de papeles cosidos por el lomo.

—¿Sabes qué es esto, Garabombo?

—No, don Juan.

—Son los títulos de nuestra comunidad.

Garabombo se levantó.

—¿Son los títulos de 1711, don Juan?

Temblaba.

—¿Son los títulos del Rey?

—¡Toca!

Garabombo acercó tímidamente la mano, tocó el legajo y retiró los dedos como quemado. ¡Existían! Los ancianos de la comunidad se empecinaban en que en alguna parte sobrevivían los títulos expedidos en favor del común de Yanahuanca por la Real Audiencia de Tarma, en 1711. Don Carmen Girón el hombre más viejo de la provincia, sostenía haber escoltado el título hasta la inaccesible cueva donde sobrevivió a los incendios de la guerra con Chile en 1880, pero luego se había perdido la huella. Garabombo los gastó con ojos afiebrados. ¡Existían! Sobre la mesa anclaban como un fabuloso galeón gastado por un viaje de doscientos cincuenta años.

El viejo levantó el legajo. Sus manos también temblaban.

—Decenas, cientos murieron para que este Título se salvara.

—¿Cómo lo ha rescatado?

—El cura Chasán los encontró. Componiendo el techo de la sacristía los albañiles descubrieron una montaña de papeles viejos. El curita los utilizó para calentarse. Encendiendo fuego, una noche, le llamó la atención el grosor del legajo. ¡Era nuestro Título!

El viejo jadeaba, se sostenía el corazón.

—Este Título prueba que las haciendas nos usurpan. Todas las haciendas son tierra usurpada. ¡Ésta es la prueba! Entérate, hijo, entérate.

Eran las diez. Un relincho recordó los campos en flor. Masticando las palabras, deteniéndose en fórmulas incomprensibles, pero asombrándose porque reconocía los hitos, los ríos, los vados, los montes, las jalcas, las pascanas enumerados por la proligidad de notarios apagados como los virreyes, casi no percibió que al mediodía don Juan Lovatón ingresó con un plato de caldo, un mate de mote y de habas hervidas y un jarro de chicha. Apenas los probó. Siguió el

viaje, cruzó puquios, subió puntas, descendió quebradas, venció montañas, recorrió herraduras. Sudaba. ¡El mundo pertenecía a la comunidad! El confuso crepúsculo lo moldeó en la misma silla, sollamando los títulos con ojos de loco.

—¿Terminaste?

Lovatón se sentó.

—Eres valiente, Garabombo. Tú iniciaste la pelea en Chinche. Estoy enterado de tus prédicas a los movilizables cuando eras instructor, pero sigues un camino equivocado. ¿Por qué pides la expropiación?

—No sabía, don Juan, que éramos dueños.

—Un dueño no expropia, Garabombo.

—Ignoraba, don Juan.

—¡Ahora conoces! Tú le metiste a los chinchinos la idea de expropiar. No cabe expropiación, sino recuperación.

—La ley autoriza a expropiar la tierra en favor de los indios.

—Tú le metiste esa idea a Chinche. Por ti comenzaron el juicio. Pero te equivocas: en el Perú los indios jamás ganan los juicios. ¡En Chinche no cabe expropiar, sino recuperar!

—Los hacendados poseen la tierra por generaciones. No la soltarán así no más, don Juan.

—Nosotros también sufrimos desde generaciones. Nosotros tampoco cederemos.

—¿Y por qué no actúa, don Juan?

En el rostro del viejo se marcaron las barrancas, los desfiladeros cavados por el tiempo. Bajó la voz.

—¡Me vigilan día y noche, Garabombo! Los principales ya saben que tenemos el título y saben que si presentamos el título se les acabará la explotación. Los hacendados también lo saben. Han mandado gente. Vigilan mi casa día y noche. No puedo caminar libremente. Han apostado gente en la salida del pueblo. ¡Nunca me dejarán salir! ¡Mira!

Entreabrió la puerta de «La Salud». La luna untaba las tiendas y las casas de la Plaza de Armas. El caserón de los Montenegro, con las ventanas encendidas, semejava un navío fabuloso.

—¿Ves?

Se abatió.

—Puedo caminar por el pueblo pero si me alejo me agarrarán. No me dejan. Los principales se turnan para vigilar-me. Controlan si me afeitó, si me cambio de ropa. Hace unos días Conversión Solidoro me dijo: «Yo sé que tú tienes escondidos los títulos de la comunidad. ¡Conserva tu salud! Si esos títulos salen de Yanahuanca te mataremos. Si quieres ser indio, sé, pero nosotros no seremos jamás comunes. ¡Si los entregas, mueres!»

—Ah...

—Lo trae curvo.

—Esas venganzas cuestan.

—¿Y cómo cuánto?

—Unos cinco mil, seis mil soles.

—Y mi comisioncita...

—Algo habría.

—Así es, jefe. Cuando llueve todos se mojan...

—Otra cosa no más pide el caballero.

—Como no sea mi mujer.

—Je, je, je...

—Una pruebita.

6. GARABOMBO COMPRUEBA QUE DESPUÉS DE TODO NO ES TAN FÁCIL DEJAR DE SER INVISIBLE

La niebla secuestraba las últimas estrellas. Las mañanas de agosto son frías y nubladas. Garabombo sintió el aire gélido pero qué diferencia entre ese frío franco y la neblina hipócrita de Lima. Salió del jirón Bolognesi: anhelaba contemplar la Subprefectura, domicilio de su extinguida desgracia. Entró a la plaza: el pueblo todavía no despertaba. Las puertas celestes del Puesto seguían cerradas. Divisó al Niño Remigio que cojeaba hacia el campanario seguido de sus tres perros.

—¡Remigio!

El jorobado se volvió, parpadeando.

—¿Quién es?

—¿No te acuerdas de mí? Soy Garabombo. ¡Tu pata Garabombo, hermanito!

—¿Quién es? —repitió el Niño Remigio—. ¡Sin mis anteojos no veo!

Se metió las manos en los bolsillos del saco harapiento, parchado con diferentes pedazos de tela y sacó unos anteojos sin luna. De la basura había recogido el armazón de unos lentes rotos arrojados por un agente viajero borracho. Pretendía no mirar sin ellos. Se los colocó y entonces gritó:

—¡Garabombo!

—Niñito, ¿cómo estás, Niñito?

Garabombo le acarició la cabezota, alisó con ternura los cabellos trinchudos.

—¿Cuándo llegaste, Garabombo?

—Anoche.

El enano frunció.

—¿Y se puede saber por qué no se presentó a darme parte?

—Estoy buscado, Remigio.

—¿Vienes de Lima?

—De Lima, Niñito.

—¿Has traído caramelos?

—No.

Remigio se sacó los lentes y se aprestó a partir.

—Cuando abran las tiendas te compraré, Niñito.

Remigio se colocó, de nuevo, los anteojos. La plaza se poblaba de ponchos friolentos.

—Si me compras caramelos de limón le informaré sobre tu caso al Presidente. Hoy le escribiré a mi compadre. ¿Sabes que somos íntimos?

—Sí —mintió Garabombo—, ¡sí sé!

—Ya abrió la tienda de ese maricón de Solidoro.

El Ojo se encrespó.

—Prueba ¿de qué?

El retaco tartamudeó:

—Yo sé que usted es casi milagrero. Usted le da a una mosca a quinientos metros, pero mi patrón...

Sonrió nervioso.

—¿Qué mierda quieres?

—Ya sabe usted cómo son los patrones. Yo sólo soy un rabo.

—Habrador es lo que eres.

—No se enoje, jefecito. Mandado vengo.

Le alcanzó la botella. El Ojo se reconfortó.

—¿Ves ese perro?

Un perro negro, cochambroso, saltaba sobre las rocas pardas.

El Ojo levantó el fusil. El perro explosionó.

—¡Virgen María!

—¿Te acuerdas que te dije que te ganarías una comisioncita?

—Sí, jefecito.

—Pues ahora, te me vas a la mierda.

—Sí, jefe.

—Te me vas al carajo.

—Como usted mande, jefe.

—Y si me compras caramelos de naranja le contaré a mi compadre que te han obligado a volverte invisible. ¡La Ley no autoriza!

—Gracias, Niñito.

Garabombo caminaba con lentitud, tratando de no ofender la cojera de Remigio.

—Punto por punto le contaré a mi compadre todos los abusos: las expulsiones, los decomisos, los robos, la mano-seadera, los fusílicos. ¡Punto por punto! Hoy mismo pediré que me nombren Prefecto.

Escribiendo a las autoridades Remigio gastaba la mitad de su tiempo; la otra la desperdiciaba cireando a la Niña Consuelo. Garabombo sabía que la mejor manera de ganarse su animadversión era dudar de su íntima amistad con el Presidente de la República, con el Arzobispo o el Presidente de la Corte Suprema. Cansado de escribir a las autoridades locales, desde hacía unos meses Remigio escribía, directamente, a las más elevadas jerarquías. Hubo tiempo en que aprovechando la noche deslizaba sus cartas debajo de las puertas: absurdos escritos que causaban sin embargo problemas porque Remigio repetía conversaciones, revelaba secretos y difundía lo que muchos hubieran preferido ocultar. Pero desde la llegada del nuevo Jefe de Línea que aconsejó romper sin abrir las cartas del enano, Yanahuanca había recuperado la tranquilidad y Remigio la exasperación. Ahora escribía a las más altas autoridades. «Estoy harto de perder mi tiempo con provincianos subalternos», pregonaba.

Chupó los caramelos con descarada delicia.

—Si quieres que te recomiende al general, dímelo, Garabombo.

Garabombo no se atrevió a decirle que ya no gobernaba el general Odría.

—¿Conoces a mis perros?

—No, Niñito.

—«Sargento», «Juez», «Subprefecto» —chilló Remigio.

Los tres chuscos se acercaron moviendo la cola, pero en eso al Niño Remigio se le torció la boca y lo desgarró un bramido. Rodó con la boca llena de espuma y los ojos volteados. Garabombo se sacó un pañuelo mugriento para méterselo entre las quijadas. Eran casi las siete. Garabombo miró con dolor el desfigurado rostro.

—Padre nuestro que estás en los cielos... —rezó sin saber qué hacer.

—Hay que llevarlo a la panadería —dijo don Crisanto. Era el hornero de «La Estrella», la única panadería de Yanahuanca. En «La Estrella» pretendía trabajar el Niño Remigio. En el horno, sobre unos costales, dormía cuando los panaderos acababan sus horneadas. La Yanayaco, la propietaria, no lo toleraba, pero los panaderos lo protegían: Remigio les prestaba servicios irremplazables: les escribía sus cartas. La Yanayaco, harta de las majaderías de Remigio, que como vendedor de bizcochos sólo era una pérdida, lo hubiera expulsado si con él no hubieran partido los únicos panaderos de la provincia. La Yanayaco se resignaba. Don Crisanto y Garabombo cargaron el cuerpo del Niño Remigio y lo condujeron hasta «La Estrella». La Yanayaco lo miró con piedad y asco.

—¿Cuándo Dios recogerá a este pobrecito?

En su voz habitaba más deseo que lástima.

Garabombo saludó con el sombrero y se alejó. Se detuvo en la esquina del jirón Huallaga donde se iniciaba la bajada al río Chaupihuaranga o Huallaga, según las pretensiones. Porque el mismo río era Chaupihuaranga para los modestos y Huallaga, abuelo del Amazonas, para los jactanciosos. Para Garabombo era Chaupihuaranga. Ponchos sigilosos se aproximaban a las tiendas. El viejo Lovatón abría las puertas de «La Salud». Garabombo no lo miró. ¡Mejor que nadie supiera que había dormido en la casa del presidente de la comunidad! Mientras caminaba el corazón le saltó: por la esquina, conduciendo una recua de mulas cargadas, aparecieron Ponciano Jiménez y Odonicio Cristóbal. Garabombo se estreme-

ció: Jiménez y Cristóbal no sólo eran chinchinos: eran dos de los presos liberados gracias a su sacrificio. A grandes pasos se acercó con una sonrisa de oreja a oreja. En los ojos le brillaban la alegría del reencuentro, el recuerdo de los sufrimientos, la vehemencia por franquearse.

—¡Qué gusto, hermanos! ¡Qué gusto me da este encuentro!

Pero Jiménez y Cristóbal siguieron descargando, aparentemente sin verlo, costales y costalillos de los que sobresalían trozos de carne.

—¿Qué pasa, Ponciano? ¿Estoy tan flaco? ¿No me conoces?

Ese hombre no sólo le debía la libertad. Sin Garabombo ¿hubiera resistido la prisión? En la cárcel Ponciano Jiménez se pasaba las noches llorando. No bien los encerraban en los galpones se arrodillaba ante una imagen de Santa Rosa de Lima, sollozando. No aguantaba la prisión. La mayoría de los comuneros soportaban en silencio, pero Jiménez casi enloqueció. Sin Garabombo que lo animaba, sin Garabombo que se había entregado para que salieran ¿hubieran retornado a Chinche?

—¡Soy Garabombo, Poncianito!

Pero Jiménez siguió descargando con tanta indiferencia que durante un relámpago Garabombo sospechó que Ponciano no lo veía. *¡No lo veía!* Parado en la misma esquina donde hacía siete años había contraído su letal enfermedad, por un instante que duró meses, lo agredió el pánico de una recaída; se le esfumaron las convicciones, las aclaraciones de los presos políticos, la seguridad, y con escalofrío columbró que quizá su enfermedad no residía en su cuerpo sino que era una exhalación del lugar, algo que se respiraba en ese aire enrarecido; que sólo se había restablecido en la medida en que gracias al forzado alejamiento de su prisión había dejado de respirar una miasma fatal, pero que tan pronto sus pies pisaban, de nuevo, el territorio de su desgracia, el Mal se apoderaba otra vez de su cuerpo, lo esfumaba, lo disolvía.

—¿No me conoces, Cristobalito?

Pero Cristóbal tampoco reaccionó. Había engordado. El

cuerpo chupado con que salió de la prisión se había cuadrado en su ausencia. Era valiente. Durante los meses que había compartido la cárcel con Garabombo, Cristóbal tejía sin alterarse sus sillas de paja. «La prisión no come —decía—. El que está para morir, muere en cualquier parte.» Pero Cristóbal tampoco lo miró. Garabombo retrocedió tambaleándose. Mareado, se sostuvo contra la pared. Las casas, los hombres y los caballos danzaban en su cabeza vendada por el terror. Pero recordó las lentas palabras del Mocho, el troskista que en el Frontón le desveló la causa de su enfermedad. *¡Pero eso era en Lima!* Pero ¿en Yanahuanca? El Mocho nunca había pisado Yanahuanca. El sol fulguraba sobre los tejados comidos por el verdín y el abandono. Olvidando las recomendaciones de Juancho Lovatón ingresó a «La Salud».

—¿Qué tienes, hijo? —preguntó el boticario mirando su palidez—. ¡Yo te hacía camino a Chinche!

Garabombo esperó que saliera una comunera con su «Mejoral» y le contó su terrible experiencia. El viejo se ensombreció.

—¡Qué recaída ni recaída! Jiménez y Ponciano no tienen cara para verte, Garabombo. ¿Sabes que son caporales de la hacienda Chinche?

—¿Qué dices, don Juancho?

Necesitó sostenerse sobre la madera manchada del mostrador.

—Así como suena, hijo. Son caporales favoritos del Yerno N.º 1.

Más que por sus nombres los chinchinos y los yanahuanquinos conocían a los yernos del propietario de la inabarcable Chinche por números, según el orden de los braguetazos. Antolino era el Yerno N.º 1; Heberto, el Yerno N.º 2; Sacramento, el Yerno N.º 3; Prematuro, el Yerno N.º 4. El favorito era Antolino. Por su voz hablaba el viejo. El Yerno N.º 2 era rijoso y sentimental. El Yerno N.º 3 era bebedor. Sólo exigía aguardiente y las mujercitas que le dejaba don Gastón. El Yerno N.º 4 era caprichoso, resentido y cruel. Por la menor falta castigaba bárbaramente a sus peones. Hacía quince días que Oswaldo Guzmán había cometido el error

de olvidar un trozo de bronce en un saco de carbón. El Yerno N.º 4 lo mandó colgar de uno de los arcos de piedra de la casa hacienda. Allí lo mantuvo tres días. El castigado, bramaba, suplicaba, lloraba: ¡en vano! El Yerno N.º 4 no se apiadó ni cuando sus propias hijas le suplicaron arrodilladas: «Suéltalo, papacito, hazlo por nosotras, suéltalo.» No lo liberó. Se necesitó que el N.º 1 volviera de una jarana con ganas de dormir la borrachera, para que descolgaran a Guzmán que le ahuyentaba el sueño.

—¡Pero si en la cárcel Cristóbal sólo quería desquitarse! Soñando vengarnos gastábamos las noches.

—Ahora son caporales. De la cárcel salieron como mantequilla. Apenas volvieron de Lima los Yernos los nombraron.

—¿Y por estos hijos de puta me entregué?

—Padecieron, Garabombo. Yo vi cuando los metían y los sacaban del río.

—Es cierto que padecieron. Pero si los viejos no cedieron, ellos, los jóvenes, debieron aguantar con más razón.

—Los viejos no tienen nada que perder.

—De acuerdo a eso yo debería ser el primer caporal. ¡Harto he sufrido!

El viejo lo sumergió en sus ojos empozados de experiencia.

—¿Quién sabe si algún día no serás?

—¿Usted cree?

—Yo sólo creo en lo que miro, Garabombo. Tengo sesenta años. He visto que con el color de los cabellos blanquea también el valor. Durante su vida el zaino muda cuatro veces de color.

—Yo tengo el pelo negro, don Juancho.

—Ojalá que tu pelo siga siempre chivillo, Garabombo.

Sentía ganas de desmentir a puñetazos la dolorosa experiencia del presidente de la comunidad de Yanahuanca.

7. INFORME ESCRITO DE LOS ESFUERZOS QUE EL NIÑO REMIGIO EMPRENDIÓ PARA DESCUBRIR AL AUTOR DE UN COMLOT QUE PONÍA EN PELIGRO LAS ASAMBLEAS DE YANAHUANCA

Ilustrísimo, respetadísimo, queridísimo, sobonsísimo, rapidísimo señor Subprefecto de Yanahuanca:

Remigio, admirador y ayayero de la obra de Su Excelencia, ante usted se presenta y expone:

Que está demás aclarar que el suscrito, de cuerpo presente, en plena posesión de sus facultades mentales, es un ferviente partidario del régimen;

Que como informan los «Comercios», en ediciones que tengo a la vista, hace poco el General Odría se quebró un pie;

Que siendo yo cojo de nacimiento, es decir, desde atrás del vientre de mi mamacita, la infrascrita cojera es una prueba más de mi identificación con el gobierno;

Que en realidad usted mismo, señor Subprefecto, como dignísimo representante político del ilustre Cojo que nos preside fue la persona más interesada en identificar al individuo o individuos que con sus ventosidades maldecían a la ciudad de Yanahuanca;

Que como a todos consta un individuo o individuos sin patriotismo desde hace un tiempo desportillan las paredes con sus susodichas ventosidades;

Que repetidas reuniones de notables, promovidas para res-

paldar la candidatura única de nuestro ilustre Cojo, para evitar que otro gane las elecciones, debieron disolverse a consecuencia de esas bombas lacrimógenas de fabricación casera;

Que deseoso de demostrarte, Niña Conchi, mi adhesión al régimen, decidí iniciar una investigación que descubriera el pedo que ocultaba la cara de los culpables;

Que con tal fin y con mis ahorros personales adquirí diversas calidades de anilina alemana;

Que creyendo servir a los principios de «hechos y no palabras», disimulé dicha anilina en los asientos del Salón de Actos, con la finalidad de que la alemana impregnara las ventosidades de los farsantes y los denunciara por el color de sus pedos, ya que todo es según del cristal con que se mira;

Que creyendo desarrollar una labor cívica en pro del ornato de la provincia, y por pura mala suerte, resultó que ese día usted había comido, señor Subprefecto, su plato favorito de tacu-tacu con apanado;

Que en fojas anteriores consta mi modesta idea de descubrir por el color de los pedos al autor de los desmanes, con tal mala leche que los infrascritos pedos resultaron anaranjados, color que se había sentado en su silla antes que su Excelencia;

Que habiendo yo cumplido ya tres siglos y seis minutos de cárcel, sin tener respuesta alguna a mis cartas, por culpa de la alemana y por tu amor, Conchito;

Que estoy solo;

Que recibir respuesta tuya, señorita Subprefecto, es Justicia que espero alcanzar, Dios mediante, garrapata panzona, barriga con ojos, granero de sandeces, depósito de bellaquerías, barril sin fondo, plátano mosqueado, mariposa, anaranjada, picaflorcito, vicuñita. No necesito amar, absurdo fuera repetir el Sermón de la Montaña, por eso he de llevar hasta que muera todo el odio mortal que me acompaña.

Con mi amor eterno (sello).

REMIGIO
(El Auténtico)

8. VERÍDICA CRÓNICA DEL REPARTO DE TIERRAS DE PUYHUÁN

Yo seguí viviendo en la cueva Jupaicanán. ¿Conoce Jupaicanán? ¡Mejor! Es lluvia, lluvia, lluvia. Cuando escampa bajábamos a recoger estiércol de llama. Sólo con humo se combate a los murciélagos. Jupaicanán es la patria de esos pestíferos. Es difícil encontrar lugar seco en esa cueva. Seguimos allí. Una sola esperanza nos mantenía: pronto acabaría el verano.

—Garabombo, se acerca octubre —me dijo un día mi mujer, Amalia.

—Ya sé.

—Octubre es el mes del reparto de la tierra. Todos los octubres don Gastón reparte los lotes, Garabombo.

—Ya sé.

—Quizá se haya olvidado que lo ofendiste.

Los murciélagos sonaban «plaf, plaf». Yo seguí alimentando la fogata.

—No eres el único que ha sido perdonado. ¡Acuérdate del cojo Grijalva! Don Gastón le quitó su lote, pero al año siguiente en octubre el cojo le lloró y don Gastón lo perdonó. Quizás a nosotros también nos perdone. ¿Por qué no bajas?

—Lo pensaré.

Casi no dormí. ¿Y si Amalia tenía razón? ¿Por qué no? ¿Qué perdía intentando? Amaneciendo, comuniqué:

—Amalia, creo que bajaré.

—¡Suplica, Garabombo! Quizá te hayas curado, quizá don Gastón te vea y nos autorice a ocupar un sitio. ¿Por qué no? ¡Quién sabe sembramos maíz y criemos ovejas! Quizá...

Santos Julca me confirmó que el reparto sería el tres de octubre en la quebrada Mixque. Bajé la víspera. Era día de fiesta. En toda la quebrada sonaban cornetas y tambores. Cientos de cientos de hombres, de mujeres y de niños esperaban que clareara. A eso de las diez una gritería anunció a don Gastón flanqueado por sus yernos, sus caporales. Don Gastón, un magnífico jinete, se lucía con los potros nerviosos. Ese año montaba el zaino Emperador. El N.º 1 montaba a Picaflor, el N.º 2 a Rocío y el N.º 3 a una yegua cuyo apellido no recuerdo. Emperador trotó hasta el extremo de la quebrada. Don Gastón Malpartida se detuvo y se persignó:

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo repartiremos los terrenos. ¡Bendición para los piadosos! Cada hombre recibirá terreno y semilla según el número de sus hijos. El que tiene cinco hijos recibirá cinco sacos de semilla; el que tiene tres, recibirá tres, el que no tiene ninguno recibirá un saco.

La gente se enfrió. Un saco de semilla produce cinco, seis sacos cuando más. Eso no alcanza para comer un año. Pero nadie se atrevió a murmurar. Don Gastón comenzó a repartir.

—Desde aquí hasta donde se pare Emperador sembrará Francisco Guerra.

Su potro se disparó seguido por los animales de los Yernos. Corrimos detrás de Emperador. Don Gastón se paró a unos cien metros.

—Desde estas pencas hasta donde yo me pare ése es el lote de los Guevara.

Emperador corrió unos doscientos metros.

—Desde aquí hasta las piedras sembrarán los Bollardo. Corrimos.

—Desde aquí hasta donde se pare Emperador le corresponde a los Guzmán.

Corrimos toda la mañana. Según el capricho del caballo la gente se quedaba triste o contenta, porque a veces Emperador se detenía más lejos que lo calculado y don Gastón Malpartida se reía: «Al que San Pedro se lo dio, Dios se lo

bendiga.» Pero desde el mediodía fue retaceando los lotes. En la tarde sólo repartía pedacitos. Por fin sólo quedaron por repartir las tierras de los viejos y las viudas. Eran las cinco. Dos Gastón se descubrió y se persignó:

—¡Pidamos a Dios una buena cosecha! Los tiempos son difíciles. Recemos juntos para que Dios se acuerde de Chinche. ¡Que no haya sequía! En el Sur la gente ha pecado. No cae una sola gota de agua. Los campos se agrietan. La gente huye, los pueblos se vacían. Los fugitivos salen a las carreteras y antes de morir suplican a los viajeros que se lleven a sus hijos. Pero los viajeros no se detienen en la tierra maldita. ¡Ojalá no suceda lo mismo en Pasco! ¡Que la lluvia bendita nos visite!

—Recemos —coreó el Yerno N.º 1.

—Padre nuestro que estás en los cielos —comenzó el N.º 2.

Rezamos un padrenuestro, luego don Gastón nos bendijo. Los viejos se angustiaron. Mirando que se preparaba a partir el viejo Honorato Barrera se acercó.

—¿Y nosotros, patrón, qué recibiremos?

—Ustedes ya no trabajan. En Chinche el que no hace su obligación no tiene terreno. ¡Falta tierra! En la hacienda sólo come el que trabaja. Para los ociosos no hay sitio.

—No soy ocioso —dijo Barrera—. He servido a la hacienda setenta años. A tu difunto padre le consta. Ya no tenemos fuerzas. Ser viejo no es pecado.

El viejecito Iván Lovatón dijo:

—Por tu orden yo he celebrado las fiestas en la comunidad. He cumplido con las santas obligaciones. Allí gasté toda mi plata. No me queda nada para vivir.

—Nosotras las mujeres no podemos faenar —dijo la viuda de Leonidas Santiago—, pero nuestros hijos necesitan comer. Por fuerza tenemos que sembrar. ¡Necesitamos tierra!

—La hacienda no es pila de agua bendita. El que no hace su obligación no tendrá terreno. Si no han tenido suerte, no insistan; y si la vida en esta hacienda no les gusta, busquen otro lado. ¡Váyanse!

—¡No nos regales la tierra, don Gastón! ¡Ten corazón, alquilanos un pedazo!

La viuda de Leonidas Santiago se prendió al estribo de plata.

—En Chinche hay demasiadas bocas. La tierra no da.

Mirando tanto desprecio yo sentía una quemazón y grité:

—¡En esta hacienda ni Jesucristo encontraría posada!

Y afrenté a los pedigüños:

—¡Aprendan! Ése es el pago de todos sus servicios. ¿Para qué han trabajado? ¿Para qué le sirve a don Iván Barrera haber servido setenta años? ¿Para qué le sirve a don Florentino Espinoza haberse desplomado ochenta años? La tierra no es mezquina, pero el dueño es avaro. Eso que ustedes llaman desgracia se apellida Malpartida. —Grité y grité. ¡No me importaba que los caporales me acabaran a latigazos! ¡No me importaba nada! Largo desagüe mi corazón. Pero nadie me oyó. ¡No me veían! Ni don Gastón Malpartida ni el N.º 1, ni el N.º 2, ni el N.º 3, ni sus caporales me descubrían. ¡No me miraban! No eran gente de aguantar pulgas. De oír mis afrentadoras palabras me hubieran despellejado a latigazos. ¡Pero en esa época yo era invisible!

Dos Gastón Malpartida se alejó. La tarde cayó sobre la polvareda de los Yernos. El viento rascaba el pajonal. Subimos a la loma Puyhuán, un espolón de tierra negra. Entre viejos, viejas y rebeldes seríamos sesenta. Los jinetes eran ya luciérnagas. El viejo Iván Lovatón se agachó, recogió un puñado de tierra y la dispersó.

—¡Así de negra es mi vida! —Se sentó en la naciente oscuridad—. ¡No sirvo para nada! ¡Qué desgracia ser viejo!

La noche acuchillaba Mixque.

—¿Qué haremos?

—¿De qué viviremos este año?

—¿Cómo mantendremos a los hijos menores?

—¿Es posible morir sin justicia?

—¿Y si fuéramos a reclamar a la Subprefectura? ¿Si fueras tú, Garabombo? Tú hablas bonito —dijo Bernardo Bustillos.

—¡Soy transparente! No me ven, Bernardo, pero aunque me vieran nada sacaríamos con quejarnos. El Subprefecto es de ellos. Es por demás quejarse.

—¿Y si fuéramos a quejarnos a Lima?

—Sí, sí, vayan.

—He vivido setenta años —dijo Iván Lovatón—. No conozco a nadie que se apellide Justicia.

—¡Peor será! Nos botarán de las casas —dijo la viuda Santiago, temerosa.

—Para quejarnos hay que entrar todos en el acuerdo. Si hay alguien en contra, no se puede. ¿Quiénes quieren quejarse?

Viejos y viejas levantaron la mano.

—Hacen bien en quejarse —dijo el viejo Jiménez—. Yo moriré este invierno, pero ustedes vean por los menores. Ustedes son jóvenes, fuertes. ¡Actúen!

—Si ustedes cooperan con los gastos, viajaremos.

—¿Cuánto sería?

—Un sol o lo que puedan. ¿Se puede? Yo coopero con treinta soles.

—Yo, con quince —dijo Bustillos.

—Las viudas cooperaremos con cancha y charqui. Nosotras les prepararemos el fiambre.

El viento era tan fuerte que el Ojo cambió de posición. No quería hacerlo sufrir. Quería llevárselo de encuentro, con el primer cartucho.

9. TEXTO INCOMPLETO DE LA AUTÓGRAFA.
QUE REMIGIO DIRIGE A UN SARGENTO
CUYO NOMBRE POR EDUCACIÓN NO QUIERE
PRONUNCIAR

Queridísimo sargento:

Estando preso creo que es inútil que oculte mi identidad: soy yo.

Admirado Sargento, ya lo vi con su uniforme nuevo. ¡Qué tal pinta! Parece que fuera mi gemelo.

Marcial Sargento: hace días la señora de los bizcochos presentó una denuncia completamente falsa. Se trata de unos bizcochos que me comí. Esta vieja maldita dice que tenía treinta bizcochos y que yo me comí diez. Como si yo fuera un muerto de hambre. Yo sólo me comí diez.

Por culpa de esta calumniadora fui citado a concurrir al Puesto de su simpática presidencia, y como de tonto no tengo un pelo, me robé un pavo. No es que yo piense que la policía acepte sobornos, pero sí caballos, putas, terrenitos y regalos. Y ¿qué mejor regalo que un pavito?

No bien recibí su gentil invitación y considerando que estaba peor que palo de gallinero (el de abajo), apersoné al pavo hasta su digna dependencia con dicho objeto de soborno.

Simpático sargento: el pavo fue recibido con aplausos. El suscrito también, pero en el culo. En síntesis: el cabo Minches se apoderó del pavo que yo destinaba para sobor-

nar al Sargento Cabrera, ese pingamuerta moco-de-pavo, a quien usted quizá conozca pues pertenece a la Guardia Civil.

A mí me metieron al calabozo y al pavo al horno. Me lo merezco por bestia. Debí llevar dos. Y lo peor de todo es que ni los pavos ni los bizcochos me costaban nada. Pero ¿para qué digo cosas que usted no entenderá? A mí me importa un carajo que el Sargento Minches se apoderara del pavo Cabrera. Total, no era mío. Pero por lo menos, mi cabo, mándeme una presita. Yo soy inocente. Yo no me comí los bizcochos ni el pavo. Y para que vean, vomito. ¿Ya ves? ¿Qué le dije? He vomitado. ¿Qué he comido? De chico casi nada; de grande, nada. Y ahora, en vísperas de mi resplandeciente madurez, cerca de mi edad de oro, de vez en cuando como galletas y bizcochos robados. Soy, pues, inocente.

Si el señor Presidente de la República está libre, ¿por qué estoy yo preso?

Distinguidísimo Capitán:

Mi Capi: usted se merecía este ascenso.

Usted es justo, honrado y nunca acepta regalos. El pavo no lo aceptó porque me lo quitó el cabo Minches. (Entre paréntesis, ¿cómo estaba la pechuga? Porque hasta aquí llegó un olorcito de chuparse los pies.)

Mi Mayor, qué bien le queda el uniforme nuevo. Ya lo vi con sus cuatro pitas. Se merecía el nuevo galón. Yo siempre lo he dicho: Cabrera, usted es un tipo cojonudo y estoy seguro que con su nuevo uniforme tendrá con las mujeres casi tanto éxito como yo. (Atención: eliminar este párrafo porque ni Cabrera se lo creerá.)

¿Por qué no está preso el Presidente de la Corte Suprema? Hay juicios en el Perú que duran cuatrocientos años. Hay comunidades que reclaman sus tierras hace un siglo. ¿Quién les hace caso?

¿Por qué no está preso el juez Montenegro?

¿Por qué no está detenida la justicia?

Y sobre todo, ¿por qué no está preso usted? Si se la da de macho, métase preso. Usted sabe que es culpable. Y en cambio, yo sé que soy culpable.

Teniente: si usted sigue paseándose por el Puesto mor-

diendo una pata de pavo y sin contestarme, lo vuelvo a degradar.

Alférez: le doy treinta segundos. O me da la pata de pavo o lo reduzco a su verdadera condición.

Guardia Cabrera: usted no es ni siquiera un hombre inferior, es un vegetal superior.

Observaciones:

1) Escribir un anónimo al sargento Cabrera diciéndole que se mire al espejo:

2) Escribirme un anónimo a mí mismo para que nadie sospeche. No poner muchos elogios y tratar de escribir mal.

3) Me he olvidado.

4) Tratar de recordar lo que me he olvidado.

5) En su defecto, olvidarlo.

Consuelito, Conchito, no llores. No te tires a la pena. Éste es el precio que una mujer anónima paga por el amor de un hombre célebre. No fui a la cita porque estoy preso. Además porque no tengo el gusto. Joven masturbador busca cambiar costumbres y desea establecer relación con solterita estable pero con ahorros. Si tiene más de cinco mil, mejor. Escribir a «Joven moreno y honrado», Cárcel de Yanahuanca, Remigio C/O Cabrera, Minches. ¡No, mejor no! Son capaces de tirarse las cartas y a mi novia, y eso yo como hombre no lo puedo permitir.

Sí, ya me dieron la escoba, mi cabo. Ya limpié el baño. Y ahorita me voy a darles agua a los caballos. ¿Qué hubo de la presita? No, es una broma, mi cabo. ¡Ay, mi cabo! Pégueme donde quiera, pero no me malogre la pinta, ni me pegue en la ingle porque me puede privar de mi instrumento de trabajo. Atención: interrumpo la carta por razones de fuerza mayor.

Con mi amor eterno,

REMIGIO.

10. OFERTAS QUE A SU RETORNO A CHINCHE GENTILMENTE LE HICIERON A GARABOMBO, EL VISIBLE

En la mira del fusil máuser el jinete envejecía vertiginosamente. Agazapado entre las rocas el Ojo consideró la bajada. Paso a paso el jinete descendía: se perdió detrás de las rocas: tenía treinta y cinco años. Salió del roquedal: cumplió cuarenta y cinco. En la orilla del puente se detuvo: cumplió cincuenta y cinco. Era una pasarela estrecha. El Chaupihuaranga rugía amargo, chocolate: cumplió sesenta y cinco. Se rascó el pómulo: cumplió setenta y cinco. Cuidando que el caballo no se espantara avanzó: cumplió ochenta y cinco. En la línea de mira el Ojo casi se compadeció. Garabombo miró la pasarela arruinada por la incuria de los tenientegobernadores: faltaba uno de cada dos tablonés. Se estremeció. Hacía cinco años que señalando con dedo lívido el puente de Chirhuac le había dicho a su cuñado: «Melecio, cruzando ese puente me volví invisible.» Cumplió ciento cinco años. El sol peleaba con la espuma colérica. Se rió y cruzó el puente al galope. El ventarrón lo lavaba de temores, le devolvía la seguridad. Ningún jinete, ninguna llama, ningún rebaño estorbaban la soledad de la puna infinita. Y a medida que el viento se encolerizaba se percibió poderoso. Cabalgó toda la tarde. Amaratado por la noche divisó Chinche. ¿Lo verían o no lo verían? Oscuro ingresó a la única callejuela. Nada había cambiado: en el fango del cuadrado hozaban cerdos

flacos. Era mejor la noche. No quería exponerse a nuevos equívocos. Primero se informaría. Caminó en la oscuridad. Distinguió luz en la casa del difunto Eusebio Cuéllar. Su corpachón enflaquecido, sus ojos ardientes, surgieron en la puerta. Una mujer alta, de dolorosos ojos bellos, empozados de asombro, casi de terror, se levantó.

—¡Garabombo! —gritó Amalia Cuéllar antes de desplomarse sobre el pecho esquelético—. ¡Garabombo!

Sintió el galope del corazón y lloró, lloró largo rato, sonrió y volvió a llorar, pero luego se recuperó y le sirvió un plato de papas humeantes.

—¡Ajicito! —pidió Garabombo mirando con ansiedad las papas amarillas. ¡Cuántas veces durante su carcelería había soñado hartarse de esa papa maravillosa! Porque en las serranías hay papas amarillas, moradas, rojas, azules, negras, de colores y sabores desconocidos en Lima.

—Me voy a avisar a Melecio —dijo Amalia, todavía llorosa. Garabombo untó la papa en el mate de ají. Seguía masticando cuando los Cuéllar ingresaron.

El alto Melecio Cuéllar se detuvo indeciso, incrédulo.

—¡Cuñado!

—¡Cuñadito!

Se abrazaron. Melecio palpó las carnes disminuidas de Garabombo.

—Bustillos nos dijo que habías salido.

—Estuve en el hospital. De la cárcel salí bien enfermo. Dos meses estuve en el Dos de Mayo. ¡Casi estiro la pata!

El cabello de Melecio Cuéllar había encanecido. El pelo de todos los Cuéllar se nevaba prematuramente.

—¿Para qué vienes?

—Para recuperar a mi mujer y seguir en la lucha.

—¿Qué lucha?

—La comunidad seguirá luchando por sus tierras.

—Mejor averigua, Garabombo.

—Mañana mismo buscaré a don Florentino Espinoza. ¡Bendito capillero!

—Don Florentino ha muerto, Garabombo. Casi todos los viejos han muerto. De la cárcel salieron a morir.

—¿Evaristo Canchari ha muerto?

- No aguantó la cárcel.
 - ¿Sebastián Jiménez ha muerto?
 - Ha muerto.
 - ¿Y don Arcadio Guerra?
 - El mes pasado lo enterramos.
 - ¿Y el músico Eliseo Silverio?
 - Murió al día siguiente de su llegada.
 - ¿Y el resto?
 - ¿Qué resto?
 - ¿Los otros presos... los otros rebeldes?
 - ¿Qué rebeldes?
 - Los que estuvieron conmigo en la cárcel.
- Melecio Cuéllar abandonó los brazos.
- Entonces, ¿he estado preso por gusto?
- Melecio Cuéllar se levantó.
- ¡Mañana hablaremos, cuñado!

Garabombo se quedó mirando la luz que agonizaba. La mujer temblaba de deseo, pero Garabombo no se movió. En las sombras que trazaba la lámpara moribunda reconocía los bultos de los viejos, el pausado caminar del capillero Florentino Espinoza, la continua tos de Evaristo Canchari, la cara asustada de Bustillos.

—¡Garabombo! —suspiró la mujer.

—¡Buenas noches, Garabombo! —murmuró desde la puerta Sixto Manzanedo. Garabombo aguantó la mirada. Pero se equivocó: usando modos respetuosos Manzanedo —había engordado— preguntó:

—¿Se puede?

—Pase, don Sixto.

—Gracias, Garabombo.

—¿Qué se le ofrece, don Sixto?

—Vengo a saludarlo en nombre de los Yernos.

Garabombo se sentó sobre un saco de cebada.

—Don Antolino me ha dicho: «He sabido que Garabombo ha llegado de Lima. Anda y salúdalo en mi nombre.»

—Gracias.

—Más me ha dicho.

—¿Qué?

—«Dile que me gustan los hombres macho. Yo quiero te-

ner en mi hacienda hombres como Garabombo, ¡con huevos! » Eso dice también el número dos.

Mostró sus dientes sarrosos.

—Te ofrece el puesto de primer caporal.

Garabombo se levantó. La vela parpadeaba.

—¿Tú no eres el primer caporal?

—«Quiero que Garabombo sea el primer caporal de Chinche. Quiero hombres y no cojudos.» Así habla el número uno.

Exhalaba resentimiento.

—Tú no eres ningún cojudo.

—No sé.

Alzó los hombros. Garabombo se acercó hasta casi tocar el sombrero.

—¿Qué me ofrece?

—Casa y terreno y campo libre para tus animales.

—¿Y el sueldo?

—«Que él marque el sueldo». Así dice el número uno.

Garabombo sintió el tamaño de la noche. Miró la luz derrotada.

—No, gracias, don Sixto.

—¡Pero tú marcarás el sueldo!

—No, gracias.

—No seas tonto, Fermín —se animó Manzanedo—. Nadie se acuerda de los reclamos. ¡Mira por ti! ¿Quién se acordó de ti en tu ausencia? ¿Alguien te llevó un pan a la cárcel?

Garabombo no contestó.

—Ya no hay rebeldes en Chinche, Garabombo. De la cárcel todos salen mansos.

—Buenas noches, don Sixto.

El caporal se colocó el sombrero y salió sonriendo. ¡Había estado a un pelo de ser el ayudante de Garabombo!

—Manzanedo tiene razón, Fermín —suspiró la mujer—. ¡Nadie se ha acordado de nosotros! ¡Si te contara!

—¡Permiso!

Eludió monturas y aperos y salió.

—¿Adónde vas? —preguntó la mujer, temblando de nuevo.

No respondió. Salió a la noche plagada de estrellas. La luna fulguraba sobre los perros tirados. Recorrió la callejuela y comprobó que su memoria no olvidaba nada. Caminó ha-

cia el cementerio. Un viento áspero lastimaba las rústicas capillitas. Porque en las cordilleras el tiempo crudelísimo obliga a defender las cruces del viento, metiéndolas en minúsculas capillitas de barro. Recorrió las tumbas. Se detuvo delante de una modestísima iglesita de barro de unos cincuenta centímetros de alto: la tumba de su madre. Se arrodilló y rezó; se levantó y recorrió las tumbas plateadas por una luna que toleraba el reconocimiento. Revisó las tumbas nuevas y encontró los nombres del capillero Florentino Espinoza, de Evaristo Canchari, de Eladio Espinoza, Prematuro Lovarón, Sebastián Jiménez. Se arrodilló delante de la tumba del capillero y gritó:

—¡Ya no hay rebeldes, don Florentino! Por gusto murieron ustedes. No es cierto lo que usted decía que un día Chinche sería libre. Todos los antiguos presos son caporales. ¡Hasta Cristóbal es favorito del N.º 1!

11. DE CÓMO EL OPA LEANDRO LOGRÓ QUE EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA LE REGALARA UN TROMPO

El sol venció, por fin, en los eucaliptos. El Niño Remigio ingresó al jirón Bolognesi murmurando: «venganza, venganza». Sentía hambre. Se dirigió a «La Estrella». A media cuadra lo divisó Brazo de Santo. Un poncho desgarrado cubría su cuerpecillo. No tenía pantalón, ni camisa, ni zapatos.

—¡Niño, Niñito! —gritó. Detrás de las tapias surgió el Opa Leandro. Era un poco más alto que Remigio y vestía pantalones de piernas de tejidos diferentes y una camiseta tan sumaria que se le veía la carne de gallina.

—¡Niño, Niñito!

—¿Quién es?

—Ponte tus lentes, niñacha —suplicó el Opa Leandro, emocionado.

El Niño Remigio se colocó los lentes sin luna y sólo entonces descubrió a Brazo de Santo y el Opa.

—¿De dónde vienes, Niño?

—Vengo de Lima.

—¿Cuándo llegaste?

—Estoy llegando.

Siguió caminando. Hacía meses había visto que el senador por Pasco no se detenía cuando los principales se le acercaban y adoptó la costumbre.

—He hablado con el Presidente. He acusado al juez, al no-

tario, al sargento, al cura, al jefe de línea. He embarrado a todo el mundo. Yo mismo me he acusado. El general me ha felicitado. En el próximo correo llegará mi nombramiento.

—Favorcito, don Remigio —suplicó el Opa Leandro.

—¡He informado! ¡Ya verán!

—¿Un caramelito, don Remigio? —El Opa sonrió con su incansable alegría. Era chinchino. Hacía años que por una falta que nadie recordaba, Antolino, el Yerno N.º 1, lo había condenado a vivir en el chiquero de la hacienda. El Yerno N.º 1 pensaba castigarlo una semana, pero viajó a Cerro, encontró problemas y tuvo que seguir a Lima; en la capital se demoró nueve meses. Nadie es atrevió a libertar a Leandro: nueve meses vivió, se alimentó, durmió con los cerdos: salió murmurando que era Jesucristo.

Sin dignarse mirar, Remigio recibió el caramelo, se lo metió a la boca y luego sacó del bolsillo de su overol desteñido una hoja de cuaderno y un lápiz minúsculo. Se sentó en una piedra y escribió:

Yanahuanca, a tantos días del siglo en curso.

Señor Presidente de la República:

Hace unos días que el firmante de esta carta, por otras palabras, el occiso, sirviendo de mozo en el banquete cívico que con motivo de su candidatura única celebró el señor Subprefecto por gentil invitación de la Guardia Civil, escuchó que en su discurso el Subprefecto dijo: «El general Odría está enderezando el país y todas las cosas torcidas las vamos a poner derechas.»

Confianto en la bondad de su régimen, que sólo encarcela a los opositores y a los que hacen uso del derecho de reunión, cosa que yo jamás hago porque siempre ando solo, a usted respetuosamente solicito que me enderecen la pierna. En caso de no ser posible (cosa que para un general es imposible) o en su defecto (el mío) solicito directamente otra pierna; uno sola porque la otra anda bien. Ambicioso no soy. Yo sé que se viene de nuevo la guerra con los monos y que el ejército tiene almacenes de piernas de todos los tamaños, incluso 16, que es mi número, para componer a los heridos de la guerra que usted ha tenido el honor de dirigir.

Siendo cojito, mal podría correr. Y no es que yo supon-

ga que el ejército corre: lo sé.

—Un cuyecito, don Remigio —insistió el Opa Leandro. A unos metros. Brazo de Santo se metió la mano debajo del poncho. No tenía pantalón. Su mano viciosa comenzó a trabajar. Remigio se volvió sorprendido.

—¿Cuy?

—Recién horneadito... ¡Carne de autoridad, don Remigio!

—A ver.

El Opa Leandro le ofreció un cuy robado del comedor del «Mundial». Remigio comenzó a masticar, a chupar y escupir huesitos.

—A usted, que se cartea con el Presidente, quisiera pedirle un favorcito.

—Usted dirá —dijo Remigio, que abandonaba el tuteo tan pronto alguien le pedía algo—. ¿Qué quiere?

—Ya que usted es compadre del General, quisiera pedirle que me regalen un trompo.

—No tengo tiempo o viceversa.

El rostro del Opa Leandro se mustió.

—Pero usted se ha comido mi cuy.

—A usted qué le importa o viceversa.

Pero el Opa no había agotado sus recursos. Debajo de los harapos sacó un almanaque. Los ojos de Remigio fulgieron de ambición.

—¿Y se puede saber de dónde consiguió es almanaque o viceversa?

El Opa Leandro estalló en carcajadas. Remigio alzó los hombros y volvió a la carta.

Yo debo decirle, estimado Apolinario, que por pura ojeriza las autoridades de la provincia dicen que quiero una piedad para ennoviarme con una tal Consuelo cuyo nombre no escribo por respeto a su alta investidura. En realidad la susodicha es aprista y conocida opositora del régimen, mientras que el suscrito, a quien Dios tenga en su gloria, es oportunista de hueso colorado.

Ha vuelto la señora de los bizcochos a reclamar. Yo ¿qué culpa tengo? ¿Yo he horneado los bizcochos? ¿Yo vendo los bizcochos? ¿Yo soy un bizcocho? Entonces ¿qué me reclama? Por favor, señora, no levante la voz porque si pongo sus gri-

tos en la carta puede usted ir presa. ¿Cómo? ¡La suya! ¡Será la suya! Bueno, basta ya, ¡carajo! Yo no recibí la plata y por último aquí tiene sus bizcochos. Como usted ve, aquí la gente es muy grosera, señor Presidente, y creo que amerito con mi paciencia la susodicha pierna para largarme lo más pronto posible de este pueblo de mierda donde por cada diez personas hay once imbéciles.

Entre paréntesis, he visto a la reclamante revolcándose con el Subprefecto. ¿Qué clase de autoridades tenemos? No me provoquen. No me obliguen a hablar. Es justicia que espero alcanzar. Por culpa de este estúpido reclamo (me refiero a los bizcochos y no a mi pierna) he perdido los papeles y lamentablemente no puedo dar el número de mi libreta electoral. Sólo recuerdo un número: no sé bien si es 5 ó 9.

REMIGIO, EL INCONDICIONAL

L. E.: 5 ó 9 (siguen números).

Lo interrumpió el jadeo de Brazo de Santo, embarcado en su frenética delicia.

—Regálame el almanaque y le daré su encargo al Presidente o viceversa.

El Opa Leandro entregó el calendario, chillando. Remigio escribió:

Que el aquí presente señor Opa Leandro, peruano con el agravante de ser pobre, quisiera, querido Apolinario, presentar una solicitud...

—¡Trompo, trompo!

Remigio tachó y corrigió: *peruano con el agravante de ser pobre, pero no cojudo...*

—¡Trompo, trompo!

...quisiera, señor Arzobispo, solicitar el envío urgente de un trompo de madera de naranjo.

—¡Naranjo, naranjo!

El Opa Leandro se sentó a admirarlo.

—¿Es linda Lima, don Remigio?

—El río Chaupihuaranga apenas cruzaría la Plaza de Armas.

—¿Y en qué viajó, don Remigio?

—Parte en bote y parte en camello.

—¿Qué es camello?

—Es un animal jorobado.

—Yo hubiera viajado en carnero, por la lana. Así no sentiría frío.

—Como usted es idiota no conoce la ventaja de los animales jorobados.

—¿Qué ventaja, don Remigio?

—¿De qué cree que está llena una joroba?

El sol resplandecía sobre los mocos del Opa Leandro.

—¡De inteligencia! Las jorobas están rellenas de inteligencia. Ésa es la ventaja de ser jorobado. ¡Ustedes nunca serán jorobados!

El Opa comenzó a lloriquear.

—¿Por qué lloras?

—Nunca seré jorobado —sollozó.

—Si todo el mundo fuera jorobado, ¿cuál sería la ventaja?

Los sollozos se convirtieron en un llanto desesperado.

—El Presidente de la República —dijo Remigio— ha acordado su pedido.

El Opa Leandro se chupó los mocos y sonrió.

—Sírvese en nombre del General.

El Niño Remigio sacó un trompo listado de amarillo, de verde y de rojo que le había regalado un comunero de Tapuc, encarcelado por estupro, en pago de unas cartas.

—¿Y para qué viajó, don Remigio?

—Viajamos a presentar la queja.

Una carcajada burlona se mezcló al jadeo de Brazo de Santo. Remigio se enfurruñó.

—¡Viajamos! Garabombo sabe.

Brazo de Santo descansó en la playa de su placer, pero siguió riéndose.

—¡Bustillos es testigo! Garabombo me suplicó: «Remigio, acompáñame. Nosotros nos confundimos, pero si tú prestas tu inteligencia, saldremos adelante.»

—¿Cuánto cobró por su trabajo, don Remigio?

—Una libra de caramelos y un panetón.

El Opa Leandro se relamió los labios.

—¿Fue difícil el viaje, don Remigio?

—¡Qué va!

—¿Es cierto que para cruzar la pampa de Junín se demora cinco años?

—No fuimos por allá. ¡Viajamos en bote!

12. PERIPECIAS QUE GARABOMBO Y BUSTILLOS Y/O REMIGIO SUFRIERON CUANDO A LA PERLA DEL PACÍFICO EN POS DE JUSTICIA VIAJARON

«Yo fui el de la idea del bote. La gente viaja a Cerro a caballo. ¡Pobrecitos! Por la nieve van. ¡Tontos! Se exponen a los controles. Yo le dije a Garabombo: “¡Atención con los controles! Tú eres invisible, pero ¿nosotros? Propongo el bote, señores.” “¿Qué dices?” “El bote. Construyamos una lancha como *La Constitucional*.” Bajando Uspachaca el río Chaupihuaranga se bifurca. El ramal izquierdo desciende a Huánuco y el derecho sube a la Cordillera Negra. “Nunca supe que los ríos subían. ¿Por qué la gente no los utiliza?” “¿Por qué la gente no vuela? Pues ya lo sabes.” “¿Y los animales?” “¿Qué animales?” “Los tigres, los elefantes, los leones.” “Yo me encargo.” “Tú mandas, Remigio.” En secreto construimos el bote. Yo mismo escogí la madera en el bosque de la compañía Huarón. El capillero Espinoza recolectó el dinero y las viudas prepararon los fiambres. En persona supervisé la construcción del *Huáscar*. Pocos conocen el camino del agua. Ernestito me dijo: “¿Para qué fatigas, Remigio? ¡Flota! Mira cómo viajo tranquilo por el agua.” “Ese camino no existe, Remigio.” “Mejor, déjalos que crean que no existe.”»

Viejos y viejas esperaban en la plaza para bendecirlos. No amanecía. Solemne, terriblemente solemne, el capillero Espinoza les dio a besar el traje de Santa Bárbara. Salieron

antes de que clareara. Viajaron de noche. De día se ocultaban en las cuevas. Una semana les exigió cruzar las cordilleras. Llegaron a Lima en plena canícula. Bajo la resolana gelatinosa ganaron Cantagallo. El capillero les había dado una carta para su sobrino Clemente Espinoza, un chinchino llevado por el ejército que después de la conscripción había decidido quedarse en Lima. El capillero conservaba su última dirección. Garabombo y Bustillos la aceptaron por no ofender al viejo, pero dudaban que Clemente Espinoza siguiera, cinco años después, en la misma casa, pero ya en Lima buscaron.

«Ernestito tenía razón. Ernestito es el pescado que me contó todo. ¡Lindo Ernestito! Pocos conocen el camino. ¡Linda travesía! El río Chaupihuaranga bajó tres días y luego comenzó a subir. Al principio no se nota.»

—¿Qué quieren?

—Buscamos a don Clemente Espinoza.

—¿Para qué?

—Traemos una carta de su tío Florentino Espinoza.

—¿Ustedes son chinchinos?

—Somos chinchinos.

La desconfianza se esfumó.

—Yo soy Clemente Espinoza. ¡Pasen, paisanos! ¿Qué dice nuestra santa tierra? ¿Qué tal ha sido la cosecha?

—Ha sido buena, don Clemente.

—¿Y entonces por qué vienen?

—Sería triste contarle.

—Cuenten, hermanos, cuenten. ¡Pasen!

—¿Podría alojarnos unos días mientras presentamos una queja?

—La casa es muy chica. Sólo tengo dos cuartitos, pero pueden dormir en el patio. En Lima no es como en nuestra tierra. Nunca llueve. ¿Qué queja quieren presentar?

«Sólo cuando se miran debajo del agua los pueblos, los tejados, los campanarios, te das cuenta que el río sube. De lo más feliz, viajamos. ¡Qué risa! La Guardia Civil helándose en las garitas y nosotros navegando tranquilos, por la selva.

—¿Conoció tigres, don Remigio?

—Los conocí o viceversa.

—¿Y de qué vivían?

—De carne de tigre o viceversa. ¡Qué risa! Mirando el tamaño de los tigres los chinchinos se asustaron. Pero yo traía armas.

—¿Viajó armado, don Remigio?

—Llevaba cerbatanas o viceversa. Éramos chunchos.»

—Ya era tiempo. ¡Mucho se abusa en Chinche!

—¿Conoce usted a algún abogado?

—No conozco, pero no es difícil encontrar. Lima está empedrada de abogados.

—¿Podemos buscar ahora mismo?

—Ahora es tarde, pero mañana los guiaré.

Amaneciendo los acompañó hasta la avenida Manco Cápac. Allí los dejó diciendo: «Yo no podré acompañarlos porque en mi trabajo soy muy estricto, pero busquen, toda esta avenida está llena de placas de abogados. ¡Busquen, hermanos!»

Todo el día buscaron. No se decidían. Las placas de algunos abogados eran demasiado brillantes; las placas de otros, sucias y oscuras. «Éstos deben ser muy descuidados», decía Bustillos. Caminaron, caminaron. Por fin, en la tarde, encontraron una placa a la vez limpia y modesta. «Dr. Basurto, abogado de Asuntos Comunales.»

—Mira, Bernardo: aquí dice «abogado de Asuntos Comunales». Éste es el que nos conviene.

—La oficina es pobre. Sí, éste nos conviene.

Era, en efecto, una oficina pobre donde esperaban gentes humildes cuyo aspecto los tranquilizó. Un secretario mal trajeado les preguntó:

—¿Qué quieren?

—¿Es cierto que aquí atiende un defensor de asuntos comunales?

—Es cierto.

—Quisiéramos verlo.

—Tienen que pagar cincuenta soles por adelantado.

—Con gusto.

El doctor Basurto era un hombre menudo, de cara cobriza, empedrado de huellas de viruela.

—¿En qué puedo servirlos?

—Nosotros somos colonos de la hacienda Chinche de Cerro de Pasco, doctor.

—¿Quién los recomienda?

Hablaba con voz tranquila, dando tiempo a comprender.

—Nadie nos recomienda, doctor. En su placa dice que usted es defensor de asuntos comunales y como nosotros somos comuneros abusados...

El doctor Basurto sonrió.

—¡Han hecho bien! Yo defiendo a muchas comunidades. Hay abogados que sólo defienden a los ricos, pero yo defiendo a los pobres. En el Perú, sobre todo en la sierra, hay demasiado abuso. Hasta las autoridades son parciales.

Señaló la pared.

—¿Ven esos diplomas?

Garabombo y Bustillos miraron el muro casi cubierto por pergaminos enmarcados.

—Todos éstos son diplomas de agradecimiento de las comunidades. Es mi recompensa. —Y sonrió—. ¿Cuál es su problema, amigos?

—Nosotros representamos a los colonos de la hacienda Chinche, de la provincia de Yanahuanca, doctor. El dueño quiere expulsar a todas las bocas inútiles. Este año no ha repartido tierra a los viejos, a las mujeres ni a los rebeldes. Padecemos una pesada tiranía. Eternamente corremos tras las vacas, los caballos y los animales sin más sueldo que los golpes. ¡Queremos quejarnos!

—Hacen bien.

—Hemos oído que la ley autoriza expropiar para los indios sin tierra.

—Así es, hijos. ¡Explíquenme la situación!

Enumeraron los atropellos, los castigos, los decomisos. Pacientemente el doctor Basurto tomaba nota de todo. Cuando terminaron, el abogado exclamó:

—La Constitución estipula que los indios de las comunidades pueden solicitar, en caso necesario, una expropiación de tierras.

—¿También en Chinche?

—En todo el Perú.

—¿Nosotros también tenemos derecho?

—La ley ampara a todos los peruanos. Si quieren presentaremos un recurso. ¿Quieren?

—Sí, doctor.

Escribió y les leyó un recurso magnífico. ¡Qué claro figuraba todo, explicado con fórmulas y palabras desconocidas pero convincentes! En una hora el doctor Basurto se había compenetrado y expresaba el sufrimiento de Chinche como ellos mismos eran incapaces de hacerlo.

—Eso es sólo el comienzo. Luego presentaremos otros recursos. ¿Qué se creen los hacendados? ¿Piensan que todo el Perú es un corral? ¡No, señor! ¡La Ley es la Ley!

Golpeó sobre el escritorio.

—¿Quieren que los defienda hasta el final del juicio?

—¿Quién mejor que usted, doctor?

—¿Cuántos colonos hay en Chinche?

—Somos unos trescientos.

—¿Podrían cotizar un sol mensual cada uno?

—Podríamos.

—¿Pueden dejar algo a cuenta?

—¿Estarían bien trescientos soles, doctor?

—Muy bien.

«Era un tigre de unos treinta metros de largo. Bustillos comenzó a temblar. Pero yo le metí un flechazo. ¡Con las justas! Desde ese día comimos carne de tigre.

—¿Es rica, don Remigio?

—Es carne rayada pero alimenta. El León es más suave.»

Salieron entusiasmados. Los viejos se equivocaban. ¡Obtendrían justicia! ¡Por fin las autoridades conocerían los abusos! Esa misma noche viajaron a Cerro de Pasco. Garabombo no soltaba la copia del recurso. Leían y releían las palabras solemnes y graves. ¿Qué dirían los timoratos? ¿Qué diría Chinche? ¿Qué contestarían los López y los Malpartida? Tres días después llegaron a Chinche. Sin temor, en pleno día, ingresaron y buscaron la casa de don Florentino Espinoza. ¡No estaba! Un candado clausuraba su puerta. Buscaron entonces a Iván Lovatón. ¡Tampoco! Buscaron al viejito Jiménez. ¡Tampoco! Ninguno de los reclamantes vivía ya en la hacienda. Tres días después del viaje dos parejas

de guardias civiles habían llegado de Yanahuanca directos a la casa de don Florentino Espinoza.

—Se ha denunciado un robo. Tú debes saber.

—¿Qué robo, mi cabo?

—El señor Manzanedo dice que hace un mes regaló a la Virgen un exvoto de plata. Ha desaparecido. ¿Dónde está?

—Nunca regaló nada, mi cabo.

—¡Venimos a averiguar! ¡Dame las llaves de la capilla!

—No puedo, mi cabo. Hace cincuenta años que yo cuido las joyas. Nunca ha habido queja.

Lo sacaron a empellones.

—¡Socorro, cristianos! ¡Se llevan las joyas de Santa Bárbara! ¡Auxilio, cristianos!

Le metieron un culatazo, pero siguió bramando. Nunca se supo de dónde surgieron tantas gentes ni cómo encontraron valor para rodear a los guardias. Porque antes que los uniformados reaccionaran, las mujeres se prendieron a los fusiles. En vano los guardias golpearon y patearon. ¡No llegaron a abrir la capilla! Más que el miedo a la Guardia Civil, en los fieles pudo el pavor de desencontrar sus huesos el día del Juicio Final. No se llevaron las joyas, pero sí a los revoltosos. Ese mismo día el capillero Florentino Espinoza y los miembros de la Cofradía de Santa Bárbara de Chinche: Arcadio Guerra, Sebastián Jiménez, Diógenes Lovatón, Eliseo Silverio, Evaristo Canchari y otros quince rebeldes fueron trasladados a Yanahuanca acusados de ataque a la Fuerza Armada.

El Sargento Sifuentes, entonces jefe del Puesto se enfureció. Era la primera vez que en Chinche los comuneros se atrevían a resistir. Decidió darles una lección. Mandó pedir un retrato de don Gastón Malpartida. Manzanedo volvió con una fotografía tomada en el Campo de Marte durante la Primera Feria Nacional. La foto amarillenta mostraba un Malpartida aviador de un «Caproni» de cartón.

—Pues ahora —dijo el sargento Sifuentes— delante de este retrato jurarán que nunca se insolentarán con sus patrones.

El viejo Jiménez volvió los ojos al capillero.

—No nos hemos insolentado, mi sargento —respondió don Florentino.

—Basta de palabrerías. ¿Juran o no juran?

—No juramos.

—Jura o te ahogo en el río.

—Santa Bárbara me protegerá.

—Lo veremos.

Los condujeron al puente de Yanahuanca. Les volvieron a mostrar el retrato de don Gastón Malpartida saludando desde la carlinga que sobrevolaba lagos y bosques vieneses.

—Si no juran obediencia los ahogaremos en el río.

Los amarraron.

—Por última vez, ¿juran o no juran?

—No juro.

Lo colgaron sobre el agua siniestra, lo sumergieron y lo sacaron casi inconsciente. Más espantados que por el castigo los chinchinos contemplaron el inopinado coraje del hombre más manso de Chinche. Ninguno juró. Enfurecidos por una negativa de vejetes los guardias civiles repitieron siete noches el rito. La octava noche, tosiendo sangre, Diógenes Seda juró. La novena noche se humilló Eleuterio Guerra; la duodécima, Carmen Bollardo, un recién casado, aceptó el juramento. Pero los doce restantes se decidieron a morir. En el calabozo el capillero usaba sus filos de voz para recordarles que arriesgaban la eternidad del fuego sin orillas. Chinche se emocionó. Por primera vez los colonos osaban resistir. Por primera vez don Gastón Malpartida no imponía su voluntad. Seguían trémulos la lucha. Ahora cuando un jinete desgarraba el pajonal se precipitaban al camino. «¿Qué novedades?» «Los chinchinos resisten.» «¿Ninguno ha jurado?» «Ninguno.»

La luna lamía las cruces. Garabombo recordó también las amargas recriminaciones, el desbaratado color de los parientes de los presos.

—Ustedes los metieron en la lucha. Por su culpa nuestros viejos están presos. A ustedes les toca sacarlos —les gritó el hijo de Canchari.

—Mañana me presentaré al Puesto.

—¿Qué gracia tiene? Tú estás protegido. ¡Eres invisible!

—De todas maneras me presentaré.

—Es inútil —informó Melecio Cuéllar—. Los han trasladado a Cerro de Pasco.

—¿Cómo sabes?

—Yo vi cuando los embarcaban.

Bustillos y Garabombo viajaron a Cerro de Pasco, pero allí supieron que después de una noche en la cárcel de Cerro que los habían embarcado a Lima. Viajaron a Lima. Llegaron a las siete de un día nublado, triste; a las nueve se presentaron a la oficina del doctor Basurto. Era una de esas mañanas limeñas que sólo toleran la llovizna. Pero la vista de la placa «Defensor de Asuntos Comunales» los restauró. «Por algo nuestro abogado tiene tantos diplomas.» Pero entrando se congelaron: en la sala, detrás de puros ostentosos, esperaban el Yerno N.º 1 y el Yerno N.º 3. No los miraron. Poco después los Yernos ingresaron. Casi media hora después el doctor Basurto los acompañó hasta la puerta.

—Doctor, quisiéramos decirle una palabrita —exclamó Garabombo.

—Estoy muy apurado. ¿No pueden venir otro día?

—Sólo una palabrita, doctor.

—¿Qué quieren?

—Quisiéramos informarle de un sucedido en la hacienda Chinche.

El abogado los detuvo con un gesto.

—¡Un momento! Me he informado que ustedes están acusados de asuntos políticos.

—Es por las joyas, doctor.

—¡No quiero enterarme! ¡No me meto en política! Yo defiendiendo a comuneros, no a agitadores. Basurto es el defensor de los pobres, pero no es cómplice de políticos. ¿Han visto los diplomas? ¿Quién se los regaló a Basurto? ¡Las comunidades! ¿Por qué? ¡Porque Basurto es derecho!

—Pero, doctor —intervino Bustillos—, hemos pagado mil quinientos soles.

—No los puedo defender. ¡Para eso tienen al partido!

—Doctor, por favor, defiéndanos. Hemos traído el resto.

—¿Cuánto traen?

—Mil soles más.

—¡Hum! Bueno, acepto. Haremos el trámite. ¿Ya saben

que la policía acusa a los detenidos de organizar un atentado contra la vida de los hacendados?

Bustillos desanudó un pañuelo sucio.

—Mañana presentaré el recurso —dijo el abogado recogiendo los billetes azules.

Volvieron por gusto. Nunca más los volvió a recibir. Una semana después comprendieron la inutilidad de la espera y resolvieron actuar. Ni siquiera sabían dónde retenían a los presos. Gastaron una semana recorriendo comisarías, hasta que en la de Monserrate, un guardia que se reclamó de Cerro de Pasco, les informó que los prisioneros políticos se guardaban en la Prefectura. Una tarde escamosa se presentaron ante el edificio de la avenida de España, cuyos inacabables muros de cemento pregonan ya la severidad.

—¿Ustedes quiénes son? —les preguntó un investigador repantigado en un sillón crujiente de la Mesa de Partes.

—Somos hijos de Evaristo Canchari —mintió Garabombo—. Nuestro padre está preso. Quisiéramos saber cuál es su situación.

—¿De dónde son?

—Somos comuneros de la provincia de Yanahuanca, departamento de Cerro, señor. La Guardia Civil ha apresado a nuestro padre por equivocación.

—¡Ustedes siempre son inocentes! ¡En esta cárcel no hay un solo culpable, carajo!

—Nuestro viejo tiene noventa años.

—¿Cómo dices que se llama tu padre?

—Evaristo Canchari.

—Esperen.

Una hora después el investigador volvió con un expediente y un aire severo.

—Tu padre no es ningún angelito. Está acusado de atentar contra la vida de su patrón. Tus paisanos están presos por intento de homicidio.

—Tiene noventa años —replicó Bustillos.

—Hace poco encanamos a un falsificador de noventa y cinco años. ¿Qué te crees?

Hojeando el expediente otro investigador preguntó:

—¿Hay muchos apristas en Yanahuanca?

Garabombo se quedó en la luna.

—¿Hay muchos comunistas en tu provincia?

Por contestar algo, informó:

—Papas, camotes, ocas, babas, eso crece en nuestra tierra, señor.

Los investigadores estallaron en carcajadas; se rieron y se calmaron. El más amable concluyó:

—¿Conoces a un tal Garabombo?

—Sí, señor.

—¿Conoces a Bernardo Bustillos?

—Sí, señor.

—¿Sabes dónde están?

—En sus estancias estarán.

—Tu padre y los demás saldrán cuando esos agitadores sean capturados. Si quieres sacar a tu padre no tienes más que informar a la policía. Yo te daré una tarjeta.

Se sentó y escribió: «Mario Mispireta, Subdirector de Investigaciones, ordena la captura de Fermín Espinoza y Bernardo Bustillos, agitadores apristas de Yanahuanca, donde sean habidos».

—Cuando los descubras enseña esta tarjeta a la policía y los capturarán. Apenas los agarren saldrá tu padre. ¿Cuándo se van?

—Quisiéramos volver mañana.

—Está bien.

«Ventaja del viaje por agua: el calor. Desventaja: distancia. Hay que atravesar Cuzco, Tacna, Tarapaca, Jerusalén, Mesopotamia y África. ¡Pero qué vidaza! Pescando, soleándonos, durmiendo mientras la corriente arrastraba la balsa.»

El verano ya no calentaba. Sudando, recorrieron la avenida España, luego el Paseo Colón y la avenida Grau y caminaron hasta Cantagallo. En una pulpería compraron unas onzas de coca y una botella de aguardiente. Oscureciendo ingresaron a la casucha de Clemente Espinoza, que casi se tumbó de risa cuando se enteró que los investigadores le habían entregado la orden de captura de Garabombo al propio Garabombo, pero luego, mirando las caras de duelo, se corrigió:

—¿Qué piensan?

—Consultaremos con la coca —respondió Bustillos.

—¡Piensan bien! Hay doce inocentes sufriendo. Los viejos no aguantarán en la cárcel.

La pestilencia subía de montones de basura que alguien trataba de quemar. Aullaban perros. Se sentaron en la oscuridad. Bustillos sacó las hojas. Masticaron y masticaron. ¡Consultaban!

—¡Mamá coca, mamacita hoja, respóndenos! ¿Nos debemos presentar? Sufrimos por nuestras familias, sufrimos por los detenidos. ¡Avísamos! ¿Debemos presentarnos? ¿Saldremos de la cárcel? ¿Volveremos? ¿Nos irá bien? ¿Nos irá mal?

—¿Qué te dice tu coca, Bernardo?

—No es legal. A ratos es amarga, a ratos dulce.

Le caían las lágrimas.

—¿Qué será de mis hijos? Yo tengo siete bocas que mantener. Garabombo, ¿no nos habremos equivocado? Quizá nuestro destino es ser esclavos.

—Si tenemos miedo siempre seremos esclavos, Bernardo.

—Los hacendados son demasiado poderosos.

—Por primera vez, Chinche resiste, Bernardo. Hay doce hombres que no se tuercen. ¿Cómo no aguantaremos nosotros?

Bustillos se secó las lágrimas.

—Perdóname, Garabombo. Me acometió la pena. ¡Nos presentamos, Fermín!

Eran las siete de la mañana. En un cafetín de chinos tomaron un café ralo y un pan con queso y volvieron a despedirse.

—¡Hemos decidido entregarnos, don Clemente! Gracias por sus favores.

—¡Cuánto lamento no tener para ayudarlos! —Se rebuscó el bolsillo—. Tengan estos diez soles. Eso es todo lo que tengo.

—Si no regresamos, avise al pueblo.

—¡Cumpliré, paisanos!

—No nos olvides.

—No los olvidaré.

La niebla se disipaba. Un flacuchento sol convalecía en

las calles mojadas. Unas horas después, en la garúa, distinguieron la temible mandíbula gris de la Prefectura. Atravesaron la Prevención y llegaron a la Mesa de Partes.

—¿Qué desean?

—Somos comuneros de Pasco, señor. Estamos solicitados por la policía.

Garabombo se persignó delante de la cruz que marcaba la sepultura del capillero.

—Don Florentino —sollozó—, Manzanedo ha venido a proponerme el puesto de Primer Caporal. ¿Qué hago?

Recorrió con los ojos las cruces argentadas por la luna. Voló el chillido de una lechuza. En un remolino recuperó los rostros entreverados por los años: los viejos sentados en la orilla del crepúsculo, las olas furiosas que eternamente castigan la prisión de la isla, el desprecio de los guardias republicanos, los apristas y los comunistas enzarzados en interminables discusiones. Y de pronto lo cegó la luz. ¡Una luz que anulaba la pedrería del cielo, casi lo derribó! Un relámpago engordado por miles de relámpagos destituyó a la noche, instaló un mediodía casi insoportable. Ebrio, gritó:

—¡He comprendido, don Florentino! ¡Por fin he comprendido!

Con la cara enjalbegada por la exaltación recorrió las tumbas gritando:

—¡Ahora sí seré invisible!

Se impregnaba de un poder que derrotaba al viento, a las montañas, a las estrellas.

—¡Nadie me verá! Cruzaré los pueblos, entraré a las casas, caminaré en los pasadizos. ¡Nadie me distinguirá! En vano colocarán vigilantes. Ni puestos de control ni compadres ni espías les valdrán. ¡Soy de cristal! ¡Soy invisible don Florentino! ¡Soy de aire! ¡Pura sombra! ¡Nunca me capturarán! ¡Soy humo!

Sintió que se disolvía. Y se rió con una carcajada tan formidable que los animales de la noche interrumpieron sus amores, sus trabajos, sus fatigas.

13. DE LO PRIMERO QUE HIZO GARABOMBO, EL INVISIBLE

—¿Siguen allí? —preguntó César Morales.

—No se despegan —contestó Corasma, desalentado.

Hacía siete días que intentaban acercarse en un descuido, a la casa de Lovatón. ¡El viejo no exageraba! El personero Sánchez había informado a los principales que antes de partir a consolar a sus comadres de Goyllarisquizga el padre Chasán le había regalado los títulos de la comunidad. El juez Montenegro se burló del documento. «El presidente Legía anuló todos los títulos de propiedad anteriores a la República. Esos papeles no sirven ni para envolver queso.» Pero don Migdonio de la Torre, los Proaño y los López fueron categóricos: válida o inválida esa periclitada papejería era capaz de encender la chispa de una quimera. ¡Los títulos no saldrían de la provincia!

Esa misma tarde los hacendados instalaron vigilantes. Unos días después decidieron cambiar la tertulia del Club Social a la cantina de Cisneros. ¡Mataban dos pájaros de un tiro! En adelante se emborracharían vigilando. El viejo supo que doce notables se habían juramentado para impedirle salir de Yunahuanca.

—¿Dónde están?

—Siguen en la esquina.

—¿Quiénes son?

—Los Cisneros, los Solidoro, Herrera y Conversión Mal-

pay —informó Corasma, desde la tapia.

Se miraron abatidos. El viejo no saldría.

Eran las doce. Se sentaron sobre las piedras caldeadas, cerca de las tunas. Con lentitud sacaron de sus alforjas pedazos de cecina y queso duro.

—¿Y ahora?

—Se han ido a almorzar, pero gente de Huarautambo los reemplaza.

—Nunca sacaremos los títulos.

—¡Qué bestias! —gritó Morales golpeándose la frente—. ¡Ya sé!

—¿Qué cosa?

—¡Cómo nos olvidamos!

—¿Qué?

—¡Garabombo sacará los títulos! Él puede. ¡Él es invisible!

Se levantaron electrizados.

—¿Dónde está?

—La semana pasada barbecheaba el campo de Exaltación Travesaño. De ocasionales trabajos vive.

—¡Búsquenlo!

Una mano prodigiosa les borró, de golpe, el desaliento. Morales y Pablo Valenzuela buscaron sus caballos, viajaron a Tambopampa. El resto se quedó esperando un imposible resquicio en la vigilancia. Pero ni de día ni de noche los vigilantes flaqueaban. Amaneciendo César Morales informó que Garabombo esperaba órdenes en Manchayaco.

—¡Que se presente! —ordenó Cayetano.

Una bandada de tordos siguió viaje hacia el río Chaupihuaranga. Alto, lento, sonriente, Garabombo emergió entre las pencas.

—¡Presente!

Se cuadró.

—Lo necesitamos, Fermín.

—¿De qué se trata?

—¿Conoces la casa de don Juan Lovatón?

—Cómo no.

—Los alcahuetes de los hacendados vigilan día y noche a nuestro presidente. No lo dejan salir. Revisan a todos los

que ingresan a su casa. El viejo quiere viajar a Lima para revalidar el título. No lo permiten. Hace una semana que aguardamos un descuido. No podemos. Usted, que es transparente, ¿puede sacarlos?

—¿Es sólo eso? —se rió Garabombo como si le preguntaran si era capaz de orinar contra las tapias.

La gente de Huachos que acompañaba a Epifanio Quintana lo miró, confundida. ¿Era verdaderamente invisible?

—Ya vuelvo —dijo Garabombo saludando con el sombrero. Se alejó con pasos vigorosos. Corasma volvió a la tapia. Los de Huachos tampoco resistieron la tentación. Con desorbitados ojos miraron a Garabombo cruzar el campo, ingresar al jirón Bolognesi, descender a la Plaza de Armas. Un cernícalo se precipitó contra un chingolo agotado. El sol ya quemaba. Desde las tapias distinguieron a los vigilantes aburridos, protegiéndose bajo la cornisa. Sin modificar el paso Garabombo ingresó a la casa del viejo y luego de un rato salió sin premura. Los huachanos se estremecieron. Hacía semanas que Quintana les había descubierto que el chinchino Garabombo usaba su desgracia para mejorar a la comunidad. No lo creyeron. ¡Ahora lo veían! Garabombo se acercó. ¡Debajo del poncho traía los títulos!

14. QUE DEMUESTRA, SI DEMOSTRAR ES NECESARIO, LAS VENTAJAS DE LA INVISIBILIDAD

El hombre inacablemente flaco, vestido con harapos, se acercó.

—Aproxímate —ordenó Malecio Cuéllar, severo—. Dinos cómo te llamas.

—Mi nombre completo es Félix Atencio Robles.

—¿De dónde eres?

—Soy nacido en la hacienda Uchumarca.

—¿Por qué tiemblas? ¿Estás ante la policía?

Destapó la coronta de la botella de aguardiente.

—¡Toma!

El peón bebió ansiosamente.

—Cuéntame lo que pasa en Uchumarca. No te alteres. ¡Repite lo que me contaste!

—Sí.

—Mejor te preguntaré. ¿Cómo se llaman los colonos que fueron a quejarse?

—Aniceto Morales, Juan Lovatón y Herculano Valle.

—¿Qué pasó?

—El hacendado los mandó llamar y les dijo: «Ustedes me arañan con sus palabras. Hablando que la comunidad es propietaria de la tierra, ustedes me lastiman.»

—¿Y luego?

—Los capturaron y los encerraron en la cárcel de Yanahuanca.

—¿Quién ordenó la prisión?

—El doctor Montenegro.

—¿Y luego?

—Sixto Manzanedo llegó con cabalgados y tumbó sus casas La de Aniceto Morales la derribó primero. No valieron los gritos de la mujer ni de los hijos. Entre diez dehicieron las paredes. Manzanedo mismo destechó la casa, luego trajeron bueyes y araron la tierra.

—¿Y luego?

—Deshicieron la casa de Pablo Coris.

—¿Derribaron paredes y destecharon?

—Sí.

—¿Y luego?

—Pasaron a la casa de Herculano Valle, que dista una legua.

—Sigue.

—Mandaron cargar todas las cosas de las familias y los expulsaron de la hacienda.

—¿Dónde están ahora?

—En Tuctuhuachanga se les permite dormir.

Melecio Cuéllar escupió una saliva rabiosa.

—En todas las haciendas sucede igual. Los hacendados quieren borrarlos de la tierra.

—¿Cómo reaccionar? —preguntó Martín Delgado, desamparado—. ¿A quiénes quejarnos? Yo tengo hijos menores. Nunca he salido de la hacienda. Si me expulsan, ¿adónde iría?

Melecio Cuéllar volvió a escupir.

—¿Quién habla de queja? Hemos envejecido reclamando. No se trata de reclamar. ¡No hay nada que reclamar!

—¿Entonces?

—¡Hay que recuperar nuestras tierras por la fuerza! Somos dueños legítimos. Tenemos los títulos de 1711.

—¿Para qué nos sirve? —dijo Coris—. Don Juan no puede viajar. Vigilan su casa día y noche. ¿Para qué nos sirve tener títulos?

Melecio Cuéllar lo salpicó con su carcajada.

—¡Los títulos ya están en Lima!

—¿Cómo es eso? Los vigilantes siguen a Lovatón día y noche. ¿Cómo ha salido?

—No ha salido.

—Entonces, ¿cómo sacaron los títulos?

—Garabombo los sacó. En pleno día, en las barbas de los matones, sacó el título. Yo lo vi. Los Solidoro y los Herrera vigilaban la casa de Lovatón desde la cantina de Cisneros. Pero Garabombo entró.

—Imposible. No dejan pasar ni a una hormiga.

—Garabombo es mejor que hormiga. ¡Es invisible! En pleno día atravesó el pueblo y subió a Chipipata. En Manchacayo esperaba una comisión que viajó ¡a Lima! En este momento los residentes en Lima tienen la copia.

Los hombres temblaban.

—¿Es cierto?

Se volvieron hacia Cayetano.

—¿Es cierto lo que dice Melecio, don Amador?

—Es cierto. ¡Garabombo es invisible! Hace años que se infectó con esa desgracia. Pero ya no es una desgracia: es una ventaja.

—Achachau...

—¿Por qué te asustas? ¡Alégrate! Porque como invisible Garabombo se movilizará a su gusto. ¿Quién podrá agarrarlo? Ahora mismo recoge firmas para destituir al personero Remigio Sánchez.

—Mientras ese amamantado de serpiente siga con el cargo no avanzaremos.

—¡Perderá el cargo! El reglamento de la Dirección de Asuntos Indígenas dice que si los dos tercios de los miembros de una comunidad solicitan la destitución, se puede convocar a nuevas elecciones.

—Nunca por nunca los hacendados permitirán que nadie recoja firmas. ¿Quién entrará a las haciendas?

—¡Garabombo recoge las firmas! No encuentra obstáculos. La semana pasada estuvo en Chinche y en Pacoyán. ¡No lo vieron!

—Así es —asintió Corasma—. ¡No pueden controlarlo! Actuando con él no se arriesga nada.

La voz rabiosa de un hombre magro, chupado, de ojos saltarines, sonó.

—¿Por qué nos calientas las orejas, Corasma? ¿Por qué nos inquietas? Es fácil hablar. ¿Cómo libertaremos a los

peones? Ellos nunca dejarán a sus patrones. Por gusto prometen que se sublevarán. ¡Ya verás! Nos darán la espalda y nos pudriremos en las prisiones.

—¡No es verdad! —se alzó Epifanio Quintana—. Nosotros venimos con íntegra voluntad. Si Yanahuanca nos respalda, nos sublevaremos.

—¡No es cierto! Ustedes vienen con engaños para robar los títulos y entregarlos a la hacienda.

Cornelio Bustillos, un hombre sarmentoso, delgado como una vara, de ojos vivos, se irguió.

—Mejorada tiene razón. Yo he sido autoridad, señor. Yo conozco. Nuestra razón es débil —los desdeñó—. Éstos no van a secundarnos. ¡Nos entregarán a la policía con las manos amarradas!

—¡No, señores! —protestó Macario Valle—. Señores autoridades: yo traigo el acuerdo de Santiago Pampa. Si nos respaldan, nos sublevaremos. Aquí están sus delegados. Aquí está el señor Amador Loyola, de Santiago Pampa. ¡Me saco el sombrero! Aquí está Benjamín López, de Huachos. Es un hombre recto; ¿quién puede sorprenderlo en mentiras? ¡Me saco el sombrero! De Cachipampa ha venido don Rigoberto Basilio; ¿es hipócrita? ¡Me saco el sombrero! De Santiago Rabí ha venido don Silvestre Bonilla y de Pomayaros el señor Tolentino. De Tingo viene Epifanio Quintana, ¿es un hombre de paja? Todos son hombres de palabra. Nosotros hemos hablado con la gente. Todos están de acuerdo en sublevarse. Ustedes pueden confiar. ¡Ayúdennos!

—¿Qué dicen? —preguntó Cuéllar.

Callaron.

—Si Garabombo dirige la sublevación —murmuró Epifanio Quintana—. Tingo acepta.

—Si el Invisible reúne a los pueblos, Huachos acepta —dijo el reposado Benjamín López.

—¡Pomayaros respalda con la condición de que el Invisible comande! ¡Sólo así estaremos seguros!

—Comandará —prometió Amador, el Sonriente.

15. SOLICITUD DE UNA PERSONA CUYA IDENTIDAD EL AUTOR NO ESTÁ AUTORIZADO A DIVULGAR

Señora Alcaldesa de Yanahuanca:

Paseándome por esta simpatiquísima ciudad, acabo de enterarme que se encuentra vacante la plaza de maestro de Yanacocha. Me asombra, Pepita; ¿qué pasa? ¿Es usted ciega? ¿Necesita anteojos? A propósito, sin duda sabrá que he comenzado a usar anteojos. Sin luna, pero anteojos, y dichos pararrayos me dan un aire noble, pedagógico, institucional. ¡Cojones, qué bien me salió este párrafo! Cada día estoy mejor: cojea menos y escribo más. ¿Por qué desperdicio mi talento pidiendo esa vacante de mierda?) Señora madama: para el suscrito (con anteojos o sin ellos) sería un imperecedero honor ocupar la vacante de maestro de las nuevas y viejas generaciones, porque sobre todo las viejas necesitan enseñanza.

Mi programa presidencial es breve:

1) Hay que enseñar nuevas costumbres. La vida es muy aburrida. Las cosas se repiten. ¡Qué falta de imaginación! Este pueblo ha usado siempre los mismos cerros, el mismo río, los mismos árboles. ¿Por qué? Las montañas no se mueven. Las cataratas nunca descansan; en cambio las autoridades nunca trabajan. El sol sale siempre por el mismo lado. El río es viejísimo. Desde que me conoce corre por el mismo lugar. Si yo fuera de Chaupihuaranga los lunes, los mar-

tes, los miércoles, los jueves y los viernes, los sábados y los domingos subiría, y los lunes, los martes, los miércoles, los jueves los viernes los sábados y los domingos bajaría. Y si yo fuera cerro pero ¿qué carajo les explico? ¿Para qué gasto pólvora en gallinazos? En Yanahuanca falta lo que a mí me sobra: ideas, invenciones, limpieza pública, encarcelar a las autoridades, pedirles rendición de cuentas y destituir a la Alcaldesa, meterla presa a usted.

Como maestro me propongo modificar el curso de las corrientes, levantar el río y convertirlo en catarata, sembrar flores en la nieve. Cambiaré la tierra del cementerio: importaré tierras donde no se fusile, ni se encarcele, ni se persiga a los jorobados, ni le griten «feo» a los cojos.

Modificaré también el escudo. El cuerno de la abundancia no lo quitaré, por no ofender a su marido, pero sí introduciré (en el escudo) el símbolo reclamado por millones de malas lenguas, que usted dignamente representa: las tijeras.

Me corresponde fomentar las ciencias. Está muy bien que existan los pararrayos (¿Ya me vio con mis anteojos?) Pero eso no basta. Propongo la creación del «paraestúpidos», sencillo aparato de mi invención que consiste en colgar de un gancho de carnicero a los imbéciles, aunque usted se quede viuda y posiblemente colgada. La verdad es que no sé para qué escribo estas cojudeces, ni por qué pido un puesto que yo no le daría a usted de ninguna manera. Pero ¡vaya! uno es hombre y buen mozo y si estamos en la cancha es para defender el honor de la camiseta.

Yo sé que dicen que soy enemigo suyo. Me lo ha contado un pajarito. Es completamente falso que yo estuviera en ese almuerzo en el que usted dijo: «Creo que se me han dormido los pies.» Y mucho más falso que yo comentara: «No parece que se le hayan dormido. ¡Por el olor, yo diría que se le han muerto!» Mi querida señora, como hasta usted puede darse cuenta, esa frasecita no es de mi cosecha: le falta ingenio, sabor, simpatía, calor humano. En una palabra: no me retrata. Soy joven, moreno y gastador. Como avaro no se me conoce. Los envidiosos dicen que mando anónimos. Sé que su distinguidísimo esposo, el señor juez, ha recibido un anónimo que dice: «Desconfíe del juez (pide plata).» ¿Usted

cree que yo voy a confundirme y mandarle a su esposo un anónimo contra él mismo? ¡Ja, ja, ja!

Acabo de releer la carta. El estilo es admirable, pero color de hormiga. Si la firmo me meten preso. Será mejor que escriba otro anónimo.

En espera de la vacante,

EL ANÓNIMO.

16. DE LA GRAN DESGRACIA QUE GARABOMBO CONOCIÓ CUANDO VISITÓ YANAHUANCA

Blindado por su invisibilidad Garabombo penetró a las haciendas. Sólo un hombre de cristal podía eludir los vigiladísimos portones de Chinche, Uchumarca y Pacoyán. ¡Vigilancia inútil! A plena luz, Garabombo despreció los wíncheteres que vigilaban los accesos. Bajo lluvia, bajo nieve, contra tempestades, recorrió las estancias casi siempre separadas por kilómetros de estepa solitaria donde de no ser transparente el bulto de su cuerpo lo hubiera delatado. No era fácil convencer a los colonos. Aterrados por la presencia de un varón ansiado por los calabozos, muchos simplemente escapaban de su mera presencia, pero otros concluían que con un varón invisible nada arriesgaban. Con paciencia infinita Garabombo predicó que en todo Pasco germinaba una tormenta que pronto arrasaría con todos los alambrados de la tierra. ¿También los cercos de Chinche, de El Estribo, de Uchumarca y Pacoyán? ¡También! Pero a condición de que la comunidad de Yanahuanca destituyera al personero Remigio Sánchez. Mientras el felón se encaramara en su cargo ningún reclamo prosperaría. La comunidad de Yanahuanca había recuperado sus títulos. ¿De qué les servía? Sin la firma y el sello del personero —estipula el riguroso reglamento de las comunidades— ningún reclamo franquea las Mesas de Partes. ¡Destituir a Remigio Sánchez era el primer paso! En

una quincena convenció a los estancieros de Murmunia, pero un mes completo gastó para derrotar la desconfianza de Garparina. Pero paciencia le sobraba. Las grandes lluvias clausuraron el cielo. Los caminos desaparecieron en el fango. Los ríos se cargaron. Casi el otoño y el invierno le consumió convencer a los trescientos cincuenta y cuatro comuneros que se atrevieron a firmar el pliego —en papel oficio, sello quinto— que solicitaba la destitución. Era abril. Bajo la lluvia volvió a cruzar la frontera de Uchumarca y ganó el camino de Tambopampa. ¡Protegidas por una bolsa de hule traía las firmas preciosas; Descendió a Chipipata y anocheciendo atravesó el bosque de eucaliptus de la mina Huarón. Entibiado por un sentimiento más poderoso que la lluvia descendió por el atajo. ¿Qué diría el viejo Lovatón? «Nunca por nunca conseguirás las firmas, Garabombo.» Carcajeándose se deslizó entre los árboles. ¿Qué cara pondría el viejo cuando contara las firmas y las cruces (porque los analfabetos opinaban con una cruz?). ¡Trescientas cuarenta y cuatro firmas! ¡Por fin iniciarían la pelea! El aguacero se aplacó. La luna límpida lamió el fango del camino. En la quebrada, arrullada por el murmullo del Chaupihuaranga, titilaban las luces de la provincia. Saltando cercas ganó la chacra de Lovatón. ¡Había luz! Una lámpara «Coleman» ahuyentaba la tiniebla del patio. Debajo de la arcada racimos de mazorca y cecina colgados de las vigas del balcón, distinguió grupos. ¿Celebraban un bautizo, festejaban un cumpleaños? El viejo no era fiestero. El transparente decidió ingresar; avanzó por la tierra húmeda, reconoció algunas caras. ¡A la mitad del patio se congeló! En el centro del modesto comedor el parpadeo de las ceras vigilaba un catafalco. ¿Quién? ¿Doña Cirila? Se acercó. En el vano de la puerta envejeció. ¡El muerto era don Juan Lovatón! Creyendo que la temblorosa luz de las ceras lo confundía se aproximó al catafalco y con espanto reconoció un Lovatón más joven. El cincel de la agonia había rescatado un rostro donde reconoció o le pareció reconocer a un Lovatón todavía no tallado por el desencanto. Salió tambaleándose. Sollozando subió a Chipipata. César Morales le confirmó que Juan Lovatón había sido talado por una pulmonía fulminante contra la que hasta sus propios me-

dicamentos confesaron su impotencia. Regresando de un bautizo había bebido en la caída de agua de Chipipata. Llegó a Yanahuanca con escalofríos. La tarde siguiente murió como había vivido: con dignidad. El crepúsculo de su último día tuvo fuerzas para expulsar de su cuarto, con un gesto concluyente la visita hipócrita de Remigio Sánchez.

Treinta días después la comunidad de Yanahuanca solicitó permiso para elegir su nuevo presidente. La Guardia Civil exigió que la elección se celebrara en la Plaza de Armas. Siete caseríos luciendo cintas negras descendieron y se congregaron delante del Puesto. Era una mañana áurea, surcada de gorriones, impropia para los dolorosos recuerdos que habitaban la plaza. Remigio Sánchez, elegantísimo —acababa de mandarse incrustar tres dientes de oro en Cerro—, luciendo botas nuevas, más altanero que nunca, abrió la sesión y pidió que nombraran candidatos. La costumbre rige inmutablemente esos ritos. Como se desconoce el voto escrito, los comuneros eligen a sus autoridades por el medio más incontrovertible: los candidatos se colocan en el centro de la plaza y sus partidarios se alinean detrás de sus preferidos. Cualquiera hombre, cualquiera que sean sus condiciones o antecedentes, puede ser candidato. El personero Sánchez no sólo lucía sus dientes: una ancha faja de tela negra vendaba su manga. Era astuto. Sabía que en la comunidad circulaba la noticia de que don Juan Lovatón había usado sus últimas fuerzas para estigmatizarlo. Fingiendo un dolor de pariente pretendía desbaratar el rumor. Con voz dolorosa y lenta exclamó:

—Hermanos comuneros: la comunidad de Yanahuanca ha tenido la desgracia de perder a un hombre incomparable. ¡Mejor hubiéramos perdido nuestras cosechas y nuestras casas! ¡Mejor nos hubiéramos quedado en la pobreza, sin nada con que cubrirnos!

La voz se trizó.

—...Yanhuanca siempre estará en deuda con este hombre. ¡Cuánto hizo por el pueblo! ¡Cuánta gente salvó con sus medicamentos! ¡Cuánto defendió a los pobres! Pero sobre todo, ¡qué trabajos pasó para descubrir nuestros títulos! El pueblo había perdido la huella, pero don Juan rebuscó una

montaña de papeles ensuciados por las gallinas hasta que lo encontró.

La asamblea descreía en sus orejas. Que el taimado Remigio Sánchez, el íntimo compadre de los hacendados, el eterno profeta del pesimismo, el obstáculo de todas las gestiones del pueblo, elogiara públicamente a don Juan Lovatón por un descubrimiento sacrílego, excedía toda imaginación. ¿Qué preparaba?

Hipó.

—¡Pero aunque ese hombre sea irremplazable, necesario es elegir una nueva autoridad. Pero ¿quién se le comparará?

Se tapó la cara. Bajo el brazo temblaron los sollozos.

—¡Que salgan los candidatos!

La asamblea tardó en recuperarse. Si el personero Sánchez quería desbaratar cualquier rumor sobre su supuesto desahucio por el ausente, ¿ahí no estaba llorando la misma viuda? Se necesitó que el secretario de la comunidad repitiera:

—¿No hay candidatos?

De la esquina sombreada surgió entonces la magra figura de Amador Cayetano vestido de negro; lucía camisa sin corbata y zapatos nuevos. Sonriente levantó la mano.

—¡Candidato!

Se ofreció a las cuchilladas del sol enardecido. La voz del personero, ligeramente teñida por la decepción, reclamó:

—¿No hay más candidatos?

No había. Por primera vez en la historia de la comunidad se presentaba un solo candidato. Desconcertado Sánchez informó que con sólo colocarse en la plaza cualquier persona se convertía, automáticamente, en candidato. Pero nadie recogió la oferta. El sol alumbraba un vasto silencio.

—Esperaremos quince minutos —dijo.

Cayetano no se movió. Era un ganadero de Ayayo, dueño de unas docenas de ovejas y unos papales exhaustos. Pero sobre todo, era el más insistente reclamador de la comunidad terco por generaciones. Porque cuando la comunidad ni siquiera soñaba en constituirse, los Cayetano de Ayayo viajaban a Cerro de Pasco para quejarse a la Inspección de Asuntos Indígenas. Durante años fueron los únicos en pro-

testar contra los excesos de Uchumarca y Pacoyán. Con paciencia sólo comparable a la indiferencia que acogía sus reclamos, los Cayetano subían a Cerro de Pasco a acumular denuncias sistemáticamente desgarradas por las autoridades de turno. Riéndose, Cayetano decía: «Somos brutos.»

—¿Quiénes, don Amador?

—Los Cayetano.

—¿Por qué, don Amador?

—Sólo en papel sellado hemos gastado más de ocho mil soles.

Porque los legalistas Cayetano conservaban recibos de impuestos, solicitudes y contribuciones desde antes de la guerra con Chile. Y una vez al año, el día del aniversario del mayor de los Cayetano, sacaban cuentas.

—Yanahuanca nos debe sesenta mil cuatrocientos soles, sin contar mis caballos —decía Cayetano sin abandonar la sonrisa—. ¡Por los caballos me deben cuatro mil soles más!

—¿Cómo es eso, don Amador?

—La hacienda Uchumarca se apoderó de cuatro caballos míos. «Han hecho daño en los pastos.» Yo fui a la hacienda y reclamé. La señora Romualda me dijo: «Muy bien! Aquí se paga cincuenta soles diarios por derecho de coso. ¡Saca tu cuenta: cuatro caballos a cincuenta soles, durante cuatro días, son ochocientos soles!» Yo le dije: «Yo no he venido a comprar, sino a recoger mis bestias. Me quejaré a la autoridad.» «Está bien: yo mandaré los caballos.» ¡Efectivamente, mandó los caballos: llegaron despaletillados! Así perdí mis mejores animales. ¡Cuatro mil soles!

Hacía casi un siglo que los Cayetano conservaban todos los recibos de pagos. Don Baldomero Cayetano, con memoria aún intacta a sus noventa y cinco años, insistía:

—Lleva la cuenta de todo, Amador. Algún día cobraremos. ¿Ya apuntaste los cabritos que nos decomisó Uchumarca?

—Seis cabritos, doscientos cuarenta soles.

—¿Cuánto nos debe Uchumarca?

—Cuarenta y cinco mil soles.

—Cuarenta y cinco mil cuatrocientos sesenta soles y treinta centavos —corrigió la memoria implacable del viejo—. ¿Y Pacoyán?

—Sesenta mil doscientos veintidós soles, sin centavos.

—Así es, Amador.

—¿Y Chinche?

—Treinta y dos mil cuarenta soles.

—¡Anota! Un día cobraremos todo junto.

No esperaron quince minutos, sino tres horas. Porque, asustado por la candidatura de varón tan obstinado, Remigio Sánchez insistió en aguardar. Nadie protestó. A las doce el personero ordenó:

—¡Al voto!

Cientos de hombres silenciosos, lentos y graves, se colocaron detrás del sonriente Cayetano. La fila, enorme, salió de la plaza por el jirón Ucayali.

—¡Amador Cayetano, de Ayayo —murmuró Sánchez— queda elegido presidente de la comunidad de Yanahuanca! —Ya no lucía su sonrisa de catorce quilates.

Los aplausos y vivas despertaron a los guardias civiles aburridos. Solemnes, los principales de las comunidades desfilaron a felicitar. Cayetano agradeció los homenajes, comprobó que el secretario había inscrito el resultado de la elección en el Libro de Actas y se volvió al personero:

—¿Ya soy presidente?

—Ya es presidente, don Amador —contestó Remigio Sánchez, mostrando, de nuevo, colmillos de oro.

—Entonces usted ya no es personero.

—¿Qué, qué cosa? —tartamudeó el elegantísimo Sánchez.

Bajo el sol se instaló el silencio. Los guardias civiles siguieron dormitando. Cayetano sonrió:

—De acuerdo al reglamento de las comunidades, con los dos tercios de las firmas de los miembros de un pueblo se puede solicitar la destitución de un personero.

—¿Estás loco, Amador?

Del saco negro Cayetano extrajo un pliego protegido con plástico.

—¡No estoy loco! Aquí están cuatrocientas dos firmas reclamando su destitución, señor.

—¿Se puede saber el motivo?

Cayetano masticó con lentitud las palabras:

—El motivo es traición, señor.

Nadie se movía. El mediodía alumbraba la misma impasibilidad de las nueve. Y antes que Remigio Sánchez reaccionara, De la Rosa le arrebató el Libro de Actas, símbolo supremo de la autoridad. Nadie reparaba ya en el elegante confundido, que mascullaba amenazas, que farfullaba ilegalidades, que avizoraba castigos. Nada atendió el nuevo presidente: avanzó hacia su moro Chocaviento. Montó. El sol le buriló una sonrisa dura.

—¡Comuneros de Yanahuanca: Amador Cayetano de Aya-yo les habla!

El silencio era casi intolerable.

—Para limpiarme la boca ensuciada con el nombre de los traidores pronuncio la palabra sol. ¡Que haya sol! ¡Que el poderosísimo sol nos limpie y nos caliente! ¡Lean los títulos!

Edilberto de la Rosa Capcha, un mocetón gigantesco, de la elevada raza de los ganaderos de Chinche, se aproximó. Las manos le temblaban. El mejor domador de Chinche, vencedor de los más chúcaros corceles del mundo, tiritaba.

—¡Lea! —ordenó Cayetano señalando unos cajones que colocaban los delegados de Chipipata. De la Rosa subió y comenzó a tartamudear.

—¡Lea claro!

De la Rosa tosió y comenzó la fluvial lectura del legajo. La multitud escuchó, casi inmóvil. ¡Descreían en sus orejas! Porque los hitos y las fronteras que enumeraba la trabajosa voz de De la Rosa probaban, de modo irrefutable, que las haciendas usurpaban la legítima propiedad de la comunidad de Yanahuanca. ¡Suerte maravillosa! Ese domingo se festejaba el cumpleaños de don Herón de los Ríos. El Alcalde había mandado asar tres chanchitos que retenían a las autoridades delante de una mesa generosamente rociada. Con excepción del guardia civil de servicio, la dotación del Puesto participaba en el convivio. Honraban el banquete el juez Montenegro y los hacendados: los Proaño de Uchumarca, los López y los Malpartida y los Yernos N.º 3, N.º 4 y N.º 5. La alegría de Ubaldo López, encarnizado en demostrar que ni bebiendo ni bailando lo vencían, retuvo a los principales las tres horas que consumió la lectura de los títulos. Atardecien-

do, con intención de seguirla en el Club Social, se despidieron los hacendados. Amador López salió tambaleándose justo cuando, acababa la lectura, Cayetano decía:

—...Porque los títulos demuestran que la tierra es nuestra. La justicia nos respalda. Nuestro reclamo es justo. Hace años seguimos un juicio contra las haciendas, un proceso detenido por la engrasada mano de un traidor, pero desde mañana el juicio seguirá. ¡No hay pretextos!

Los Yernos se detuvieron, estupefactos. Ubaldo López, que nunca atendía a palabras de comuneros, siguió caminando. Sólo cuando el Yerno N.º 4 los alcanzó en la puerta del Club Social, los López retornaron, altaneros. Desde la esquina el alto, el corpulento Amador López gritó:

—¡Amador Cayetano, pobre lanero! ¿Quién eres para celerarle las orejas a estos infelices? He oído tus bellaquerías. Yo soy dueño legítimo. ¡Ustedes no son hombres, son viento, polvo, caca! Con mis ojos los miro. Uno por uno irán al Frontón. Para testigo llamen al bellaco de Garabombo. ¡Él conoce!

El cobre del atardecer forjaba con materiales sobrehumanos su cólera. Abandonando a Cayetano, la comunidad retrocedió.

—¡Ingratos! ¡Gente excesiva y desconocedora que durante generaciones ha comido la papa de Chinche! ¿Ya se olvidaron que sin los hacendados comerían hierba como las bestias? ¿Quién les da semilla y pasto?

—Es cierto —dijo un chinchino apagado—, somos ingratos. ¡Nuestros patrones nos abrieron los ojos!

—¡Los estoy mirando! Mis ojos no se olvidan. Uno a uno los mandaré presos. ¡Fíjense bien en el pelo de los insolentes: ahora es negro! ¡Blanco como chuño será cuando salgan de la cárcel!

De la frontera de la noche avanzó entonces la corpulencia de Garabombo.

—¡Mejor!

El hacendado se calló. ¿Era Garabombo? ¿La confusión del anochecer proponía en embeleco? Fuera quien fuese, el audaz habló:

—Es cierto que estuve encarcelado. ¡Agradezco! La pri-

sión es la mejor escuela. Allí los abogados y los políticos me abrieron los ojos y me enseñaron mis derechos. ¡Agradezco! Allí supe por qué estaba preso. En la cárcel están enrolados los mejores hombres del Perú. ¡Los hacendados nunca están contentos! ¡Ojalá todos fuéramos a la cárcel para abrir nuestro pensamiento!

El anochecer amorataba su insolencia. Ubaldo López abrió la boca, estupefacto. Los guardias civiles se dirigieron a la armería.

—Ustedes, los hacendados, se creen dueños de la tierra y del agua. ¡Poco falta para que cuenten en su propiedad las estrellas! Somos esclavos. Para vestirnos nos dan sus ropas viejas y nos tiran comida inservible. Gozan de la virginidad de nuestras mujeres y nos obligan a ser rancheros de vacas, cerros y perros sin más sueldo que los golpes. ¡Bestias de carga somos! Pero ya esos tiempos se terminan. ¡Se aproxima el fin de los abusos!

El frío acuchilló el estupor de los hombres. Ubaldo López permaneció un largo instante como dormido y luego gritó:

—¡Sargento!

Blandiendo sus máuseres los guardias civiles bloquearon al mismo tiempo las salidas de la plaza y avanzaron hacia el centro. Pero sólo capturaron la mansa sonrisa de Cayetano y un remolino de viento que tanto como la prueba de la disolución de Garabombo podía ser el rencoroso embajador del viento de la noche.

—¿Qué es de Garabombo?

—No he visto a nadie, mi cabo.

—¿Tú eres Amador Cayetano?

—Sí, señor Minches.

—El sargento quiere hablarte.

—¿Sobre qué?

—Él mismo te lo dirá. ¡Andando!

El sargento Astocuri, el nueve jefe de Puesto, era la antípoda del sargento Cabrera, gordo, flácido, descuidado. Astocuri era fibroso, de impasible rostro cenizo y de ojos enrojecidos. Era también jaujino, privilegio en la ciudad que se beneficiaba con el doctor Montenegro, jaujino de nacimiento e importador de jaujinos de durable memoria. El juez ya no

confiaba en los naturales. Desde que el Nictálope lo apellidó para la muerte se rodeó de paisanos. ¡Eran los dueños de la provincia! Desde sirvientes hasta notarios, una estirpe de jaujinos vigilaba el gran caserón donde, olvidados los tiempos en que el Nictálope cabalgaba soñando en su garganta, la vida fluía en fiestas y jaranas. De estos favoritos era el sargento Astocuri, que no ocultaba los excesos ni la prosperidad. Delante del Puesto estacionaba un imponente automóvil «Buick» último modelo, que más que recorrer las ásperas huellas era el contemplable vellocino de los babosos, que consideraban honor el permiso de lustrar su impecable carrocería. Un guardia armado vigilaba el «Buick» día y noche. En Yanahuanca sólo existía otro automóvil: el «Cadillac» gris del doctor Montenegro, pero raras, rarísimas veces el magistrado lo regalaba a la admiración: hacía cinco años que la máquina no abandonaba el garaje.

El sargento Astocuri se sirvió una copa de aguardiente «Vargas», que paladeó con fruición.

—¿Cómo te llamas?

—Amador Cayetano Aire, mi sargento.

—¿Tú eres el nuevo presidente de la comunidad?

—Sí, mi sargento.

—¿Y qué quieres?

—Yo no he pedido nada, mi sargento.

—Has pedido la destitución del personero.

—La Ley nos autoriza, mi sargento. Cuando los dos tercios de los miembros de una comunidad solicitan, por escrito, la destitución, un personero puede ser revocado. ¡Tenemos más de cuatrocientas firmas!

—¿Dónde están?

Cayetano depositó con orgullo los pliegos sobre el paño verde de la mesa. El sargento se rebosó, de nuevo, la copa.

—¡Qué firmas, ni firmas carajo! Ahora mismo me vas a decir quién te mete esas ideas en la cabeza, porque tú eres hombre escaso y no conoces las leyes. ¿Qué pasa en Yanahuanca? ¿Qué preparas?

—No preparo nada, mi sargento. ¡Acabo de ser elegido!

—sonrió Cayetano, sereno.

—¿Y por qué fuiste el único candidato?

—Nadie habrá querido el cargo, mi sargento.

—¿Así, no?

Se levantó y se acercó. Cayetano sintió el olor del cañazo antiguo.

—¿Y por qué quieren destituir al personero?

—No reclama, mi sargento. Chinche ha crecido. Hay demasiadas bocas. Nos falta tierra. El personero no nos sirve. ¡No ha reclamado por el salto de los hitos de las haciendas!

—No habrá nada que reclamar. ¿En qué te fundamentas para reclamar?

—Éste es un juicio antiguo, mi sargento. La Corte de Huánuco ha fallado dos veces a nuestro favor.

—Ajá.

—La Corte ha ordenado que se expropie la tierra en favor de la comunidad.

—¿Cuánto ganan?

—No ganamos nada. ¡Servimos gratis, mi sargento!

—Y entonces ¿con qué mierda piensan pagar? Ya ves que no sabes de lo que hablas. ¿Quién te instiga?

—Nadie me instiga, mi sargento.

El sargento Astocuri se volteó, tomó vuelo y le metió un puñetazo en plena cara. Cayetano se tambaleó. Un golfo es-carlata se instaló sobre su boca. Antes que recuperara el equilibrio Huamán y Paz lo asieron de los brazos. Con teatral rapidez el sargento Astocuri lo golpeó en el estómago. Cayetano se dobló. El sargento, antiguo boxeador, se complacía en esos juegos. Con la guardia alta, como si contendiera en un ring, lo golpeó varias veces. Dándole tiempo para que tragara aire reiteró el castigo.

—¿Quién te da ideas, so mierda?

Y golpeaba.

—¿Quién te mete esas cojudeces en la cabeza?

Y golpeaba. Cayetano se aflojó, sin conocimiento. Los guardias lo soltaron. El cuerpo lacio se desmadejó sobre el piso de cemento.

—¡Traigan un balde de agua! Estos indios son unos mañosos de mierda. ¡Mintiendo viven!

Astocuri era mezcla de indio, de chino y de negro, pero choleaba a todo el mundo. Los guardias volvieron con un

balde de agua que arrojaron sobre la cara palidísima, pero el desmayado no reaccionó.

—¡Se hace el desmayado! Échenle agua en el oído.

Paz cuidó de derramar agua en el oído. Sólo entonces, con el dolor de la inundación, Cayetano comenzó a recuperar el mundo. Desde nubes oscuras oía, lejos, las mentadas de madre del sargento. Casi no sintió que lo arrastraban al calabozo. Cuando abrió los ojos, comuneros desconocidos lo masajeaban con manos temblorosas. Se volvió a desmayar.

17. LA VERDAD SOBRE EL DUELO ENTRE EL SARGENTO ASTOCURI Y EL NIÑO REMIGIO

—¡Remigio! —gritó don Crisanto soplándose las manos cortadas por el ventarrón de la madrugada.

Remigio no contestó.

—¡Aquí te dejo pan y quesillo!

El panadero se perdió en la niebla baja. A unos pasos se volvió.

—¡Don Hermógenes quiere que le escribas una carta!

Remigio siguió ovillando debajo del sauce. El sol peleaba en las cumbres invisibles. Se levantó, recogió el pan, lo mordisqueó y escribió:

Dèspreciado sargento:

Supongo que Brazo de Santo le ha notificado que he decidido batirme con usted junto a este sauce. Hace cinco días que espero que usted sea algo más que un cuy. ¿Es usted hombre? No se le nota. Le escribo para concederle un último plazo. Estando disgustado con Brazo de Santo no pude mandarle a mi padrino. ¡Mejor! En su caso más que padrinos se necesitan madrinas. ¡Al que le caiga el guante, que se lo chante! Ya estoy harto de sus ofensas. Hace unos días, en circunstancias agravantes en que cruzaba la calle una dama que inspira mis pensamientos, usted no me contestó el saludo. ¿Por qué? ¿Le he hecho algún favor? ¿Le jode mi éxito? ¿Le

molesta que todas las mujeres de la provincia estén enamoradas del suscrito? ¿Tengo la culpa de ser irresistible? ¿Tengo la culpa de que usted tenga gordas las partes que debería tener delgadas y delgadas las partes que debería tener gordas?

Estimadísimo amigo:

Permítame presentarme: soy el sauce que está a la entrada de Racre. Soy un árbol antiguo y de buenos antecedentes. Sigo junto al sauce. La noche es linda, pero la situación se agrava. Usted me conoce mal, pero me conoce. Mi paciencia tiene un límite. ¿Hasta cuándo voy a tirar cintura? Si retira sus insultos estoy dispuesto a perdonar, pero aquí. El asunto de los pedos se puede agravar. Yo lo he fotografiado, durante el reparto de premios en la escuela, mientras lanzaba una lacrimógena posterior. Y sé también quién es el autor del pedo que hace poco interrumpió el discurso del doctor.

Sargento:

Si mañana no se presenta lavado y peinado —incluso cuello, manos, uñas— para batirse conmigo, yo denunciaré su malcrianza posterior. ¿Yo inferior? ¿Yo garrapata? ¿Yo ladrón de bizcochos? No me río porque la trompada que Su Excelencia me dio me torció la mandíbula. Pero eso no lo librará. ¡Aunque sea con la cara ladeada, me batiré!

Querido sargento:

Por su culpa, culpa, culpita, he perdido ya una semana de trabajo. No jodas, Brazo de Santo. A propósito, ¿conoce una vacantita? ¿Qué dice? Más concretamente, ¿puede decir algo? El Abigeo acaba de visitarme. ¿Sabe lo que me ha dicho? «Remigio, no te ensucies con esa caca-de-gato.» ¿Oyó? ¿Quién ha ganado? ¿Qué dice el pueblo? En Yanahuanca uno de los dos sobra; bueno, yo sobro.

Hojita de té:

Otro día más de helarme junto a este sauce de mierda. No pudiendo abandonar por más tiempo mis negocios, me voy. Lo espero donde sea y como sea. Desdeñoso, semejante a los dioses, sin escuchar las espantadas voces de los envenenados por la muerte, no necesito amar, no necesito.

LUIS REMIGIO, EL PLEBEYO.

Querido culo con fuelle:

Su padrino, el cabo Minches, me ordena que me retire. El susodicho es un mal educado. En lugar de darme la mano, me ha dado el pie en la espinilla. Minches me ha entregado galletas y una «Kola Ambina». Usted sabe que yo no cambio mis ideas salvo por dinero. Acepto únicamente por hambre.

¡Gracias! (Entre paréntesis, desconfíe del cabo.)

Predilecto amigo:

Las galletas están riquísimas. En el fondo, ¿por qué nos peleamos? Usted y yo nos parecemos. La única diferencia es que yo soy valiente. ¿En qué quedamos por fin? ¿Pelea o no pelea? ¿No le da vergüenza protegerse con el uniforme? ¡Cuidado! Amenazas conmigo no valen. Al Subprefecto anterior también lo desafié. Resultado: salió entre gallos y medianoche, o mejor dicho, entre gallinas y medianoche. El juez también me corre. Las mujeres me corren. Yo mismo me la corro. Gracias, sargento. Usted un cunda. Las galletas me han calmado. Usted es un sabido y yo otro sabido. Somos pocos, pero nos conocemos.

REMIGIO DEL SAUCE.

—¡Remigio! —gritó el Opa Leandro. Saltaba mostrando el cuerpo de un ratón—. ¡Ratón, rico ratón!

Remigio se apasionó. Nada le interesaba más que los ra-

tones. Se levantó morado de frío. Brazo de Santo y el Opa admiraron su indiferencia.

—¿Qué quieren o viceversa?

—Garabombo te llama.

El enano irguió su cuerpecillo doblegado.

—¿Qué dice o viceversa?

—Te espera en Racre.

—¡Sargento! —llamó Remigio. Un perro negro, carachoso, se levantó, fiesteando—. ¡Subprefecto! —gritó al otro animal, y se alejó tratando de soportar su emoción.

Con el corazón desbocado Remigio cojeó hacia el puente. El Opa Leandro corría hacia Racre. Maldiciendo su cojera Remigio se apresuró. Casi un kilómetro más lejos, siguiendo el inconfundible olor del Opa, descendió a la orilla del río Chaupihuaranga, y humeando llegó a un molle bajo cuya sombra, con la cara cubierta por el sombrero, dormía o fingía dormir el cuerpo de Garabombo. Remigio se colocó sus lentes.

—¡Dichosos los ojos, Garabombo!

El gigante se levantó, lo miró con cariño y le entregó un puñado de caramelos. Remigio chupó con ansiedad.

—Te necesito, Remigio.

—Sin mí, no se puede intentar nada o viceversa.

—Así es, Remigio.

—¿A quién hay que matar o viceversa?

El rostro de Garabombo se tostó.

—Los caminos de la provincia están cerrados, Niñito. Nadie camina sin permiso. Ni siquiera se puede cruzar de hacienda en hacienda. Nadie circula.

—Yo circulo o viceversa.

—Así es. Las autoridades no te hacen caso.

—Ya me harán caso cuando sea senador —se ensombreció el jorobado—. Entonces...

—¿Conoces a Epifanio Quintana?

El enano asintió.

—Él dormirá mañana en casa de Amador Cayetano.

—En Ayayo.

—Entrégale este papel.

Debajo del poncho salió un papel cuadriculado doblado en forma de sobre.

—Adiós, Niño.

—Adiós o viceversa.

Garabombo se esfumó en las rocas. Eran casi las ocho. El Niño subió con dificultad hasta el camino y volvió a Yanahuanca. Oyó la campana de la misa y torció hacia la plaza. Entrando divisó a Ginelda Balarín, la hermosa maestra cuya llegada traía de cabeza a los principales. Era una celendina de ojos y pestañas inmensas y negrísimas, causa de la behetería del magisterio de Concepción. Por evitar la guerra civil, la Inspección Escolar la había trasladado a Yanahuanca y fue peor: los notables no dormían. Remigio mismo proclamaba ahora: «Yo sólo quiero a las norteñas. ¡Las cajamarquinas son mis engreídas!» Y traducía su pasión en incendiar cartas que deslizaba o mandaba deslizarse debajo de la puerta de la escuela con el Opa Leandro y Brazo de Santo. Pero como la cimbreada celendina no reaccionaba decidió declararse. En la puerta de la iglesia esperó el final de la misa. Por fin el padre Chasán impartió la bendición y la maestra salió con las manos fervorosamente juntas. Despreciando el gentío Remigio se acercó.

—¡Mamacita, tú eres tan linda que debes orinar agua bendita!

—¡Meta preso a esa cucaracha! —ordenó el sargento Astocuri, furioso. Él también cireaba a la celendina.

—¡Andando, piojo!

Nadie protestó. Todo el mundo vivía harto de sus majaderías. Se lo llevaban cuando rasgó el domingo con un bramido pavoroso y rodó con la boca llena de espuma.

18. CASTIGOS QUE A SU SALIDA DEL PUESTO IMPUSO CAYETANO; DE LOS ESTRAGOS QUE PROVOCÓ MACA Y OTRAS AVENTURAS A GUSTO DE LA MÁS EXIGENTE CLIENTELA

Ocho días después el sargento Astocuri mandó sacar del calabozo a Cayetano. Desde que el presidente miró al jefe de Puesto comprendió que había amanecido de buen humor.

—Buenos días, mi sargento.

—Buenos días, hijo. ¿Cómo amaneciste?

Astocuri se frotó las manos, sonriendo. Todavía no se acostumbraban a los cambios de humor del sargento Astocuri. El sargento Cabrera era un hombre perpetuamente avinagrado. Astocuri, en cambio, pateaba hoy y abrazaba mañana, con ligereza desconcertante. Hoy era de acero; mañana, de seda.

—Muy bien, mi sargento.

—Estás más gordo —se rió Astocuri cortando el frío con un primer aguardiente.

—Aquí no más, mi sargento.

—Así me gusta verte, ¡rebosante! Para que nadie ande calumniando. ¡Estás libre, hijo! Puedes irte.

El presidente siguió sonriendo.

—Te digo que estás libre.

—¿Y las firmitas, mi sargento?

—¿Qué firmitas?

—El Puesto tiene, pues, el oficio con las firmas para la destitución de nuestro personero.

La risa mostraba la blancura de una dentadura perfecta.

—¿Qué destitución?

—El pueblo ha juntado firmas para gestionar la destitución de nuestro personero. ¡Sánchez no sirve! No sirve, mi sargento.

—¿Y?

—Cuando me trajeron, el Puesto se quedó con las firmas, mi sargento.

—No me acuerdo.

El sol resplandecía ya sobre el piso del Puesto. La plaza se preparaba para la feria dominical. Un grupo de muchachas cruzó parloteando.

—Sobre su mesa deposité las firmas, señor Astocuri.

El sargento golpeó violentamente la mesa. Los cuadernos forrados con papel azul, saltaron.

—¡Cuida tu lengua, atrevido! Yo no sé nada de tu cagada de firmas. ¿Te atreves a insinuar que las firmas se han perdido en el Puesto?

—Pero... mi sargento.

—¡Basta, carajo! Te me esfumas sobre el pucho o te seco en el calabozo.

Cayetano miró el lema inscrito en la pared: «La corrupción de la justicia es el grado más bajo de la perversidad humana», pensó en los trabajos abandonados, en la cosecha inminente, saludó con el sombrero traspasado de sudor y salió.

Atardeciendo llegó a Ayayo. Desde la altura contempló a su padre, sentado delante de la puerta, lamido por el crepúsculo, ante la infinitud. Desmontó con calma, se acercó y le besó las manos. Temblando un poco el padre lo bendijo.

—¿Has comido? —preguntó su mujer, sin traslucir la emoción.

—Si hay algo, comeré.

Ingresó a la choza ennegrecida por la renuncia de la luz y el humo del fogón. Con dedos seguros rebuscó en un baúl marrón decorado con rosas de madera anaranjadas, celestes y verdes y sacó una libreta de tapas gastadas. Encendió una de las velas compradas en Yanahuanca y buscó la página titulada, con caligrafía infantil: «Deudas.» Ubicó la columna

«Hacienda Chinche» y anotó: «Adeudado por pérdida de ocho días de trabajo a veinte soles diarios: son ciento sesenta soles.» Y luego: «compra de timolina y mentolato para curaciones en la cárcel: adeudado por el Estado: cuatro soles ochenta centavos».

—La mujer de Garabombo quisiera hablarle —anunció, respetuosamente, su mujer.

Cayetano devolvió la libreta y salió, con lentitud, a la puerta. La demacrada monotonía de la puna rodeaba la altura donde vivían los Cayetanos. A pocos pasos de la precaria dormidera de ganado, erigida con piedras amontonadas, sin cimentamiento, una mujer alta, casi robada por un rebozo azul, aguardaba.

—¡Dichoso los ojos, doña Amalia! Hace tantísimo que no la veo. ¡Siéntese!

—Aquí no más, señor presidente.

Vacilaba. Cayetano la alentó.

—¿En qué puedo servirla, señora?

La oscuridad protegió el rubor de la mujer.

—He venido a suplicarte que no te lleves todo el tiempo a mi marido. Él solo no puede hacer el servicio de toda la comunidad, señor presidente. Garabombo ya no para en su casa. La última semana sólo durmió una noche. Trotando contigo estuvo.

—¿Conmigo? ¿Te ha dicho que estuvo conmigo?

—Siete noches te ha acompañado para ayudar en asuntos comunales.

—¿Eso te ha dicho?

—Cumple tus órdenes. ¡Eres exigente!

—Anda tranquila, doña Amalia. En adelante tu marido no faltará tanto.

La mujer de Garabombo musitó un saludo confuso y montó en su esmirriada mula. Se perdió hacia Chinche. En el cielo se retorció el rencor de un relámpago. Cayetano recordó que había olvidado anotar otra deuda. Se acuclillaba delante del baúl cuando le anunciaron:

—La señora Corasma quiere hablarte.

—Que pase.

—Es negocio privado. Eso dice.

—Entonces, salgan.

La mujer y los niños obedecieron. Una mujer menuda, de rostro enmarcado por largas trenzas negras, ingresó.

—¡Respeto!

—Entra, hija.

—¡Respeto, señor presidente! He venido a quejarme.

—¿Quién te abusa, hija?

—Gregorio Corasma me abusa.

—¿Y cómo es eso?

—Gregorio Corasma —dijo, airada, como si en lugar de su marido nombrara a un forastero— falta todo el tiempo a su casa por culpa de una mujer.

Cayetano escuchó con atención. En las comunidades, el presidente no sólo se ocupa de los problemas públicos: los negocios privados también se ventilan ante su imparcialidad.

—Por culpa de una mujer falta a su compromiso —se quejó Corasma—. Con pretextos de servicio comunal ese hombre vive siempre fuera. ¿Qué servicios lo tienen ausente día y noche? ¡Explícame!

—¿Él también dice que yo lo acaparo?

—Justamente.

El presidente se levantó.

—Anda tranquila, Justina. Yo arreglaré esto.

—¡Autoridad es autoridad! ¡Imponte!

—No te preocupes, hija.

La cólera lo tostaba. No era la primera queja. Hacía meses que las mujeres de Garabombo y Corasma reclamaban. ¡Pero esta vez se excedían! En lugar de inventar perdonables pretextos osaban ampararse con el nombre de la presidencia. ¡Mientras él padecía! ¡Ah, si los tuviera a mano! Se sentó delante de la mesa donde su mujer servía, en desportillados platos de fierro enlozado, un humeante caldo de carnero con habas. ¡Su plato favorito! Repitió el caldo sin despreciar unas magníficas papas moradas untadas con queso fresco condimentado con ají y huacatay, ¡una delicia! Bebía su jarro de yerbaluisa cuando el rostro sonriente de Garabombo saludó:

—¿Se puede, don Amador?

—¡Lo que son las cosas! Justamente pensaba en usted, Garabombo.

—Los Valenzuela me informaron que lo habían soltado. ¿Cómo lo trataron, señor presidente?

—Yo también he tenido noticias tuyas, Garabombo.

—Buenas noches, señor presidente —saludó un grupo de emponchados de Ispac. Gregorio Corasma y su gente ingresaron destocándose.

El presidente les ofreció la única banca y dos silletas. El resto se sentó en el suelo.

—A Garabombo y a Corasma precisamente quería verlos.

—Aquí estoy, señor presidente.

Garabombo lucía poncho y botas nuevas. Se pavoneaba. Cayetano se levantó y gritó:

—¡Oigan, señores! Delante de testigos les averiguo. Yo acabo de salir del Puesto. ¿Cuándo me han acompañado estos últimos ocho días?

—¿Quién ha dicho?

—Sus mujeres han venido a quejarse que yo los acaparo día y noche con los negocios de la comunidad. ¡Hablen, grandísimos cabrones! ¿Cómo se atreven a usar el nombre de la comunidad para tapar sus cochinas?

—Por gusto hablan las mujeres. Reclamadoras son.

Corasma intentó una débil sonrisa.

—¡Autoridad!

Los comuneros se callaron y esperaron.

—Para salir adelante lo primero es tener temple. Y la mentira agua el temple. ¡Látigo!

Morales le alcanzó una reata. Cayetano la probó en el aire. El chasquido lo complació.

—¿No irás a afrentarnos? —preguntó Garabombo.

—¡Precisamente!

—Yo sé qué es lo que a ustedes los une y los separa, grandísimos cabrones. ¡Por algo son parientes!

Garabombo y Corasma se tasajearon con las miradas: ¡Maca Albornoza los distanciaba! ¿Dónde galopa la mujer más bella que contemplaron los nevados de Tusi? ¡Donde ambule quebrará matrimonios, licuará compadrazgos, disolverá amistades como fundió la de Garabombo y Corasma,

destrozó la paz conyugal de Yanahuanca y luego que se cansó de pisotear las reputaciones de Cerro descendió a incendiar Huánuco! Para humillar a los hombres había nacido la hija del temible Melchor Albornoz cuya puntería noventa hombres presentó a la muerte. Pagó su deuda engendrando una estirpe de belicosos bastardos. Roberto, el Puma, sólo fue el más ilustre de los incomparables jinetes que durante una generación demostraron la inanidad de los caminos de La Unión. Amador López, uno de los propietarios de Chinche, nació del mismo semen imperioso. Sólo en sus hijos varones don Melchor Albornoz se interesaba. A las hembras las regalaba. Así, pues, cuando una de sus comadres de Tusi cometió el error de parirle una hembra, don Melchor no se dignó mirarla. ¡Celebraban una venta! Amaneciendo partieron de Jarria. Encaronando su caballo, Roberto Albornoz señaló a Maca.

—¿Qué hacemos con este estorbo, padre?

—Hagan lo que quieran —respondió don Melchor mirando significativamente el río.

Pánfilo Albornoz se rascó la barbilla.

—En el fundo nos faltan perros, padre. ¿Por qué no la cambiamos por un guardián?

Un buen perro nunca sobra. Venció el interés. Partieron con Maca, pero una legua más adelante, atosigados por los gendarmes del alférez del Carpio, abandonaron a Maca en casa de otra de sus comadres. Salieron al escape despreciando costalillos de munición, tres excelentes Remington, abundantes provisiones, frazadas y a Maca. Tres años después se acordaron de los cartuchos. Enormemente se sorprendieron de encontrar a la niña. Maca tuvo la inteligencia de sonreír. La risa nunca se le desvanecía de la boca.

—¿Quién es esta linda criatura?

—Es tu hija, don Melchor.

Rebuscaron mucho para no contradecir. Fatigados por un viaje de treinta leguas reposaron cinco días. De ese error se aprovechó la sonriente Maca que al día siguiente, sin pánico, se acercó al corral donde los Albornoz entrenaban sus fatales punterías. Sin miedo a los estampidos Maca se aproximó.

—Esta chiquilla ha salido a usted, padre —dijo Roberto Albornoz, divertido.

—Se nota que es una Albornoz —concedió el cazador Dextre—. ¡Mírenla! No se asusta con el tiroteo.

—Hum.

Maca sonreía divertidísima.

—A lo mejor tiene un lunar en el pecho —dijo el cazador Dextre.

—En Pampacruz —insistió Pánfilo— conozco un ganadero que aceptaría cambiarla por un perro.

—Tendría que ser perro lobo.

Pero los ganaderos de Pampacruz sólo ofrecieron perritos cochambrosos. «Yo nunca pierdo en las ventas», sentenció don Melchor. Por tan mínima diferencia Maca se quedó con los Albornoz. Y como don Melchor no toleraba debilidades como varón la criaron. Imaginar que uno de sus hijos podía degradarse al trabajo le pudría la sangre. Todos crecían disparando sobre corceles inaguantables. Las pistolas los amantaban. Cumplidos los diez años, don Melchor les exigía probar que eran prácticos en el arte de sus hermanos eximios. El día de su décimo cumpleaños don Melchor les ofrecía una pachamanca: tres días de carne asada, de aguardiente, de guitarra y de juerga. El cuarto les preguntaba:

—¿Eres hombre o mujer?

—Hombre.

—¡Pues demuéstalo!

Le entregaba una Remington. El agasajado debía volver con un rebaño ajeno o buscar otros horizontes. Maca volvió con tres finísimas yeguas de la hacienda Jarria. Como varón creció. Bebía, cabalgaba, se vestía y disparaba como hombre, sin percibir su desaforada belleza. Porque el misterio de las generaciones le había regalado ojos verdes que no poseían los Albornoz y una belleza morena de cuya perfección no se percataba. Así vivió hasta que confiada en su habilidad excepcional se atrevió a visitar los corrales del Concejo Municipal de Santa Ana de Tusi, en pleno día. Cualquier otro pueblo se hubiera ablandado ante el soberbio ladrón. Pero robar ganado en Tusi, patria de ladrones, era abaldonar la memoria de preclaros abigeos. No lo aguantaron. Y queriendo cas-

tigar la altanería de los Albornoz la obligaron a recorrer la calle principal cargando el cuerpo de media vaca. Fue menos duro que soportar los insultos. Garabombo, que se encontraba de pasada en Tusi, la miró vacilar y la ayudó a terminar el viaje. Humillada hasta el hueso Maca comprendió que los Albornoz jamás la recibirían. Bajo una nevada impiadosa enrumbo a Goyllarizquizga. Allí se emborrachó tres días. El cuarto resucitó de mujer. Hacia las cinco de un día fatal para las mujeres del departamento una hembra ostentósísimamente vestida a la manera india, con pollera negra terminada en bordes amarillos, morados y verdes, bordada en plata, con manto carmesí, salpicado de brillantes, prendido con una soberbia cuchara de plata, luciendo pesados aretes de plata de Huancavelica, humilló los baratos resplandores del crepúsculo. Los mineros, los palurdos negociantes y los viajeros del desolado asiento minero, cavado en la roca de los cinco mil metros, tiritaron. ¡Nadie recordaba un sol parecido!

Ese atardecer comenzó la guerra civil que pronto devastaría Cerro de Pasco. En la desvalida Goyllar, Maca se quedó sólo el tiempo que sus negrísimas trenzas necesitaron para perfeccionarse. El verano, si verano conoce la puna, se atontó con su incomparable belleza capullí, ese color que debilita a los hombres del Ande. Porque empujados por el deseo de mejorar, hacendados y comerciantes enriquecidos buscan mujeres de piel clara, pero en el fondo no pierden la nostalgia de la carne morena. Nada los enferma más que esa hermosa color trigo que les habla con el deseo de sus ancestros.

—Yo sé qué es lo que les quita el sueño, grandísimos pen-dejos —gritó Cayetano—. Por mí cómanse vivos, ¡pero no pongan en peligro los asuntos de la comunidad! ¡No lo permito! Por utilizarme maliciosamente recibirán cuatro latigazos.

Corasma y Garabombo se hornearon con los ojos.

—¡Cuatro! Corasma castigará a Garabombo y Garabombo castigará a Corasma. ¡Así no habrá pleito!

Salieron. Era una noche bordada por una luna incomparable. Se distinguían los nevados remotos, la laboriosidad de los animales nocturnos. Se alejaron hacia la pampa. Cayetano se detuvo. Corasma y Garabombo despreciaron los pon-

chos. Sólo camisas manchadas los defendían del frío. Cayetano le entregó el látigo a Garabombo. El enorme chinchino se rió. ¿Por ese medio pretendía debilitar el castigo? Pero Corasma no disminuyó su hosquedad. Garabombo rió de nuevo y tomó el látigo. Cuatro veces castigó, sin excederse, el cuerpo inmóvil que sólo se retorció con el último riendazo. La luna le exaltó un rostro inflamado por la cólera. Corasma tomó el látigo y golpeó con rabia. Sólo con un desaforado esfuerzo Garabombo contuvo los gritos:

—¡Ni siquiera en esto eres legal, *shucuy*! —protestó.

—¡Castigo es castigo!

Restablecido, casi feliz, Cayetano anunció:

—¡Sesión!

La casa de Cayetano se levanta en una hondonada de Aya-yo protegida de los feroces vientos de Tambopampa. Descendieron. En la choza esperaban el Abigeo, Epifanio Quintana y tres desconocidos que Quintana presentó como las nuevas autoridades de Santiago Pampa. Todos sabían que el presidente Cayetano había sido liberado y se presentaban para recibir órdenes.

Cayetano se persignó:

—¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se abre la sesión!

Informó de todo lo sucedido durante su detención. Los comuneros escucharon inmutables, pero cuando comunicó la desaparición de las firmas para la destitución de Remigio Sánchez algo fisuró sus rostros impasibles. Nadie habló hasta que, cargado por obstinación más irritada que el fuego que los calentaba, Garabombo anunció:

—Las conseguiré: ¡Sea como sea volveré a conseguir las firmas!

—¡Qué gracia! Usted, como invisible, puede ingresar a cualquier hacienda —gruñó Corasma.

19. DE CÓMO REMIGIO, EL CORCOVADO, SILO DE MENTIRAS, DEPÓSITO DE SANDECES, ALMACÉN DE MALDADES, SE TRANSFORMÓ EN REMIGIO EL HERMOSO

La noche que en el Club Social Yanahuanca el Subprefecto Valerio contó la infamia que el Niño Remigio había perpetrado contra la dignidad de su esposa, salvo el juez Montenegro, ocupado en la lectura de un editorial de *El Comercio* sobre los comprobados beneficios del uso de insecticidas en el cultivo de algodón en el valle de Cañete, todos los contertulios coincidieron que al enano sólo cabía darle «bocado». Esa mañana, doña Enriqueta de Valerio, tardíamente visitada por la felicidad del embarazo, había salido a tomar aire acompañada de doña Pepita Montenegro. Tomadas del brazo las matronas recorrieron las orillas del Chaupihuaranga. Retornando, a doña Enriqueta Valerio la acometió el «antojo» de fruta fresca. Entre sombrerazos las damas se dirigieron al Mercado de Abastos. Asediadas por los saludos se demoraron escogiendo plátanos y chirimoyas de Chanchamayo.

—¡Ay, doña Pepita! —se confesó doña Enriqueta—, me paso los días revisando el santoral! ¡No sé que nombre ponerle a mi hijo!

El Niño Remigio, que a pocos metros fracasaba intentando obtener un caldo de carnero a crédito, gritó:

—¡En vez de buscar el nombre de su hijo debería buscar el nombre del padre!

No era la primera ofensa. Hacía unas semanas, deseosa de participar en una novena, doña Enriqueta Valerio había cruzado la Plaza de Armas, fatigándose cada tres pasos. El Alcalde de los Ríos la compadeció: «¡Pobrecita doña Enriqueta, cuánto sufre! ¡Qué avejentada se le ve!»

Piadoso pensamiento que mereció este comentario de Remigio:

—¡Por el aspecto que tiene no parece que fuera a tener un hijo sino un nieto!

Se lo llevaron preso, pero ingresando al Puesto sufrió un ataque. El sargento Ostocuri ordenó que lo tiraran en el canchón. ¡La Guardia Civil tiene un prestigio que cuidar!

Pero esta vez la cólera del Subprefecto, sabedor que el tardío embarazo provocaba burlas, no se sosegó.

—Sargento, mañana mismo le da usted «bocado» a este piojo.

—Como usted diga, señor —contemporizó Astocuri.

—Hace tiempo que se debió darle veneno a ese maldito —recalcó Arutingo.

—No apruebo —gruñó el doctor Montenegro.

—Pero si esa cucaracha se ha atrevido hasta lastimar el honor de su dignísima esposa, doctor.

—¿Usted cree, Valerio, que a mi esposa la alcanza la baba de ese caracol?

—Pero hay que hacer algo... ¡No es posible que ese miserable siga perturbando la tranquilidad de las familias! Por su culpa muchas amistades se han roto. Sin ir más lejos...

—¿Quieren que les hable con franqueza?

—No faltaba más, doctor.

El juez bebió un «submarino»: una copa de aguardiente sumergida en un vaso de cerveza. Se metió los pulgares en los bolsillos del chaleco y se ajustó el sombrero. Esa costumbre tenía: no se quitaba el sombrero en cubierto ni en descubierto. El mismo senador por Pasco fingía no mirar el ostentoso borsalino del que ni para aliviar sus necesidades se despojaba. Se rió con su risa seca, corta.

—¡Remigio es un disminuido! Es un jorobado moral y material. Y su joroba está rellena de vanidad enfermiza. Por mí que le den bocado, pero se acerca la campaña electoral.

¿Para qué vamos a perder tiempo? No tomen las cosas a lo trágico. Yo creo que si fingimos que le hacemos caso, el enano se calmará y de paso nos divertiremos. Remigio quiere que le hagan caso. ¡Hagámosle caso!

—Yo no le hablaré por nada del mundo.

—Yanahuanca bien vale una misa.

—¿Que celebraremos una misa por Remigio?

—No, hijo, estoy pensando en otra cosa.

Siguieron bebiendo y discutiendo. Algo acordarían porque unos días después un guardia civil se metió al pasadizo de «La Estrella». Los panaderos se lavaban los brazos en unos baldes que traía Brazo de Santo. Para prevenir, el maestro Crisanto gritó:

—¡Buenos días, señor Paz!

Los panaderos se inmovilizaron.

—Buenas —contestó secamente el uniformado.

Brazo de Santo quiso congraciarse:

—¿Un panecito, mi guardia?

—¿Dónde está Remigio, don Crisanto?

—Está durmiendo.

—¡Despiértelo!

Ya Brazo de Santo corría para prevenir al enano, pero como el horno sólo tenía una puerta Remigio no pudo huir. Sacó la cabezota greñuda, la cara desvelada y su sonrisa levemente canalla.

—¿Durmiendo, don Remigio?

—¡Me rindo!

—¡Déjese de bromas, don Remigio!

—¡Nada de patadas! Soy prisionero de guerra.

—Don Remigio, vengo en comisión. Le traigo un oficio de la Subprefectura.

Y alargó un sobre que dobló el brazo de Remigio como si contuviera bronce. Hacía unos días había deslizado, debajo de la puerta de la Subprefectura, una carta denunciando una supuesta «conjura» de las autoridades. Entre otras majaderías escribía: *Yo sé de buena fuente que las autoridades se han juramentado para no apresarme. Saben que el Cojo se cae y que ahora es un negocio estar preso. Y conociendo que de las últimas cárceles de un gobierno se sale diputado,*

reservan los calabozos para sus amigos. De nada sirven los antecedentes. Una persona como yo, un cliente antiguo del calabozo, un casero con un mínimo de quince prisiones, no merece la menor consideración. Ya ni en la Guardia Civil se puede confiar. ¿Adónde vamos, o mejor dicho, de dónde venimos? Hay que jugar limpio. ¡No sea rencoroso señor Subprefecto y arrésteme aunque sea pobre!

Saludando militarmente Paz se alejó. Remigio blandió el sobre. Sus manos temblaban.

¡Don Crisanto, mis anteojos!

—¡Sus anteojos! —ordenó don Crisanto, impresionado. Brazo de Santo corrió otra vez al horno. Majestuoso, el Niño se colocó el armazón. Desde el «Muy señor mío» se le evaporó la sonrisa cachacienta, palideció, se sacó los lentes, se los volvió a colocar y aulló:

—¡Ujujuiiii!

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —preguntó la viuda Yanayaco.

Puro desdén, Remigio gritó:

—¡Qué van a decir! ¡Qué pueden decir! ¿Qué les queda por decir? ¡Lávense las orejas y oigan!

—No seas insolente, Remigio —se enfadó la Yanayaco.

—¿Qué dicen mis enemigos y sobre todo qué dirán mis amigos, que son mis peores enemigos? ¡Ajajaii! ¡Ajajai!

Inició un huayno grotesco. Casi se cae; Brazo de Santo lo sostuvo; Remigio lo rechazó. Una risa cínica alumbraba su cara morena.

—¿Qué dirán ciertas mujeres— ¿Qué dirá una sobradita? ¡Ajajaiiii!

—¿Qué dice, qué dice?

—Al que nace para tamal las hojas le caen del cielo.

Recuperó su palidez.

—*Muy señor mío. ¿Oyen? Muy señor mío: Me es grato responder a la comunicación sin fecha que usted dirigió a este despacho para denunciar una supuesta conjura tramada con el fin de mellar su prestigio en esta provincia...*

El patio callaba. La viuda, los panaderos, los cocineros y mozos del «Mundial» se arrebañaron estupefactos. La vocerilla de Remigio prosiguió:

—Ni el Gobierno, respetuoso del derecho de expresión, ni el suscrito, conocedor de sus altas dotes, participan ni pueden participar, en forma alguna, en una conspiración contra el primer intelectual de Yanahuanca...

Jadeaba, se sostenía el corazón.

—...Si bien es cierto que las autoridades de esta provincia y usted no siempre han coincidido, como peruanos que somos, nos enorgullecemos de su labor en el campo del arte y del pensamiento. Como dijo Platón: «Hay aves que cruzan el pantano y no se manchan.»

Se sentó lustrado por el asombro de los papanatas y los ojos abiertos de la propietaria que trataba de leer por encima de su hombro.

—...En momentos en que el aprocomunismo sin Dios y sin Patria fomenta artificiales conflictos de tierras, como autoridad, como ciudadano y como padre de familia rechazo, con altivez, la conjura que sólo existe en el cerebro desquiciado de los resentidos y no vacilo en saludar en usted a una figura de talla provincial y quizá departamental.

Las autoridades políticas se complacen...

Rindió la cabeza. Luego levantó un rostro llameante.

—¡Es cierto —balbuceó la viuda—, escrito está!

—Escrito, escrito, escrito —coreó Brazo de Santo carcajeándose. Sentado en el batán Remigio miraba los borrosos eucaliptus de Chipipata, más atento al bramido del Chaupihuaranga que al zumbido de las conversaciones. Pero emergió de su sueño.

—¡Hablen, si tienen lengua!

Nadie chistaba. Hasta la viuda callaba, impresionada. Brazo de Santo zapateaba su desordenada alegría. Por el rostro de los panaderos chorreaba un agua estupefacta. Se limpiaron las manos en los mandiles para felicitarlo. ¡Por fin reconocían a Remigio! Por fin despuntaba el día profetizado por el incomprendido. «¡Algún día se convencerán! ¡Algún día dirán "en esta mesa ha comido Remigio"!»

El oficio, el sello, la firma del Subprefecto lo proclamaban. Los panaderos, los mozos y los cocineros lo admiraron. Don Crisanto inició una colecta. No quería que Remigio desmereciera. Los pobres comprenden mejor que los petimetres

la importancia del aspecto. Un saco averiado, una camisa desmedrada, una corbata rota significan, pueden significar la pérdida de una vacante, la miseria, el hambre. Los zapatos de Remigio vivían en estado tan lastimoso que no ya la violencia de las caminatas, sino el mero cambio de equinoccio los desfondarían. Sollamada por el fulgor de ese mediodía único, la viuda Yanayaco salió y volvió con un par de zapatos nuevos. Un rato después don Crisanto regresó con un paquete: un pantalón y un pullóver. Sin agradecer, Remigio se perdió en la oscuridad del horno. Los panaderos se demoraron mirando la puerta.

No salió en toda la tarde.

A las cinco, un Remigio desconocido, luciendo prendas nuevas, oloroso a «Agua Florida» desafió a un otoño que se demoraba en el cansancio de los eucaliptus. El sol lengüeteó sus zapatos nuevos. Remigio enfiló a la plaza taconeando, balanceando la cabezota. Era la hora del paseo del juez Montenegro. Los notables esperaban con sus sombrerazos puntuales. Acabada su partida de bochas el sargento Astocuri se dirigía a la cantina de Cisneros. El Niño Remigio circunvaló la plaza, se cruzó con el juez Montenegro y se sacó el sombrero. Y Yanahuanca asistió al primer milagro: el magistrado le contestó el saludo. Los principales tragaron aire, Remigio mismo trastabilló.

—Buenas tardes, doctor.

—Buenas tardes, mi amigo —contestó un Montenegro transformado por la amabilidad.

La noche caía. El doctor inició su paseo. En la esquina opuesta al rincón donde los notables se asombraban, Remigio esperó. Cumplidas las quince vueltas, según su costumbre, el magistrado se detuvo, buscó con los ojos al afortunado que se mejoraría acompañándolo a terminar el paseo. Sus ojos ratoniles barrieron la plaza. Gozaba con la ansiedad de los principales muertos por escoltarlo. Y empavorecido el pueblo asistió al segundo milagro: con una seña el juez Montenegro invitó a Remigio. El enano sintió que se excedía, vaciló, pero recuperando su conchudez, descendió cojeando el sardinel. El juez levantó la mano. Los notables esperaron la ineluctable cachetada. Pero la mano descendió y encontró la

de Remigio. Y casi en el sitio donde muchos notables habían sido públicamente afrentados por la mano regordeta del juez, Yanahuanca asistió al tercer milagro: Remigio y Montenegro acabaron las últimas cinco vueltas enredados en una misteriosa conversación. El juez se alejó en el frío. Y se dio el caso de que un pueblo envejecido en la irrisión del pernituerto respetó su melancólica estatua. La luna argentó la tristeza, el júbilo, la exaltación y el desánimo de un rostro donde se fraguaba una guerra civil. Algo que era casi una belleza aleteó, como una mariposa, sobre su desamparo. En la soledad de la plaza, la mano izquierda de Remigio como derrumbada sobre una invisible muleta, proponía la trágica arquitectura de un torero que miraba, no se distinguía bien, si la caída de un burel fulminado por su estoque o la lentitud de la cornada definitiva. Alguien carraspeó, otro tosió. Uniformados ya por la noche, se acercaron. Con zahurda delicadeza comprendían la intensidad de la tormenta que devastaba el rostro cenizo. Todos, casi todos habían sido afrentados por esa boca explayada en un rictus de fatiga, ofendidos por la mano abandonada, magullados por ese sarcasmo que ahora vacilaba entre esperar y correr. Pero ¡cuántas veces también la boca de ese disminuido, de ese muñeco que el mismo Nictálope nombró para la muerte, expresó la lava de sus corazones, la cólera de sus pechos acumulados de pánico! En la medianoche del miedo sólo Remigio, el irresponsable; Remigio, el bellaco; Remigio, el sin pelos en la lengua, había cruzado, soberbiamente solitario, la frontera del coraje. En su rostro enjabelgado por la emoción titilaba una lucecita. Se conmovieron. El grupo que rechaza al diferente que con su pura existencia cuestiona la tradición, se humedece hasta el hueso cuando esa incompreensión, ese desafío, esa violencia se restituyen a la igualdad en la miseria, en el sufrimiento, en el sueño que, en suma, son la patria. En alguna aldea de ese continente aplastado por cordilleras de nieves menos enormes que sus montañas de resentimiento, un maestro de escuela escribió: «Para los ríos que llegan limpios al mar yo sólo tengo piedad.» Las aguas que entregan intacto al océano el caudal que recibieron de los ventisqueros sólo desprecio merecen. ¡Es fácil ser puro cuando no se es mísero, pero

mejores son las aguas que se mezclan, las corrientes que se vuelven fango, limo fecundo! Se aproximaron conmovidos. Don Herón de los Ríos, asintiendo con la cabeza, le estrechó la mano. Uno a uno los notables desfilaron. Por piedad o por adular al juez perdonaban, por anticipado, sus bellaquerías. Pero no las conocieron. Un Remigio solemne y prudente aceptaba, con dignidad, sin apuro, las congratulaciones.

La oscuridad se coló tropezando como un ladrón inexperto. Los notables se dispersaron. El viento del anochecer se amargó. En la esquina don Herón de los Ríos se volvió y miró a Remigio acariciándose la mano tibia de felicitaciones. Los comerciantes salían a colgar en sus puertas sus pesadas lámparas «Coleman». En el dudoso anochecer Remigio era todavía noventa centímetros de desamparo. Una nube instaló la oscuridad. El Director Cisneros dice que cuando la luna se anexó, de nuevo, a la plaza, Remigio era más alto. ¡Crecería caminando porque en la esquina los panaderos lo miraron espigado!

Aún era cojo y jorobado pero visiblemente crecía. ¿Usaba zancos? Amaneciendo la viuda Yanayaco cometió el acierto o el error a mandarlo a vender bizcochos a Tapuc. Remigio gastó el día en un pueblo donde nadie perdía el tiempo en comparaciones. En la tarde entregó las cuentas y vistió sus nuevas prendas a las que don Hermógenes añadió un sombrero de Catacaos olvidado por un agente viajero en el «Hotel Mundial». Hacia el atardecer enfiló a la plaza. Esperó que el Primer Vecino acabara su meditación y se acercó a la tertulia. Los notables le hicieron lugar. Remigio saludó ceremoniosamente. Los principales se demoraron comentando la posible reelección del senador. Los testimonios son unánimes: Remigio participó con tanta discreción que el propio doctor Montenegro cauteló sus opiniones. Habló poco pero tan medido que don Calixto Gómez, el nuevo Jefe de la Caja de Depósitos y Consignaciones, lo palmeó en el hombro.

—¡Mi querido poeta...!

Cisneros, Atala y Canchucaja se volvieron sorprendidos. Por primera vez alguien le reconocía el título.

—Me interesa mucho lo que usted dice. Si no tiene otra cosa que hacer lo invito a hacer penitencia esta noche. No

sé qué habrá cocinado mi mujer, pero ya nos arreglaremos.

—Honradísimo —se inclinó Remigio—. Me atrevo, señor juez, a solicitarle unas flores.

El magistrado estupefacto accedió con otra inclinación.

La casa del Jefe de la Caja de Depósitos queda a unos doscientos metros; se alejaron por el jirón Bolognesi. Se detuvieron delante del caserón de Montenegro. El Chuto Ildefonso abrió el portón, miró a Remigio con insolencia, pero cuando Gómez confirmó que el doctor en persona había autorizado a Remigio a recoger un ramillete, se apartó con la boca abierta. Remigio cortó los geranios que ofrecería minutos después a doña Teobaldina.

Esa noche cenó con los Gómez. La familia no recuerda nada anormal. Don Calixto informa que Remigio se despidió con una sonrisa descontrolada. Egmidio Loro, que descendía el jirón Ucayali, nos lo propone todavía jorobado. Bajó al río; se demoró; ya oscuro, subió a «La Estrella». Los panaderos que empezaban la labranza sostienen que llegó tiritando. Y lo recuerdan porque —¡hecho increíble!— se excusó. Él, que sólo usaba la voz para ofender, murmuró:

—¡Don Crisanto, le ruego que me perdone, pero de veras, no puedo ayudar!

—¿Estás enfermo, Remigio?

—No, don Crisanto.

—¿Por qué tiemblas?

—Son ganas de volar.

Palabras que se confundieron con el presagio de un ataque. Pero don Crisanto se quedó con el pañuelo en la mano porque Remigio se limitó a tirarse sobre los sacos inservibles donde solía dormir. Pronto deliró. Tres días ardió agitado por sueños que mascullaban flores, flores de madera, flores de piedra, flores de nieve, flores de agua, flores, flores, flores. El cuarto, los panaderos solicitaron al padre Chasán. El cura le acarició la frente abrasada y le concedió la absolución. El quinto día, acabadas las horneadas, don Crisanto le llevó un plato de sopa. Remigio lo recibió de pie, sonriendo. Don Crisanto escapó gritando:

—¡Milagro, milagro!

Salieron los agentes viajeros, acudió la viuda Yanayaco.

Brazo de Santo derramó un balde de agua. Remigio emergió del horno parpadeando. La viuda sofocó un grito con el pañolón. ¡Ninguna joroba ofendía la espalda de Remigio!

—¡Jesús, María y José!

—¡Sin pecado concebida!

Descreyendo en sus ojos, la viuda tartamudeó:

—¿Te has curado, hijito?

—La fiebre se ha ido.

¡Pero con el delirio había emigrado la corcova! Un mozalbete espigado se dirigió a la pila mientras la noticia enardecía Yanahuanca. «¡Milagro! ¡Remigio se ha curado! ¡Milagro!» La gente se espesó en «La Estrella», pero la viuda trancó el portón. Sin percatarse, indiferente, Remigio barrió el piso, baldeó la escalera vomitada por un agente viajero borracho. En esos trabajos gastó el día; acabando la tarde salió a desafiar el asombro. Todavía cojeaba pero ya era un mozo de espalda limpia y cabello domado. Cruzó la plaza, se acercó y estrechó las manos palúdicas de los principales.

La maravilla ya flagelaba el pueblo.

—Es un milagro de San Pedro de Yanahuanca —dijo el sacristán—. Remigio barrió la iglesia la semana pasada.

—Ha sido la fiebre. Tres días y tres noches ha delirado. El hijito de don Herón ¿no creció con la fiebre? —propuso la viuda Yanayaco.

—Remigio ya no es un niño. Por lo menos tiene veinte años —intervino el sanitario Canchucaja.

—Cincuenta —dijo Arutingo, que no le perdonaba a Remigio el apodo de «Culo de Fuelle»—. Remigio nunca ha sido jorobado. ¡Se hace el curcuncho para estafar! Usa una joroba de trapo para inspirar pena. ¡Es un vividor!

El sábado Remigio visitó al padre Chasán y aparentemente formuló una confesión general porque usó casi toda la tarde en el curato. El domingo el padre predicó sobre la belleza de los lirios del campo más espléndidos que Salomón. Y anunció que Remigio sería uno de los cargadores del anda de Santa Rosa de Lima. Ni los miembros de la Guardia Civil —Santa Rosa es Patrona de la Benemérita— se opusieron. Si temían que con la cojera de Remigio el anda trastabillara, se lo guardaron. Temores vanos: el treinta de agosto Remi-

gio acompañó a la Virgen sin esfuerzo. Casi todo el pueblo siguió a Santa Rosa con velas encendidas. A las cinco la Virgen volvió a la iglesia escoltada por los guardias civiles. El padre Chasán le regaló a Remigio una estampa de Santa Rosa. Era el atardecer. Salió del cuarto tan absorto en la belleza de la Sierva de Dios que sin percatarse, en la esquina, tropezó con la temible persona de Victoria de Racre. Perdió el equilibrio y cayó despatarrado. Victoria de Racre lo miró con enarcada rabia. Remigio pataleó en el fango y sólo cuando el desdén de Victoria de Racre dobló la esquina se levantó y se restregó los ojos como saliendo de un prolongado sueño. Fuera lo que fuese (el padre Chasán dice que el milagro es de Santa Rosa, pero el padre trabaja para la competencia), Remigio se alzó. Camino a «La Estrella» saludó al Subprefecto: Valerio abrió la boca. ¡Remigio ya no cojeaba! El Subprefecto se metió a la cantina de Cisneros, pidió un aguardiente y tartamudeó la noticia. Los comerciantes salieron a comprobar. Alguien transmitió la nueva al Puesto. Por orden del sargento —como si se tratara de una infracción— el guardia de servicio salió a comprobar: volvió estupefacto. «¡Mierda!», exclamó el Jefe de Puesto. Esperaron el retorno. Remigio volvió cuando el sol se rendía. ¡Caminaba sin defecto! «¡Mierda!», repitió Astocuri. Lo abordó a la mitad de la plaza.

—¿De dónde bueno, mi querido Remigio? ¿Preparándose para la fiesta?

—¿Qué fiesta, mi sargento?

—Hoy es el baile de la Guardia Civil, Remigio. Supongo que usted nos acompañará.

—¿Y la entrada, mi sargento?

—¡No faltaba más! Usted es invitado del Cuerpo, Remigio.

Y con el pretexto de echarle un vistazo a los fuegos artificiales preparados para enardecer el cumpleaños de Santa Rosa, se alejaron cogidos del brazo. El sargento Astocuri se lucía, porque la desaparición de la cojera se tradujo en la venta instantánea de los boletos sobrantes. ¡Volaron! Los hueleguisos querían comprobar el prodigio. Todo Yanahuanca se precipitó al salón de honor de la Municipalidad. A las ocho el sargento Astocuri, luciendo un flamante uniforme,

precedió a un Remigio sonriente que ingresó al salón caminando sin tacha.

—¡Música, música! —palmeó el sargento Astocuri a los Huamán, alelados. Los músicos iniciaron una torpe «Estrellita del Sur» que una pareja de maestros revoloteó sobre el piso bañado de petróleo y rociado de aserrín. Pero la concurrencia sólo tenía ojos para Remigio, que modestamente se colocó detrás de un grupo de preceptores de Uspachaca que por su propia iniciativa se dispersaron.

—¡Música, carajo!

La orquesta se arrancó con «El Provinciano».

Y como nadie se atrevía a inaugurar el baile Remigio cruzó medio salón, se inclinó ante la ruborosa Pepita Montenegro y con sonrisa irresistible preguntó:

—¿Me permite mejorarme?

Doña Pepita se tiñó con un rosicler que no la visitaba desde que fue la reina de las fiestas de Pasco.

Los músicos se entusiasmaron. Remigio se arrancó con el vals. Que se supiera jamás sus tuertos pies habían danzado. ¡Qué pies! Voló por el salón disminuyendo el ritmo sólo para el repique de punta y talón. Los Huamán, fascinados, siguieron:

*Y si viene a llorar
la amada mía
hazla salir del cementerio
y ¡cierra!*

Ya embalados, hiriendo en lo noble a la concurrencia, entonaron:

*Yo no quiero una lágrima
ni una cruz ni corona.
El día que me muera
que me arrojen al mar.*

—¡Qué tal conchudo! —se rió el sargento Astocuri que se las daba de gracioso—. ¡Sólo el pasaje a la costa cuesta doscientos rúcanos! ¡Mejor lo tiraremos al puquio!

*Yo no quiero una losa
ni tampoco una lápida.
Yo no quiero velorio
ni llanto de amigos:
me aburre oír llorar.*

*Quiero sentir salobre
todo el llanto del mar.
Las boyas cual campanas
se pondrán a sonar;
las velas como cirios
se pondrán a soñar;
los tiburones espantarán
a los gusanos. ¡Ay!*

Aun doña Pepita, eximia bailarina, seguía con dificultad el taconeo de Remigio. Extraviados en el ensueño los Huamán tocaron sin parar. Por el dolor de los pulmones conjeturaron que perpetraban una pieza sin precedentes. La gritaría anunció que los fuegos artificiales rubricaban la noche. Remigio siguió bailando. El sudor del baile le lavaría las imperfecciones porque esa noche se le aguzó la nariz ganchuda, se le almendraron los ojos y emigraron las sobras de la sonrisa cínica.

Las primeras en percatarse fueron las mujeres. Flor Cisneros, la más bella yanahuanquina, desairó a Serafín de los Ríos y pretextando una jaqueca se dedicó a suspirar. Aman-dita Cisneros miraba y miraba con la esperanza de que Remigio la invitara, pero el Hermoso sólo tenía ojos para la Niña Consuelo. No se atrevía a invitarla hasta que comprendiendo, el cabo Minches lo empujó, amablemente. Remigio enrojeció.

—¿Me permite...? ¿Es posible?

—Favor que me hace —suspiró la Niña Consuelo, deslumbrada. Vestía un traje ridículamente corto, su pelambre acababa en un lazo inoportuno y sin duda sus enemigas le habían dibujado una boquita de colorete en la jeta.

Remigio la condujo al centro de la sala, sonrió a la orquesta y esperó el pasodoble.

—¡Dios da barbas a quien no tiene quijadas! —murmuró Flor Cisneros.

Maligna alusión a los pelos que tiznaban los gruesos labios de la Niña Consuelo.

—¿Celosa? —preguntó Serafín de los Ríos.

—¡Francamente este joven podía escoger mejor!

¿Cuánto tiempo bailó? Él mismo rompió el encantamiento con «¡No hay alegría en esta casa!» El Director Cisneros le acercó una cerveza, la orquesta reinició los vales. Pero algo enfermaba la fiesta. Los mozos sentían que las muchachas bailaban vagarosas, soñando que las condujera alguien con quien nadie resistía la comparación. De esa noche dataron muchos noviazgos quebrados. Y como los jóvenes sospechaban el origen de los suspiros el baile acabó mal. Serafín de los Ríos plantó a Flor Cisneros a la mitad de un bolero de Leo Marini y cinco minutos después Melecio Canchucaja recibió una bofetada de Carmencita Solidoro. No obstante los esfuerzos de los guardias civiles, el baile languideció. ¡Las mujeres sólo tenían miradas para el Hermoso!

Amaneciendo se arremolinaron, ojerosas, en «La Estrella», con el pretexto de comprar pan. En vano. Remigio sólo salió al mediodía. Los bizcochos desaparecieron en un santiamén. Los jóvenes se encolerizaban. Alentados por Arutingo imaginaban que la transformación de Remigio era perezosa. Pero los días transcurrían y la «broma» no finaba. El Hermoso era cada vez más hermoso. Ya casi no lo reconocían. Del deforme rostro del idiota sólo sobrevivía una remota tristeza, cierta melancolía. Los días agravaban su belleza. Los jóvenes se enfurecieron. Tras muchos conciliábulos, encabezados por uno de los Solidoro, se atrevieron, una tarde, a abordar al doctor Montenegro. Un poco confundidos, tartamudeando, consumiendo en segundos el coraje acumulado en semanas, le pidieron que como Primer Vecino interviniera para acabar la «broma».

—¿Qué broma?

—Ese cuento del disfraz del Opa Remigio. ¡Ya está bueno, doctor! Nosotros...

—Hum.

Eso fue todo lo que sacaron. Ni queriéndolo, el magistrado hubiera podido más. Él mismo se sentía confundido. Porque la noche en que los notables acordaron jugarle una pasada al Niño Remigio, más que un armisticio con un beligerante grotesco, imaginaban divertirse. En Yanahuanca, como en todas las provincias, el principal vecino es el aburrimiento. Cuando el juez Montenegro propuso «tomar en serio a Remigio» se entusiasmaron: hacía meses que nada turbaba la soñolienta paz. Hasta la lengua de doña Fina, retenida por unas paperas, descansaba. Hombres y mujeres aceptaron participar en la comedia: fingirían «aceptar» al Niño Remigio, aguantarían saludos, inventarían sonrisas, tolerarían conversaciones. Los mozos convencieron a las mozas de que venciendo ascos debían simular que se disputaban a Remigio, que se rendían a su inventada seducción. Así, imaginaban «entretenerse». Pero se les interpuso la trasmutación. Los cálculos de los principales aburridos no incluían el embellecimiento. Nadie había previsto ese estremecedor dividendo. Cuando quisieron reaccionar, la transformación los derrotaba. Ocupados en negocios banales, perdieron un tiempo precioso. Y cuando se percataron, la mitad del pueblo seguía el prodigio empavorecido. De la burla las doncellas emigraban al malestar. Y cuando comprobaron que en la máquina no sólo resbalaba la simpleza pueblerina, se aterraron. Porque enterados de la «broma» los Yernos, por ejemplo, viajaron a Yanahuanca con la idea de embrear y emplumar al enano. ¿Qué enano? Estupefactos con la transformación acabaron suplicándole al Hermoso que les aceptara un whisky en el Club Social. Hasta la remota «Diezmo» viajó la noticia de su intolerable belleza. Más por aburrida que por curiosa la patrona decidió viajar a Yanahuanca para «sacarle las telarañas a esos serranos». Un mediodía nublado, la imperiosa propietaria llegó precedida por la altanería de sus caporales: ingresó al jirón Bolognesi justo cuando Remigio volvía a «La Estrella» cargando una canasta vacía. La hacendada detuvo a su magnífica yegua Linda. Y como Remigio, abstraído, cruzó sin percatarse, gritó:

—¡Oiga, panadero!

Remigio volvió la cabeza. La hacendada le miró el rostro y los arreos de plata tiritaron en su mano regordeta.

—Los bizcochos se han acabado, señora, pero ahora mismo debe estar saliendo la segunda hornada. ¡Si quiere, averiguo!

—Perdone, joven, yo creía...

—Un momentito, voy a averiguar...

La propietaria se apoyó en la montura, demacradísima.

Así, Yanahuanca comprobó que mirando al Hermoso no sólo las modestas pueblerinas padecían. Ese doloroso orgullo los consoló. Un período de esplendor comenzó. Desde remotos caseríos se viajaba para admirar el prodigio. Los babosos esperaban a Remigio abriéndole calle. Como todos los principales, atardeciendo, el Hermoso se dirigía a la plaza y participaba en la tertulia. En gran predicamento lo tenían. Advirtiéndolo, los familiares de los pobres diablos olvidados en el calabozo le suplicaban que intercediera ante las autoridades. Acudían a «La Estrella» con atados de papa, cuyos tostados, melocotones que Remigio rechazaba salvo cuando el Opa Leandro o Brazo de Santo se interesaban. En esos crepúsculos en que los principales cerraban tratos, soldaban alianzas o fundaban enemistades, el Hermoso intercedía. Salvo que fueran presos escogidos por la cólera del Subprefecto o la inquina del juez, casi siempre obtenía las excarcelaciones. Hasta tarde lo esperaban los parientes de los detenidos. El Hermoso les comunicaba los perdones y ellos intentaban besarle las manos. Esto confundía al Hermoso que quería, que pretendía ser él mismo. Pero un invisible muro comenzaba a distanciarlo de sus propios amigos. Porque los que en otro tiempo para atraerse la buena suerte le sobaban la joroba, ahora lo saludaban tímidamente, lo trataban de «don» y no se apeaban del «usted».

Pero no se puede seguir en la procesión y repicar. Su amistad con las autoridades, cada vez más entusiasmadas con un acontecimiento que repercutía políticamente en favor del pradismo, se volvía desconfianza en los comuneros, que no obstante las generosidades del Hermoso murmuraban que no se podía andar bien con Dios y con el diablo.

Hasta Chinche viajó el rumor de que el Hermoso era íntimo de las autoridades.

—¡No puede ser! —dijo Garabombo—. Yo soy testigo del odio del Niño. ¡No traga a las autoridades!

—Ahora es íntimo del doctor, Garabombo. Se trata de tú con las autoridades. Los López lo tratan de «compadre».

—¿Usted lo ha visto?

—César Morales me ha contado.

—A don-me-han-contado lo mataron en la guerra con Chile de un bacenicazo —gruñó Garabombo.

Pero los rumores no flaquearon y cuando su propio cuñado, el tranquilo Melecio Cuéllar, le dijo: «Si quieres mirar a un hijo de puta sólo tienes que aguardar por el camino de Pacoyán el próximo domingo», Garabombo sintió las primeras dudas. Camino a la escuela de Chupán distinguió la caravana: una muchedumbre de cabalgados escoltaban a Remigio, invitado de honor de Pacoyán. Con el corazón sofocado, descubrió las barbas de cobre de don Migdonio de la Torre, el desdeñoso bigotillo de Ignacio Masías, las salaces carcajadas del Yerno N.º 2 y el Yerno N.º 4 que informaban del nuevo «ganado» que acababa de llegar a Rancho Grande, el burdel de Cerro de Pasco. Esta mañana se le cauterizaron las dudas. En la tarde ordenó que se alertara a todos los caseríos para que nadie conversara asuntos de comunidad con «ese chupamedias de Remigio». Se trocaron los papeles. Los antiguos enemigos del idiota eran los amigos del Hermoso. Atala, Arutingo y Pasión, antaño partidarios de «darle bocado», se enardecían contra sus críticos. «Lo que pasa es que ustedes —decía Magno Valle— se mueren de envidia. Todos quisieran tener su pinta y que las muchachitas se les enamorasen de una carita de porcelana. ¿Por qué Remigio no se hará de amigos? En vez de murmurar, los criticones debían lavarse la carga de la cara. ¡Quizás así se les borrarían los lobanillos y las carachas!»

—Comida no le faltaba don Magno.

Nadie se atrevía a más. Sólo Sulpicia lo defendía:

—¡Remigio es bueno! Muchas veces mis hijos sólo comieron bizcochos. ¡Pobrecito! Dios se ha acordado de él.

La mayoría prefería no mezclarse. Y ahora, cuando veían al Hermoso jinete en escultóricos corceles, adornando las cabalgatas de principales, se sacaban el sombrero, como ante

cualquier hacendado. El Hermoso respondía con mansa sonrisa, empapada de cariño, pero le contestaban saludos rígidos. Una tarde en que el Hermoso subió a Yanacocha, ya casi acostumbrada a su esplendor, la mujer de Isaac Carbajal le gritó:

—¡Saludos a tu padrino, *supaypaguagua*!

El Hermoso volvió los ojos pero ya la mugrienta pollera curvaba la esquina.

—¡Supaypaguagua, hijo del diablo!

¡Ya sabían que el juez Montenegro sería su padrino! Las yanahuanquinas habían perdido toda esperanza. El Hermoso sólo tenía ojos para la Niña Consuelo: de este defecto no se curó. Para que el Hermoso no se rebajara a semejante alianza, las matronas organizaban bailes donde abejeaba la flor del mujerío. Algo sucedería porque una tarde se vio al Hermoso y a Flor Cisneros caminando por las orillas del Chaupihuaranga. Los Cisneros se entusiasmaron. Pero días después Amanda Canchucaya consiguió que Remigio aceptara una fuente de mazamorra morada. Fue el comienzo de un desfile de buñuelos, manjarblancos y leches asadas. Por pura cortesía continuaron invitando a la Niña Consuelo y luego se «olvidaron». Y como Remigio emprendió una gira con la compañía teatral formada por el nuevo párroco, las mujeres imaginaron que la Niña Consuelo se desbarrancaba al piadoso olvido. ¡Ingenuidad provinciana! La misma tarde en que Remigio volvió de Colquijirca, último punto de la gira, todavía polvoriento, cruzó los portones azules del juez Montenegro. El magistrado mandó que lo condujeran al salón que sólo se abría para los forasteros ilustres.

—¡Dichosos los ojos! Usted ya no se acuerda de los pobres —bromeó el doctor que raras veces bromeaba—. Para usted ya sólo son las capitales de departamento. ¿En qué puedo servirlo, poeta?

—Quiero que usted sea el primero en saberlo, doctor.

—¿Saber qué?

El Hermoso se ruborizó.

—La Niña Consuelo me ha hecho el honor de aceptarme. El juez se ensombreció, pero recuperándose, exclamó:

—¡Felicitaciones, mis sinceras felicitaciones, Remigio!

Y palmeó. Acudieron los sirvientes.

—Díganle a doña Pepita que mande inmediatamente a traer champagne y que venga.

Cascabeleando acudió doña Pepita, se desilusionó y luego se exaltó. Arutingo salió con la noticia. Improvisaron una fiestecita. El Subprefecto mandó por seis docenas de cerveza; Atala por unas botellas de «La Fourie» y los guardias civiles, que a todo se suman sin invitación, acudieron con el pretexto de felicitar. Esa noche el Hermoso les pidió al Subprefecto y al sargento Astocuri que fueran testigos de su matrimonio. Aceptaron entusiasmados.

—Yanahuanca celebrará dignamente el acontecimiento —prometió el Subprefecto, relamiéndose los labios. Y como si se tratara de una candidatura, añadió—: ¡El Movimiento Democrático Pradista se adhiera!

Don Herón lanzó un vibrante:

—¡Unión Nacional Odriísta, presente!

Para no exilarse de la gran familia política, Canchucaja proclamó:

—¡Partido del Pueblo, presente! ¡A más calumnia, más aprismo!

—Pongo la orquesta —dijo el sargento Astocuri. Había heredado la costumbre de arrestar para sus fiestas a los Huamán, los mejores músicos de Yanahuanca.

—¡Pongo la fiesta! —carraspeó el juez.

Remigio tartamudeó turbado:

—Gracias, padrino. ¡Es demasiado! ¡La verdad es que yo...! Yo... yo... yo no merezco tantas atenciones. Yo he sido malo. —Palideció—. Pero yo no era yo: el otro insultaba, el otro escribía estupideces. Esto... esto...

Se tramó un matrimonio de bandera. En el entusiasmo el Subprefecto prometió reabrir los caminos. ¡Piadosas intenciones! Los comuneros no se interesaban. El Abigeo no ocultaba su amargura. «¡Prefiero verlo cojo y jorobado que emborrachándose con esos concha de sus madres!» Pero Sulpicia, insospechable de complicidad con las autoridades, insistía:

—¡Remigio no ha cambiado! Son las autoridades las que cambian.

—Las autoridades cambiarán el día que vuelen los chanchos.

—Quizá el doctor Montenegro quería hacerse perdonar. Con la vejez todos mejoramos.

—Oye, vieja: en este mismo sitio Remigio me dijo: «Si los hijos de puta volaran taparían el sol.» ¿Qué dice ahora? ¡Yo me largo! No quiero ni cruzarme con ese chupamedias.

—Pobrecito.

—¿Por qué no busca una mujer comunera? ¿Por qué no escoge testigos comuneros?

—¿Quién le hacía caso al jorobadito? ¿Quién lo recogía en sus ataques? Tirado lo dejaban mordiéndose la lengua.

—Pobrecitos somos nosotros, Sulpicia.

—En mi corazón lo guardo. Sin sus bizcochos... Quizá lo obligan...

—A banquetearse a nadie lo obligan, ciega.

Porque el Hermoso era el centro de las invitaciones. Los hacendados se lo disputaban. El páramo de Pasco poseía, por primera vez, algo que lucir. En tiempos esfumados, en la época en que los cateadores de Cerro deslumbraban al mundo, un ostentoso minero había pavimentado con lingotes de plata la calle por donde su hija caminó a su matrimonio, pero de tan brumoso recuerdo se reían hoy los departamentos vecinos. Pasco es una ciudad sucia, mortecina, cribada de agujeros, y después de la apertura de la mina de tajo abierto, un hoyo donde se acumulan la lluvia, el fracaso, el aburrimiento. ¿Qué puede ofrecer frente a la florida Huánuco, al arbolado Huancayo o a la maravillosa Tarma? ¡Ahora exhibía al Hermoso! Precedido por ostentosos caporales el Hermoso viajó a El Estribo, a Chinche, a Uchumarca y de allí, de pascana en pascana, lo trasladaron a la hacienda Diezmo. ¡Durmió en el lecho donde Bolívar se había desvelado la vispera de la batalla de Junín!

Los Ignacio lo esperaban con una fiesta a la que asistieron muchos hacendados de la pampa de Junín. Los gamonales venían a burlarse los serranos —que-creen-todavía-en-estas-cojudeces pero, como todos, enmudecían ante la realidad. El Hermoso presidió el festín. Alta la noche los invitados se recogieron. Era una noche plagada de estrellas enormes. El

viento lamía la estepa. El Hermoso salió al patio. Se sentó en un tronco de eucalipto. Un hacendado, despectivo caballerete de bigotillo, ex-ministro de Prado, se acercó.

—¿Pensando en las musarañas, jovencito? —preguntó agresivo.

Descreía en la «curación». Porque ahora los incrédulos sostenían que el Hermoso había tenido siempre esa cara; que la joroba, que la cojera, que la fealdad eran «invenciones».

El Hermoso volvió el rostro.

—Pienso en Sobiersky, don Ignacio.

—¿En quién?

—En el coronel Sobiersky.

—No conozco a ningún coronel Sobiersky. Si no me equivoco el jefe de la zona es el coronel Zapata.

—Era un coronel alemán —explicó el Hermoso.

—¿Qué carajo hacía aquí?

—Eso me pregunto, don Ignacio. El coronel Sobiersky era un veterano del ejército napoleónico, un alemán enardecido contra Rusia. Hizo la campaña de 1812, peleó a través de Rusia, se batió en el Kremlin, fue herido en el Beresina. Después de la caída de Napoleón emigró a América del Sur. Se enroló entre los voluntarios de Bolívar. ¡De la estepa rusa a la estepa peruana!

—¿Qué... qué... qué cosa?

Remigio señaló el oeste de la pampa.

—¡Allá peleó! Acabando la batalla de Junín le dieron un lanzazo. Tres días después murió en esta hacienda. ¿Se imagina? Él, que salió indemne de la batalla de Moscú, que se salvó del desastre de la terrible retirada, uno de los últimos en cruzar el Beresina, cayó en la pampa de Junín. ¡Qué solo se sentiría! Atravesando la pampa he pensado en esos alemanes, en esos polacos, en esos irlandeses que dejaron aquí los huesos. ¿Por qué?

—¿De dónde saca eso?

—Hojeo libros.

Ignacio calló, asustado. Sólo después de un rato sacó una cantimplora de plata.

—¿Un trago, don Remigio?

El Hermoso se abstraía en las estrellas.

20. DE LA DEMENCIA QUE ACOMETIÓ A LOS COMUNEROS DE CHINCHE

A una legua de la carretera de Pasco a Yanahuanca, casi siempre ofendida por el fango o abusada por la nevada, se levanta la titánica escuela de Chupán. Los escasos viajeros que remontan la desolación de esa cordillera se asombran ante la babilónica escuela, más vasta que cualquiera de los centros escolares de la provincia, casi tan grande como la misma Gran Unidad Escolar de Cerro de Pasco. Más que la ciclópea intención de los constructores desconcierta el domicilio de la obra. Porque Chupán es una docena de casuchas paradas únicamente por desprecio del ventarrón. Una treintena de niños, una docena de perros flacuchentos pastorean rebaños lamentables de ovejas cuya lana se malbarata en el mercado de Cerro de Pasco sólo cuando la demanda es excesiva. En Chupán se irguió, sin embargo, la mejor escuela de la provincia de Yanahuanca, luego la mejor escuela del departamento de Pasco y por fin la mejor escuela de las serranías del Perú.

Esa construcción fue hija de la demencia del caserío de Chinche. Los hacendados murmuran ahora que las autoridades debieron sospechar. ¿De qué? Los chinchinos siempre soñaron con una escuela. Ser profeta del pasado es fácil, pero la verdad es que el mismo doctor Montenegro creyó que los comuneros no eran capaces de perpetrarla. El único que pronunció la palabra «locura» fue don César, pero el secretario

ya chocheaba, confundía las fechas, liberaba a los culpables, mandaba detener a los denunciantes. En el Puesto, el Subprefecto Arquímedes Valerio lo sostenía por compasión. Esto sucedió cuatro semanas después del cambio de personero. Porque bruscamente Remigio Sánchez renunció «por motivos de salud». «¿De él o de su caballo?», pregunta el enjuto Atala. Porque durante esas semanas Remigio Sánchez caminó cojeando, según él, reponiéndose de una caída de un caballo espantado por una «avispa». «¿Qué avispa?» «En la jalca, a esa altura, no hay avispas», insiste Atala cuando se emborracha. «Algo asustaría a su caballo.» «¿Qué caballo? —se carcajea Atala—. ¿La avispa se comió al caballo? Ja, ja, ja... Yo conozco a la avispa. ¡Ja, ja, ja!» Pero algún accidente debió padecer Remigio Sánchez porque durante semanas mostró una cara amoratada. «Y cojeó como su tocayo», se carcajea Atala. Casi un mes le demoraron las tumefacciones. «¿Y el caballo?» «Escaparía, don Espiridión.» «Ningún caballo escapa de la horca», gruñe Espiridión Atala, golpeando el mostrador de «El Chinito». «Yo he sido sargento de la Guardia Civil. A otro perro con ese hueso. ¡Garabombo sorprendió a Remigio Sánchez! Entre cuatro le pegaron. Y delante suyo ahorcaron a su pobrecito caballo. «Si no renuncias te ahorcaremos igual.» Así le dijeron. ¡Garabombo asustó al personero Sánchez! ¿Le han visto las orejas transparentes? ¡Es susto!

—En ese tiempo Garabombo era invisible, don Espiridión.

—Un grandísimo pendejo es lo que era Garabombo. Bien que se aprovechaba de su invisibilidad para dormir con las mujeres casadas.

—Es que con los invisibles no hay peligro, don Espiridión.

—Otro submarino.

Cisneros le sumerge una copa de cañazo en el vaso de cerveza. Don Espiridión eructa y pateo el mostrador: esa mala costumbre le queda de sus tiempos en la Benemérita.

—Las haciendas se perdieron porque ese concha de su madre de Garabombo era invisible.

—¡Al contrario, Espiridión! —protesta el modoso don

Herón de los Ríos—. Las haciendas fracasaron porque Garabombo era visible.

Se enredan en barrocas discusiones. Don Herón adopta un aire electoral:

—En Cerro de Pasco no sucedió nada mientras Garabombo fue invisible. Los problemas se presentaron cuando se curó. De eso tiene la culpa don Arquímedes Valerio. ¡El permitió que don Gastón se saliera con su capricho! Nunca debió tolerar que Garabombo se volviera invisible.

El Subprefecto Valerio golpea el mostrador.

—¡Un momentito! En mi despacho Garabombo no se volvió invisible. Mientras yo fui autoridad nadie se volvió transparente. ¿Por qué no le pregunta al sargento?

Pero el sargento es categórico.

—¡Gracias a Dios no me falla la memoria! Yo me acuerdo del nombre de todos mis detenidos. Cuando los periodistas vinieron después del tres de marzo, yo les mostré el Libro de Cargos. En ninguna página figura Garabombo. Eso es un cuento. ¡Garabombo nunca existió! ¡Espérese! Oiga, Minches, en Tapuc ¿no había un perro que se llamaba Garabombo?

—Ése es otro, mi sargento.

Mediando setiembre se supo que Amador Cayetano había viajado a Cerro de Pasco con quinientas sesenta firmas solicitando la destitución de Remigio Sánchez. Se desconoce el rumbo del reclamo porque esa misma semana Remigio Sánchez rengueó a Ayayo y le tiró a Cayetano un costalillo con los sellos de la comunidad.

—Aquí tiene usted, Cayetano, lo que buscan los ambiciosos. ¡Con su pan se lo coman!

El domingo siguiente el Puesto de la Guardia Civil de Yanahuanca supervigiló la elección del nuevo personero. Seiscientos ochenta comuneros se alinearon detrás del nocturno Gregorio Corasma, aceitunado como las rocas de Ispac, su estancia. En ausencia de Remigio Sánchez, los alguaciles entregaron los sellos. Una hora más tarde el nuevo personero fue a saludar a las autoridades. El Subprefecto Valerio, que volvía de buen humor de un matrimonio, pronunció entonces la frase fatal:

—Ya sabes, Corasma, aquí estoy para ayudarlos. Las puertas de mi despacho están siempre abiertas para el pueblo honesto y sencillo.

Letal es el efecto que en los simples provocan estas figuras retóricas. Cayetano sacó una botella. El Subprefecto aceptó el brindis. Acabando la segunda botella Corasma murmuró:

—¡Favorcito!

—¿Qué cosa, hijo?

—Un favorcito quisiera pedirte, señor Valerio.

—Habla, hijo. Ya sabes que para ustedes yo soy un padre. La ley me ha encomendado el sagrado deber de vigilar por los intereses populares.

Amaba intercalar, cuando podía, esos lugares comunes.

—La comunidad quisiera construir una escuela, señor Subprefecto.

Don Arquímedes se quedó con la copa a medio camino.

—¿Y para qué?

—¿Para qué, pues? Ja, ja, ja.

—¿Qué mosca les ha picado?

—Chinche quiere progresar, señor Valerio. Hace tiempo que queremos una escuelita.

—Es utilidad pública, señor —sonrió Cayetano.

El Subprefecto adoptó un aire solemne.

—¿Saben lo que cuesta una escuela?

Y confidencial:

—El Gobierno está muy gastado, hijos. ¡No hay un cobre!

Y secreto:

—Se acerca una nueva guerra con los monos.

Y susurrando:

—El Perú necesita armarse. El ejército reclama tanques y aviones. ¿Han visto desfilar a los tanques por el Campo de Marte? Dan pena. El último veintiocho de julio a la división blindada la remolcó la caballería. ¡No puede ser! El Gobierno consagra todos sus esfuerzos a la compra de armamentos. Sí, señor, los enemigos del Perú calculan sorprendernos por la espalda, pero se llevarán, sí, señor, la sorpresa del siglo.

—Nosotros mismos costearémos la escuela, señor Subpre-

fecto —sonrió Cayetano. En la frente, un círculo rojo delataba el sombrero nuevo o quizás el rubor de interrumpir, con semejante pequeñez, la patriótica perorata.

—Así la cosa cambia. ¿Y dónde levantarían la escuela?

—En Chupán.

—Pero Chupán es un desierto. ¡Allí no vive nadie!

—Precisamente.

—Precisamente ¿qué?

—Queda lejos de muchas estancias.

—¡Hum! Lo pensaré.

Esa noche, mientras bebían un ponche de canela en el Club Social, lo consultó con el Primer Vecino.

—Esos cholos nunca levantarán la escuela. ¡Acuérdese de lo que les sucedió a los de Tambopampa! —se carcajeó el juez Montenegro. Las risas saludaron el recuerdo: la escuela de Tambopampa probaba la congénita incapacidad de los comuneros. Hacía años que Tambopampa pretendía construir también una escuela. Cuando en una de sus visitas, y por nebulosas razones, el senador no sólo autorizó la construcción, sino hasta prometió regalar calamina (promesa que inexplicablemente cumplió meses después), los exaltados tambopampinos planearon las cosas en grande: contrataron a Siméon, el Olvidadizo. El más ilustre arquitecto de Yanahuanca planeó una escuela que seis meses después demostró que los risas iniciales eran puros paludismos de la envidia. Un domingo transparente las autoridades honraron el camino para presidir la inauguración. Tambopampa las recibió a los acordes de la «Marcha de las Banderas», que, aunque reservada al Presidente de la República, todos sabían que halagaba las orejas del doctor Montenegro. Exaltación Travesano, el principal vecino, esperaba con un discurso preparado por el profesor Vento. Las autoridades desmontaron y escucharon el Himno Nacional en patriótico silencio. Travesano avanzó para izar la bandera en el mástil de eucalipto, pero en eso se levantó el viento. El forzado Travesano porfió. ¡Inútil! El aire prohibía elevarse a la enseña. Tras valientes pero inútiles forcejeos, Travesano, humillado, intentó iniciar su «¡Hay en la historia de los pueblos fechas grabadas por el cincel de la emoción en el mármol de la historia!» Nadie lo oyó. Los

invitados peleaban por conservar sus sombreros, ambicionados por un sorpresivo ventarrón. Nadie oía nada. Por señas el Subprefecto indicó a Travesaño que callara y se acercó con la intención de cortar la cinta bicolor. Pero en segundos el viento se transformó en una tormenta de aire que levantó el techo como una pluma, lo paseó sobre el pánico de la concurrencia, y lo aventó a la rabia de las nubes. ¡Simeón había previsto todo menos amarrar el techo! Creyó que el simple peso de la calamina, sin duda suficiente para sostenerlo en una quebrada, lo fijaría también en las alturas. Poco consuelo fue que en la tarde unos pastores de Ayayo notificaran que el magnífico techo reposaba intacto sobre el lodo de la quebradita, cinco kilómetros abajo. En vano la avergonzada Tambopampa intentó remontarlo. Tras mucha porfía calcularon que más barato era levantar la escuela abajo, pero el Subprefecto, furioso, se negó a conceder el permiso.

—Los chinchinos —previó el juez Montenegro— son todavía más brutos. ¡Les pasará peor!

Y como su opinión inclinaba la balanza, el Subprefecto Valerio concedió el permiso. La Guardia Civil refrendó la autorización subrayando las frases: «es condición imperiosa el cumplimiento de las tareas agrícolas a satisfacción de los señores hacendados» y «levantarán la escuela con sus propios medios». Don César mecanografió el permiso carcajeándose.

—¡Ustedes están locos!

—Es una manda que le debemos a San Juan de Chinche, don César.

—Eso es otra cosa.

Mediado el verano arrieros de Pomayaros propalaron que en Chupán se tramaba una obra grandiosa. Se creyó que la noticia era una manera de agradecer los tragos, pero unas semanas después el Yerno N.º 4, enterado de la llegada a Rancho Grande de soberbias argentinas, viajó a Cerro: en el camino conjeturó un bulto excesivo. «La escuela de Chupán es más grande que el Centro Escolar de Yanahuanca.» La Subprefectura despachó una pareja de guardias civiles, que volvió a confirmar: ¡En Chupán emergían los muros de una escuela sin rival! ¿Para quién? ¿Para los doce pastorcillos

que vigilaban los rebaños miserables? Los notables se rieron a morir.

—¿No les digo? Están locos.

—¡Mejor!

En Pasco las noticias viajaban entonces, lentamente. De la escuela sólo se conoció meses después cuando un alboroto de chinchinos descendió con banderas y cornetas para invitar a las autoridades a la «inauguración de la escuela de Chupán». De la bendita obra nadie se acordaba. Pero como los chinchinos anunciaban una pachamanca, el Subprefecto Valerio aceptó apadrinar la escuelita.

El sábado siguiente llegaron comisiones de chinchinos con los caballos para los invitados. Caballos y caballerangos madrugaron en los patios de los principales. Una corneta anunció, a las siete, la formación de la comitiva. A las ocho, después de esperar una hora al juez Montenegro, las autoridades salieron por el atajo de Chipipata. Abandonaban los eucaliptus cuando un jinete bajó desalado por los riscos. Del caballo, casi roto, saltó un chinchino desencajado.

—¡Incendio!

—¿Qué pasa?

—¡Incendio, incendio!

—Expílicate, animal.

—Han quemado la escuela de Chupán, señor Subprefecto.

—¿Qué dices, carajo? —preguntó el Subprefecto, temeroso que se cancelara la pachamanca.

—¡Alguien ha quemado nuestra escuela! —sollozó el jinete contra la montura de la autoridad—. ¡No queda nada! ¡Puro carbón!

—¡Pero no es posible! —dijo el Inspector de Educación, Villar.

Jinetes, gritos furiosos, descendían de las alturas.

—¡Crimen, crimen!

La campana de Chipipata convocaba a los vecinos. ¡Crimen, crimen! Rostros coléricos clamaban: «¡Incendio, incendio!»

—¡No es posible! —repetía el Subprefecto. Y como de todas maneras era una tontería desperdiciar la pachamanca, la comitiva subió a contemplar las ruinas. Almorzaron

y luego examinaron la ceniza de tantos esfuerzos.

Lo peor fue que la Benemérita no encontró huellas. La víspera había llovido. El campo era un fangal que delataría las huellas de los incendiarios. Así pensó el sargento Astocuri, pero contra toda lógica los guardias civiles encontraron el barro virgen.

—Aquí hay algo raro —gruñó Astocuri.

El fango no mostraba una sola huella.

—No habrán volado, ¿no?

—Hay huellas —anunció Travesaño, crispado.

—¿Dónde?

—Es mejor no ir, mi sargento —tiritó Travesaño.

—¡Acompáñame!

—No puedo, mi sargento.

Travesaño se persignó. Astocuri comprendió que no cedería. Y más por consolar que por descubrir los guardias subieron. En el mamelón descubrieron las rarísimas pisadas: huellas de pies enormes, de inverosímiles dedos, pisadas separadas por tres, por cinco metros.

—Nunca he visto estas huellas.

—Yo, sí —murmuró Antonio Vivar trémulo.

—¿De quién son estas pisadas?

—Conozco a la persona, pero no puedo decir su nombre, mi sargento.

—¿Estás cojudo o borracho?

Pero Cayetano confirmó:

—Es cierto, mi sargento. *Ese* tiene un pie o varios pies según su gusto.

—¿Tú también estás mamado?

—Ningún perro ha ladrado, mi sargento.

El teniente-gobernador de Chupán ratificó: ninguno de los perros del caserío había osado denunciar a los visitantes; ellos que alborotaban por el paso de un jinete a media legua, permanecieron mudos durante los tenebrosos ajetreos. Y no porque ninguna mano los envenenara, sino, como recalcó Cayetano, «porque no se atrevían a ladrar». Y lo peor: durante la última semana, a los perros de Chupán los Bollardo habían añadido un perro lobo especialmente comprado para vigilar la astucia de un puma que depredaba los corrales.

Este perro, sarcásticamente apellidado Vigilante (y luego rebautizado como Tonto), también permaneció mudo.

Caía la tarde. El viento recuperaba su insolencia. Los guardias pidieron sus caballos.

—*Éstos* no son de aquí, mi sargento —tiritó uno de los caballerangos.

—No seas cojudo, hijo.

—*Alguien* nos quiere *dañar*. Esto sólo es un comienzo. ¡Acuérdense de lo que le digo, mi sargento!

Palabras que por desgracia no constaron en el parte que indicaba que «después de un exhaustivo peritaje realizado en el lugar de los sucesos, la Guardia Civil de Yanahuanca concluía que el incendio de la susodicha escuela de Chupán era obra de una mano criminal».

De allí no pasaron y quizá todo hubiera quedado en nada si el inspector Villar no comentara que «el incendio era una lástima porque el escudo de la escuela ya está en Yanahuanca».

Los comuneros solicitaron conocer el escudo remitido por la Inspección de Cerro de Pasco. Miraron el flamante árbol de la quina, el cuerno de la abundancia y la vicuña del escudo enmarcado por hermosas letras rojas: «Escuela Pública del caserío de Chupán» e hiparon.

—Sí, hijos. Es una pena desperdiciar este escudo —admitió el inspector Villar, conmovido.

Medio borracho, medio emocionado, Melecio Cuéllar balbució:

—Si tenemos el escudo, sólo nos falta la escuela.

—¿Qué dices, hijo?

—Para lucir el escudo sólo nos falta la escuela, señor inspector.

—Así es, hijo.

—Pues levantaremos otra escuela. ¿Qué dices, señor presidente?

Cayetano, tampoco muy sereno, se embaló:

—¡Somos porfiados! Levantaremos una escuela mejor. Construiremos una escuela más grande. ¡Palabra de comunero!

—Ya no calentamos, señor inspector —se entusiasmó Ale-

jandro Ginés—. ¡Consigamos el permiso y levantaremos una escuela mejor!

—Segundo piso edificaremos.

—Tendrá mástil para la bandera. ¡Pabellón flameará!

El inspector Villar agarró la oportunidad al vuelo. ¿Qué tal si oficiaba al Ministerio presentando la escuela como una iniciativa de la Inspección?

—Así me gusta, muchachos. Nunca hay que perder la moral.

Esa misma tarde el inspector y los comuneros comunicaron a la Subprefectura que, sin amilanarse ante la desgracia, Chinche levantaría otra escuela. Por no desairar a Villar el Subprefecto mandó extender el permiso. Gangoso por los tragos, más sonriente que nunca, Cayetano prometió:

—¡Por ésta!, le duela a quien le duela construiremos una escuela muchísimo mejor.

Empezaban las lluvias. Enero, febrero y marzo ocultaron las cordilleras. Revuelta por la transformación de Remigio, Yanahuanca se olvidó de la promesa, pero mediando abril, Antolino, el Yerno N.º 1, distinguió en el páramo la construcción. Esa noche en el Club Social divulgó: «Yo no sé qué traman, pero algo grande construyen los comuneros de Chupán.» «De esa gente nunca ha salido nada bueno», comentó Arutingo. «Y de las escuelas menos», gruñó el notario Pasión. Antes de pronunciarse los socios esperaron, como siempre, al juez Montenegro, que los sorprendió diciendo: «Mientras trabajen en lugar de conspirar, que construyan lo que quieran.»

—Es mejor dejarlos. Cada loco con su tema —admitió el Subprefecto.

El Yerno N.º 1 no fue el único alelado. Unas semanas después don Migdonio de la Torre se dignó abandonar El Estribo para apadrinar el matrimonio de la hija del Prefecto de Cerro. Usando gran caravana atravesó el pajonal. Por su boca los notables de Pasco conocieron que en la miserrísima Chupán se erigía «una escuela más grande que la Unidad Escolar de Cerro de Pasco». Chinche cumplía. Por su parte, los hacendados, que al principio desconfiaban, ahora aceptaban la obra. Los chinchinos cumplían escrupulosamente con

sus faenas. En el segundo permiso, el sargento Astocuri había subrayado también la frase: «Es condición imprescindible el cumplimiento de las tareas agrícolas a satisfacción de los señores hacendados.» Ni Chinche, ni Uchumarca, ni Pacoyán, ni ninguno de los grandes fundos se quejaba. Por el contrario: un tibio orgullo les calentó las orejas a los hacendados sorpresivamente felicitados en Cerro. Y cuando el Subprefecto Valerio viajó para presentar su informe mensual, el Prefecto Corzo lo sorprendió con un «¡Qué bien guardadito me lo tenía, Valerio!».

—¿Qué cosa, señor? —palideció el Subprefecto, temiendo el destape de alguno de sus entripados.

—¡La escuela, hombre, la escuela! Ya sé que usted levanta una escuela cojonuda en uno de sus pueblos. Así me gusta. ¡Obra que no le cueste al Gobierno, eso es pradismo!

—Se hace lo que se puede —contestó Valerio, modesto.

Volvió a Yanahuanca silboteando «El Plebeyo». Esa misma semana mandó a convocar a Cayetano y a Corasma que, imaginando que los aguardaba un carcelazo, se presentaron cariacontecidos. Casi se caen cuando el Subprefecto los abrazó:

—Cayetano, hijo, te felicito. Ya estoy enterado de que nuestra escuela progresa. Espero que cumplas tu palabra de chinchino. ¿Cuándo calculas inaugurar nuestra obra?

—Será, pues, el próximo agosto —sonrió Cayetano, halagadísimo por el plural.

—¿Nos falta algo?

—Si tuviéramos yeso revocaríamos la fachada.

—¡Dicho y hecho!

Supusieron que se trataba de una de esas promesas de las autoridades, que en tragos ofrecían el oro y el moro. ¡Error! Días después mulas extranjeras scandalizaron el torpor de Chupán; los guardias que escoltaban el cargamento de yeso babearon:

—¿Esta es la escuela?

—Sí, señor.

—¡Cojones!

¡Aún sin terminar la escuela tenía más paredes que la Municipalidad y la Subprefectura de Yanahuanca juntas!

—¿Y cuándo inauguramos?

—El treinta de agosto, señor.

—Choca esos cinco lavaplatos —murmuró el guardia emocionado. Porque el treinta de agosto, fiesta de Santa Rosa, Patrona de las Américas, se celebra también el «Día de la Policía». Los comuneros, que todo lo calculan, no elegían la fecha al azar. Entre la Benemérita y los pueblos se abrían las tumbas de Rancas. Hacía meses que los guardias percibían el silencio hostil. Ni para reclamos los comuneros recurrían a la Guardia Civil. ¡Y Chinche escogía ahora el Día de la Policía para inaugurar su escuela! El sargento Astocuri se entusiasmó. Y en cuanto al Subprefecto Valerio, caminaba sobre nubes. *La Antorcha* de Cerro había publicado un suelto —consecuencia de un chifa con Barralito Canales— anunciando la «próxima inauguración de la grandiosa escuela de Chupán, que los indígenas de ese progresista pueblo construyen gracias a la iniciativa del Subprefecto Arquímedes Valerio, fiel cumplidor de la línea de progreso trazada por el presidente Manuel Prado a quien rendimos, desde estas columnas, nuestro modesto pero sincero homenaje».

Cuando los comuneros de Chinche descendieron para notificar la segunda inauguración, el Subprefecto llegó al extremo de invitarlos a pasar. En el Puesto los recibieron con alegría tan ostentosa que el sargento Astocuri mandó soltar a los comuneros presos de menor cuantía. Esa tarde Cayetano contrató a la banda de música y al padre Chasán, que se comprometió a bautizar la escuela con un frasco de «agua bendita por el Obispo de Huánuco» y quizá molesto por la duda —los feligreses decían que con el agua bendita por el padrecito Chasán sólo se avanzaba al purgatorio— cobró por adelantado.

El treinta de agosto, Yanahuanca se despertó a los sonos de la diana con que la Guardia Civil saludaba su día. Los comuneros esperaban con los caballos listos. Hasta el juez Montenegro, impresionado por el esfuerzo, reconoció su error: donde arde la voluntad no existen imposibles. De risible proyecto, la escuela era ya una atracción departamental de la que las autoridades esperaban sacar partido durante la próxima visita del senador. A las nueve, el juez Montenegro,

jinete de un soberbio potro blanco; el Subprefecto Valerio, jinete de un magnífico moro; el alcalde, el inspector de Educación, los directores de las escuelas de Yanacocha, de Chipipata, de Huaylasjirca, de Uspacha y de Tapuc, iniciaron un trote acompasado, precedido por cornetas y tambores. Horas después, cuando ya iniciaban la subida de Ayayo, los lastimó un alarido:

—¡Incendio, incendio!

—¡Mierda! —gritó el Subprefecto Valerio. Era su comentario de las horas graves.

El resto no dijo nada. El inspector Villar tartamudeó: «Es demasiado, no hay derecho, hasta cuándo.» Una escuela es una escuela. El inspector apretó, trémulo, el escudo: el Estado reconocía la escuela de Chupán. Sintieron la chamusquina del sacrilegio. El juez Montenegro cambió unas palabras con el Subprefecto Valerio. En Chipipata la gente corría, montaba en sus chuscos, subía a contemplar el crimen. Mirando las caras tempestuosas, el Subprefecto se dirigió a la tienda de los Valenzuela, donde un aplastado Cayetano y un lloroso Corasma trataban de cauterizar la pena y la rabia con un cañazo que no calentaba.

—Señor presidente de la comunidad, vengo a presentarle mi pésame —dijo el Subprefecto, con el sombrero sobre el pecho—. Comprendo sus sentimientos. Esto es inaudito. Hoy mismo telgrafiaré a Cerro. Delante del doctor Montenegro empeño mi palabra. ¡Sean quienes fueren los incendiarios, pagarán este crimen! ¡Castigaré a los criminales! ¡Caiga quien caiga!

Los comuneros no contestaron. Un silencio hosco se adensaba en la oscuridad. El Subprefecto ordenó el viaje inmediato del sargento Astocuri. Tres días después una flamante camioneta verde de la Prefectura de Pasco llegó a Tambopampa. El inspector Valenzuela y otros dos investigadores desembarcaron, solicitaron caballos y viajaron a Chupán. La P.I.P. no confiaba en la modorra del Puesto: embutidos en gruesos abrigos, con las caras solapadas por enormes bufandas, luciendo impresionantes anteojos ahumados, los investigadores convocaron al pueblo. El teniente-gobernador congregó a una cincuentena de hombres, de mujeres y de niños

zarrapastrosos. Delante de la difunta escuela, tratando de no asustarlos, el inspector Valenzuela dijo:

—El Prefecto de Pasco nos manda para descubrir al autor de este crimen. A ustedes les consta que las autoridades han hecho todo lo posible por ayudarlos. Hay alguien que quiere provocar conflictos. Hemos venido para agarrar a los culpables. ¿Tú eres el teniente-gobernador?

—Sí.

—Tranquilito me informas lo que sucede.

—Sí.

—Algo se cocina en esta cordillera.

—Sí.

—Es inútil mentir a la policía. Nosotros acabamos por saberlo todo. Es peor ocultar.

—Sí.

—Habla sin miedo, hijo. ¡La policía no come!

—Sí.

—¿Has visto forasteros por este rumbo?

—Sí.

—¿Los has visto o te han dicho?

—Sí.

—¿Conoces a esos merodeadores?

—Sí.

—Mira, hijo, te advierto que lo que hablemos queda entre nosotros. Nadie sabrá nada.

—Sí.

—Esas personas ¿se reunían con comuneros? ¿Quién es el organizador de las reuniones?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Sí.

—¿Cómo te llamas tú?

—Sí.

—¿Entiendes la pregunta?

—Sí.

—¿Eres cojudo o te haces?

—Sí.

—¿Me tomas el pelo?

—Sí.

—Ya me enervas con la misma cantaleta.

—Sí.

—No me provoques porque me lleva la puta madre.

—Sí.

—Si sigues diciendo sí, sí, te meto dentro.

—Sí.

—¡No me calientes, carajo! Yo soy de seda con los amigos, pero los pendejos me la chupan. ¡Para la repetidera!

—Sí.

—¡Cállate, por Dios!

—Sí.

Se volvió desalentado.

—Éstos son unos cretinos, señor. No se puede. Es imposible trabajar con esta gente.

Gastaron la mañana interrogando a los vecinos, pero aparentemente todos padecían idéntica psitacosis. Todas las preguntas desembocaban en la misma exasperante afirmativa. Comprendieron que sólo engrosarían su colección de monosílabos y volvieron a Cerro de Pasco con un informe que concluía solicitando la pericia mental de los habitantes.

Que la locura habitaba en Chupán se comprobó el setiembre siguiente, cuando las autoridades de Chinche tocaron la puerta del Subprefecto Valerio a las cuatro de la mañana. La primera autoridad salió con el revólver en la mano, pero mirando el lamentable racimo de borrachos que tartamudeaba solicitando permiso para levantar otra escuela, se apiadó. La comisión no estaba en sus cabales. Suspirando, Valerio encendió su «Coleman» y extendió el permiso para edificar la tercera escuela.

Meses después los López conjeturaron una obra que insultaba toda imaginación.

A los excesivos salones los constructores añadían ampliaciones capaces de albergar no ya a los dudosos escolares de Chupán, sino a todos los niños de la provincia. El enloquecido edificio se extraviaba en larguísimas, inexplicables tapias que caminaban por su cuenta, que perdida toda orientación subían lomas, bajaban hondonadas sin mostrar deseo de encontrarse con otras paredes. La semana siguiente, viajando para controlar la esquila de sus rebaños, don Herón de

los Ríos se espantó: «Les juro que hay una pared que tiene por lo menos una legua de largo.» El padre Chasán viajó a Chinche para bautizar a una de las hijas del Yerno N.º 4. En el camino contempló la construcción. El domingo siguiente, en el púlpito de la iglesia de Yanahuanca, predicó sobre la soberbia que impulsó a los hombres a perpetrar la Torre de Babel.

21. DEL BOLONDRÓN QUE SE ARMÓ CUANDO LOS CARA DE HUESO EQUIVOCADAMENTE PEGARON LAS OREJAS DESPRENDIDAS DE LOS CHINCHINOS

El Cara de Hueso ordenó que formaran un desfiladero. El cielo era escamoso como un armadillo. Los Cara de Hueso se alinearon hasta el horizonte. ¿Cuánto medía el callejón? ¿Una legua?, ¿dos leguas? La altanera nieve del Jirishanka brillaba cerca. Los Cara de Hueso obligaron a los chinchinos a meterse. Jineteando caballos también enmascarados de hueso, a latigazos, los forzaron a ingresar. Acuciados por los golpes los chinchinos corrieron con la esperanza de acabar, pero se extraviaron. Los Cara de Hueso golpeaban, golpeaban, golpeaban. ¿Cuánto tiempo? Nunca lo supo porque se durmió. Cuando despertó sus ojos se abrieron a un cielo sin lluvias. ¡Por las flores —¡flores a esa altura!— no podía ser invierno! ¿Cuántos meses habían transcurrido? Se palpó una espesa barba. Los hombres seguían gritando. Atardeciendo sucedió lo chistoso: Melecio Cuéllar gritó:

—¡Se me han caído las orejas!

Avergonzado como si fuera el culpable, añadió:

—¡De tanto golpe se me han desprendido las orejas!

El tejedor Oswaldo Guzmán y el borrachín Macedonio Ariás chillaron:

—¡Mis orejas! ¡Mis orejas!

Y Cayetano, el Sonriente y De la Rosa:

—¡Paren!

—¡Mis orejas, señoritos! —gritó Epifanio Quintana—. ¡No me sigan pegando porque se me caen mis orejitas!

Gateaba sobre el pasto buscando sus desprendidos pabellos. Los Cara de Hueso muertos de risa cesaron de golpear, tiempo que los chinchinos aprovecharon para intentar recuperar sus orejas. ¡No era fácil! El ventarrón las aventaba a las rocas.

—¡Alto! —gritó el Cara de Hueso que lucía una sonrisa pintada con carbón.

—¿Qué pasa, carajo? ¿Por qué chillan tanto estos itilingos?

El Cara de Hueso que le contestó exhibía también una pintada sonrisa burlona.

—Se les han desprendido las orejas, señor.

—¿Y por qué?

—Dicen que debido a los golpes.

El jefe comenzó a bufar de cólera. Sus narices expelieron una fumarola sombría. Pronto el humo cubrió el campo.

—¿Por unos simples golpes se les caen las orejas? ¡Estos cojudos no tienen ninguna resistencia! ¿Qué haríamos con estos flojonazos si estalla otra guerra con Chile?

—¡Ay, Diosito! —chilló uno de los Huamán—. Ayúdenme a encontrar mis orejas. Soy músico. Sin más orejitas no valgo nada.

—¡Qué músico, ni músico, carajo!

El Cara de Hueso sonriente intervino conciliador.

—Sin músicos, señor, no celebraremos la victoria.

—Yo sé lindos huaynitos, pero sin orejas no puedo agradecer —murmuró, respetuosamente, otro de los Huamán.

—¡Hum!

—Autorícelos a buscar sus orejas, señor.

—¡Está bien, colóquenles las orejas!

—Están autorizados a pegarse sus orejas —exclamó el Cara de Hueso—. ¿Todos tienen sus orejas?

Sin interesarse en la respuesta, ordenó:

—¡Colóquenlas con «Pegalotodo»!

Esto provocó aplausos. El Cara de Hueso agradeció inclinándose y repartió frascos de «Pegalotodo». Anochece. Eso

fue lo malo: en la oscuridad los Cara de Hueso pegaron las orejas, a la loca. Por carcajearse desatendieron las manio-
bras. A Calixto Ampudia le encajaron una oreja grande y una
chiquita. A Herculano Valle le plantaron las enormes orejas
de Oswaldo Guzmán. A Víctor de la Rosa le pegaron dos
orejas en el mismo lado. Garabombo lucía cuatro. Santos
Julca protestó: en lugar de sus pequeñas y limpias orejas le
pegaron las orejas con lobanillo de Apolonio Guzmán. De
pronto sobrevino la pelea. En las orejas mal pegadas los fla-
mantes propietarios descubrían el sedimento de antiguas con-
versaciones. Melecio Cuéllar gritó: «¡Hijo de la gran puta!»,
lanzándose sobre su sobrino Bollardo. En sus nuevas orejas
descubría quién era el vendedor de su toro Floripondio. Un
ganadero de Ispac arremetió contra César Morales: «¡Así
que tú aprovechabas mis ausencias, cabrón!» En sus nuevas
orejas la voz de su mujer susurraba éxtasis intolerables. Gre-
gorio Corasma abofeteó a su primo. ¡Por sus nuevas orejas
descubría que de un caballo vendido en tres mil soles sólo
había recibido la mitad! Eso no fue lo peor. En sus flaman-
tes orejas Máximo Trujillo distinguió la morosa voz del Yer-
no N.º 1: «¡Gracias por el aviso! Sigue informando. La pró-
xima semana te mando un becerro. ¿Cómo quieres la plata?
¿En billetes?»

El Abigeo se despertó gritando:

—¡Hay un traidor!

Se vistió a la carrera, encaronó a Belcebú y enrumbó a
Chupán. Cabalgó todo el domingo. En Chipipata se detuvo
sólo para cambiar de caballo. Atardeciendo divisó la escue-
la. Los delegados se esfumaban en los recovecos. En la puer-
ta distinguió la elevada tranquilidad de Garabombo con el
sombrero doblado por el viento. Saltó acezante.

—¿Han fijado la fecha?

—Sí.

—¡Posterguen! ¡Hay un traidor!

22. DE LOS FASTUOSOS PREPARATIVOS QUE PARA LA BODA DEL HERMOSO LOS NOTABLES DE YANAHUANCA FIZIERON

Las matronas prepararon la boda del Hermoso suspirando por la mala suerte de hijas y sobrinas. Doña Josefina de la Torre tomó a pecho el casorio. Soñaba invitar al Prefecto y hasta a los vocales de Huánuco, donde ya trompeteaba la fama. No se ahorró nada. El traje de la novia se encargó a Cerro. Para Remigio, el doctor Montenegro ordenó un traje azul. Y una noche bebiendo en el Club Social, en un aparte calculado para que todos se enteraran, el juez preguntó:

—¿Me permite formularle una pregunta, ahijado?

—No faltaba más, padrino.

—¿Usted está por asumir responsabilidades. ¿Se puede saber cómo piensa mantener a mi ahijada?

El Hermoso no vaciló.

—He pensado ampliar mi negocio de bizcochos, padrino. En Yanacocha hay una tiendecita vacante. Pienso alquilarla para instalar una sucursal.

—¿Qué cosa, ahijado? ¿Piensa usted enterrarse entre los indios? Yanacocha no es para usted. ¿Saben lo que piensa nuestro amigo? ¡Instalar una sucursal de «La Estrella» en Yanacocha!

—Los comuneros han prometido ayudarme —mintió Remigio.

—¡No faltaba más! ¡No lo permito! Que nuestro primer

intelectual venda bizcochos a mendigos sería una humillación para nosotros.

—El doctor tiene razón.

—Los otros pueblos se reirían...

—Ya le veo la cara al Prefecto... ¡No y no! Usted se queda en Yanahuanca. Nosotros nos encargamos de instalarlo. Primero una sucursal, pero luego pensaremos en un horno, porque el pan de la viuda le raspa a uno los dientes.

—Pero en Yanahuanca no hay tienda disponible, padrino. El juez Montenegro se volvió al escribano.

—¿Su tienda no está vacía, Pasión?

—Sí, doctor.

—Pues se la alquilo por un año. Ése será mi regalo de matrimonio. ¡No faltaba más!

Se quedaron tan asombrados que al día siguiente Pasión fue al despacho y preguntó:

—Eso de la tienda, ¿es en serio, doctor?

El juez no se dignó levantar los ojos ocultos bajo el borzalino.

—¿Yo hablo en broma?

—Perdón, doctor.

No sólo los principales mejoraban. Brazo de Santo dejó de insultar las calles con el espectáculo de su vicio. Era el dolor de cabeza de los teniente-gobernadores. Muchas veces la Municipalidad y la misma Subprefectura habían intentado internarlo en el «Larco Herrera», el único manicomio del Perú, desgraciadamente reducido para su enorme población de lunáticos. No obstante una tarjeta de recomendación del senador, el administrador Almenara contestó al oficio que solicitaba la admisión de Brazo de Santo informando que las plazas de locos estaban cubiertas hasta el 18 de marzo de 1998, pero que «si por alguna causa de fuerza mayor o menor se produce una vacante intempestiva, con mucho gusto aceptaremos al referido Brazo de Fierro».

Bruscamente el vicioso se corrigió. El Opa Leandro también dejó de robar en el mercado donde acechaba que las placeras colocaran sus asados para arrebatarse una presa y huir perseguido por las pedradas y los perros de Remigio, «Juez», «Comisario» y «Subprefecto», que ahora se apellidaban «Fu-

lano», «Zutano» y «Mengano».

Fijaron la boda para el 27 de noviembre. Era evidente que los pradistas tramaban utilizar el casorio con fines políticos. Los apristas preparaban una representación del Comité de Cerro. Se filtró que el mismo Prefecto de Pasco concurriría. La provincia se alborotó. Las mujeres ordenaron trajes y fajas; sobre todo fajas. Se vendieron todos los sombreros, se agotaron aceitillos y aguas floridas, y Mauro Huaynate, el único sastre del pueblo, conoció la prosperidad. ¡No todos eran capaces de encargar, como el doctor Montenegro, sus trajes a la Sastrería Barnechea, que «al feo lindo lo vuelve si desea». Los Montenegro serían los padrinos. Testigos del Hermoso: el Subprefecto Valerio y el sargento Astocuri. Testigos de la Niña Consuelo: don Migdonio de la Torre y don Herón de los Ríos, que movió cielo y tierra para figurar en el pliego. Y como el padre Chasán viajaba por las cordilleras de Oyón, se contrató a un cura de Cerro. La «Estrellita del Sur», sucursal de «La Estrella», ya esperaba lista para iniciarse en el comercio. No obstante, la Yanayaco no demostraba celos. Quizá porque su horno ya no abastecía la demanda desde la transfiguración del panadero; quizá porque se arrepentía de sus antiguos malos tratos, hasta ofreció chanchitos asados para el banquete. El juez Montenegro le mandó decir que «en su casa se comía su comida». Esto provocó, naturalmente, la bravata. Sabiendo que el juez se mantendría en sus trece, los badulaques ofrecieron carneros, pavos y gallinas. ¡Error! El sargento Astocuri dispuso que con los regalos y con los decomisos de noviembre se criara un rebaño destinado al novio. El Hermoso se iniciaría en una panadería y un corral repleto de vacunos, cabritos, chanchos y cuyes.

Hacía meses que los vecinos habían solicitado a la Yanayaco que lo relevara de sus ocupaciones. Ahora el Hermoso gastaba los días rasgueando una guitarra. Nadie se explicaba su amor por la Niña Consuelo, a quien la dicha le revenataba en gorduras. Se contoneaba con unas ridículas faldas plisadas y pulóveres que acentuaban los rollos de la cintura. ¿Cómo varón tan discreto, que a todos sorprendía con conocimientos desconcertantes, seguía con los ojos turbados?

«No sólo está mal de los ojos: la tutuma no le funciona», se encarnizaba Arutingo. En el empecinamiento del Hermoso, que con alzar la mano podía seleccionar entre la flor de las haciendas, encontraba alimento para afirmar que Remigio no estaba curado; que el cambio era provisorio, que cualquier día su artificial belleza se descalabraría.

La última semana de noviembre el «Me ves y te acomplejas» desembarcó una caja que Arutingo en persona transportó al caserón de los Montenegro: el traje de novia de la Niña Consuelo. No le cupo. Tras una noche de esfuerzos devolvieron el traje a Cerro para que lo rehicieran. En el siguiente viaje llegó el traje azul que el juez había encargado para el novio. La ciudad se preparó para la boda del siglo.

23. QUE INGENIOSAMENTE ESCINDIÓ EL AUTOR PARA DARLE MÁS SABROSURA A ESTA NO INVENTADA HISTORIA

—En ti ya no hay confianza, Rufino. ¡Mejor retírate! Tú ya eres extranjero. ¡Busca tu camino!

Era un hombre chupado, de ojos y de ademanes fugitivos. La vida, los rigores, habían maltratado prematuramente su piel. La quijada y la voz le temblaron.

—¡Soy leal, hermanos! Por un momento de desgracia no me puedo manchar para toda la vida. ¡Perdónenme!

Recorrió los rostros inabordables, se demoró en la cara de Cayetano, su vecino. Él era testigo. ¡Años de cabalgata, de trabajos y fatigas! Pero la cara de Cayetano era, también, una pared inaccesible. ¡Aunque cabalgara meses nunca cruzaría la vastedad de esos rencores!

—¡Tengo hijos! ¡La mancha...!

Nadie se movió. Cruz se volvió en la puerta: nadie lo miró. Sonaron sus pasos, luego su desamparado galope.

—Ese hombre hablará.

—Ya ha sido castigado. ¡Esto le servirá de curación!

—Tiene tres hijos menores. No creo que traicione.

—Siempre sirvió bien a la comunidad. Es verdad.

—Mientras ese hombre viva todos peligramos.

—Es débil, pero no es traidor.

—Es igual. Sin el aviso del Abigeo, si no hubiéramos descubierto a la tropa, ¿cuántos muertos se velarían en este mo-

mento por culpa de ese desgraciado?

Garabombo se levantó como inflamado por una gordura maligna. Se oyeron sus botas pesadas sobre las piedras.

Cayetano no sonreía.

—¡Fijemos una nueva fecha para la recuperación! La gente se cansa y murmura que por gusto nos reunimos. Hay que invadir antes que termine este año. ¡Ya vienen las lluvias!

—¡No sólo critican! Hay gente que se atreve a insultar. El domingo pasado bajé para comunicarme con César Morales. Los Ramos de Chipipata me escupieron al paso. «Estos *shucuy* nunca harán nada.» Así me ofendieron —exclamó Corasma.

—Déjalos.

—¿Qué esperamos? —gruñó Melecio Cuéllar—. Yanahuanco, Chipipata, Pumachumán, Andacancha, Ayayo, Los Andes, Carahuaín, Chinche están de acuerdo. ¡Da la orden presidente!

—¿Y los obreros de Cerro?

—Están listos —informó Andrés Roque. Hacía meses que organizaba a los trabajadores de los asientos mineros. Hacía casi un año que los obreros del Comité cotizaban una libra mensual. No sólo eso: constituían un precioso servicio de información. El Comité tenía en permanencia hombres en las carreteras y en la estación de ferrocarril. Cualquier movimiento de tropa cualquier desplazamiento anormal se conocería inmediatamente. Más: habían juramentado a buena parte de los sirvientes, de las cocineras, de las muchachas que servían en casa de las autoridades. Los comentarios, las noticias, los anuncios que creyéndose en la seguridad de sus domicilios intercambiaban las autoridades eran, de inmediato, comunicados al Comité.

Cayetano empuñó, de nuevo, su crucifijo.

—La comunidad nos dio la vida. Hemos crecido comiendo su comida. Somos deudores. El sol que nos calienta, la luna que nos enfría, el agua que nos refresca son prestados. ¿Se puede o no se puede derramar sangre por nuestra tierra?

—Lucharemos —gritó Travesano.

—¡Piensen! De aquí no se puede retroceder. Ni flaqueza ni traición se soportará.

—No retrocederemos— susurró Luis Valle.

Cayetano levantó el Libro de Actas de la Comunidad.

—¡Por escrito se comprometerán! En este libro se inscribirá el compromiso. ¡Firmarán! Para siempre constará aquí la cobardía o el coraje. El honor o la vergüenza no envejecerán. Y si alguien flaquea la mancha alcanzará a sus hijos, a sus nietos y a sus bisnietos. Generaciones bajarán o levantarán la cabeza leyendo este libro. ¿Están listos?

—Listos, listos.

—¡Entonces juren!

Se postraron. Cayetano paseó la cruz. Los delegados besaron el cuerpo martirizado, temblando. Cayetano besó también la cruz con los ojos cerrados. Se levantó aliviado.

—¡La hora ha llegado! El veintisiete de noviembre ocuparemos, al mismo tiempo, las haciendas Chinche, Uchumarca y Pacoyán. Los pueblos sabrán la víspera. Nueve campanadas avisarán. A partir de ese momento el común regresará de sus estancias. Nadie saldrá de los pueblos. Nadie circulará por los caminos. Ustedes encerrarán a todos los compadres y amigos de los hacendados. Nadie saldrá de su casa desde que repique la campana. A las doce de la noche otras campanadas darán la señal de marcha. ¿Se puede no se puede?

—Se puede.

—Entonces firmen.

Por el marco sin puerta emergió Garabombo. Algo como una vejez adelantada doblegaba sus hombros.

—¿Qué han acordado?

—El veintisiete de noviembre invadiremos. Ese día se casa el chupamedias de Remigio. Hacendados y autoridades se emborracharán. El veintiocho es domingo. El lunes es el Día del Reservista. Las autoridades asistirán a los desfiles. Tendremos cuatro días para organizarnos. Los hacendados sólo podrán corretear el martes.

—Está bien.

Había envejecido. El cuerpo le tembló, pero los brazos rodearon el pecho, domaron el escalofrío. Garabombo tem-

bló un instante, *cumplió ciento treinta años*. Gritó:

—¡No sólo Chinche, Uchumarca y Pacoyán serán libres! Por todo Pasco avanzarán las comunidades. La noche del entierro de Rancas los personeros se juramentaron en la pampa Junín para acabar con todas las haciendas. Ya lo saben: ¡la hacienda Diezmo está condenada! ¡La Sociedad Ganadera está condenada! ¡La hacienda Andacancha está condenada! ¡La hacienda Pomayaros está condenada!

Con rabia arrojaba los nombres.

—¡La hacienda Shacapampa está condenada! ¡La hacienda Paria está condenada! ¡La hacienda Huirín está condenada! ¡La hacienda Chiquiparay está condenada! ¡La hacienda Huanca está condenada! ¡La hacienda Anazquizque está condenada! ¡Pariamarca está condenada! ¡Yanamate está condenada! ¡Jarria está condenada! Todas las haciendas de Pasco amanecerán sin patrones. ¡Se acabó el dolor!

Ciento cuarenta años: estaba condenado.

Bajó la cabeza. Su cuello se tensó como halado por los hilos de los años. La carcajada de Cayetano alivió la opresión.

—¡Los Fernandini, los Lercari, los Proaño, los López dormirán al sereno! ¡Llorando veré a Ignacio Masías! ¡Mierda a Masías! ¡No volverá a Utcuyacu, ni a Ranrasancha ni a Conocancha, ni a la Sociedad Ganadera!

Sólo el desdeñoso Ignacio Masías, ex ministro de Agricultura de Manuel Prado, poseía más de cien mil hectáreas en Pasco.

—Debajo de la tierra te reirás, Jorge Palacios —gritó Epifanio Quintana, con rencor.

Palacios había sido el más encarnizado soñador de la hacienda Utcuyacu. Capturado por los caporales lo colgaron tres días y tres noches. No escarmentó: volvió a ingresar. ¡Se encontró su cadáver en una de las orillas del Río Blanco!

—¡Se acabó el tiempo en que los prepotentes gritaban «el mundo es mío»! ¡Todos los cercos caerán! ¡Nadie nos detendrá!

En la voz de Garabombo ya percibieron el temblor de la tierra sumergida bajo la incontenible marea de los pies descalzos.

Temblaron. Sabían que los personeros preparaban recu-

peraciones, pero desconocían la colosal magnitud de la invasión. ¡Borrarían veinte haciendas en una sola noche! ¡Sobre doscientas mil hectáreas flamearían las banderas de las comunidades! Miraron a Garabombo, el arquitecto del desaforado sueño. Hasta Corasma lo envidió. ¡Garabombo le había abierto los ojos! Hacía diez años que Garabombo, entonces instructor de movilizables de Chinche, había pronunciado, por primera vez, la palabra «reclamo». Corasma se recordó marchando bajo el sol de ese domingo remoto. Los movilizables se ejercitaban en el cuadrado de tierra que fingía ser la plaza de Chinche cuando emergieron una pareja de forasteros y un burro cargado con dos canastas. En Chinche el pan era entonces un desconocido artículo de lujo.

—¡Rompan filas! —ordenó Garabombo.

Los movilizables se arrebañaron alrededor del comerciante, que vestía aún calzonazos.

—¿Ese pan es para venta, señor?

—Yo y mi esposa vendemos panes de la provincia.

—¿Cuánto cuesta cada uno?

—Cuatro panes por un real.

Se alborotaron alrededor de los bizcochos. Compraron panes. Garabombo compró también cuatro panes.

—¿Se puede saber de dónde es usted, señor?

—Yo soy del pueblo de Tapuc.

—Tapuc ¿es comunidad o qué cosa?

—Es comunidad.

—Entonces ¿usted es de la comunidad de Tapuc?

—Yo soy de la familia Cóndor.

—¿Y su señora?

—También es poblana.

—¿Hace mucho que viaja vendiendo estos panes?

—Yo recorro los pueblos por lo menos una vez al año.

Guardó las monedas de cobre, sus canastas, y se alejó.

—¡Atención! ¡Guarden su pan! —ordenó Garabombo.

Los movilizables retornaron a las filas.

—Este señor es de la comunidad de Tapuc. Ahora, jóvenes, díganme con franqueza: ustedes ¿de dónde son?

—Somos de Chinche.

—Yo soy de la hacienda Chinche.

—Yo pertenezco a la hacienda Chinche.

—Y tú, señor, ¿de dónde eres?

—Responder sería lamentable.

Garabombo bajó la cabeza.

—Tenga confianza en sus movilizables, señor.

—Yo también soy de la hacienda Chinche, pero soy un expulsado. Hermanos, para nosotros es triste tener un cuerpo bueno y ser, según creo, de buena raza y al mismo tiempo esclavos. Este señor de calzonazos es de una comunidad. Él es libre de recorrer el mundo. Él mismo es su patrón. ¿Quién vale más? ¿Qué es mejor? ¿Ser esclavo de una hacienda o pertenecer a una comunidad?

—Es mejor ser gente de la hacienda —dijo Crispín.

—¿Por qué?

—Se tiene garantía.

—¿En qué forma?

—Nuestro patrón nos hace respetar.

—No, señor instructor —interrumpió el movilizable Ignacio Ayala—, es mejor ser de la comunidad.

—¿Por qué es mejor pertenecer a la comunidad?

—La comunidad es libre, hace su voluntad. Si los comuneros quieren hacer algo, lo hacen; si quieren viajar, viajan; si quieren salir, salen. Nosotros vivimos sujetos a los caprichos del hacendado.

—Vamos a ver, ¿cuál es mejor? ¿Quién está con el patrón y quién por la comunidad? ¡Levanten la mano!

La mayoría levantó la mano por la comunidad.

—Hermanos, nosotros cantamos en el himno que somos libres. No somos libres: somos esclavos. Libres es el señor Cóndor: nosotros somos animales amarrados. ¡Piensen!

El viento arremolinaba la tierra parda.

—¿Somos libres o esclavos?

La mayoría dijo:

—Somos esclavos.

—Entonces ¿qué debemos hacer?

Los jóvenes contestaron:

—¡Nada se puede hacer!

—No es cierto, jóvenes. Hay algo que les explicaré.

Y sacó un libro.

—Movilizables, ésta es la Constitución del Perú. Aquí hay un artículo 211 que dice que cuando los indígenas no tienen tierra se puede expropiar, previa indemnización.

Recorrió la fila mostrando el artículo. Los alfabetos de-
letreaban y leían; los analfabetos escuchaban.

—¡El otro domingo pensaremos en el artículo! ¡Piensen en sus casas! ¡Rompan filas!

Pero el domingo siguiente los movilizables encontraron la plaza flanqueada de caporales. Enmarcados por una severidad que ni siquiera condescendía a la mirada los Yernos N.º 1 y N.º 4 asistieron a los ejercicios. No podían oponerse. Ningún hacendado se atreve a obstaculizar el Servicio Militar. Garabombo explicó los rudimentos del Grupo de combate. Los Yernos no se movieron. Indiferentes al sol, a las marchas, a los patos que viajaban a las lagunas, propusieron sus temibles estatuas hasta que rompieron filas. Sólo cinco semanas después, bajo una lluvia torrencial, Garabombo les dijo...

Corasma desbarató los recuerdos y se levantó. Él también se sentía como un odre despojado de su peso.

—¡A la mano de Dios! —gritó. Algo había cambiado en su voz—. He pedido permiso para celebrar una reunión de la comunidad el quince de noviembre en Yanahuanca. He dicho que los caseríos quieren fundar granjas comunales. Con ese pretexto nos reuniremos. Si algo pasa, allí nos comunicaremos. Ese día señalaremos los portones exactos por donde los pueblos ingresarán a las haciendas.

—¿Cómo? Los guardias civiles vigilarán.

—Yo señalaré los lugares donde se instalarán las dormideras de ganado. Los lugares que yo nombre como dormideras ¡esos serán las entradas! Ustedes comprenderán.

La tarde se estrellaba contra las rocas de Chupán.

**24. DE LO QUE ACAECIÓ LA VÍSPERA DEL DÍA
SOÑADO POR LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.
RAZONES POR LAS CUALES GARABOMBO
SE VOLVIÓ INVISIBLE**

Los caporales patrullaban las tierras fronterizas más insolentes que nunca. Hasta Chinche llegó Sixto Manzanedo borracho. Casi una tarde escandalizó bebiendo, orinando en las puertas. Nadie respondió a sus provocaciones. Las instrucciones eran terminantes: por ningún motivo, bajo ningún pretexto, se contestarían las altanerías. ¡Paciencia! La primera quincena los caseríos descendieron a Yanahuanca. La víspera Cayetano, Cuéllar, De la Rosa, Morales y Corasma habían repartido regalos: carneros y cabritos para las autoridades. Y para el sargento Astocuri un saco lleno de pachamanca. Esto lo predispuso a la contemporización. Ratificaron el permiso. Ernesto Morales y Javier Huamán descendieron temprano con el sector Chipipata y poco después la gente de Carahuaín conducida por Carlos Velásquez y Epifanio Quintana. Cornetas excitadas los adelantaban. Antes de que chasquearan sus trotes sonó su fanfarria. El sargento Astocuri, que se hacía lustrar las botas en la Plaza de Armas, se levantó de la banca.

—¿Qué es eso?

—¿Qué cosa, mi sargento?

—¿Qué significan esas cornetas?

Se agitó.

—¡Tráiganme a las autoridades!

Los guardias se acercaron a los grupos y comunicaron que el presidente Cayetano y el personero Corasma debían presentarse, inmediatamente, al Puesto. Unos minutos después comparecieron. Las cornetas ya lastimaban los molles de la bajada.

—Presente, mi sargento.

—¿Qué pasa, Cayetano?

—¿En qué sentido, mi sargento?

—¿Por qué tu gente baja con cornetas y banderas? Yo he dado permiso para una reunión agropecuaria, no política.

—No es política, mi sargento.

—¿Cuándo se ha visto que a estas reuniones bajen embanderados? ¿Qué celebran?

Cayetano sonrió. Las arrugas se le multiplicaron.

—¡Celebran mi santo! —y estalló en carcajadas.

—¿Cuándo es tu santo? —preguntó Astocuri desconfiando.

—Hoy es su cumpleaños —dijo Corasma—. Ha prometido desenterrar una botija de chicha en Ayayo. El año pasado la enterró, mi sargento. Eso celebran, por anticipado, los escandalosos.

Era, de milagro, el cumpleaños de Cayetano. El sargento Astocuri mandó comprobar: los guardias confirmaron. Cayetano y Corasma pidieron permiso para retirarse. Ya entraban, en silencio, los comuneros de Carahuaín, severamente amonestados por los alguaciles. ¡Que no escandalizaran!

Era una mañana radiosa. A las once, después de saludar ceremoniosamente a los guardias que se aburrían con los máuseres, las autoridades abrieron la sesión. Con paciencia soportaron la lectura del acta y la estación de pedidos: debatieron, aprobaron o rechazaron minucias. Por fin, hacia las doce se adelantó Corasma. Tenía ese aire asustado que adoptaba en las grandes ocasiones.

—Hace tiempo que la comunidad ha acordado establecer granjas para mejorar su ganadería. Quiero informarles que la Junta Directiva ha escogido ya los sitios donde se levantarán los primeros corrales. ¡Sin buenos criadores malograremos la calidad de nuestro ganado!

—¿Se puede saber dónde se instalarán los corrales? —preguntó Víctor de la Rosa.

Por la esquina emergió un galope de caballos finos. ¡Hacendados que cruzaron rumbo a «La Estrella»! ¡Planearían una pachamanca!

—Levantaremos cinco corrales. El primer corral se levantará en Yanaicho.

—De acuerdo —gritó De la Rosa.

—El segundo corral se establecerá en Carahuaín.

—De acuerdo —gritó Carlos Velásquez.

—La gente de Chipipata levantará un corral en Parnapachay.

—Aprobado —gritó Javier Huamán.

—La gente de Chinche levantará un corral en Murmunia.

—¿Antes o después del río Chucupampa? —preguntó Melcio Cuéllar.

—Lo dejo a su criterio.

Cuéllar saludó con el sombrero.

Todos sabían que «corral» significaba «el lugar por donde se invadiría» cada sector. Algo más ardiente que el sol que atontaba el mugido del río Chaupihuaranga los quemó. ¡Llegaba la hora! Se dispersaron, ocultando, tratando de ocultar su regocijo. Inmediatamente retornaron a sus pueblos.

Siguieron barbechando. El veinte de noviembre una pareja de guardias subió a Ayayo: querían saber cuándo se inauguraría la escuela. «El treinta de noviembre», mintió Cayetano. ¡Porque esa escuela no se inauguraría! Jamás sus constructores habían imaginado su término. Esa escuela era el pretexto inventado por Garabombo para evadir los rigores de un permanente estado de sitio que prohibía las reuniones y asambleas. Porque después de la masacre de Rancas los hacendados decidieron anular los caminos culpables de transportar inquietudes que turbaban la soñolienta paz de las estepas. Cuando Garabombo salió de la prisión encontró a Pasco embalsamado por el terror. Salió tan flaco que para que el viento no lo arrastrara viajó agarrado a la baranda del «Me ves y te acomplejas». ¡Esquelético pero visible! ¡Volvió curado! En la prisión había comprendido la verdadera naturaleza de su enfermedad. No lo veían porque no lo que-

rían ver. Era invisible como invisibles eran todos los reclamos, los abusos y las quejas. En el Frontón —en esa isla infausta donde han blanqueado los cabellos de generaciones de rebeldes— comprendió la verídica causa de su mal. Mudo, con los ojos crecidos, asistía a los debates de los presos políticos. Las encarnizadas polémicas entre apristas y comunistas le sacaron las telarañas de los ojos. Salió curado, pero encontró a Yanahuanca empavorecida. Palpando ese miedo comprendió que sin una sobrehumana fortaleza jamás removería esa cordillera de resignación. Buscó a Cayetano y le comunicó que los personeros de la pampa de Junín tramaban reiniciar la lucha contra las haciendas, más ensoberbecidas que nunca. Porque no se secaba la sangre de los ranqueños cuando imperiosísimos cabalgados de las haciendas clausuraron las escuelas comunales. Los Proaño de Uchumarca convirtieron la escuela número 49.357 en un chiquero. Nadie se atrevió a protestar.

—Yo estoy de acuerdo con usted —dijo Cayetano en Aya-yo—, pero el resto no quiere ni oír la palabra «reclamo». Y por otro lado, ¿cómo comunicarse? Los caminos están cerrados. ¡Ni aunque fuéramos hormigas cruzaríamos!

Garabombo se levantó enfebrecido por la certidumbre.

—¡Repíte, Amador!

—¡Nadie pasa! ¡Ni aunque fuéramos ciempiés ingresaríamos a las haciendas!

—¿Y si fuera invisible?

—¿Qué dices?

No contestó. Ebrio, saltó sobre su caballo. Galopó, galopó, galopó. Atardeciendo subió a una cumbre, esperó la oscuridad. En el hielo de esa noche decidió volverse invisible, mejor dicho propagar la herejía de su invisibilidad. ¡Antaño había sido transparente para las autoridades, hoy sería invisible para todos los hombres! Blindado por su armadura de cristal cruzaría hitos vedados, penetraría a caseríos resguardados, convencería a los tímidos, seduciría a los prudentes. El error de su ignorancia sería el arma de su lucidez. Chinche lo había creído invisible durante años. ¿Por qué no aceptaría una transparencia capaz de aniquilar todas las prohibiciones? ¡Esa fuerza remontaría el desaliento! ¡Se-

ría invisible! Él mismo difundiría la soberbia impostura. ¡Sería invisible para todos los hacendados y vigilantes del mundo, y transparente, inaprensible, intocable, invulnerable, prepararía una magna sublevación! ¿Qué comunero no secundaría a un hombre que *jamás* sería capturado? ¿Qué peligro corrían con un ser que a voluntad se disolvía? Amanecía. La aurora y su pueblo de pájaros descendían chillando de las grandes nieves. Se levantó y miró al sol.

Esa misma mañana salió con su mujer de la choza de los Cuéllar. Viajó a la pampa de Junín. ¡Quería conocer a los comuneros que habían osado enfrentarse a la «Cerro de Pasco Corporation»! ¿De qué estaban contruidos esos hombres? Un diciembre amargo, flagelado de nevadas, visitó Yanacancha, Villa de Pasco, Junín, todos los pueblos avejentados por el pavor de Cerco. «Es cuestión de decidirse, Garabombo —le dijo el sereno Adán Ponce, de Villa de Pasco—. Aquí también la gente temblaba hasta que no quedó más remedio que pelear. Menos que animales éramos. El animal acorralado ataca, pero hombre perseguido aguarda inmóvil la muerte. ¡Hay que pelear!» Bajo un cielo averiado visitó Rancas. «¿Ves esta pila, Garabombo? —le dijo Abdón Medrano—. Hasta allí llegaba el cerco.» «¿Y ahora?» «Ya no hay Cerco. Nuestros masacrados no murieron en vano. Los hacendados se proponen acabar con las comunidades, pero los personeros también se han juramentado para luchar a muerte. ¡Ellos o nosotros! ¡Organiza, Garabombo!»

En las miserables barracas del barrio Chaupi los delegados de las comunidades preparaban la Noche de las Noches. ¡La noche en que abatirían, de un solo golpe, todos los cercos del mundo!

—La Guardia de Asalto puede cuidar una hacienda, dos haciendas, tres haciendas. Pero ¿hay suficiente tropa para vigilar todas las haciendas del Perú? ¡Organiza, Garabombo, organiza!

—¡Juro que Chinche también invadirá! Por la memoria de mi madre, por lo más sagrado, juro que Chinche atacará.

Los temporales disminuían. Visitó y convenció a Cayetano y a Corasma.

—Yo estoy de acuerdo, Garabombo —dijo Cayetano—. Pero ahora hay esto.

—¿Qué es eso?

—Un oficio de la Subprefectura.

—¿Qué dice?

Corasma leyó con dificultad:

—*Me dirijo a usted para comunicarle que por disposición del Director de Gobierno, doctor Hernán Guerinoni, a partir de la fecha y por espacio de un año quedan prohibidas todas las reuniones comunales, salvo aquellas con fines de culto o de utilidad pública.*

No se movieron. El humo de la bosta les irritaba los ojos.

—...*Y aun en estos casos se requiere permiso escrito de la Guardia Civil y la presencia de representantes del Orden Público. Toda infracción a estas disposiciones será considerada como desacato a la autoridad.*

—¿Y ahora? —preguntó De la Rosa. Por su cara aniñada cruzaba el desaliento.

—No se puede —suspiró Quintana—. ¡Los hacendados son demasiado poderosos! ¡Perro chico no pelea con perro grande!

Garabombo levantó su rabiosa estatura.

—¡Nunca digas eso, Epifanio! Aunque seas mi compadre nunca repitas las palabras de ese maldito personero.

—Perdón, hermanos.

La mujer de Cayetano ingresó. Depositó con timidez platos de papas hervidas y mates de ají. Eran papas pequeñas y delgadas: mala semilla de un año malo.

Agradecieron ceremoniosos. Cayetano masticó mirando el fuego.

—¿Qué hacer para reunirse?

La lluvia rabiaba, de nuevo. Sacaron sus bolsas de coca. Cayetano ofreció su calabaza de cal.

—¿Cómo encontrar un pretexto para reunirnos?

—Aunque así fuera, siempre nos observarían los guardias civiles.

—¡Un momento! Amacho, saca de nuevo tu papel.

—¿Qué papel?

—El oficio.

Cayetano extrajo, con calma, con imperturbable calma, el sobre arrugado. Garabombo lo apretó como un cuello odiado.

—Aquí dice que la Subprefectura prohíbe todas las asambleas comunales salvo las reuniones con fines de culto o de utilidad pública.

Hablaba ahogándose.

—¿Qué pasa?

—¿No se dan cuenta? Ellos mismos nos dan el pretexto.

—¿Qué pretexto?

—Este papel dice que nos podemos reunir para fines de utilidad pública.

—No entiendo.

—Una escuela ¿es obra pública?

—Así es.

—Pues levantemos una escuela.

Jadeaba como si llegara corriendo desde leguas.

—¿Construir una escuela?

—¿Por qué no? Sería buenísimo pretexto para reunirnos.

—Vigilarían.

—Depende dónde.

—¡Sería magnífico!

—¡Es cierto! Podríamos reunirnos los domingos.

—Construiríamos en la mañana y sesionaríamos en la tarde.

—Habría que levantarla en un lugar alejado.

—¿Dónde?

—Construyendo hablaríamos tranquilos.

—¿Qué tal si levantáramos una escuela en Pillao?

—Muy cerca.

—¿Qué tal Jupaicancha?

—Muy lejos. ¡Mucha nieve!

—¿Y qué tal Chupán?

—¿Por qué no? Es aislado, pero al mismo tiempo queda cerca de muchos pueblos.

Calcularon que en seis meses levantarían la escuela y la sublevación. Edificaron la escuela, pero la sublevación apenas sobrepasó los cimientos. Los comuneros dudaban. No era fácil convencerlos. «Garabombo, tú mismo pediste expropiar. ¿Por qué has cambiado?» «Yo estaba equivocado. Don

Juan Lovatón me abrió los ojos. Los dueños somos nosotros. ¿Necesitas expropiar tu cama? Los dueños no expropián. ¡Recuperan! » Vacilaban. El fracaso de Rancas quemaba aún sus desconfianzas. Los arrieros transportaban malas noticias. La ambición de los cercos crecía, crecía. Dudaban... Miraban las harapientas caravanas de los expulsados y desconfiaban.

Se acabó la primera escuela. Se aproximó la inexorable inauguración. Una noche de insomnio, en una cueva de Ispac, Garabombo comprendió que para soliviantar a Chinche necesitaría otros seis meses. Bajo la granizada caminó las tres leguas que lo separaban de Ayayo, llegó a la aislada choza de Amador Cayetano, que más que la visita tan intempestiva se sorprendió del rostro grave. Sin esperar que Cayetano acabara de despertarse, Garabombo dijo:

—¡Amador, muerto el perro se acabará la rabia! Si la escuela se termina, se acabará también el pretexto para reunirnos. Estamos a la mitad de la organización. En diciembre todos los caseríos estarán listos, pero si los abandonamos ahora, jamás los volveremos a convencer. Sólo hay un camino, Amador: destruir la escuela.

A Cayetano se le evaporó el sueño.

—¿Estás loco? Eso sería como escupir sobre el pan. Nunca por nunca los comuneros aceptarían. ¡Sería pecado!

—Pecado es permanecer toda la vida con la cabeza metida en la mierda. Escoger entre la escuela y la libertad. ¡Decide! ¿Qué vale más? La escuela la podemos reconstruir, pero nuestra vida ¿cómo la recuperaremos? ¡Escoge tú mismo!

La noche siguiente incendiaron la escuela.

Y edificaron la segunda escuela. Garabombo designaba a los constructores: los hombres vacilantes, los incrédulos, los tercios, los que sostenían que las rebeliones nunca germinan sino en la retama de los cementerios. Los colonos acudían los domingos. En las mañanas edificaban; en las tardes Garabombo los enardecía. Por su voz desfilaban los atropellos y los abusos. Mostraba testigos. Las expulsiones eran el pago de las lealtades; los castigos, el premio de las vidas impecables. Tramaron una escuela enorme, pero aun así la construcción era una liebre y la conspiración una tortuga. Para

ganar tiempo añadieron salones, agregaron patios, alargaron hileras de ventanas. «Los chinchinos están locos.» «Los comuneros de Chinche han perdido la chaveta.» «Cumplen una manda.» Pese a todos los esfuerzos se aproximó la segunda inauguración. ¡Por segunda vez Garabombo propuso el holocausto! Los chupaninos se opusieron a muerte. ¡Que quemaran otra escuela, que incendiaran por otros lados, pero no esa soberbia, descomunal construcción que los humanos no volverían a contemplar! Discutieron tres días y tres noches, sin convencerlos. Y sólo por la fuerza, carabina en mano, los contuvieron la madrugada en que incendiaron la segunda escuela.

Nueve meses después, con el tejado de la tercera escuela, concluyeron la conspiración.

25. DE CÓMO LOS COMUNEROS DE YANAHUANCA RECUPERARON LAS TIERRAS QUE FUERON DE SUS ABUELOS Y DE LOS ABUELOS DE SUS ABUELOS

El veintiséis de noviembre, a las tres de la tarde, los encargados mandaron repicar en todos los pueblos salvo en Chipipata, demasiado próxima a Yanahuanca para arriesgarse a una campanada. ¡Llegaba la hora! Los delegados del Comité de Reivindicación clausuraron las aldeas. En todos los caseríos se capturó a validos y compadres de los hacendados. No protestaron. Mansos, miedosos, sorprendidos aceptaron los encierros; ¿percibían el rumor de una cordillera en marcha? En los caseríos no era problema. El peligro acechaba en Chipipata, a tres kilómetros del Puesto de la Guardia Civil de Yanahuanca. El menudo Javier Huamán se había preparado. No bien el Ladrón de Caballos le transmitió la consigna, movilizó a sus hombres de confianza, los fiscales Benjamín Bonilla, Hilario Bonilla y Francisco Carlos. Veinte hombres bloquearon la salida y otros veinte capturaron a los dudosos. Huamán en persona cuidó de neutralizar a los Ramos. La prohibición de salir de sus casas, los Ramos la recibieron con insolencia. Don Cirilo se le rió en la cara:

—Pronto los veré orinando sangre, cholos alzados.

—Cuida tu boca, don Cirilo.

—Los hacendados dominan el mundo, Huamancito. Ellos

tienen altos de papeles de propiedad. Ustedes, los revoltosos, no valen nada.

—Tenemos el título de 1711 —contestó Huamán, temeroso de que don Cirilo Ramos averiara la confianza de sus hombres.

—¿No sabes que antes que tú mamaras, el Presidente Leguía anuló los títulos anteriores a 1924? Papeles viejos tienen. No valen nada. ¡Eh! Por gusto caminan. Mentira es todo esto.

—Don Cirilo Ramos: por tu insolencia te impongo dos mil soles de multa.

—¿Qué dices, jovencito?

—Alguaciles, procedan. ¡Capturen inmediatamente el ganado de este hablador!

En el rostro del pequeño Huamán los fiscales reconocieron una rocosa resolución y antes que los Ramos reaccionaran ganaron el patio y sacaron diez carneros. Los Ramos aguantaron. Chipipata enfiló hacia la tarde interminable. Grandes nubes instalaban en los cielos camellos temerosos. Un crepúsculo breve precedió a la deseada sombra. Centineladas apostados cada doscientos metros en la bajada notificarían cualquier movimiento sospechoso. Pero nada alteró la quietud de la noche que se preñaba de rebaños y banderas. En todos los pueblos —salvo en Chipipata— las campanas repicaron a las doce. Gritando, cantando, redoblando tambores, tocando flautas, salieron de la choza donde aguardaban desde las tres de la tarde.

Chinche esperaba en su plaza, en el cuadrado de tierra pelada que sería su plaza. Las autoridades habían ordenado que el hombre más viejo de la comunidad tocara la campana que anunciaría que esa noche acababa una noche tejida con las tinieblas de miles de noche que los soles jamás habían ni siquiera arañado. Hacía veinticuatro horas que don Adolfo Bollardo aguardaba el momento más alto de sus noventa años. Justo a medianoche Melecio Cuéllar y Víctor de la Rosa tocaron su puerta. La hora era venida. En alguna parte el viejo se había prestado zapatos que lastimaban sus pies enormes. Con dignidad caminó hacia el pequeño campanario de Chinche, subió los catorce esca-

lones, y erguido repicó con fuerza. Le contestaron cohetes y tambores. En las lomas donde, en lo oscuro, esperaban los caseríos, se deshojaron las hogueras. Andacancha, Pomachupán, Carahuaín, Los Andes descendieron gritando, arreando sus rebaños. Cientos de vacas, cientos de carneros y cabritos avanzaron hacia el pelado cuadrilátero. La noche se pobló de uniformados: los ex soldados que comandaba el ex sargento Víctor de la Rosa, que también lucía su casaquilla militar. El día de su baja, el ejército le regala a los licenciados uniformes y zapatos nuevos que ellos guardan para las grandes ocasiones: matrimonios, bautizos, fiestas y desfiles. Los licenciados se pavoneaban ahora, lucían sus correajes y abotonaduras. Y esa jactancia infundía confianza. Jinete en el velocísimo Estrellita, el ex sargento Víctor de la Rosa caracoleaba.

—¿Qué hay, mi sargento?

Nadie lo nombraba sino por su grado. Nadie lo tuteaba. Nadie decía Víctor.

—Sin novedad.

—¿Usted cree que correrá sangre, mi sargento?

De la Rosa se reía:

—¡Chica correrá! Mañana celebraremos en el comedor de los Proaño.

—¿Estás seguro, mi sargento?

—Mañana los Proaño y los Malpartida y los López dormirán al sereno.

Eran casi tres mil. Ingresaron los trescientos hombres y mujeres de Tamochaca, que conducían Epifanio Quintana y Exaltación Travesaño. Alguien cantó.

—¿Y la hacienda El Estribo?

—Cinco pueblos están cruzando por cinco sitios sus límites.

—¿Y la hacienda Conoc?

—Los comuneros dormirán en la cama de los patrones.

—¿Y la hacienda Diezmo?

—Tres pueblos están atravesando el Mantaro.

Hacía tres días que la comunidad de Diezmo avanzaba. Porque algunas haciendas eran tan vastas que para besar sus límites jornadas no bastaban. La hacienda Diezmo sólo

tiene una entrada: el filo de la represa, el único paso por donde se vence la bravísima corriente del Mantaro. Hacía tres días que la comunidad vadeaba de noche, clandestinamente, su ganado por esa vereda vertiginosa.

—¿Cree que será fuerte la pelea, mi sargento?

—Esto no es Rancas, carajo. Aquí les freiremos la sangre a los cachacos. ¡Pronto les invitaré un mate de sangre de comandante!

—Con su chichita.

—Ayayai.

En la plaza balaba el ganado, nervioso. El severo Alejandro Ginés, encargado de la colecta, recorrió los grupos:

—Óbolo, óbolo.

Para que nadie se le escapara traía a sus siete hijos.

—¡Óbolo para los daños, óbolo para las curaciones!

No se atrevía a decir: ¡óbolo para los muertos! Según sus medios colaboraban. Los principales entregaban azules billetes de cincuenta; los medianos, anaranjados de diez y el común, moneda. Pero como eran cientos, el dinero repletaba los costalillos. ¿Qué sucedería? En el peor de los casos con ese dinero se curaría a los heridos, se mantendría a las familias de los presos, indemnizarían los daños, pagarían los honorarios del abogado.

—¡Óbolo para los abogados! ¡Óbolo para los encarcelados!

—¡Óbolo, don Cristóbal; óbolo, don Macario; óbolo, don Exaltación!

Marcelino Arias vaciló entre un billete anaranjado y un billete verde. Bromeó:

—¿No estaré cotizando para mi cajón?

—Entonces mejor da diez soles para que entierres bonito. Riendo entregó el billete de a diez.

—Esto no pasará de unos culatazos.

—¿Y Rancas, mi sargento?

—A los ranqueños los agarraron dormidos. Pero nosotros atacaremos. Los limeños no sirven en las alturas. ¡Gallinazo no canta en puna!

La esquina infligió entonces un caballo, un poncho, un jinete, ¡Garabombo!

Gritos crinaron la plaza.

De espaldas a la noche creció Garabombo. Se apagaron las conversaciones. Piafando ingresó el caballo «del que recorría el mundo anunciando la libertad con su bombo». El Invisible avanzó. La multitud lo rodeó. Con asombro miraron que Garabombo montaba a Patriota, el espléndido potro del Yerno N.º 1. Desde la nieve del soberbio caballo, Garabombo gritó:

—¡Chinchinos: hemos envejecido reclamando! Hemos gastado nuestros años sentados en los pasadizos. ¡Años de años suplicando! ¡Nunca obtuvimos nada! Los hacendados ni siquiera se presentaron a los comparendos. Tres veces los citaron para las confrontaciones. Tres veces esperamos tres días y tres noches. No acudieron. Aunque esperaríamos tres siglos no se presentarían. Yo luché por la expropiación. Estaba equivocado. No cabe expropiación. Estas tierras nos pertenecen desde 1711. El Rey nos dio lo que el Presidente nos quitó. ¡Caiga quien caiga esta noche recuperaremos! Por todo Pasco las comunidades avanzan. ¡Nadie nos detendrá! El hombre muere... —vaciló—. El hombre no queda como la papa para semilla. ¡Pero moriremos peleando y nadie escupirá sobre nuestra memoria!

Su cuerpo se estremeció sacudido por un sollozo. Se sospechó que las lágrimas lo surcaban en la oscuridad.

—¡Son los ríos! —gritó—. ¡Son los ríos enterrados que salen por mis ojos! Porque cuando los blancos llegaron, los ríos se escondieron. Y dicho está que antes que nos libere-mos toda el agua guardada saldrá por nuestros ojos. Cuatrocientos años han vivido en las tinieblas. Pero el castigo acaba. Nuestros abuelos eran crueles: pisoteaban las naciones. Nuestras abuelas ingresaban a los pueblos derrotados soplando en los pulmones de los vencidos. Pariacaca, el que nació de cinco huevos, ordenó que padeciéramos, pero el castigo acaba ¡Que salga el agua!

—¡Llora, Garabombo! —exclamó Cayetano—. ¡Que el agua te limpie.

Pero se recuperó y se rió. ¡Su carcajada resonó invencible y poderosa!

—¡Jefe de campo!

—¡Presente! —De la Rosa se cuadró, marcial.

—¡Jefe de caballería!

—¡Presente! --gritó Melecio Cuéllar.

—¡Jefes de grupo!

Los licenciados se inmovilizaron, rígidos, con las mandíbulas apretadas.

—¡Jefes, tienen poder para todo! Están autorizados a usar sin reparo hombres o caballos. ¡Saquen a su gente! Chinche, Palca y Carahuaín se encontrarán con Ayayo, Andacancha y Chipipata. ¡Melecio Cuéllar: avance ocupando el río Chucupampa! Yo conduciré a toda la gente desde Chinche y Pariapacha. ¡Bonito partan!

La gritería de cinco mil hombres fisuró la noche. Partieron hacia los portones designados para el ataque: Yanaicho, Pariapacha y Carahuaín, distantes seis horas. Amaneciendo, mirarían los alambrados de las haciendas condenadas. Catorce caseríos convergerían con el alba. Anchi Roque marcharía con los miembros del Comité Obrero. Los comuneros que trabajaban en los asientos mineros formaban su propio escuadrón. Caminaron el resto la noche. Hacia las cinco un alba aguachenta mostró la estepa. El Ladrón de Caballos, el Albigeo y su gente esperaban en Yanaicho.

—¿Novedades?

—Todos avanzan puntuales —informó el Abigeo. Lucía pantalones, chaqueta de cuero, botas y pañuelo nuevos.

—¿Y nuestro personero?

—Amador Cayetano ha ordenado que salga a Cerro a advertir al doctor Mandujales.

El doctor Mandujales, abogado de la comunidad, conocía que se preparaba un movimiento, pero no sabía cuándo actuarían. Corasma amanecería con la noticia.

Clareando, Garabombo y Melecio Cuéllar se encontraron en Yanaicho.

—¿Qué hay, cuñado?

—Bonito, he botado a todos los caporales.

—¿Cuántos cabalgados tiene?

—Cincuenta.

—¿Y usted?

—Cuarenta y cuatro.

—¿Y de la Rosa?

—Cuarenta.

—¿Y Travesaño?

—Treinta y cuatro.

—Signe a Parnapachay, Melecio. ¡Bonito!

El jinete envejecía vertiginosamente.

Clareaba. El sol aniquiló los últimos reductos de la noche. Gritando se abalaron hacia las brechas del alambrado abiertas por los licenciados. ¡Por fin pisaban la tierra usurpada! Detrás de Garabombo la caballería comunera avanzó al galope. Sólo gaviotas y patos de las lagunas les disputaban la inacabable planicie. De rato en rato sorprendían y capturaban caporales en las dormideras de ganado. A las siete descubrieron el primer pueblo viejo. Se detuvieron estremecidos. Esos muros de casas abandonadas, comidas por los vientos, invadidas por *ichucc* era Chinche Viejo. Esas ruinas devoradas por el pasto salvaje eran la prueba que allí habían vivido sus abuelos, expulsados por la imperiosidad de los hacendados. Avanzaron encontrando ruinas y, de tiempo en tiempo, cruces anuladas por las lluvias.

Cerca del mediodía, cinco mil hombres, mujeres y niños y casi diez mil cabezas de ganado llegaron al lugar donde se levantaría Chinche Nuevo. ¡Otros caseríos estarían ocupando, simultáneamente, Uchumarca y Pacoyán! Pero, ¿por qué no llegaban los mensajeros? ¿Habían encontrado resistencia? Con el sol alto, Cayetano se descubrió e inició el Himno Nacional. Cantaron conmovidos, luego Cayetano desmontó y besó la tierra.

—¡Construyan! —gritó.

La gente se afanó. Hacía tiempo que guardaban materiales. En horas crecieron las primeras chozas. Esas casuchas probarían que no los traía la ambición, sino la imprescindible necesidad de vivir. La tarde miró los primeros humos de Chinche Nuevo. El atardecer encontró cientos de chozas, comida caliente en fogones viejos. Porque hasta ceniza transportaban para demostrar que desde mucho vivían en esas tierras.

Atardeció. La noche descendió en su cólera helada.

26. SOBRE EL NO VISTO ESPLENDOR CON QUE SE CELEBRÓ LA BODA DE REMIGIO, EL HERMOSO

Noviembre: lluvia. Toda la víspera Remigio vigiló el cielo, inquieto. ¿Desluciría el desfile? Pero atardecendo emigraron las nubes hoscas y amaneció soleado. La luz lo encontró de pie. En «La Estrella» zumbaba la alegría de los panaderos. Pero a las ocho el guarda Paz les tiró un baldazo de agua fría. El Subprefecto mandaba a decir que, como el casorio era un acontecimiento que honraría el Prefecto, se les pedía que «colaboraran ausentándose». ¿Era necesario que la crema y nata del departamento conociera los orígenes humildes del Hermoso? Remigio protestó, quería que sus amigos asistieran, pero amablemente Paz les hizo comprender que se trataba del prestigio de la provincia, que los harapos de los panaderos deslucirían la fiesta.

—Tiene razón el Subprefecto, Remigio. ¡Fiesta es fiesta! —suspiró don Crisanto—. ¿Podemos mirar desde las tapias, señor Paz?

—Consultaré.

La boda se celebraría a las doce. En cualquier momento se esperaba al Prefecto de Pasco. El maestro Crisanto lamentaba la ausencia del padre Chasán, pero Paz carcajeándose dijo que el padre se ocupaba de cosas más sabrosas. El guardia salió y volvió: el sargento creía que «por razones de ornato» era mejor que los panaderos se abstuvieran de presenciar la boda desde las tapias. ¡A cada cual su sitio!

—Remigio ya no es como nosotros. Es principal.

—Sí, señor Paz.

—El mejor regalo es no presentarse. ¿Ya está listo el novio?

Don Crisanto tocó la puerta del horno.

—Ya es la hora, hijito.

El patio conoció entonces el magnífico traje azul, la corbata guinda, los zapatos de charol, el gran pañuelo blanco. En la puerta el Hermoso parpadeó. Casi asustados los panaderos lo contemplaron. Hombre tan bello nadie conocía. Se persignaron.

—¡Que seas muy feliz, hijito! —tartamudeó don Crisanto.

—¡Feliz, feliz, feliz! —repitió Brazo de Santo.

—Ahora, ¿quién nos escribirá las cartas?

—Pero si todo es igual, don Hermógenes —lo consoló el Hermoso, palmeándole el cuello—. El matrimonio ¿cambia la vida?

—Tú perteneces a otro mundo, hijito. Todavía no lo sabes, pero tú estás llamado para otras cosas. ¡Dios te ha favorecido!

Se secó los ojos con el mandil manchado.

—Favorecido, favorecido, favorecido —coreó Brazo de Santo.

Desfilaron para felicitarlo. ¡Cuántas veces esas manos manchadas de harina habían recogido de las callejuelas al idiota fulminado por el mal! En la mesa donde se enfriaba la rosca recién horneada para el banquete, entre las balanzas y las pesas salpicadas de harina y de huevo, Remigio había escrito casi todas sus cartas. ¿Quién creía entonces en Remigio? Debajo de la joroba que la Niña Consuelo profetizaba que «se infectaría», ¿quién sospechaba la almen-dra de esa belleza?

—Ya es la hora, hijito —repitió don Crisanto mirando el sol.

Eran las once y cuarenta. Remigio salió a la calleja solitaria. En la plaza clarinetes y cornetas ensayaban. La esquina se tragó su traje azul. Miró los almacenes cerrados en cuyas trastiendas los comerciantes se domaban los cabellos rebeldes con brillantinas y avanzó hacia la iglesia de

San Pedro enmarcada de retama, adornada con flores de papel cometa. A las once y cuarenta y cinco se detuvo en la puerta. En la sacristía insistía un clarinete. ¡Lástima que que el padre Chasán viajara! ¡Cuánto hubiera dado porque el curita bendijera sus esponsales! Se ajustó la corbata y entró. Ringleras de velas parpadeaban delante del altar. Ronroneó un motor. ¿El Prefecto? La Virgen del Socorro y San Pedro de Yanahuanca sonreían. Mirar a la novia antes de la bendición trae mala suerte. En el entrevero de unos perros Remigio reconoció los ladridos de Mengano. Lo inundó la quietud. No existe animal solitario. El peor de los castigos es la exclusión. El animal que ha inventado la risa necesita un eco. Ingresó un moscardón. ¿Era o no era? Percibió unos pasos, el cortejo se aproximaba. ¿Qué es mejor? ¿La grandeza o la felicidad? La verdadera patria del hombre es su infancia. Cruzando esa frontera ya se es para siempre sublime o canalla. El rumor del cortejo, el mugido del río se confundieron en una intolerable felicidad. Comprendió de que con sólo desearlo, volaría. ¿Y si se volvía abeja? Si como ese moscardón alzaba el vuelo y subía, subía hasta chamuscarse las alas; volverse rocío, descender en lluvia. La tentación del vuelo lo visitó. Nunca sería tan feliz, jamás conocería una hora más alta. ¿Y si se transformaba en moscardón? Sintió la picadura de las alas que le nacían en la espalda. Mitad pájaro, mitad hombre vaciló. ¿Hombre o pájaro? Pero sintió el crujido del traje de la novia y decidió: se quedaría entre los hombres, viviría la vida de todos los hombres, trabajaría, engendraría, envejecería, moriría como todos los hombres. El ronrón se alejó. El moscardón aburrido ganó el sol. Musitó un padrenuestro. ¿Y si volaba? Y como la novia tardaba rezó un segundo, un tercer padrenuestro. Mirar a la novia trae mala suerte. Rezó otros tres padrenuestritos con los ojos cerrados. La novia demoraba: comenzó con los credos. ¿Cuánto tiempo rezó? Cuando abrió los ojos apenas tembloteaba la luz. Era oscuro ¿oscuro? Era casi el atardecer ¿atardecer? Santa Rosa y San Pedro lo miraban inapelables. Se restregó los ojos. ¡Era el atardecer! Se volvió a la nave solitaria. ¿Por qué la iglesia estaba vacía? ¿Dónde estaba la Niña Consuelo? ¿Y los invitados?

¿Y las autoridades? ¿Y los testigos? Avanzó hacia la puerta. Se paró. Era demasiado tarde para volar. Ahora ya no volaría. Rezó, rezó, con los ojos fijos en la esquina donde todavía esperaba el cortejo. El crepúsculo pintarrajeó su desamparo pero siguió esperando. En vano. Nadie llegó. Ni la Niña Consuelo que se carcajeaba en casa de los Montenegro, ni los Cisneros, ni los Valerio, ni los Solidoro, ni los de los Ríos, que aguaitaban desde los visillos; ni los guardias civiles que se emborrachaban en el Puesto, ni los panaderos retenidos por las instrucciones del sargento, se presentaron. El sol gateó hacia los barrancos. El novio se obstinó en mirar la calle por donde aún, con la última luz, podía aparecer la novia quizá demorada por arreglos exigentes, pero el crepúsculo mordisqueó la calleja solitaria. ¿Cuánto tiempo esperó? ¿Horas? ¿Días? ¿Semanas?

Tal vez años.

En las cumbres donde los truenos conspiraban estalló un relámpago. Las ráfagas se arremolinaron. Un aguacero se derrumbó sobre los tejados, escamoteó el campanario, ocultó el atrio, redujo la figura. Tal vez años. El agua tableteó sobre las calaminas. Remigio se alejó luchando contra el viento. Frente al Puesto de la Guardia Civil arrojó el ramillete viudo. La lluvia escarmentaba los eucaliptus inocentes. En la esquina donde unos meses antes el apretón de manos del doctor lo elevó a la consideración, a la felicidad y a la fama, se ladeó. Tal vez años. Porque como si la mano de la lluvia le metiera docenas de almanaques por el caño de la boca abierta, la cara se le agrietó, los ojos le bizquearon, las mejillas se rindieron, los dientes recuperaron su sarro. Tal vez años. La lluvia despintó el flamante traje azul, cribó la camisa, averió la piel. ¡Años! Buscó la salida de Yanahuanca enneblecida por el aguacero. «¡Remigio!», gritó don Crisanto, sofocado. Se detuvo, pareció volverse, pero en realidad se dobló bajo el peso de la joroba que explosionaba en su espalda.

Se perdió cojeando.

27. DE CÓMO LA POLICÍA PULIDAMENTE FELICITÓ A LOS DENODADOS CHINCHINOS POR SU DESCOMUNAL HAZAÑA

El veintiocho de noviembre atravesó la pampa lento, hipócrita y nublado. En todas las cumbres los vigías avizoraban la aparición de los hacendados o las autoridades. Nadie se presentó. Un desanimado silencio habitó la estepa. ¿Qué sucedía? ¿Por qué los hacendados no acudían a defender sus tierras? Padecieron un doloroso malestar. Esperaban resistencia. Algo les decía que una tierra recuperada sin lucha es como un hijo nacido sin sangre. Pero Garabombo se reía.

—¡No se preocupen! ¡Tendrán pelea hasta hartarse!

El veintinueve, un día amargado desde la infancia, a las diez, un galope apresurado de Exaltación Travesaño que montaba el soberbio Río Pallanga previno que una patrulla de guardia civil de Cerro, que había pernoctado en la hacienda Andacancha, avanzaba. Garabombo recorrió las filas de una caballería inmutable.

—¡Ya saben!

Había ordenado que los jinetes metieran cañas debajo de sus ponchos. ¡Desde lejos, esas cañas simularían carabinas! El Abigeo comunicó que un escuadrón formado por un alférez, un sargento y diez guardias avanzaban. Hacia el mediodía ganaron las aguas heladas del río Chucupampa. En la otra orilla comenzaba el campamento comunero. La lluvia batía la estepa salpicada de alpacas indiferentes al negocio

de los hombres, al precario pasaje de incas, emperadores, vi-
rreyes y caudillos menos duraderos que los pastos inmortales.

—Son exploradores —concluyó De la Rosa mirando que
los guardias traían las metralletas a la bandolera.

—Están saludando —se rió Melecio Cuéllar, enrojeciendo
como si fuera el único propietario del homenaje de los uni-
formados que agitaban las gorras. El alférez se volvió al sar-
gento Astocuri.

—Usted que los conoce —dijo el alférez, tratando de ocul-
tar su inseguridad—, adelántese a parlamentar.

El sargento Astocuri miró la muchedumbre de jinetes
hostiles. Esos altaneros montados ya no eran los mansos
comuneros que conocía.

—¿Solo, mi alférez?

—Sí, solo.

El sargento avanzó con el corazón en la boca, flameando
un pañuelo. Los comuneros agitando sus sombreros y sus
cascos de mineros. El sargento se alegró de reconocer a Exal-
tación Travesaño, hombre de buen sentido. Metió el caballo
a las aguas del Chucupampa.

—¿Quién es ese animal? —exclamó Girasol, adelantándo-
se a la yegua del alférez.

—¿Adónde vas, bestia?

—Esa yegua se muere por mí —informó Girasol.

—¿Ahora eres de la policía? —preguntó el Ladrón has-
tiado de las inaguantables jactancias de Girasol—. ¡So, ca-
rajo!

El alférez observó que los comuneros recibían cortés-
mente a Astocuri y franqueó el Chucupampa mirando la
lomas plagadas de jinetes.

—¿Qué hay, muchachos?

—Barbechando, mi alférez —contestó Cuéllar, respetuoso.

El oficial abarcó con el brazo el horizonte erizado.

—¿Así que ya se la metieron a las haciendas? ¡Los fel-
cito! Esa gente abusa demasiado. En el Perú el que no llora
no mama.

Sonreía.

—¡Buena, mi alférez! —contestó De la Rosa tirando s-
sombrero al aire.

—Hace tiempo debieron proceder. Esto es lo que el Perú necesita: ¡acabar con los chupasangres!

—¡Viva el alférez! —gritó Marcelino Arias, el ayudante de campo de De la Rosa.

Lo aclamaron. Nadie esperaba semejante aliento de los uniformados.

—¿Cuándo invadieron, muchachos?

—No hemos invadido, mi alférez —contestó, cortés, el Sonriente.

—Los hacendados se quejan de que ustedes han roto hitos y se han apoderado de miles de hectáreas. Sus patrones lloran pérdidas. Dicen que sólo en alambre han perdido cinco millones.

—Son calumnias, mi alférez. Nosotros vivimos aquí desde nuestros abuelos. Mire los muros. ¿Son de hoy? Mire los fogones: la ceniza es vieja. Hace años que vivimos aquí. Eso de la invasión es una calumnia de los hacendados angurrientos.

—Ya veo —dijo el alférez mirando las paredes crinadas de *ichucc*.

—Sírvasse, mi alférez.

—¿Por qué no?

El oficial bebió un largo trago de cañazo. Las aclamaciones reincidieron.

—¿Qué les parece si como regalo le cantamos el himno nacional al alférez? —propuso Cayetano.

Cuéllar inició el canto con su voz desacompasada. El alférez y el sargento saludaron militarmente. En la otra orilla los guardias se cuadraron.

—¡Adiós, muchachos!

Siempre aplaudido el alférez volvió grupas. Cruzaron el Chucupampa. Poco después las vigías comunicaron que el destacamento enfilaba hacia Carahuaín, flanqueaba la curva de Aigalcancha y descendía por Santiago Pampa, hacia su base: la hacienda Andacancha.

El sol del mediodía dismanteló el pelotón de nubes oscuras que viajaban hacia la Cordillera Blanca, baldeó la estepa de un oro conveniente para la alegría de los comuneros. ¡Hasta la policía reconocía la justicia de sus reclamaciones!

—Si no lo oigo, no lo creo. Nunca hubiera pensado —exclamó el tesorero Oswaldo Guzmán.

—¿Qué te crees? Ellos también son peruanos. ¿Los viste? Son indios, como nosotros —se embolsó Arias.

—¿Ustedes también creen que los chanchos vuelan? —gruñó Garabombo.

—¿Por qué?

—Ésos no han venido a felicitar, sino a explorar. ¡Es táctica!

Pero esas advertencias no aguaron el regocijo: la comunidad barbechaba los campos con una exaltación que se traducía en el canto. Sonaron arpas y charangos. Los Huamán y los Zárate, los mejores músicos de la provincia, iniciaron un duelo. Abandonando los huaynitos de moda, los Zárate cantaron:

*Hoy veintisiete de noviembre
es fecha de no olvidar:
hoy veintisiete de noviembre
los chinchinos valientes,
sus tierras volvieron a recuperar.*

Miraron triunfalmente a los Huamán que sólo alentados por una larga visita a una botella de cañazo contestaron:

*Ahora pues Proaño,
ahora pues Romualda:
ya no tendrás cancha con queso.
¡Kanaiquichomi Garabombo!*

Los Huamán acabaron el aire guerrero y zapatearon su propio huayno, tostados por las aclamaciones. Para darse tiempo, cambiando el ritmo, los Zárate repitieron:

*Ahora pues Matilde,
ahora pues Ubaldo,
ya no tendrás leche con queso.
Por la puna helada
viene corriendo Garabombo.*

Pero los Huamán vivían su día. Porque apenas enmudecieron los charangos de los Zárate arremetieron con un aire irresistible:

*Esto te lo digo cantando,
tú te acordarás llorando.
Hacendadito, hacendadito,
Se acabó la vida que gozabas
con el trabajo del indio.*

Reconociendo la victoria de los incomparables Huamán, los Zárates se sacaron el sombrero. Reunidos en un mismo aire entonaron:

*Esto te lo digo cantando.
¡Tú te acordarás llorando!
¡La vida que gozaste
con el trabajo del indio!*

Por orden de Cayetano los fiscales repartían el aguardiente regalado, a título de contribución, por los comerciantes de Chipipata. Siguieron barbechando y bailando. A las cuatro los vigías gritaron:

—¡Montados!

El atardecer se barbó de jinetes.

—¡Montados vienen!

Se apagaron los cantos, se gritaron las órdenes, los jinetes montaron. En minutos se formó detrás de Garabombo la caballería. Pero un grito desbarató los preparativos.

—¡Rancas! —exclamó un explorador tirando al aire su sombrero.

Era, efectivamente, la comunidad de Rancas que conociendo la hazaña de Yanahuanca acudía con alimentos y aguardiente. Llegaron cantando. Pero acababa el crepúsculo cuando por el Oeste surgieron los caballos menudos y las banderas de la comunidad de Yanacocha detrás del esplendoroso poncho multicolor del personero Agapito Robles.

Estrellas gigantescas incrustaban la transparencia de la

segunda noche. Ranqueños, yanahuanquinos y yanacochanos se reunieron, excitados, alrededor de las hogueras de bosta. Los visitantes traían las primeras noticias: doce haciendas —¡doscientas mil hectáreas!— habían sido liberadas.

—¿También El Estribo?

—Don Migdonio de la Torre ha fugado.

—¿Y Paria?

—¡Ocupado!

—¿Y Cutac?

—Recuperado.

—¿Y las haciendas de Masías?

—Todas ocupadas.

—¿Y las haciendas de los Fernandini?

—Parte ocupadas, parte libres.

Los Fernandini poseían, ellos solos, más de cien mil hectáreas: las haciendas Racracancha, Quizque, Huanca y La Quinua.

Las aclamaciones coreaban los nombres de las victorias.

—¿Y la hacienda Chacapampa?

—Recuperada, hermanos. Los comuneros han comenzado a construir una capilla.

—En la hacienda Racracancha han roto todos los cepos.

—Todo el alambrado de la hacienda Quizque ha caído.

—¿Y qué tal en Diezmo?

—Fracaso, hermanos, fracaso —informó Abdón Medrano. El ranqueño contó que informados por confidentes (ya tenían los nombres) los hacendados habían tolerado el cruce de la represa únicamente para recibirlos a tiros: Diezmo debió retroceder al escape. A balazos los caporales obligaron a su ganado a lanzarse al Mantaro. ¡La corriente había arrasado casi quinientas cabezas!

—¿Ya saben lo de Remigio?

Agapito contó la desgracia del Niño, víctima de la broma de las autoridades.

Sintieron mustiarse la alegría.

—¿Quieren decir que sin darnos cuenta hemos colaborado con las autoridades?

—¡Pobre enanito!

—¡Y yo que escupí en su delante!

—¿Por dónde anda?

—Ha desaparecido.

—¿No estará escondido? Quizá la vergüenza no lo deja salir. ¡Hay que encontrarlo!

—Hemos rebuscado por toda la quebrada Chaupihuaranga.

—¿Y en las alturas?

—Tampoco lo han visto.

—Lo buscaremos. Sea como sea lo encontraremos —prometió Garabombo—. ¡Esto también se lo cobraremos a los hacendados!

Amaneciendo iniciaron la búsqueda, batieron las cordilleras. Nadie había visto al enano. Era un viernes. El domingo uno de los Bollardo descubrió un zapato de charol. Remontando, en una choza abandonada, encontró una hoja escrita:

Mamá:

Don Remigio dice que en realidad eres mi papá. No, don Remigio dice que en realidad él es mi mamá. Perdón, me duele la cabeza, no hay luz y don Remigio dice que él es mi papá. Tú te confundes o yo me confundo porque ahora que recuerdo don Remigio soy yo.

REMIGIO.

Diga lo que diga don Remigio, yo debo tener alguna mamá. ¿O nací del aire? Por mi mala lengua, dice mi novia, la señorita Consuelo, a quien no tengo el gusto de conocer, que se me pudrirá la joroba. No por mala lengua sino por cariño yo quisiera descubrir su paradero, mamacita.

Esta es la hora en que los señores panaderos, acabadas sus paladas, me permitían dormir al costado del horno, calientito, tibiecito, como cuando tenía mi pierna derecha, todavía en su dentro, madrecita.

Don Remigio dice que por odio a usted le dieron a beber chamico. El Abigeo dice que sin esa brujería yo tendría las piernas derechas y correría, sería un venado. Cualquier animalito lindo en la carrera.

Mamá, sólo un loco creería que su papá es su mamá y yo nunca he dudado que tú seas mi papá, mamá. Porque si en verdad fueras mi mamá no me hubieras hecho cojito.

Para la próxima vez, un consejo: cuando sienta en su barriga a un jorobadito, tome algo para vomitar. ¡Eso no se le hace a los amigos!

Papacito: hace poco mucho el Nictálope sesionó con la directiva de la comunidad para escoger a tres o cuatro que mataría la comunidad en fingida riña para provocar la muerte del juez. Yo sé que el Abigeo dijo: el pobre Remigio es uno de los que deben morir. Sería por la tierrita.

Entonces, pues, los jorobados y los cojos somos útiles.

Se está rico junto al horno. Los señores panaderos me regalan el pan quemado, y los señores comerciantes galletas rotas. Hay animales de harina, caballos, leones, carneros, tigres, pero —¿me creerá usted, 'mamacita?— he visto también galletas de animales con joroba que dizque se llaman dromedarios.

No puedo seguir porque don Remigio me interrumpe a cada instante y me pregunta qué he soñado. He soñado, papá, que tú eras mi mamá.

SU NIÑO.

—¡Es su letra! —dijo Garabombo mordiéndose los labios. Lo oprimía el recuerdo de su último encuentro, mejor dicho de su prostrero desencuentro, porque camino a Chipipata, Garabombo se cruzó con Remigio que lo saludó radiante. Garabombo siguió sin reconocerlo.

—¿Qué te pasa, Garabombo? —gritó el Hermoso—. ¿Ya no reconoces a los amigos? O ahora ¿yo soy el invisible?

Garabombo escupió.

—Los hijos de puta no tienen amigos, Remigio.

El veintinueve de noviembre llegaron las primeras noticias de Corasma enfrascado con el doctor Mandujales en negociaciones con las autoridades. Cerro de Pasco era un hervidero. La noticia de que las comunidades de Cerro de Pasco habían derribado los hitos de tantas haciendas, que se mantenían victoriosas en la antigua patria de su terror, recorría, vertiginosamente, las cordilleras. En todas las plazas de armas las gentes leían los periódicos con entusiasmo o temor, según sus intereses. ¡Pero algo que no rebajaba ninguna amenaza viajaba incendiando la nieve!

El jinete era ya un anciano.

28. QUE CONTIENE UN SUEÑO QUE EL ABIGEO NO QUISO PUBLICAR

Un domingo surcado por cicatrices atravesó la pampa: comenzaba un diciembre que, antes de implantar su rigurosísima tiranía, toleró un lunes de claridad embriagadora. Seguían llegando comisiones. Amaneciendo se presentaron, con bastimentos y alegría, los comuneros de Yarusyacán y al mediodía los victoriosos comuneros de Roco. ¡Habían acabado con la insolencia del hacendado Rispa, deudor de medio siglo de agravios! ¡Roco no sólo había recuperado sus tierras! El personero Cotrina, buen comerciante (dos veces al año atravesaba la gran jalca vendiendo percalas, ollas y platos de fierro enlozado; nunca se detenía más de tres días en un pueblo y sólo a pedido de Roco accedió a quedarse para preparar la invasión), calculaba que por culpa de Rispa los comuneros de Roco —según minuciosas cuentas— habían cumplido en cuarenta años de disputa una prisión total de doscientos quince años y ocho meses. Y como el litigoso Rispa volvería con la policía, Cotrina decidió borrar las pruebas de la invasión: la misma tarde Roco derribó la casa-hacienda. Al día siguiente barbecharon el terreno donde se erigía el dominio de Rispa. Un campo preparado para la semilla era ahora el lugar donde Rispa pretendería que había existido su caserón. Los festejaron con el aguardiente que con el Abigeo había enviado don Antonio Robles, comerciante de Chipipata. Al mediodía —siempre es bueno acordar bajo

la Gran Luz— las autoridades convocaron a una Asamblea Comunal. Millares de comuneros y comuneras rodearon el estandarte de Yanahuanca. Cayetano vestía su traje de jerga negra y su camisa blanca, signo infalible de que algo grave preparaba. Rumores temerosos inquietaban la pampa. El propio Anchi Roque llegó con periódicos plagados de titulares alarmistas. «Alud comunista sumerge la Sierra Central.» «Gobierno manda tropa: inminente guerra civil.» Las instituciones representativas del Agro clamaban por una intervención inmediata. El Gobierno —sostenían los enardecidos propietarios— demostraba una lamentable debilidad. La Asociación de Criadores de Lanares del Perú había publicado un aviso, a toda página, en todos los diarios de Lima.

Con su voz dejada Anchi Roque leyó: *INVASIÓN DE HACIENDAS EN PASCO. COMUNICADO. Como es del dominio público, se han producido últimamente invasiones, en pequeñas y grandes propiedades del Departamento de Pasco, con la agravante de haber sido previamente anunciadas y comunicadas a las autoridades competentes, mediante reiteradas informaciones.*

A pesar del compromiso contraído por los dirigentes comunales ante el Prefecto de Pasco, de que los invasores desocuparían pacíficamente el sábado 2 del presente las haciendas usurpadas, no se ha cumplido en absoluto con tal compromiso, ni existe el propósito de cumplirlo, como expresamente ha sido manifestado a la Comisión que el día de hoy se hizo presente en la zona invadida.

La agitación ha cobrado nuevo ímpetu por la tolerancia del señor Ministro de Gobierno que permite la continuación de este estado de cosas, dejando que el problema se agudice, lo que en cualquier momento puede llevarnos a un proceso anárquico de imprevisibles consecuencias para el país.

El Ministerio de Gobierno tiene cabal conocimiento de la existencia del plan de agitación y conoce perfectamente quiénes son los causantes de la instigación; sin embargo, aún no ha superado la etapa de las vacilaciones para afrontar este problema con la necesaria firmeza y autoridad que el caso impone.

Los dirigentes comunales y los agitadores profesionales,

gestores de estos atropellos, han demostrado con absoluta evidencia que por encima del interés del país e incluso del interés de los propios comuneros, están sus conveniencias personales y aspiraciones preelectorales, sin importarles el respeto a la propiedad y a los derechos que la Constitución del Estado otorga y cuya defensa es obligación del Supremo Gobierno.

La ASOCIACIÓN DE CRIADORES DE LANARES DEL PERÚ, cumple con expresar su honda preocupación y pública protesta, por esta tolerancia incompatible con un estado de derecho.

Lima, 7 de diciembre de 1961.

ASOCIACIÓN DE CRIADORES DE LANARES DEL PERÚ.

—¿Y qué dice el Gobierno?

—El Gobierno siempre tiene ocupada la boca comiendo, animal.

Pero eran risas talabarteadas por la inquietud.

—El personero Corasma y nuestro abogado Mandujales han sido conducidos a Lima, a la fuerza —informó el calmoso Roque.

—¿Para qué?

—No se sabe.

—Yo tengo otra noticia —dijo el Abigeo.

—¿Qué?

—El comandante Bodenaco ha llegado a Cerro.

—¿Cuándo?

—Ayer llegó con un batallón.

—Bodenaco... Bodenaco... Bodenaco...

El apellido de Guillermo, el Carnicero, rebotó sobre la multitud como una piedra lanzada sobre el agua.

—Pero yo tengo otra noticia —comunicó Garabombo, radiante—. ¡El Prefecto de Pasco ha huido!

—El Prefecto ha huido... El Prefecto ha huido... El Prefecto ha huido... —se propagó.

Cayetano montó a Nipororo, un bayo entero de genio vivísimo que debía ensillarse con cuidado: tres veces había pateado a sus jinetes. Miró el sol y recorrió las filas. El viento acentuaba su dignidad.

—¡Comuneros! Muchas noticias caminan por esta pampa. Algunas nos alegran, algunas nos asustan. ¿Por qué? ¡El que está para morir muere en cualquier parte! Sea como sea, mientras el sol nos caliente, cumpliremos.

Nipororo se impacientó.

—Comuneros: No nos trae la ambición de decir «estos campos son nuestros», sino el hambre que tiene más espinas que las espuelas roncadoras. Hemos comido desdicha hasta hartarnos. ¡Justo es que ahora disfrutemos de la buena abundancia! Bodenaco está en Cerro. ¡Mierda a Bodenaco! Mañana podemos morir: ¡Por lo menos muramos gordos!

Se doblaba de risa.

—Estos campos están llenos de ganado robado. Los Malpartida y los López se han enriquecido juntando los rebaños que asaltaban los Albornoz. Yo conocí a don Melchor Albornoz: era de palabra y de puntería finísimas. El nombre de Chinche siempre ha hecho temblar. Don Melchor Albornoz traía aquí el ganado de todos los desgraciados que tropezaban con su poderosa sombra. En el pecho tenía un lunar en forma de león. «Por culpa de este león soy colérico», decía cada vez que se acordaba de sus desgracias, castigándose el pecho ambicionado por sus enemigos. Y lloraba. Pero ¿cuántos lloraron por él? Ellos despojaban todos los caminos y depositaban en Chinche sus robos. ¡Más alto que Garabombo era! ¡Más alto que un sauce!

Sus carcajadas salpicaron las filas. Siguió gritando y riéndose. Nipororo braceaba, impaciente.

—¡El presidente de la invencible comunidad de Yanahuanca autoriza a cada comunero y comunera a llevarse una vaca y un carnero por cada niño!

La pampa tembló con las aclamaciones.

—¡No hay dueños! Olviden la palabra «mío». Hoy mismo repartiremos los lotes para el sembrío. Alcaldes y tenientes-alcaldes: acudan para recibir sus sectores. Primero se dotará a los pobres, a los impedidos y a las viudas. ¡Se acabaron los patrones!

—¡Tierra o muerte! —gritó el tranquilo Oswaldo Guzmán.

—¡Jinetes! —avisó un vigía.

Se arremolinaron. Por la punta Hero jaspeaban reflejos.
—¡Guardia de Asalto!

Los uniformados brotaron en la punta estéril. Batidos por los vientos, desmontaron. Descargaron sus mulas sin prisa. Al rato comenzaron a clavar los potes de sus carpas verdes. No se movieron.

—He soñado mal —dijo el Abigeo chupado y melancólico.

—¿Qué has soñado? —preguntó el Ladrón de Caballos.

—He soñado —contestó simplemente. No quiso revelar le que en sus sueños lo había visto cabalgando extraña, grotescamente vestido con serpentinas. ¡Serpentinas rojas, amarillas, verdes, azules, enroscaban el cuerpo musculoso del Ladrón de Caballos que cabalgaba aparentemente sin sufrir la nevada! El Ladrón de Caballos descubrió a su compadre y saludó. Antes que cortara las riendas, su caballo Canario, un bayo mascarón, se plantó. El Ladrón de Caballos ingresó detrás de una giba de roca. El Abigeo esperó. Unos segundos después salió un Ladrón, un segundo Ladrón, un tercer Ladrón: docenas de Ladrones, idénticamente altos, idénticamente altaneros, idénticamente escondidos por serpentinas, idénticamente orgullosos de las espuelas de plata desfilaron hacia la pampa. ¿Cuál era el verdadero? El Abigeo se despertó llorando.

29. DE CÓMO LOS CHINCHINOS COMPROBARON QUE GARABOMBO SE HABÍA CURADO DEFINITIVAMENTE Y DE CÓMO DESOYERON LAS SABIAS ADVERTENCIAS DEL SUBPREFECTO VALERIO

El martes, el miércoles y el jueves desfilaron enfundados en grandes lluvias. No se sospechaban ya los nevados. Los caminos se tragaban hasta los caballos matreros. ¡A tiempo habían levantado sus chozas! Los guardias de asalto seguían en la punta Hero. El frío de los cinco mil metros los rebajaba: no resistían más de tres horas de imaginaria. La tropa misma aguantaba sólo cuarenta y ocho horas. Cada dos días los reemplazaban contingentes que a su vez viajaban a Cerro de Pasco para restaurarse. Pero el viernes un destacamento de guardias montados en caballos de Uchumarca (reconoció Girasol) avanzó hacia el campamento comunero. A unos trescientos metros descubrieron la figura rechoncha del Subprefecto Valerio, flanqueado de uniformados.

—¡Son oficiales!

El sol se enardecía sobre los cascos. Ganaron la pampa al paso. Gaviotas gritonas viajaban hacia las lagunas rizadas por el vientecillo. A una seña de Cayetano diez miembros de la Junta de Recuperación avanzaron. Esperaron. El Subprefecto Valerio se acercó saludando con el brazo. Los comuneros se destocaron. El caballo del Subprefecto se detuvo.

—¡Comuneros! ¡Vengo a hablarles en nombre del Gobier-

no! ¡Reúnanse en círculo! ¿Quién los representa?

Apartando el poncho negro de Epifanio Quintana y el saco azul raído de De la Rosa Capcha, Garabombo avanzó. Las desordenadas filas de la masa se estremecieron. Garabombo caminó unos pasos y abrió las piernas.

—Yo represento, señor.

El sol lastimaba la cara mofletuda del Subprefecto que se agitaba en la indiferencia verde de los capotes.

—¿Me oyen? Quiero hablar con los que tengan mandato. ¿Quién manda? —gritó el Subprefecto.

¡No reparaba en el bulto parado a tres metros de su bayo!

—¿Quiénes son los responsables? insistió la autoridad.

¡No lo veían! El terror embalsamó a la multitud. ¡No lo veían!

Sudando Cayetano intentó avanzar. Garabombo lo detuvo con un gesto. Avanzó un paso.

—¡No lo ven!

—¡Es imposible que no lo vean!

—¿No estás viendo que no lo ven?

El escalofrío siguió su viaje por la muchedumbre.

—Yo represento, señor —murmuró, tranquilo, Garabombo.

El Subprefecto Valerio parpadeó y sólo después de un instante que duró meses, lo reconoció.

—¿Cómo estás, Garabombo? ¿Tú mandas?

—Aquí nadie manda, pero yo represento. ¡Hable conmigo!

¡Lo veían! La multitud exhaló algo tramado por el alivio, el regocijo y la angustia. ¡Lo veían! ¡Garabombo cumplía su promesa: era visible! ¡Nadie los derrotaría! Se verificaban las promesas. «Ni herbolarios ni brujos me curarán. El día que ustedes sean valientes me curaré. ¡El día que comande la caballería comunera!» Una certidumbre más poderosa que los roquedales los irguió.

—¡Te felicito, Garabombo! —exclamó el Subprefecto con voz dolida—. ¡Buena me la hiciste con tu escuela!

Garabombo sonrió con timidez. El Subprefecto recuperó su tono oficial.

—¡Comuneros! He venido a comunicarles que sus autoridades y el Gobierno han llegado a un acuerdo. El persone-

ro Corasma y el doctor Mandujales han firmado un pacto con las autoridades de Lima. No habrá desalojo violento, sino retiro pacífico. El personero y el abogado se han comprometido a que la comunidad se retirará dentro de 72 horas. ¡Los felicito! Por su parte el Gobierno se compromete a resolver el problema de las tierras. Los hacendados están dispuestos a venderles parte de sus pastos. El Gobierno mandará peritos para estudiar sus necesidades. Todo se solucionará. El Ministerio de Gobierno les regalará frazadas, víveres y lo que necesiten. Lo único que se les pide es evacuar las tierras invadidas. ¡Salgan tranquilos! Tienen tres días. La tropa sólo ha venido a supervigilar el retiro.

La cara de Garabombo asumió la demacración del pasto. Cayetano y la Junta lo rodearon.

—¡El personero Corasma no puede haberse comprometido a desalojar!

—Es cierto —asintió Cayetano—. ¿Quién le ha dado poder?

Sólo entonces el comandante Bodenaco, que seguía inmóvil con los ojos fijos en el horizonte, murmuró:

—¿Sabe usted leer?

—Sí, mi comandante.

Willy, el Cumplidor, se metió la mano al bolsillo del abrigo verde y sacó un sobre.

—¡Entonces lea!

Garabombo abrió el sobre, miró el texto y comenzó a recorrer los renglones.

—¡Lea en voz alta!

Garabombo levantó sus ojos oblicuos, confundidos. El viento le raspaba las enormes orejas. Se humilló.

—¡No sé leer en voz alta, mi comandante! Yo leo sólo para mí —y queriendo enaltecerse—: pero aquí hay gente que lee de todo. ¡Margarito!

Un joven robusto, de cara cobriza, de pelo grueso, se acercó.

—¡Lee!

El muchacho miró la cara tormentosa del comandante, las metralletas insultadas por el sol, la impaciencia del Subprefecto.

—¡No sé leer!

¡Sabía! Era el único chinchino matriculado en la secundaria de Cerro de Pasco, pero el miedo le desbandaba la memoria. Edilberto de la Rosa le arrebató el papel palúdico.

—¡Yo sé!

Reconoció las firmas de pata de gallina del personero y la rúbrica larga del doctor Mandujales, «que conscientes —leyó en voz alta— de la gravedad de la situación en el departamento de Cerro de Pasco y deseosos de evitar violencias, aceptaban la promesa del Gobierno de nombrar una comisión para estudiar y resolver el grave problema agrario de Cerro de Pasco». Entretanto, como representantes de la comunidad de Yanahuanca, se comprometían a retirarse de las haciendas invadidas en el plazo de setenta y dos horas a partir del momento en que las autoridades políticas de la provincia notificaran el acuerdo a la comunidad. Por su parte, el Gobierno...

Garabombo sumó la palidez de los hombres, montó de un salto y exclamó:

—¿Ustedes han dado poder al abogado y al personero?

—¡No autorizamos nada!

—¡Ahorquen al personero!

—¡No sabemos nada!

—¡Traición!

El comadante Bodenaco sacó la pistola.

—¡Digan la verdad! Estos señores han venido de lejos.

¿Quieren quedarse o retirarse? —tartamudeó el Subprefecto.

—¡Quedarnos, quedarnos, quedarnos!

Garabombo se sacó el sombrero, respetuoso.

—Ya ve usted, señor Subprefecto, la comunidad no está de acuerdo.

—¡Desplegarse! —ordenó el comandante.

El Subprefecto Valerio palideció. Algo de súplica suavizaba su voz.

—¡Chinchinos, como autoridad máxima de la provincia les aconsejo aceptar el pacto! El Gobierno ha sido comprensivo. No les pide que salgan en un día. Les da tres días. Nadie será castigado. ¡Palabra de honor!

Nadie contestó.

—¡Ustedes tienen hijos y familias! No van a perder la vida por un miserable pedazo de tierra. ¿Qué es lo que produce este pajonal? Con el comandante Bodenaco no se juega. ¡Acuérdense de Rancas! Rancas resistió y perdió todo. ¡Que no les suceda lo mismo! No pierdan años de esfuerzos por el capricho de una hora. ¡Comprendan! Nosotros no somos responsables, sólo cumplimos órdenes.

El comandante Bodenaco se llevó a los labios un pito negro y silbó. La tropa se desplegó. Garabombo sintió que algunas quijadas castañeteaban.

Pedro Marcelo, un imberbe, recién casado, se acercó: temblaba.

—¡Es cierto, hermanos! Es cierto lo que dice el señor Subprefecto. Retirémonos pacíficamente. No nos vaya a suceder lo mismo que le pasó a Rancas.

Garabombo sintió el ramalazo de la cólera y gritó:

—¿Por qué hablas en nuestro nombre, Marcelo? Si quieres retirarte, retírate solo. No digas «Vámonos», di «me voy».

El Subprefecto lo amenazó con el brazo:

—Garabombo, si sucede algo tú eres el único responsable. ¡Si hay muertes, aquí te fusilamos!

Garabombo se despojó del poncho, se sacó la chompa, se quitó la camisa sucia, mostró la camiseta agujereada, y con la mitad del cuerpo desnudo, golpeándose el musculoso tórax lampiño, gritó:

—¡Aquí hay pecho para recibir bala!

Y volviéndose a los jinetes:

—¡Comuneros, a sus posiciones!

Los jinetes salieron disparados. Bajo sus ponchos el comandante Bodenaco distinguió, de nuevo, esos malditos bultos. ¿Wínchesters? Clavó los ojos en De la Rosa, tranquilo en su uniforme. ¡Renegado!

—¡Guardias, retroceder! ¡Reunión a trescientos metros!

Los guardias torcieron riendas y ganaron, rápidamente la loma. Se detuvieron en la punta Huagropata. Ahora los separaba un kilómetro de frío y de desconfianza.

30. DE CÓMO EL PERSONERO CORASMA APRENDIÓ QUE QUIEN CON ABOGADOS SE ACUESTA, MOJADO AMANECE

Por el lado de Ispac creció una mancha de caballos chuscos, luego un galope donde distinguieron el gorro de lana negra, con las alas caídas, que usaba Corasma. Ocho hombres de Ispac, fuertemente emponchados, lo seguían. La muchedumbre que gritaba y discutía se contrajo. Esperaron a los jinetes. El personero Corasma saltó con las ropas completamente salpicadas de fango. Se le veía demolido, casi viejo.

—¡Con las justas hemos evitado el desalojo!

Nadie le contestó.

—Pasco hierve de tropa. Han llegado escuadrones de la Oroya, de Huancavelica, de Huancayo y de Huánuco. No dejan entrar ni salir. Hoy pensaban desalojarnos. El doctor Mandujales logró que postergaran la operación.

—¿Quién te autorizó a firmar ese acuerdo? —gritó Garabombo.

—Pensaban atacar hoy. La contraorden llegó a las doce. ¡Con las justas evitamos el desalojo!

—¿Quién te autorizó a firmar el acuerdo? —insistió Garabombo.

—Es una estrategia de nuestro abogado.

—¿Qué estrategia? —interrogó la sonrisa demacrada de Cayetano.

Las mujeres se acercaron, recogiendo piedras. El personero Corasma vaciló.

—¡Han decretado el estado de sitio! El Prefecto Corzo ha

huido. ¡El ejército se ha hecho cargo de la situación! El coronel Marroquín es el nuevo Prefecto. Yo mismo he visto llegar tropa de línea con ametralladoras pesadas. El doctor Mandujales aconseja que nos retiremos para que se vaya la tropa. ¡Luego volveremos! Después que se retiren volveremos a ocupar.

Garabombo tiritaba de rabia.

—¿Usted cree que la masa es juguete? ¿Usted cree que esta gente deja sus trabajos para pasearse? ¿Cuántos años tardamos en convencerlos?

—Si retrocedemos nunca más ocuparemos —dijo De la Rosa, también pálido.

—El doctor Mandujales dice que si no nos retiramos correrá sangre.

—¿La suya o la nuestra? —gritó Melecio Cuéllar—. ¿Cuándo los abogados derraman sangre?

—Eres un traidor —escupió Garabombo.

Corasma se volvió con ojos relampagueantes y el látigo en la mano, pero reflexionó, con desprecio.

—¡Hace tres días que no duermo! Si la comunidad no reconoce que trabajo lealmente, ¿para qué me quedo? Si no están conformes, dejo el cargo. ¡Elijan otro personero!

Nadie protestó. Se desmoralizó.

—Yo no busqué la personería con engaños. Con buena voluntad me eligieron. He cumplido. He envejecido gestionando. Día y noche he vivido en los páramos convenciendo. ¿Para qué? ¿Para que un abigeo me insulte?

Se abalanzó contra Garabombo, lo golpeó en la cara, rodaron trenzados. Pero en el suelo se encontraron con los latigazos de Amador Cayetano.

—¡Paren! ¿No se dan cuenta que la policía nos mira, grandísimos hijos de puta? En cualquier instante nos atacan.

La vieja Sulpicia levantó una piedra y otras ganaderas se acercaron al personero caído con las manos alzadas. Garabombo miró el susto en la cara odiada, paladeó su muerte, pero gritó:

—¡No! ¡Eso no!

El anillo de rencor se detuvo sobre la cabeza de Corasma.

—¡No, Sulpicia! —repitió Garabombo, escupiendo un diente—. Puede suceder algo grave. Mejor formemos otra delegación.

—¡Otro personero! —gritó el delegado de Chupán.

Corasma bajó la cabeza.

—¡Elección, elección!

Y sin trámites, Cayetano:

—¡Propongan nombres!

—¡Travesaño! ¡Exaltación Travesaño! —corearon.

Travesaño no se había movido durante la pelea, pero ahora dio vueltas a su sombrero, nervioso. La tarde volaba bajo.

—¡Travesaño, Travesaño!

Cayetano dictaminó:

—¡Exaltación Travesaño, quedas elegido como nuevo personero!

La gritería avanzó contra el crepúsculo. Travesaño se descubrió.

—Acepto, con una condición.

—¿Cuál?

—¡Cambiemos de abogado! Yo conozco a Corasma. No es traidor. Ha servido fielmente. Mandujales lo ha engañado.

Corasma se levantó con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca debimos nombrarlo. El abogado ha engañado a Corasma. Él ha inducido. Yo le conozco muchas. No es firme. A una comunidad le ganó un juicio. ¿Y qué pasó? Pidió honorarios que valían más que las tierras. Y como no pudieron pagar, Mandujales les embargó sus propiedades. ¡Están peor que antes!

—¡Cambio, cambio! ¡Cambio de abogado!

—¿A quién nombrar? Ningún abogado acepta defendernos —reflexionó Cayetano.

—Nombren a Genaro Ledesma —sugirió Quintana.

—¡No tiene título!

—Ya tiene título —informó Anchi Roque—. La comunidad de Yanacancha le ha pagado los estudios.

Era verdad. Unos días después de que Genaro Ledesma, entonces alcalde de Cerro de Pasco, pronunciara un vehemente discurso en el entierro de los comuneros masacrados en Rancas, se encontró con las cerraduras de la Municipali-

dad cambiadas. Esa tarde fue detenido y conducido a la cárcel de Huánuco. Cuando lo liberaron, en su mísera habitación del «Hotel Francia», lo esperaba una comunicación del Inspector Izquierdo: había cesado como profesor de historia en la Unidad Escolar. Las comunidades comenzaban a preparar sus reivindicaciones. Carecían de abogados. Ningún titulado aceptaba patrocinar clientes que significaban la animadversión automática de los grandes propietarios. Fortunato Herrera de Yanacancha, informó entonces que Ledesma era *casi* abogado.

—Le falta presentar la tesis.

—Cero es igual a cero.

—La comunidad podría pagarle los estudios. ¿Por qué no?

Esa tarde visitaron a Ledesma. ¿Aceptaría que las comunidades lo sostuvieran económicamente el tiempo necesario para acabar sus estudios?

—Pero se requiere por lo menos un año.

—Hemos estado sin abogado un siglo. ¿Por qué no vamos a esperar un año?

Corasma se levantó. Se limpió la sangre de la boca, se colocó el gorro de lana negra y montó. Pronto se lo comió la noche.

—¿Quiénes están por nombrar abogado a Ledesma?

Levantaron casi todos los brazos.

—*¡Pero tú vas a la segura!*

—*¡Es concejal electo, jefecito!*

El Bigotudo se afiló los mostachos.

—*¿Qué tal si es alcalde?*

—*Por un alcalde, diez mil, patrón.*

El Bigotudo suspiró.

—*Pero me sacas ese pique, pronto.*

—*A un venado corriendo le doy, patrón.*

—*Bueno, aquí tienes mil. El resto cuando cumplas.*

De la Rosa abarcó, con la mano, la tropa amenazante en Huagropata.

—Aquí estamos muy expuestos. Mejor bajemos a la quebrada Putaca.

—En terreno accidentado la caballería no podrá operar.

—¡Está bien! —aprobó Travesaño—. ¡Bajemos! —Y gri-

tó—: ¡Hombres a Putaca, mujeres a sus chozas!

Quebraron riendas. El viento glacial les cavaba lágrimas. Descendieron. En la oscuridad, abajo, distinguieron sombras. ¿Policía?

—Yanacancha —gritaron los vigías, aliviados.

Un poco más allá otro tumulto anunció a la comunidad de Roco. El gordo Cotrina, personero de Roco, avanzó blandiendo una botella.

—Yo los hacía en el campo, compañeros. ¿Qué sucede?

—Pasa algo.

—¿Qué pasa?

—Bajemos a Putaca a conversar.

Cotrina sacó un revólver mohoso.

—¡Aquí estamos para darles la mano! ¿Qué necesitan?

—Necesito tu botella.

—¡Sírvanse!

Entraron en la quebrada. El grueso descendió al fondo, buscó cuevas; los vigías se apostaron, recogieron bosta. Encendieron fuegos, hirvieron agua en latas. Roco traía azúcar, pan y quesillo. Yanacancha repartió charqui y cancha. Nevaría. Prepararon paja para soportar la noche. Las autoridades subieron a una cueva. ¡Los *llikllis* tenían razón: nevaría!

Cuando Travesano acabó de explicar, Cotrina dijo:

—¡Los han traicionado! Ese Mandujales es un cabrón. ¿Y su personero?

—Se dejó engañar. ¡Pero ya lo cambiamos!

—Han hecho bien. ¡Esto no es juego!

—Pero el plazo está corriendo.

—Amaneciendo saldrá otra comisión a Pasco a pedir garantías.

—¿Traerán?

El viento aullaba como perro que mira ánima.

—¿Por qué no consultamos? —propuso Cayetano.

Se sentaron. Sacaron sus bolsas de cuero, sus calabazas de cal y repartieron las hojas crujientes. Los *llikllis* insistían. Nevaría. El viento pulía a los vigías inmóviles. Circuló una botella de cañazo. Rumieron en silencio durante más de una hora. Sólo después Travesano notificó:

—¡Mi coca es amarga!

Los murciélagos zumbaban sobre la bosta moribunda. El viejo Basilio Vivar comunicó:

—¡Mi coca también es puntiaguda! ¡Avisa peligro!

—¡Mi coca también comunica peligro! —informó, a su pesar, Melecio Cuéllar.

Pero más tarde Juan Borja avisó, excitado:

—¡Mi coca es dulce!

Cerca de la medianoche Rufino Osorio comunicó:

—¡Mi coca también está buena! ¡Apuesto lo que quieran!
¡No sucederá nada!

Siguieron rumiando. Clareando, Oswaldo Guzmán notificó:

—¡Mi coca es legal!

Garabombo suspiró:

—Si tuvieran trago...

—Tengo —dijo Travesaño.

Siguieron emitiendo las Advertencias. Garabombo bebió y se levantó en busca de sus hombres de confianza: Eleuterio de la Rosa y Florencio Trujillo.

—¡Ensillen!

Obedecieron sin preguntar.

—¿Dónde está el Ladrón de Caballos?

—Ha venido con los de Roco.

—¡Despiértenlo!

Se alejaron a las cuevas donde los hombres se acurrucaban bajo la paja. Lo despertaron.

—¿Qué pasa? —preguntó el Ladrón de Caballos sobándose los ojos.

—¡Encarone! —ordenó Garabombo.

El Ladrón se emponchó, salió y volvió con un magnífico potro.

—¡Vamos a dar una recorrida por Huagropata!

La nevada blanqueaba la pampa. Subieron. El campamento de la tropa se sospechaba pero no se distinguía. Desmontaron y soltaron a los caballos.

—Se me ha ocurrido un pensamiento —dijo Garabombo completamente cano por la granizada.

—¿Cuál?

—La tropa limeña se cansa en la altura. El soroche los mata. Sin caballo los costeños no caminan. ¿Qué tal si les quitamos las bestias?

—¿Y si nos sueltan un tiro? —susurró De la Rosa.

—Los centinelas se han metido en las carpas. ¡No soportan el frío!

—¿Y cómo haríamos? —preguntó el Ladrón de Caballos.

—Para eso está usted, compadre. ¡Hable con sus amigos! ¿Se anima a convencerlos?

—¿Por qué no? ¡Saquen sus pellejos!

Desensillaron, sacaron los pellejos de carnero que se colocan debajo de las monturas.

—¿Esto para qué?

El Ladrón de Caballos se rió.

—Disfrazados de carnero nos acercaremos sin peligro.

—No nos vayan a mandar un tiro. Toda tropa tiene centinelas. ¡Siempre hay vigilancia! —advirtió Eleuterio, nervioso.

Garabombo sintió que el valor de De la Rosa decaía.

—Usted mejor quédese con los caballos. Nosotros seguiremos.

Reptaron trescientos metros sobre la nieve.

—¡No hay vigías! —dijo el Ladrón descubriendo la mancha de los equinos.

—¿Están atados?

—Están sueltos.

El Ladrón de Caballos se acercó pronunciando misteriosos sonidos. Los caballos pararon las orejas, se agitaron, luego se aquietaron.

—Hermanitos caballos —dijo el Ladrón—, traigo malas noticias. Estos señores a los que ustedes conducen son guardias de asalto. Rompiendo el día, atacarán. Han venido a matar, compañeros. Ustedes me conocen de tiempo. Nosotros no invadimos nada. Los invasores son los hacendados. Ustedes conocen a los López, a los Malpartida y a los Proaño.

—Y, ¿qué es Guardia de Asalto? —preguntó Girasol.

El Ladrón de Caballos se rascó la cabeza.

—Bueno... bueno...

—¿Qué es Guardia de Asalto? —insistió Girasol.

—Es... es... son uniformados.

—Y, ¿qué es uniformado?

Garabombo masticaba su coca, impasible.

—Es tener ropas iguales, apariencia igual, modos iguales...

—Todos nosotros ¿somos uniformados?

—Estás jodiendo, Girasol. ¡Tú siempre estás jodiendo! Yo te he aguantado muchas pendejadas, pero esto es grave.

—Yo no comencé. ¡Explícame!

—Son gentes que vienen a castigar en nombre del Gobierno.

—¿Qué es Gobierno? —insistió el potro inclinándose sobre el pasto.

El Ladrón de Caballos padecía.

—Son los que mandan.

—¿Los que descubren los pastos, los bebedores, los peligros?

—No, exactamente.

—No entiendo.

—Por favor, Girasol —suplicó el Ladrón—, la situación es grave.

—¡Pero explícame! Yo no soy un hombre: necesito comprender.

Garabombo y Trujillo se miraban alarmados. Las impertinentes preguntas de Girasol arriesgaban la empresa. El Ladrón sudaba frío.

—La Guardia de Asalto castiga a los que se apoderan de tierra ajena.

—¿Qué es tierra ajena?

Nunca el Ladrón de Caballos había padecido semejante interrogatorio. Sus conversaciones con los caballos, eran rutinarias: preguntas y respuestas simples, informes de caminos, citas: Girasol comenzaba a provocar la curiosidad en la caballada.

—Es la tierra que ocupamos...

—La tierra es libre —relinchó Girasol—. Las pampas pertenecen a todo el mundo. ¡Yo pasto en cualquier parte!

—¡Pero tu dueño tuvo que pagar 600 soles por los daños que causaste en Uchumarca! Pastaste sin permiso. Yo te vi en el coso —dijo el Ladrón contento de humillarlo.

—Yo me fui siguiendo a Flor del Campo. Esa yegua está enamorada de mí. ¡No sólo ella!

Relinchó feliz.

—Yo en ese tiempo andaba enamorado de Flor del Campo. Por eso fui. Si no, ¿crees que me hubieran agarrado?

—Apúrate, cabrón —susurró Garabombo.

—Este cojudo me las pagará —gruñó el Ladrón—. Si lo capturan no lo sacaré del coso.

—Sigue.

—¡Cállate, carajo!

—¿Por qué me voy a callar? No sé por qué ustedes, los hombres, viven prohibiendo. ¿Cuándo han visto a los caballos prohibir algo?

—Quizá los guardias tienen hambre... ¡Por eso matan! —suspiró Rusvel, un bayo algo torpe.

—¿Estás loco? Los guardias no comen carne humana.

—Si no comen, ¿para qué matan? —se extrañó el bayo.

El Ladrón de Caballos peleaba con la cólera y la confusión. Bebió de la botella que le alargó Garabombo. El cañazo lo recuperó y explicó lo que sucedía en las haciendas, contó las expulsiones, recordó los incendios de casas, los abusos, e informó en detalle sobre la recuperación.

—Para que vean que no miento —dijo el Ladrón—, presentaré un testigo. ¡Estrellita!

Un hermoso potro de frente jaspeada se acercó.

—¿Es cierto o no es cierto que han visto a la gente expulsada de Chinche y Uchumarca durmiendo en el sereno?

—Es cierto.

—¿Es cierto o no es cierto que en el camino encontramos a Guzmán llorando porque Manzanedo le decomisó lana por cruzar Uchumarca?

—Cierto.

—¿Es cierto que en Pacoyán tropezamos con un peón colgado desde hacía tres días?

—Sí.

—No sabíamos nada —dijo la yegua Linda—. ¡Nos han engañado!

—Yo creí que era un ejercicio —gruñó Pájaro-bobo, un mascarón muy respetado.

—No es ejercicio, señores caballos. ¡Preparan un ataque!

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó Pájaro-bobo.

El resto de la caballada calló. Pájaro-bobo era demasiado importante. Su opinión siempre decidía.

—¿Ven esa bajada? Allá comienza la quebrada Putaca. Si ustedes me siguen los guardias se quedarán sin movilidad. En la altura tropa costeña no funciona.

La tempestad no cedía. Pájaro-bobo avanzó hacia Putaca.

—Un momento —dijo Estrellita mirando a Garabombo y a Trujillo—, aprovecho la oportunidad para invitar a los señores a mi triunfo.

—¿Qué triunfo? —preguntó el Ladrón de Caballos. No quería disputar, pero temblaba de inquietud.

—Pienso ganar la carrera de los carnavales —informó modestamente Estrellita—. El año pasado también gané.

—Iremos —prometió el Ladrón—, pero apúrate porque si siguen charlataneando más que a la carrera asistirán a un entierro.

—Vamos —dijo Estrellita, feliz, pero en eso un cuatralbo relinchó colérico. El Ladrón de Caballos movió las orejas. Esto divertía siempre a los animales, pero esta vez la gracia fracasó. El Ladrón relinchó. Los otros caballos se agitaron. El diálogo amenazaba convertirse en una guerra de relinchos. El Ladrón besó la tierra y varias veces sus dedos. Por fin el caballo se calmó y siguió a los que bajaban a Putaca.

—¿Qué pasa, don?

El Ladrón de Caballos explicó humillado que hacía un año había convencido a unos caballos de Pacoyán para que lo siguieran a Huaraz. El cuatralbo pertenecía a esa tropa. El Ladrón de Caballos siempre los vendía a dueños considerados, cuyas referencias conocía por boca de sus propios animales, pero en el camino una mala partida de dados lo obligó a entregar al cuatralbo, que acabó en el corral de un cabrón. El potro no olvidaba esos meses de palos y hambrunas. Pero finalmente accedió. ¡No lo hacía por el irresponsable Ladrón, sino por la comunidad! ¡Que constara!

31. «EL GOBIERNO ADVIERTE: SERÁ USADA LA FUERZA»

DA PLAZO DE 72 HORAS A COMUNEROS DE CERRO DE PASCO

Esta noche hablamos en el terreno de las operaciones «Pacoyán» con el comandante Pío Falcón, quien será el encargado de ejecutar por cualquier medio el desalojo de los comuneros que se han posesionado de terrenos en litigio.

Falcón reconoció que la situación es sumamente grave.

El campamento está en plena puna, a 4.300 metros de altura, a temperaturas muy bajas y a 800 metros de los invasores.

Se observa desde allí desplazamientos de los comuneros a caballo, quienes han llegado a efectuar algunos disparos en la noche.

La policía ha confirmado que los comuneros tienen cuerpos a caballo, comandados por cabos licenciados que se desplazan estratégicamente.

La situación es tan grave que algunos hacendados, entre ellos el ingeniero Pablo Salmón, administrador general de la hacienda «Pacoyán», ha tenido que evacuar su familia a Lima.

Hemos decidido ir hasta la zona invadida, pero es tan tensa la situación, que el comandante Falcón nos ha dicho, después de tratar de disuadirnos, que no se responsabiliza por nosotros.

ACUERDAN TREGUA

Hoy viernes a las 8 a. m. deben iniciarse las conversaciones de trato directo entre comuneros y hacendados, con mediación del Subdirector de Asuntos Indígenas del Centro, doctor Hugo Calle.

Así se acordó hoy en una reunión que los dirigentes de los campesinos y hacendados tuvieron en el despacho del Prefecto Miguel Corzo.

Los comuneros insisten en que son legítimos dueños de las tierras y que poseen títulos desde 1711, mientras que los hacendados replican expresando que esos argumentos son falsos y que son ellos los que pueden exhibir títulos de posesión sobre las tierras.

En Lima, los dirigentes de la Federación de Comunidades se entrevistaron anoche con el Director de Gobierno, doctor Hernán Guerinoni, durante 45 minutos.

Guerinoni les pidió que ordenen el retiro de los invasores en el plazo de 72 horas, advirtiéndoles que de lo contrario serán sacados a la fuerza y sometidos a prisión los responsables.

(Expreso, Lima, 1 de diciembre de 1961.)

32. QUE DEMUESTRA QUE LOS GUARDIAS DE ASALTO SUFREN HAMBRE Y SED Y NECESITAN AMIGOS, EXACTAMENTE COMO NOSOTROS

El mal tiempo impuso el armisticio. Salvo los vigías que custodiaban la nueva caballada la tropa casi no salía de sus carpas. Lluvia, lluvia, lluvia. Los guardias maldecían por igual a comuneros y hacendados. Nieve, nieve, nieve. No soportaban el rigor de la implacable estación. Las mujeres de los comuneros los compadecían.

—¡Pobres hombres! Ellos no saben estar por estos lugares. ¡Qué frío padecerán!

—Pobres nosotros que no tenemos quien nos reemplace.

—Nosotros tenemos techo, comidita.

—Yo sólo como cancha.

—¿Qué más quieres, cholo pretencioso? ¿De cuándo aquí comes carne? ¡Como sigas comiendo carnero fino se te caerán las muelas!

Los comuneros vigilaban todos los pasos, seguían todos los movimientos. Garabombo dormía sobre el caballo. Todas las madrugadas encabezaba la ronda. Ese amanecer, recorriendo Andacancha, descubrió el trote de un caballo alto y hermoso.

—Éste es demasiado buen caballo. ¡Párenlo!

Trujillo y De la Rosa encañonaron al montado. El jinete pequeño pero musculoso se detuvo asustado por las carabinas.

—¡Alto! ¿De dónde vienes?

—De la vuelta.

—¿Cómo te llamas?

—Conversión Valle.

—¿Así que tú eres el famoso caporal?

El hombre disminuyó en la montura.

—¡Bájate!

Descendió temblando.

—¡No me mates, Garabombo!

—¿Cómo me conoces?

—Todos te conocen.

Garabombo sonrió con ostentoso, inocultable orgullo.

—¡Búsquele los bolsillos!

—De la Rosa y Trujillo lo traficaron, sacaron menudencias y un sobre largo.

—¿Esto qué es?

—Es una comunicación.

—¿Qué dice?

De la Rosa se volvió y leyó contra el viento.

—Es una comunicación de la hacienda Pacoyán para la hacienda Uchumarca —informó el caporal, tratando de congraciarse.

—¡Al grano!

—Dice que la hacienda Pacoyán ya cumplió su semana de rancho y que a partir de mañana le toca a la hacienda Uchumarca. Pacoyán mandará comida hasta hoy, pero desde mañana el rancho de los soldados correrá a cargo de Uchumarca.

—Ajá.

—Novecientos hombres consumen. La tropa se ha comido medio ganado. ¡Calcule! —dijo Valle.

—Este caballo es demasiado hermoso para que lo tenga un sirviente de los hacendados.

—No es mío. Es de mi patrón.

—Como el jefe de la caballería comunera, soy el único que merece este caballo —se rió.

—¿Y la carta? —preguntó De la Rosa.

—¡Límpiese el culo con la carta! Así Uchumarca no les mandará rancho a los guardias. ¡Que se mueran de hambre!

¡Conduzcan al prisionero a Putaca a disposición de las autoridades!

Garabombo siguió solo. A media legua se tropezó con el Ladrón de Caballos. Se saludaron. Garabombo le pidió al Ladrón que le entregara un papel a Cayetano. Se despidieron.

—Hola, Garabombo —relinchó Girasol.

Pero Garabombo ya se alejaba. Girasol relinchó colérico.

—¡Ahora que eres visible ya no te acuerdas de los amigos! Yo sí me acuerdo de lo que te pasó en el río Andacancha.

—Este caballo será mi tumba —dijo el Ladrón levantando los brazos—. ¿Qué he hecho para cargar con esta cruz?

—¿Cómo? Yo creí que el que cargaba era yo. Si no te gusta mi compañía, suéltame.

—¿Para que andes chismeando y mintiendo?

—Es cierto que vi a Garabombo fracasar en el río Andacancha —dijo Girasol inclinándose para beber sobre unos de los charcos.

—¿Cómo es eso?

Girasol relinchó de risa.

—Garabombo se apoderó de una punta de ganado de la hacienda Chinche...

—Ladrón que roba a otro ladrón...

—¡Es novato! Yo me acuerdo que volvía de una cita con unas potrancas de Uchumarca cuando lo encontré tratando de vadear el Andacancha. Era invierno. El río bajaba cargado. Esos dos y Garabombo intentaron vadear a los animales. ¡Pobrecitos! Las quince vacas se ahogaron.

—Abigeo no es el que quiere, sino el que puede —se rió el Ladrón de Caballos.

—He visto otra cosa.

—Cuenta, cuenta.

Pero en eso Blas Valle y Marcelino Arias se acercaban al trote.

—Yo conozco a esas potrancas —se jactó Girasol, moviendo las orejas—. Se mueren por mí. ¡Todas las uchumarquinas se mueren por mí!

—¡Dios mío! —gritó el Ladrón—. ¿Por qué no haces justicia?

El día fracasaba en la nieve. Oscureció, anocheció, ama-

neció. Los guardias madrugaron en las alturas: oteaban el camino por donde no descubrían el rancho. Pasó la mañana vacía. Seguía esperando. ¡Nada! En la tarde, algunos uniformados avanzaron hasta el campamento comunero. Otra vez la lluvia. Tres guardias ganaron la choza donde Sulpicia hervía unas papas y saludaron desde la puertecita.

—Buenas tardes, señora.

Sulpicia sofocó un grito.

—¡No se asuste, señora! ¡Venimos en paz!

La vieja los miró con curiosidad. Nunca había visto, de tan cerca, a guardias de asalto. Los muchachitos se acercaron deslumbrados.

—Es muy brava esta puna, señora. ¡Todo el día llueve!

—Se sufre, pues.

—Hace dos días que no comemos nada. Padecemos, señora. Los hacendados nos han abandonado. Los grandes no se acuerdan de los pequeños. Los jefes bien comidos y bebidos y a nosotros que nos parta un rayo.

—¿No tendrás un poco de canchita para vendernos? —preguntó amablemente el cabo.

Sulpicia contestó con una sonrisa confusa.

—Pagaríamos.

En su mano brillaban soles de bronce.

—¿Tienes canchita?

—Sí tengo.

El otro guardia también mostró sus monedas.

—¡Si pudieras vendernos un poco de agua hervida!

Del morral sacó un termo. Respiraba mal.

Sulpicia se rió:

—El agua es de todos. ¡Vender agua es pecado!

—Entonces regálanos.

—Trae tu plato.

El guardia se rió. Sulpicia le repletó el plato con maíz hervido y papas y les llenó de agua caliente el termo. Los otros guardias manotearon sobre las papas. Sulpicia les ofreció un quesillo. Y aprovechó:

—¿Por qué son malos? ¿Por qué quieren desalojarnos?

—Sólo hemos venido a controlar. No hay orden de sacarlos.

—Estamos en nuestra tierra. No somos invasores. ¿Por qué nos botan?

El guardia untó la papa en un mate de ají.

—Nosotros no tocamos pito. Nosotros sólo cumplimos órdenes, señora. Por gusto penamos.

—¿Por qué nos quieren botar? —insistió Sulpicia.

—No habrá desalojo, señora. Mañana nos vamos. Hace quince días que sufrimos en esta puna. Ya nos cansamos.

—¿Y cuándo vuelven?

—Nos vamos para siempre. No volveremos. Nuestro coronel no quiere alcahuetear a los hacendados. Se ha convencido que las tierras son de la comunidad.

—¿Me estás engañando?

—¡Por la Virgen! ¡Mañana nos vamos!

—¿Cuánto le debo, señora? —interrumpió el cabo.

—¡Qué te voy a cobrar por unos míseros maíces!

El cabo no insistió:

—Gracias, señora.

Se perdieron bajo la lluvia.

Sulpicia corrió a informar a las autoridades. La Junta se reunió inmediatamente. Discutieron las novedades.

—Es una treta. Yo no creo que se vayan —dijo De la Rosa.

—¿Por qué no? —observó Melecio Cuéllar—. Es cierto que no aguantan. Les ha tocado uno de los peores diciembres.

—Llueve día y noche —concedió Travesano.

—¿Qué discutimos? Si se van, se van; si se quedan, se quedan —dijo Garabombo.

Tres días después los vigías de Hero comunicaron que la Guardia de Asalto desarmaba sus carpas. ¡Partían! En caballos de las haciendas y mulas requisadas transportaron su material a Tambopampa: allí esperaba una fila de camiones. ¡Partían! Ningún destacamento los relevó. Vigilaron durante una semana, pero la Guardia de Asalto no reapareció. ¡Habían ganado! Anchi Roque informó que la Guardia de Asalto había viajado a San Pedro de Cajas para contener otra invasión. Garabombo tenía razón: se puede vigilar un fundo, pero ¿qué tropa es suficiente para resguardar, al mismo tiempo, cincuenta, cien haciendas? La marea de pies descalzos

que sumergía las haciendas del Centro subía inexorable. ¡Habían vencido! Diciembre moría como nació: en la nieve y la lluvia. El primero de enero la personería mandó organizar una pachamanca gigante. En diez hornos enterraron carneros merinos y *Shorton* de pura sangre. ¡Qué les importaba! Bebieron, comieron y bailaron hasta rodar. Nadie volvería a disputarles esos pajonales verdosos y tristes. ¡Habían vencido! Entraba enero. El Año Nuevo los Huamán compusieron el Huayno de la Victoria.

33. TEXTO INCOMPLETO DE LA SOLICITUD QUE A LA VIRGEN DE LAS MERCEDES DIRIGIÓ EL NIÑO REMIGIO

Nadie volvió a verlo.

En la noche los panaderos se enteraron que el «matrimonio» del Niño Remigio era una trapacería organizada para diversión de los principales. Toda la noche revisaron Yanahuanca con antorchas. Amaneciendo batieron Yanacocha, Chipipata, Roco y Huaylasjirca. Los chinchinos supieron también de la desgracia del Niño Remigio. Arrepentidos rebuscaron en las alturas de Murmunia por donde Oswaldo Guzmán aseguraba haber visto, bajo la nevada, al loquito. ¡Inútilmente!

Pero por allí andaría. Porque el Niño Remigio —lo que so-
braba del Niño Remigio— fue el primero en divisar la Guardia de Asalto la madrugada del 2 de marzo. Desde las alturas avistó el primer destacamento. En un resto de lucidez conjeturó el objetivo de la tropa. ¿Soñó impedir la matanza? En el bolsillo conservaría papel y lápiz. Se ha encontrado su última solicitud. La lluvia ha borroneado el texto, pero es posible leer:

Virgen de las Mercedes, Mariscala del Ejército y Patrona de las Armas del Perú: aunque por su título de patrona no debería escribirle no tengo más remedio que manifestar a la derecha de mi izquierda estoy mirando un destacamento de la Guardia de Asalto camino a Chinche.

Querida Meche:

Remigio, según muchos hijo del aire, pero según el suscritor, hijo de su mamacita, sin nombre ni apellido salvo error u omisión, expone:

que la Guardia de Asalto de su digna presidencia se dirige a fundar un segundo cementerio en Chinche,

que en estos casos sus ahijados aducen que el artículo cien mil de nuestro libro nacional de chistes, también llamado Constitución o Constipación, estipula que en el caso de que pretextando frívolas razones de miseria los comuneros se subleven, la Guardia de Asalto les señalará un cementerio por cárcel...

Una gaviota rayó el agua de la laguna.

que en el artículo siguiente o en el anterior, no sé, he perdido mis anteojos, no importa, en estos casos uno siempre sale jodido, señala que si el cementerio de la localidad escogida por la Guardia de Asalto resultare demasiado pequeño para alojar a los campesinos revoltosos; en ese caso, el jefe del destacamento escogerá un lugar de preferencia cercano a un curso de agua, para lavarse luego las manos y fundará el nuevo cementerio...

que en tales obras de mejoramiento urbano, el pueblo pondrá el terreno y la Guardia de Asalto, los muertos...

que Chinche ya tiene un cementerio, sin puerta pero cementerio...

que de ninguna manera el paisaje de Chinche cumple con los requisitos constitucionales exigidos para levantar esta importante obra pública...

Por los pedregales de Gaparina, precedida por los caporales de la hacienda Pacoyán, apareció la tropa. Comprendiendo que no tendría tiempo de acabar su solicitud, el Niño Remigio cojeó hacia el camino:

—¡Alto ahí!

—¡Apártate, piojoso! —le gritó un guardia.

—¿Desde cuándo un simple guardia se permite tutear a un mariscal?

Tapió el camino con el desprecio de su sonrisa.

—Este piojo, ¿quién es?

—Un loquito, mi alférez.

El Niño Remigio se agachó. Recogió una piedra. Avanzó.

—¡Quémelo! —mandó el alférez.

El guardia lo segó con su metralleta. Así se comprobó que el Niño Remigio padecía una enfermedad incurable porque la ráfaga que le destapó la mitad de la cabeza mostró que en lugar de sesos tenía una mata de geranios.

34. «EL EJÉRCITO ASUME EL CONTROL DE PASCO»

LLEGAN REFUERZOS MILITARES

La ciudad de Cerro de Pasco se halla desde anoche prácticamente en estado de sitio al haber asumido el control de la autoridad política y militar el coronel Luis Marroquín Cueto, ahora Prefecto Accidental.

La Dirección de Gobierno ha enviado a Pasco al comandante Guillermo Vaudenay para que colabore con el Prefecto en la contención de cualquier desmán que podría producirse el día de hoy.

Vaudenay comandó las fuerzas policiales que actuaron durante los sucesos de Rancas.

Este clima de sombría expectación se vislumbraba desde anteayer, en que arribaron a la ciudad de Pasco refuerzos policiales de Huánuco, Huancayo y Jauja, agravado ahora por la denegación del permiso al Movimiento Comunal para realizar un mitin hoy.

Informes recibidos dicen que la policía ha requisado acémilas de la comunidad de Yanahuanca para ponerlas a su disposición. Solicitado por «Expreso», Marroquín Cueto dijo no saber nada al respecto.

El Prefecto Miguel Corzo se halla en esta capital y aunque en la Prefectura de Cerro se dijo que su viaje obedecía a razones de salud, esta versión fue desmentida por su familia, aquí.

Felipe Lercari, presidente de la Asociación de Criadores de Lanares, dijo que la situación se torna cada vez más tensa porque los comuneros siguen en las tierras invadidas sin que la autoridad haga nada por sacarlos.

(Expreso, 10 de diciembre de 1961.)

35. COMO EN LA ANTIGÜEDAD, SE DECÍA QUE
LOS HOMBRES VOLVÍAN AL QUINTO DÍA
DESPUÉS DE HABER MUERTO. DE ESAS
COSAS HEMOS DE ESCRIBIR

En los tiempos muy antiguos, cuando un hombre moría, dejaban su cadáver, así nomás, tal como había muerto, durante cinco días. Al término de este plazo se desprendía su ánima «¡sio!» diciendo, como si fuera una mosca pequeña.

Entonces la gente hablaba «Ya se va a contemplar a Pariacaca, nuestro hacedor y ordenador». Pero algunos afirman, ahora, que en aquellos tiempos no existía aún Pariacaca y que el ánima de los muertos volaba hacia arriba, hacia Yaurillancha. Y que, antes de que existieran Pariacaca y Carhuincho, los hombres aparecieron en Yaurillancha y Huichicancha.

Dicen también que, en aquellos tiempos, los muertos regresaban a los cinco días. Y eran esperados con bebidas y comidas que preparaban especialmente para celebrar el retorno. «Ya regresé», decía el muerto a la vuelta. Y se sentía feliz en compañía de sus padres, de sus hermanos. «Ahora soy eterno, ya no moriré jamás», afirmaba.

(De la narración quechua *Dioses y hombres de Huarochirí*, recogida por Francisco de Avila ([1598?].))

HASTA QUE EL 3 DE MARZO DE 1962...

¡Hágame el favor, cómo voy a olvidar ese carnaval aunque no fuera sino por lo mucho que me divertí con mis comadres! Porque nosotros comenzamos a festejar los carnavales con el Viernes de Comadres. Ese día se saluda a todas las comadres: se bebe. Nosotros festejamos también a los animales: el sábado se los prepara para la Marca: para que soporten el fierro caliente se les da abundante sal: se bebe. El domingo se dota a los hijos: se les regala dos o tres animales, para que ellos críen y aumenten durante el año: se bebe. El lunes se marca a los animales y se festeja a las visitas: se bebe. El martes se celebra el Cortamonte y se disfrazan las cuadrillas: se bebe. El Miércoles de Ceniza nos arrepentimos de tanto pecado, baile y borrachera: se reparte trozos de carne de pachamanca a todos los caminantes. Eso fue lo malo: el coronel Marroquín llegó antes del miércoles y me encontró borracho. ¡Hágame el favor! Yo dormía en mi estancia de Pariapacha cuando golpes fuertes me despertaron. Salí. Máximo Trujillo y Exaltación Travesano me comunicaron:

—Don Melecio, viene tropa.

Temblaban.

—¡Qué vamos a hacer! Que amanezca primero.

—Mejor me voy a avisar a Garabombo —dijo Travesano.

Enrumbaron a Parnamachay. Yo pensaba: «¡Qué mala suerte! Nos agarran justo durmiendo la borrachera del carnaval.» Todavía era oscuro. Me coloqué mis botas y ordené:

—Petronila, prepara rápido mi desayuno.

Me sirvió una taza de toronjil y un plato de cancha. Clareaba. Bebí sin decir nada. Mi hijo Esteban trajo mi caballo, un alazán llamado Rabón porque no tenía rabo. Salí, comencé a ensillar, pero el caballo se puso triste, triste, triste.

—¡Ay!

Yo le pegué con cariño en la paletilla, pero Rabón siguió llorando.

—¡Ay, ay!

—¿Qué te pasa, Rabón?

—¡Ay, ay, ay!

El caballo no se consolaba. Las lágrimas le chorreaban por la cara.

—¿Qué pasa, compadre?

Rabón agachó la cabeza y suspiró.

—Policía, Melecio.

—¿Qué policía?

—Policía, policía.

Mi mujer se acercó.

—Melecio, he soñado mal. ¡No te metas en nada!

—¿Qué has soñado?

—He soñado que la casa estaba llena de guardias. El troje estaba lleno. En vez de maíz en los sacos, miré guardias pequeños. Los baúles, las ollas, ¡todo hervía de guardias!

—Sueño es sueño.

Yo acabé de ajustar las cinchas.

—¿A qué hora volverás?

—No estoy seguro de volver.

Me fui a Curupata. En esa zona abundan esos gusanos llamados *curu*, que penetran en el hígado y malogran a los animales. Hay muchos: por eso se llama Curupata. Cabalgué una hora. Exaltación y Trujillo no volvían. Llegando a Yanaicho vi venir corriendo a Oswaldo Guzmán.

—Tío Melecio, Pacoyán ya desalojó.

—¿Por dónde viene la tropa?

—Por tres lados: por arriba, por Uchumarca y por Chinche.

—¿No habrá más tropa?

—Hay.

—¡Vamos!

En la estancia Aigalcancha encontramos ocho montados: éramos diez. Media legua más allá tropezamos con Máximo y Edilberto Lovatón.

—Don Maxi, ¿adónde arreas tus vacas?

—¿Adónde va a ser? ¡A ponerles cintas! ¿No sabes que es carnaval?

—Oye, Maxi, dicen que la tropa ya está arriba.

—¡Vamos!

Ya éramos doce. En el camino encontramos al Abigeo borracho, con la cara polveada y el cuello enredado en serpentinatas: ya éramos trece. En la subida tropezamos con los Bollardo: éramos diecisiete. ¡Mundos de gente bajaban de los cerros!

—¿Ésos quiénes son?

—Son guardias de asalto.

Yo no conocía a esos famosos hombres de armas.

—¿Qué hacemos, tío?

—¡Vamos a defender nuestras tierras!

—Entro en el acuerdo con una condición —se rio el Abigeo.

—¿Cuál?

—No quiero malograr mi ropa nueva. ¿Qué pasa si salgo vivo? Los muertos no necesitan nada, pero los vivos necesitamos lucir.

¡Justos pensamientos! Nos quitamos nuestros sacos, los colocamos debajo de nuestras monturas. La tropa avanzaba tocando pito. ¡Señores, esa música hiela los huesos! ¡Novecientos pitos sonando juntos erizan la piel! Los guardias caminaban, se paraban y tocaban, y avanzaban y tocaban. Esperamos. A unos trescientos metros hice señas con mi sombrero.

—Señores guardias, ¿cuál es el motivo?

Siempre silbando los guardias se desplegaron.

—¡Paren, señores! No hay necesidad de matar. Todo esto se puede arreglar bonito.

Silbaban, silbaban, silbaban. El oficial levantó los brazos y se dividieron: las alas avanzaron.

—¡Están quemando!

Rociaban las chozas con gasolina y encendían. Había viento: en segundos las chozas crepitaban.

—¿Y la gente?

—Se quemarán vivos.

—¡Están saliendo! ¡Se arrodillan y suplican!

—¡Formen tres filas! ¡Adelante, los de a caballo; segundo, los de a caballo; detrás, los de a pie!

—Menos mal que este animal es prestado —se rió el Abigeo.

Sin querer se nos salían los suspiros. La tropa avanzaba

tirando bombas. Yo no conocía las bombas lloradoras. El campo se llenó de humo.

—Hermanos comuneros, ya llegó la jurada hora de morir por nuestra tierra. Aprovechemos esta oscuridad. ¡Ataquemos!

—Ataquemos —gritó Macedonio Arias, insultando en quechua. Era su carácter: antes de pelear insultaba.

—¡Ahora! —gritó Manuel Cristóbal.

Nos lanzamos al galope y los sorprendimos a riendazos. Ellos no esperaban el ataque. Sonaron tiros. Cuando el humo se despejó vi las primeras moscas azules. Porque cuando un hombre muere una mosca escapa por su boca gritando «sio».

—Sio —zumbó una mosca llamada Oswaldo Guzmán.

Canario, Loco y Nipororo, bestias fieles, cayeron atravesadas de paletilla a paletilla. Canario era un bayo mascarón, noble caballo de seis años; Loco, un castaño pateador.

—Sio —zumbó una mosca llamada Máximo Lovatón.

—Sio —gritó una mosca pequeña.

«Sio, sio», silbaban las moscas. Toda Gaparina era un incendio. Cientos de chozas ardían. El viento levantaba llamaradas. «Sio, sio.» Subimos a la cumbre. «Sio, sio.»

—¿Por qué atacan? ¿Por qué queman? Ya me calenté —gritó Mario Cuéllar.

—Yo también estoy ansioso de chocar. ¡Vamos!

—¿Bajamos?

—¡Bajamos!

Bajamos a la carrera. ¡Sólo llegó la mitad: las ráfagas derribaron al resto de nuestra caballería! Hartos caballos pataleaban en el ansia de la muerte.

—¡Ya me calenté, ya me enfurecí! —siguió Arias.

Habían matado a su caballo, pero él saltó a tiempo. Y el mejor hondero de Gaparina avanzó revoloteando. Le dispararon al cuerpo:

—Sio —gritó su mosca.

—Sio, sio, sio —zumbaron tres moscas de Gaparina.

—¡Ay! —suspiró mi caballo y se desplomó, aplastándose la pierna.

—Rabón, ¿qué pasa, Rabón?

—Sio —zumbó una mosca que se había excedido bailan-

do con mi sobrina Rosario el Viernes de Comadres.

Mirándome aplastado por el peso de mi caballo dos guardias avanzaron. Yo traté de zafarme. «Estos cojudos quieren matarme.» El guardia alzó la bayoneta. En mi desesperación, levanté la pierna y le di un espuelazo. Retrocedió tapándose la cara. El campo era una noche de gritos: docenas de hombres y de caballos agonizaban.

—Me despido, Melecio —suspiró Rabón.

No pude contestarle: otro guardia se me abalanzaba. Pero me zafé, me paré y lo abracé. Rabón ya no me oía: agonizaba con Cuchinani, Overo y Flor del Campo. Cuchinani se apellidaba por sus ojos de chanco. ¡Caballo loco! Saltaba las paredes, las peñas y los ríos como si nada; cuando su dueño se emborrachaba vencía cercos como afiebrado. Flor del Campo, en cambio, era humilde como una oveja. Nunca protestaba. Overo, ¡qué caballo brioso, comprometedor!

—Sio —zumbó una mosca pequeña, chata, parecida a Alejandro Ginés.

—¡Rabón, voy a despeñar a este cojudo!

Y cargué al guardia. Atravesando la nube de moscas subí a Murmunia con la intención de despeñarlo. El guardia comenzó a golpearme, pero yo subía, subía, subía.

—¡Bala, hermanitos! ¡Bala, por favorcito, bala!

—¡Se han terminado, no podemos! —contestaron sus compañeros, desalentados, retrocediendo bajo la lluvia de látigos de la segunda carga.

Yo seguía subiendo, subiendo, subiendo. El guardia comenzó a llorar.

—¡Perdóneme, señor!

En la cumbre miré el gran incendio de Murmunia. Y levanté al guardia para despeñarlo. Entonces sentí que por mi boca fugaba una mosca gritando «sio».

Yo estaba en mi estancia de Gaparina tratando de calmar mi ganado, cuando se presentó mi vecina Fausta Travesano.

—¡Compadre, Callupe, las tropas están llegando! No dije nada.

—¿Nos pedirán papeles o nos sacarán a bala limpia como a los de Rancas? ¿Serán capaces de atropellarnos?

—Tropa es tropa, comadre.

—Mejor salvemos nuestro ganado.

Juntábamos los rebaños cuando el joven Janampa acude temblando.

—Harta tropa avanza incendiando, Alejandro Callupe. Garabombo nos ha engañado. Ahora todos moriremos.

—¿Por qué hablas así? Tenemos títulos. No usurpamos ninguna tierra.

El sol subía. Por el rumbo de Tambopampa apareció un jinete, balanceándose.

—¿Ese quién es?

—Está herido.

—¿Está borracho!

Máximo Trujillo se acercó gritando muy alegre. Traía la cara enharinada, la cabeza salpicada de picapica.

—Oiga, don Máximo, ¿no has visto a la tropa?

—¿Por dónde?

—Por la altura.

—¿No tienes traguito?

—Hablo en serio, Máximo. La Guardia de Asalto viene por la altura quemando todo.

—Eso lo arreglo yo en un dos por tres. Yo soy hombre de armas. Yo he servido en el ejército y conozco el arte de la batalla. Ninguna tropa puede atacar sin declaración de guerra.

—¡Madre de Dios! ¡Allí están!

Uniformados descendían por la loma.

—Mejor huyamos —dijo Janampa.

—¡Qué huir, ni huir! Esto lo arreglo en dos papazos. Voy a conversar con mis hermanos de armas. ¡Parlamento, hermanos, parlamento!

Sacó un pañuelo de colores. La tropa avanzaba, lenta.

—¡Un licenciado, un compañero de armas les habla! Tranquilos vamos a explicarnos, hermanos. ¡Cumplamos con los usos de la guerra!

Caminó hacia la Guardia de Asalto.

—Un ex sargento de caballería, un veterano quiere comunicarse. ¡Alto ahí, compañeros!

Los guardias rociaron la choza de Janampa. Era paja vieja.

—¡Alto ahí! ¿Qué es eso de incendiar las casas de los civiles? ¿No conocen el Reglamento? No se ataca a la población civil. ¿Qué pasa, hermanos? ¿Se respetan o no se respetan las reglas?

Lo derribó la descarga. Janampa comenzó a llorar.

—¡Igualito moriremos! Estamos en sus manos.

Entonces el Abigeo comprendió la única frase que el Viejo del Agua se dignó revelar: «Morirás cuando la sombra sea blanca.» ¡Era! El murciélago volaba en la luz. ¡Por fin entendía! Hacía tiempo que los muertos se le aparecían para averiguar la marcha de los trámites. El Abigeo informaba. Los ausentes siempre llegaban hambrientos. El Abigeo se acostumbró a esperarlos con comida. Se abalanzaban sobre los platos, pero masticaban por gusto. Porque comen por gusto; lo que mastican se les sale por un hueco del cuello. En eso se les conoce. Mientras devoraban el Abigeo informaba. Pero en las últimas semanas los difuntos se limitaron a sentarse. Ya no se interesaban y cuando él quería participarles de los progresos de la sublevación, ellos miraban al suelo, como si desdeñaran las noticias. ¡Por fin entendía: *informa* como si desdeñaran las noticias. ¡Por fin entendía: *El Abigeo informaría en persona!*

Los guardias siguieron a la otra choza. Jadeaban maltratados por el peso del furor y de las armas.

La vieja Sulpicia se arrodilló.

—¡No prendan mi casa, por favorcito! Aquí tengo mi cosecha guardada. Eso es todo lo que tengo.

Los guardias rociaron la casucha y prendieron. La paja se encolerizó. Sulpicia siguió gimiendo. El maíz comenzó a estallar. Medio chamuscados salieron los cuyes arrastrándose. Entonces Sulpicia reconoció a los guardias que había favorecido y sintió algo más que el fuego que masticaba su impotencia. Agarró de la polaca al cabo:

—Yo te di de comer.

—¡Fuera, vieja!

—Yo te di maíz y tú quemas mi casa. Entonces págame. ¡Devuélveme mi papa! Págame ahora mismo, *supaypaguagua*.

—¡Suelta, vieja de mierda!

Pero Sulpicia siguió con sus págame-hijo-de-puta-ingrato.

—Sio —zumbó la mosca vieja.

La tropa siguió hacia la casa de Néstor Gutiérrez. Sólo quedaban viejos y niños. Hacía una hora que el Abigeo había pasado avisando que Melecio Cuéllar necesitaba a los hombres en Gaparina. La Gutiérrez se arrodilló:

—¡No quemen, por favor! Somos viejos. Ya no podemos trabajar. Hemos sacado la última cosecha con la ayuda de nuestros hijos.

Esto también soñé: el Opa Leandro vino con una carta de Los-de-Abajo. Unos tusinos que conocí poco antes de que una riña de ganaderos los enfriara en Chinche me comunicaron que pronto Los-que-mandaban-en-la-otra-orilla remitirían una comunicación importantísima. ¿Quién creen que fue el Enviado? ¡El Opa Leandro! ¿Me creerán? En mis sueños el Opa entró y se sentó a comer, sin saludar. La comida se le escapaba por el cuello, pero no sacaba la cara del plato. Por ocuparse del mote soltó la carta. ¡Qué desgracia! La carta voló a la puerta, donde la arrebató el viento. Corrí, pero el aire se robó la comunicación. Y así, por culpa del Opa, no me enteré.

—Sio, sio, sio —zumbó un tejedor que conocí en Pacaraos.

En la cumbre Murmunia Garabombo apareció jadeando, manchado de sangre. Abarcó a los hombres tirados sobre el pasto.

—Cobardes. ¿Por qué nos han dejado solos?

—No hemos visto nada, Garabombo.

—¿No ven que todo Murmunia arde?

—No hemos visto nada.

Él también se tragaba el cielo con la boca abierta. Chasqueó un nuevo tiroteo.

—Otra vez tienen balas —dijo Garabombo, levantándose—. ¿Vamos a chocar?

—Vamos.

—¿Chocamos o no chocamos? ¡La verdad! Porque si quieren escapar, escapen.

—Chocamos.

—Formen.

Entonces por nuestras espaldas apareció otra tanda de guardias.

—¡Manos arriba!

Yo no sabía qué era «manos arriba» ni tampoco que por mi boca exhalaría una mosca azul.

—¿Por qué comes tanto?

El Opa se murió de risa.

—¿Tú crees que Abajo no se sufre hambre?

De tales palabras concluí que debía aprovisionarme. Por las noches, antes de dormir, depositaba comida debajo de la cama. Por un tiempo no sucedió nada, pero luego la comida no amanecía. Los charquis, el mote, las papas, los choclos que depositaba desaparecían. ¡Alguien los trasladaba!

El Ladrón de Caballos se tiró al suelo. Miró al cielo ya embarazado de buitres. El tiroteo disminuía. ¿Se les habían agotado las municiones? Palpó el silencio. Se levantó, trepó a Murmunia. En la cúspide, tembló: Gaparina era un solo incendio. ¡Cientos de casas escapaban en el humo! El viento le dobló el sombrero. Cerca de Huagropata, la caballería comunera se reagrupaba.

—Sio... —silbó un ganadero de Yanaicho, con quien una vez disputé por una mala venta.

—Sio, sio... —silbaron dos moscas que no reconocí.

¡La caballería comunera preparaba otro ataque! Distinguió el casco protector de Melecio Cuéllar. Bajando para incorporarse miró por la izquierda, mujeres y niños que escasos jinetes protegían y, casi al mismo tiempo, por Yumpac, el reflejo de un escuadrón que avanzaba, derecho, para cortarles la retirada.

—¡Estos cojudos matarán a mujeres y niños! —gritó.

Relinchos de agonía le contestaron. Entre las rocas descubrió a Caramelo. Se acercó. El bayo se revolcaba cerca del pasto enrojecido donde yacían Badulaque y Bonito. Caramelo lo reconoció. El Ladrón de Caballos se acercó, le acarició las crines. Por Yumpac renacía el tiroteo. ¿Serían capaces de matar a mujeres y niños? Trepó de nuevo a Murmunia y divisó, neto, el rumbo del escuadrón. Piafó. Le contestaron relinchos asustados. Siguió piafando. Por la quebrada surgieron Girasol, Flor del Campo y Pájaro-bobo y caballos y mulos desconocidos.

—¿Qué sucede? —preguntó Flor del Campo.

—La Guardia de Asalto mata y quema todo, compañera. ¡Vamos a defender nuestras tierras!

—No es nuestra tierra. Si quieren, que la defiendan sus dueños.

—¿No ves que están muertos, Florcita? —dijo Girasol.

—Creí que dormían.

En eso oyeron la lastimera queja, el sollozo de unos niños que caminaban llorando.

—¿No son los Janampa? —preguntó Flor del Campo, inquieta. Su dueño era vecino de los Janampa. La yegua conocía todas las alegrías y desdichas, los éxitos y los fracasos de los Janampa.

—Ayayaii... ayayaii... Han matado a nuestro papacito... ayayaii... han matado a nuestra mamacita.

Caminaban, llorando muy despacio.

—¡No acepto este abuso! —relinchó Girasol.

—¡Yo tampoco! ¡Vamos a la pelea, compañero! ¡Dirige! —dijo Flor del Campo.

—Somos pocos —relinchó el Ladrón—. ¡Llamemos!

Piafaron juntos. Los Janampa cruzaron. Relinchos furiosos se acercaron. Pronto se juntaron casi cincuenta caballos, la mayoría ensillados. El Ladrón no se atrevió a preguntar por los dueños.

—¡Sio, sio, sio! —zumbaron dos moscas gordas y una mosquita que me parece que era el nuevo sacristán de Chinche.

No todos los caballos servían: quince vacilaban, heridos. En la cumbre Relámpago se desplomó. El Ladrón miró al destacamento, ahora separado de los fugitivos por menos de quinientos metros.

—¡Me basto solo! —piafó Girasol iniciando la carrera.

—Ujujuuii —aulló el Ladrón espueleando a Patriota. Tras su galope se lanzó el torbellino de cascos que sorpresivamente atropelló a los guardias. Soltaron sus metralletas, estupefactos. Piafando, relinchando, caballos furiosísimos los encerraron en un círculo de coces. Girasol mordió a un sargento que huyó gritando.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde?

—¡Allá!

—Los caballos atacan a la tropa.

—¡Están locos! ¡Los caballos se han vuelto locos! —gritó un cabo, desencajado.

—Locos o no locos, métales bala.

La tropa se dividió. Nos metieron entre dos filas. Bajamos hacia la carretera. Yo conocía todas las rocas, las grietas, las curvas, los puquios. Los guardias nos obligaron a cargar a los primeros muertos: descendíamos con diez cadáveres. Miré la cara abierta, escarlata, de Oswaldo Guzmán, nuestro tesorero. Me acordé de la noche de la colecta cuando don Oswaldo gritaba: «¡Óbolo para los heridos, óbolo para los presos!» ¡Para tu catafalco recogías, don Oswaldo! Eran las tres. Bajo mi poncho sentí algo mojado. Divisamos Tambopampa.

—Éstos ¿quiénes son?

—Sio, sio, sio.

—Prisioneros de Chipipata, mi coronel.

—Sio —zumbó una mosca cubierta de serpentinatas.

—¡Páselos por la baqueta!

—Sio —silbó una mosca que me debía un carnero.

—¡Desnúdense!

Yo pensé: sólo tu mujer te ha visto calato. Macedonio: es demasiado temprano para ser de noche. Los guardias formaron un callejón. ¡Qué vergüenza, a tu edad, mostrarte desnudo delante de tus vecinos, Macedonio!

Por todos los rumbos descendían las patrullas. Miré a otros muertos alineados en la carretera. Sentado delante de una mesa, bebiendo, estaba el verdadero coronel Marroquín. Y digo verdadero porque desde que yo comandé a la caballería china me apodan el Coronel. ¡Pero coronel yo sólo fui de mentiras!

—De ésta no se escapa nadie —dijo el Ladrón de Caballos mordisqueando un tallito de pasto.

El tiroteo se acercaba.

—Han cerrado el camino —dijo el Ladrón pegando la oreja sobre la tierra.

Garabombo avanzó hacia el caballo de Ocaso Curi y lo trajo de las riendas, con lentitud intolerable.

—Oye, Curi.

Un hombre pequeño, de rostro arrugado, de labios encostrados de coca, se acercó sin salir de su soledad.

—Curi: nosotros no saldremos vivos, pero es necesario que este hombre atraviese la cordillera. ¿Comprendes, Curi? Sea como sea ayúdalo a cruzar La Viuda. A cualquier precio, sácalo vivo.

Se volvió.

—¡Váyase, don! Ya está viendo que le doy el único caballo que queda. Es un buen caballo. Curi lo ayudará a cruzar la jalca. —Se rió—. Este Curi es medio cabrón, pero lo dejará en la costa. ¡Sálvese para que cuente!

—Garabombo, yo quisiera...

—¡No me encolerices! ¡Monta y sálvate!

El Ladrón de Caballos comenzó a carcajearse.

—¿De qué te ríes, zonzo?

—Ayer pagué una deuda. ¡Si hubiera sabido!

Garabombo se volvió hacia los hombres.

—Los caminos están cerrados. Este amigo necesita aguantar. Entreguen sus fiambres.

Metieron las manos debajo de sus ponchos y sacaron atados de papas cocidas que guardaban debajo de la camisa para que con el calor del cuerpo no se helaran.

—Sírvase este ajicito —sonrió el Ladrón de Caballos.

El tiroteo se acercaba. El forastero montó. Se olía su miedo.

—¡Alto, don!

Curi y el forastero se pararon. Garabombo lo miró largamente.

—¡Ya está!

Se rió.

—Quería meterte en mi memoria, porque ya no nos veremos.

—Garabombo, yo te prometo...

—Nada de palabritas, don. Usted no volverá. ¡Trate de salvarse!

El Ladrón de Caballos seguía sonriendo.

—Yo tengo lindas historias —dijo súbitamente tímido—. Sobre mí puede escribir bonito. —Se carcajeó—: ¡No se olvide decir que soy soltero!

—Curi, tú me respondes con tu vida —gruñó Garabombo. Curi trataba con los ojos de despedirse. El forastero quiso abrazar a Garabombo, pero el hombrón lo rechazó.

—¿No oyes el tiroteo? ¡Apúrate, hijo de puta!

El coronel, el verdadero coronel Marroquín, preguntó:

—¿Por qué traen a este hombre tan resguardado?

—Éste es el que comandó la caballería comunera, mi coronel.

—¿Por qué no lo mataron del primer tiro?

—No se imagina, mi coronel. ¡Tanta bala y sólo le matamos al caballo!

Entonces apareció el guardia que yo maltraté con mi espuela en Curupata y mostró su fea herida, el uniforme salpicado.

—Ésta es la hazaña de este cojudo, mi coronel.

—Regístrenlo.

—No hay navajas ni armas, mi coronel.

—¿Cómo te llamas?

—Melecio Cuéllar, señor.

—¡Mi coronel, no señor, concha de tu madre! —corrigió el sargento cruzándole la cara de un fuetazo.

El prisionero se retorció. El coronel Marroquín sintió la tostadura de la cólera. Por culpa de esos mierdas su tropa luchaba sin siquiera desayunar. Los hacendados habían prometido vituallas y caballos. ¡Ni caballos ni rancho! ¡Hacendados de mierda! La tarde fugaba entre incendios. La calma del prisionero lo exasperó. Era un hombre fuerte, de rostro abierto, de ojos grandes, de piel casi rojiza. Ni por el tamaño ni por el color parecía comunero.

—¡Desvístete!

El prisionero no entendió.

—¡Sácate la ropa, cojudo! —tradujo el sargento, cruzándole otro latigazo.

El prisionero se sacó la camisa y mostró una camiseta sucia. El viento esculpió su musculatura.

—¡Sácate el pantalón!

Melecio Cuéllar miró al coronel avergonzado.

—¡Ya, ya! ¡Moviéndose!

Se sacó los pantalones de jerga negra, luego los calzonci-

llos y quedó desnudo. Se agachó para depositar la ropa: entonces saltaron las tres monedas, dos soles sucios y un sol recién acuñado. El sol rutiló sobre la moneda flamante. El tiroteo renacía.

—Una correa —pidió el coronel.

El sargento se sacó el correaje de campaña. El coronel Marroquín se acercó. El viento aullaba. Melecio Cuéllar se moría de vergüenza. El coronel Marroquín tomó vuelo. El prisionero se retorció. El segundo correazo señaló un surco morado en la espalda; el tercero le quemó el vientre; el cuarto, el cuello; el quinto circunvaló la espalda; el sexto y el séptimo, perezosos, repitieron el itinerario. El octavo y el noveno escogieron el pecho. A partir del décimo, ya no sintió. La sangre le chorreaba por el pecho, por el vientre, por los muslos. ¡Diecisiete, dieciocho, diecinueve!

—Así aprenderás a atacar a los uniformados —gritó el coronel Marroquín sin aire. El sanitario acercó el cilindro de oxígeno. La tropa lo respetó. ¡A sus años! ¡A cinco mil metros! ¡Ése era un jefe! Cuéllar abrió los ojos. El horizonte se tambaleaba. Sobre la hierba fulguraron las monedas. ¡Tres soles son tres soles! Necesitaba ese dinero. Se agachó y recogió un sol. Pero sus piernas vacilaron y cayó de rodillas, gateó hacia las otras monedas. Entonces sintió un puntapié en las costillas, otro en el pecho, y otro y otro y otro.

—¡Qué tal cínico! ¡Qué tal sinvergüenza! ¡Cholos de mierda! ¡Uno lo castiga y lo primero que hace es pensar en la plata! ¡Estos cojudos son la perdición del Perú! ¡Habría que fusilar a todos estos hijos de la gran puta!

El coronel Marroquín siguió pateando el cuerpo abandonado.

—¡Cálmese, mi coronel! ¡Cuidado con el soroche!

—Estos mierdas nunca entenderán. Ni por las buenas, ni por las malas. Éstos son la gangrena del Perú. Lo que es yo...

El mayor Reinoso se detuvo, sin aire. ¡Mierda de soroche!

—¡Chipipata al habla, mi coronel! —informó con la cara fruncida. Traía malas noticias.

—Sio —zumbó una mosca que según decían enamoraba a mi comadre Mechita.

—Sio, sio, sio —silbaron tres moscas que volaban de Gaparina.

¡Por fin entendía! ¡Moriría en Gaparina! Y el Abigeo se llenó con la lavaza de la rabia. ¿Por qué mataban y quemaban? Miró el cadáver de Sulpicia: la vieja yacía en un charco de sangre, pero la muerte no le había borrado la dulzura de los bondadosos ojos abiertos. ¡Por fin comprendía el Mensaje! Porque esto también soñó: cabalgando por una puna que pavorosamente se parecía a esa estepa divisó un pueblo que tenía el río de Yanahuanca, las casas de Yanacocha, la plaza de Michivilca, la gente de Tapuc. Queriendo averiguar metió espuelas pero, de pronto, a su paso, como si él fuera la llegada de una maldición, hombres, animales y casas rodaron fulminados. Y peor: el suelo se cribó de agujeros que arrojaban chorros de fuego. Sintió un frío mortal. Y comprendió que el Fuego que alimentaba al Fuego se escapaba. Desesperado, trató de contener el fuego con su poncho. La tierra se helaba, vertiginosa. ¡El Fuego Central huía! ¡Cuando se despertó se miró las manos chamuscadas!

Una noche hosca descendía sobre el cansancio de la tropa.

—Tantas promesas de pachamanca, y ni un maíz nos mandaron esos mierdas de los hacendados —gruñó uno de los guardias, demolido.

—No es culpa de los patrones —dijo Sixto Manzanedo—. Estos cholos capturaron la comunicación que nos mandó la hacienda Pacoyán. En Uchumarca no sabíamos que anteayer comenzaba nuestro turno. ¡En la casa-hacienda los esperan con un buen rancho!

Bajaron por las rocas ya enmusgadas por la noche. El frío mordía atravesando los capotes. Los prisioneros caminaban resignados, mudos. Divisaron los caballos, los pabellones de armas, la agitación de la casa-hacienda.

—Patrulla de Portachuelo, presente, mi mayor.

—¿Bajas?

—Un evacuado y diez heridos leves, mi mayor.

—¿Éstos de dónde son?

—Prisioneros de Gaparina, mi mayor. Ésta es la gente que ha resistido.

—Páselos por la baqueta y a los cabecillas méталos a la poza.

—¡Andando!

Casi no se distinguían las pozas donde se baña el ganado de Uchumarca. Uniformados por el miedo y el frío avanzaron. Escucharon toses y sollozos. Metralletas en mano los guardias sumergían la cabeza de Pablo Valenzuela. Garabombo se encolerizó.

—¡Eso no se hace! —gritó—. Yo he servido en el ejército. Yo he sido sargento segundo. Conozco el reglamento. La tropa nunca abusa de los civiles.

—¿Quién habla?

—Yo, señor.

—¿Qué mierda quieres?

—Yo he sido soldado. ¡Trátenos como prisioneros! Según conozco, si en una guerra ustedes capturan a los enemigos; capturan por ejemplo a un chileno o a un ecuatoriano, los tratan con cariño, les piden informes con suavidad, les ofrecen buen rancho y buena cama para evitar que se hable mal del Perú. ¡En cambio, nosotros...!

—¡Cállate, indio desgraciado! ¿Cómo te atreves a decir que son guerreros? Ustedes son invasores, ladrones, delincuentes. Hay orden de acabarlos de canto a canto. ¿Y creen que alguien protestará?

—Yo protesto.

—Pues morirás protestando.

El Ojo apretó el gatillo. Y algo así como ochocientos viernes después del mediodía en que volvió de su servicio militar, lo alcanzó la bala. Estupefacto, con la estupefacción final, Garabombo abrió la boca, pero no gritó: los vertiginosos cerros, el río abalanzándose, el traje floreado fueron lo último que miró. Se chorreó del caballo. Huracán sintió que las manos dimitían y se detuvo. Pareció, un instante, que el jinete incrustado en los estribos se inclinaba para recoger del río, quince metros más abajo, una imposible flor; luego se tronchó. Mientras se desfondaba alcanzó a ver los tabloncillos podridos que gritaban la incuria de los tenientes-gobernadores, la hora en que conoció a su mujer, los ojos asustados del difunto Eusebio Cuéllar, los murciélagos de Jupaycanán, los

movilizables bajo el sol, el vendedor de pan alejándose, Bustillos reclamando, la lata de orines del dormitorio de la cárcel, los viejos sin tierra sentados en el crepúsculo, los ojos azules de don Gastón, las banderas de la comunidad ingresando altaneras en la hacienda Chinche, la tercera escuela de Chupán incendiándose, y el pie que se le quedaba, por un segundo, en el estribo, antes de escurrirse hacia la noche. No oyó el segundo disparo, ni supo jamás que, a la hora del desastre, Huracán, en otro tiempo injustamente llamado Mañoso, se quedó quieto, con las orejas alzadas y se portó noblemente, como corresponde a un caballo que ya valía, por lo menos, cinco mil soles.

—¡Forme al resto para fusilarlos! —ordenó el sargento.

—¡No nos maten! —sollozó una voz.

—¡Formen piquete!

Los guardias se alinearon con lentitud. Un cabo de rancho se acercó repartiendo pedazos de chancho asado y té hirviendo.

—Tengo hijos —siguió el sollozo.

—¿Listos para disparar?

Los fatigados fusiles apuntaron:

—¿Listos?

Se oyeron más sollozos.

Entonces apareció el alférez Carrizales, sin casco, con el uniforme desgarrado, chamuscado.

—¿Qué pasa?

El sargento saludó.

—¡Hay orden de fusilarlos, mi alférez!

—¿Quién ha dado la orden?

—Yo, mi alférez.

—¿Y quién mierda te manda fusilar prisioneros?

—Esta gente ha resistido, nos han atacado. Es un falso fusilamiento, mi alférez. Es sólo para asustarlos.

—¿Por qué falso? Hay que quemarlos en serio. Autorícenos, mi alférez. Esta gente sobra, mi alférez —protestó un guardia flaco, con la cara granizada de forúnculos.

Al alférez Carrizales le tembló el labio.

—¿Por qué asustan a estos desgraciados? ¡Suéltelos inmediatamente!

El guardia no soltó la metralleta. Otros acercaron sus fusiles automáticos.

—¿No oyen?

Siguieron deseando a los prisioneros.

—¡Nos han atacado por la espalda, mi alférez! El Código Militar nos autoriza.

El sargento intervino, conciliador:

—Usted es demasiado buena gente, mi alférez. Disculpe, pero usted es nuevo en el servicio. Yo tengo quince años en el Cuerpo. He servido en toda la sierra. Yo los conozco. Dentro de tres meses, dentro de tres años, volverán a atacarnos. ¡Mejor matar a la serpiente en el huevo!

—Por favorcito, mi alférez —ambicionó el guardia levantando la metralleta. El alférez Carrizales se sacó el revólver.

—¡Suéltalos inmediatamente o procedo!

—No se caliente, mi alférez. Usted es nuevo mi alférez. Ya verá dentro de unos años.

—¡Basta! Estos hombres no son ladrones. Están en su derecho. Son valientes. He peleado con ellos todo el día. Mientras ustedes se rascaban las huevas, he peleado en Murrumunia. No se ceben con los prisioneros. Si quieren pelear, suban a Gaparina.

—Pero, mi alférez...

—¡Silencio, mierda!

Y de pronto se derrumbó, se sentó sobre una piedra.

—¡Hoy he matado por defender la tierra de los hacendados! Por esas mierdas me he manchado de sangre!

Un viento helado raspaba la pampita. Los guardias callaron.

—¿Y su gente, Reinoso?

El mayor se esforzaba para no dimitir a la fatiga.

—Ha encontrado mucha resistencia, mi coronel.

El coronel Marroquín abarcó a los oficiales sentados en las sillas de paja de la sala de Uchumarca.

—Esto está color de hormiga, mi coronel —dijo el mayor Lira.

—¿Y usted qué piensa, Bodenaco?

El comandante Bodenaco exhaló el humo tranquilo de su cigarrillo.

—Esta resistencia no es normal, mi coronel. Esta gente sigue peleando. Según los prisioneros, también resistirán mañana. Yo conozco estas cosas. Yo he participado en muchos desalojos. La gente se dispersa a los primeros tiros. Pero éstos no se achican. ¡Han atacado! ¡Aquí hay algo!

—La tropa está en malas condiciones, mi coronel —dijo el mayor Lira—. La altura los afecta. Yo tengo gente que cuenta que los caballos los han atacado.

—¿Están cojudos?

—Yo sólo le informo, mi coronel —se rió el mayor.

—No se preocupe, mi coronel —exclamó, imperturbable Bodenaco—. ¡No se preocupe! Autoríceme a usar mis medios y me comprometo a entregarle mañana el territorio limpio, mi coronel.

Cuando el Ladrón de Caballos abrió los ojos era oscuro. Trató de levantarse. No lo logró. Se miró la mano escarlata: «Estos cojudos me han matado.» Por fin consiguió sentarse. «Ya me jodí.» La sangre manaba con violencia. «El hombre es igual que el carnero.» Su mano taponó la herida con hierba. La noche lo invadía. Oyó un plural estertor: miró los cuerpos tirados de Bonito, Trébol y Flor del Campo. Por los relinchos sospechó docenas de agonías: «Por mi culpa.» Se arrastró. «Moriré con ellos.» La noche lo vencía. Reptó gimiendo hacia Estrellita. Lágrimas enormes le caían por la cara al caballo; a un metro Patriota se caía y se levantaba pisándose las tripas y más allá, peleando ya con la muerte, se revolcaba Chocaviento y Picaflor. ¡Potros maravillosos! Mucho demoró para acercarse al cuerpo todavía caliente de Reina. Apoyó la cabeza sobre la paletilla de la yegua y los ojos se le enturbiaron: más que la herida le dolía la enorme cordillera de caballos moribundos.

—¡Perdón! —murmuró.

Girasol levantó su bella cabeza intacta.

—¡Fuera!

—Perdoncito.

—¡Fuera! —jaleó Girasol—. ¡Anda a morir con tus iguales!

—Él no tiene la culpa —suspiró Batallador. Dos lágrimas le mancharon los bellos.

—En los hombres no se puede confiar —insistió Girasol. El Ladrón de Caballos se volvió con un colosal esfuerzo y enterró la cara en el pasto.

—No quiero ser hombre. ¡Yo quiero ser caballo! —gritó.

—Tú nunca serás un caballo —tosió Girasol.

Las lágrimas rodaban por la cara palidísima del Ladrón.

—Acabemos como amigos —suplicó—. Quizás en alguna parte nos volvamos a ver. ¡Quizá trotaremos en alguna pampa sin patrones! —Un demencial fulgor lo embellecía—. ¡Quizás algún día tú seas hombre y yo caballo!

—Yo jamás seré hombre —exhaló Girasol.

—Ya murió mi hijo —relinchó la yegua Linda—. ¡Hoy me han matado cinco potros! ¡Maldita sea la hora en que te conocí...!

—Yo no sabía...

—Con engaños nos sacaste.

Relinchó hacia su preferido Sol de Mayo.

—¿Qué tenemos que ver con esta guerra? ¿Por qué morimos? ¿Hemos robado? ¿Hemos abusado? ¿Hemos mentido?

—¡Amistemos! —sollozó el Ladrón de Caballos—. ¡No quiero morir entre hombres!

—El Ladrón siempre ha sido fiel —susurró Pájaro-bobo—. ¡Amistemos!

—¡Despedida, despedida! —piafaron los caballos malheridos.

—¡Despedida! —murmuró el Ladrón de Caballos.

El hielo se apoderaba de sus pies, subía por la cintura, ascendía por su pecho. Con felicidad, con maravilla, sintió que en sus pies comenzaba la inconfundible dureza de los cascos.

—¡Soy caballo! —gritó, y ya ciego sintió que galopaba por una pradera de luz.

En la orilla de la carretera de Tambopampa los guardias esperaban el retorno de los camiones que evacuaban a Cerro de Pasco a los primeros contingentes.

—Recién estarán llegando.

—No hay más remedio que esperar —dijo el alférez.

—¡Luces! —exclamó uno de los guardias señalando dos

faros que vacilaban por la carretera.

—¡Paren el camión!. —ordenó el alférez.

Los dos faros se detuvieron temblequeando.

—¡Alto!

El chófer del «No se gana, pero se goza» se detuvo, miró a la tropa y bajó de la caseta, asustado.

—¿Adónde vas?

—Vengo... voy... voy a Yanahuanca, mi capitán.

—¿Para qué?

—Estoy llevando un cargamento de bizcochos. Es... es... el carnaval, mi capitán. En carnaval... se... se... consumen muchos bizcochos. Yo... yo... he fletado este camión.

—¡Pan, pan!

—Baja las canastas.

—Es para la fiesta, mi capitán.

—¡Qué fiesta, ni niño muerto! Baja las canastas y repárate el pan.

El chófer y el dueño bajaron las canastas. La tropa se amontonó. Miraron los cadáveres alineados, reconocieron algunas caras y se empavorecieron. Sin esperar la orden, los guardias metieron la mano al pan.

—Estamos sin comer desde la mañana —explicó uno de los guardias masticando.

—¡Por estos mierdas!

—Suban los cuerpos —ordenó el capitán.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

De mala gana los guardias comenzaron a arrastrar los cadáveres. Ya no daban más. Eran las siete. Peleaban desde las cinco de la mañana sin nada en el estómago. Levantaron los primeros cadáveres. Se detuvieron, jadeando.

—¡Arriba!

Entre dos, entre tres alzaron a los muertos y los tiraron sobre el piso del camión. Cayeron como sacos de papas. Delgado cayó sobre los cadáveres de Hilario Guzmán y de Manuel Cristóbal. Casi no reconoció a Guzmán: el bayonetazo le había rajado los labios. Un golfo de dientes agrandaba la herida. El mínimo cuerpo de Román necesitó un solo envión. Melecio Cuéllar, amarrado de pies a cabeza,

miró el piso pavimentado de cuerpos.

—¡Sube!

—¡No puedo, estoy amarrado!

—Súbanlo —ordenó el cabo.

Entre cuatro lo levantaron. Cayó sobre el rostro ensangrentado de Marcelino Arias y encima del helado Máximo Lovatón.

—¡A Cerro de Pasco! —ordenó el capitán, abriendo la portezuela para sentarse al lado del chófer.

—¿Y nosotros, mi capitán?

—Irán en el próximo camión.

—¡Apenas estarán llegando a Cerro, mi capitán! Estamos sin comer ni dormir. Por lo menos una parte que embarque en este viaje. ¡Hace un frío de los cojones, mi capitán!

—¿Y dónde irán?

—Encima.

—¿Y los muertos?

—Los muertos, ¿se pueden quejar?

El capitán les miró la enormidad de la fatiga.

—Bueno, suban.

Los guardias montaron en silencio. El viento arañaba desde los nevados. Melecio Cuéllar sintió el ronroneo de otro motor. Por entre las barandas miró las luces, la frenada. «¡No puede ser!» Pero era: el camión vacío de Remigio Sánchez fletado para recoger a la tropa, llegaba de Cerro de Pasco. «Si salgo vivo, este Judas no volverá a entrar jamás a ningún pueblo.»

Como si le leyera el pensamiento, un guardia lo empujó con el pie.

—Igualito morirás.

—El hombre ha nacido para morir. La muerte es natural, señor.

La tropa siguió acumulándose sobre los cadáveres. Por fin arrancaron.

—Tengo hambre.

—Por culpa de los Proaño estamos sin comer.

—¿Dónde están las famosas pachamancas que esos cabrones nos prometieron?

—¡Callarse! Vamos a pasar lista —gritó el sargento.

- Cincuenta.
- ¡Presente!
- Cuarenta y nueve.
- ¡Presente!
- Cuarenta y ocho.
- De comisión.
- Cuarenta y siete.
- Herido.
- Cuarenta y seis.
- ¡En Cerro! Trasladado herido.
- Cuarenta y cinco.
- Evacuado.
- Cuarenta y cuatro.
- Trasladado al hospital de Cerro.
- Cuarenta y tres.
- ¡Presente!

Por la baranda Melecio Cuéllar miró la boca desdentada de la noche.

36. DE CÓMO ACABARON LOS CABALLOS QUE UN TIEMPO FUERON GALANOS Y FAMOSOS

Quemaron lunes, martes y miércoles.

Chinche, lo que quedaba de Chinche, huyó. Rescatando lo que podían de los incendios y ocultando sus muertos, los chinchinos se escondieron en las cuevas de Carahuaín y de Yumpac. Pero el jueves tuvieron que salir: no soportaban la pestilencia. De Carahuaín a Murmunia una cordillera de caballos ambicionados por buitres incrédulos, apestaba. En la tarde descendieron a picotear. Amaneciendo emergieron los perros pastores de los caseríos. Eran cientos. El olor los embriagaba. Sabiendo que la carne no se toca, que el chusco que se atreve a robar carne muere apedreado, babeaban, temblando de ansiedad. El olor los mareaba. Todo el día tiritaron sin osar acercarse al desplomado orgullo de los jinetes de Chinche.

Menos afortunado que Loco, derribado a la primera ráfaga, Bandera se revolcaba junto a Cuchinani, ese caballo de ojos cerdos, feroz en la pelea. Badulaque, otro animal de mal genio, salteador de cercos, agonizaba casi sobre Flor del Campo, yegua que sabía todo: los cumpleaños, las alegrías, las enfermedades, los nacimientos de la familia Janampa. Y más allá pataleaba Estrellita. ¡Cuánto lo lloraron los Bollardo! No era un animal; era un familiar, un pariente que conocía cuándo se sembraría, cuándo se cosecharía, cuándo nacería un niño. Overo, Mascarón y Ajiseco, en cambio, ¡qué

caballos comprometedores! Overo obligaba a ruborizarse a cualquier dueño: era un animal que, como un hacendado, se encendía en cólera al menor pretexto y maltrataba y mordía a las demás bestias. ¡Hubo que castrarlo! El vuelo de una mariposa o el viaje de un ratón sobraba para espantarlo. La caprichosa muerte los reunió con Rusvel, Pájaro-bobo, Bailarín y Retama, tan mansos, que podía abandonárseles en descampado, sin sogas. Horas, días, esperaban, con paciencia, que acabara la borrachera de sus dueños. ¿Quién hubiera abandonado, en cambio, sin reata, a Esplendor, a Cuñado o a Engañoso? ¿Quién hubiera dejado libre ni un minuto a Zorrito, de Alfonso Jiménez, veloz como el zorro, astuto como el zorro, incansable como el zorro?: se moría por correr. ¡Galopaba horas y volvía acorazado de sudor! ¿Y quién hubiera dejado libre a Cachabotas, de Marcial Cuéllar? ¡Loco y bromista! Viajando a Cerro, atravesando la pampa Huerac, Marcial se compadeció de su sudor y desmontó. El hipócrita huyó como una flecha a su querencia. El tonto de Cuéllar tuvo que volver a pie. ¡No le valieron las mañas! Agonizó tres días. Rabón —otro Rabón, porque el Rabón de Melecio Cuéllar, cayó en el primer ataque —tampoco quería morir. Se revolcó toda la tarde: se paraba y se tiraba pisando sus tripas, llorando y gritando como cristiano. Murió casi al mismo tiempo que Lucero, de Ponciano Mayta. ¡Bestia hermosa y chistosa! ¡Zebrón pajarero! Ese caballo no se compró; se crió con cariño desde el pesebre. Mayta lo alquilaba para las grandes fiestas. Los funcionarios lo mandaban ensillar como correspondía a caballo fino. Mayta ganaba cincuenta soles por cada desfile. ¡Rosa de la caballería! Muchas veces Lucero acaudilló a la capitania de caballos, vestido con arreos y mandiles de plata. Sólo Venado, el guicho de Santiago Cuéllar, se le comparaba. Venado le ganó la última carrera en Chipipata y se adelantó también en la recta de la agonía, en Astumagruc. Para fiestas patrias se organizan carreras de caballos en todos los pueblos. Las muchachas colocan las cintas y el que primero las arrebatara gana doscientos soles. ¿Creerán que Venado trajo mil doscientos soles a los Cuéllar? Pero más veloces fueron las voladoras balas. Zorzal, del difunto Má-

ximo Lovatón, ¿cuánto valdría? Por lo menos tres mil soles. ¿Quién conoció bestia más resistente? Hasta veinte días de marcha soportaba. Murió por mí: me protegió con su cuerpo. Caían jinetes, morían hombres. Yo me escondí detrás de mi incomparable Zorzal cuando la muerte me buscaba en Murmunia. Mi consuelo: no sufrió como las desgraciadas bestias de Yumpac. No padeció como Loco o Taruca, que agonizaron ocho horas. De Flecha tampoco la muerte se compadeció. A ese zaino de cuatro años las ráfagas le rajaron el vientre: Corrió cincuenta metros enredándose en sus tripas. ¡Valía por lo menos tres mil soles, lo mismo que su hermano Yanaicho, comprado con nocturno sudor porque su dueño era un perforador de las minas de la «Cerro». ¡Cuántos salarios consumió su gallardía! Miserablemente acabó junto a Relámpago y Nipororo. Había engordado después que lo castré. Yo me enamoré de su galanura desde que lo vi. Le propuse a su dueño un toro y mil quinientos soles encima. Murió con su propietario: los dos agonizaron toda la tarde y la noche. Antonio Vivar se arrastró casi un kilómetro: lo encontramos boca abajo, sobre un puquio, tratando de aliviar su última sed. A Emperador, el del paso volteado, tan vanidoso de su montura huachana, contorneada de plata, las balas lo conocieron en la cumbre. Alpachuco, todo castaño, tenía una raya blanca en la frente: por allí le entraron las balas. Él no sufrió, pero cuánto sufrieron los tres Nipororo. ¡Día fatal! Primero murió la madre Linda, luego el padre Lucero y luego los hermanos Nipororo. Pero, ¿cuál sufrió más que Flor de Romero, el valientísimo pateador de Manuel Cristóbal? A ese animal, orgullo de mirar, le rompieron las dos patas. Un mes agonizó tirado en Curupata. No podía pararse: su dueño estaba muerto y su establo incendiado. Primero comió la hierba que rodeaba su boca, luego la que circundaba su cabeza, luego cavó con los dientes un agujero de tres pulgadas. Treinta días padeció. Sólo agua le dábamos. Cuando nos acercábamos, nos miraba y derramaba lágrimas como cristiano. ¡Sólo agua, porque se decidió que padeciera para que proclamara que los caballos también lloran, que padecen y sufren como los hombres sentenciados a existir!

¡Trescientos caballos muertos, señor, es mucha carne! Los perros la ambicionaban. Perros escapados de Ispac, de Gaparina, de Haro, de Murmunia, de Putaca, de Astumagruc, perros hambrientos de Yanaicho; perros piojosos de Tambopampa, perros cochambrosos de Chipipata, que nada tenían que ver y, ¿me creerá?, hasta perros extranjeros de Tapuc y Huaylasjirca babearon dos días delante de ese inconcebible picacho de carne. No se atrevían a morder. El recuerdo de los perros emparedados los contenía. Gemían, mordían la tierra, vacilaban. Pero oscureciendo el tercer día llegaron dos perros famélicos, dos esqueletos jadeantes: Güeso y Pellejo se apellidaban. Llegaban del Norte, quemados por los fríos de cinco provincias, rasgados por las espigas de Huamachuco, de Corongo, de Huaylas, de Caraz, rayados por las heladas de Chavín, expulsados a pedradas de La Unión, de Rondos, de Chaulán, fantasmales, espectrales, esqueléticos, irresistiblemente atraídos por ese delicioso hedor que daba patas a su cansancio. Cojeando la fatiga de doscientas leguas reptaron y se abalanzaron contra la colosal montaña.

Entonces estalló el relámpago de hocicos. Ya no se desprendieron. Día tras día, indiferentes a la pestilencia, prosiguieron el banquete sin preocuparse de los buitres, amistados, por el contrario, con los gallinazos que contaban historias increíbles, que anunciaban nuevos banquetes, que profetizaban mayores abundancias. Hedía a leguas. El olor expulsaba a la gente, pero los perros, indiferentes a la podredumbre, engordaban, se inflamaban con las carnes de los más valientes caballos del mundo. De tiempo en tiempo, taponeándose las narices con ruda, los dueños trataban de espantarlos con hondas. Pero sabiendo que el hedor acabaría por ahuyentarlos, los perros se apartaban y retornaban al fabuloso yacimiento de tripas.

La carne duró un mes.

Acabando abril, los gallinazos emprendieron un vuelo bajo y gordo, los perros extranjeros partieron hacia las tierras bajas acaudillados por Güeso y Pellejo, que decían que siguiendo el Huallaga encontrarían nuevas masacres. Los perros de Chinche se quedaron rondando las estancias. No

se atrevían a lucir su grasa sacrílega. ¡Perros traidores, obesos con el sufrimiento de la flor de la caballería de Chinche!

Vagaron, aullando, por las estancias donde los sobrevivientes edificaban, de nuevo, sobre las ruinas. Por fin se acercaron y soportaron humildes las pedradas de los comuneros doloridos, seguros de que alguna vez los rebaños los reclamarían. Por repugnante que fuera la presencia de los traidores, los rebaños exigían vigilancia. La vida seguiría. Una tarde tres perros se atrevieron a ingresar a la nueva casa que los Huamán erigían en Yanaicho. El mayor de los Huamán se levantó con un látigo. Los perros agachados, gemían. Huamán envejeció: «¡Pasen, hijos de puta!» Entraron arrastrándose. Sobre sus vergüenzas cayó la noche, la interminable noche.

37. DE LOS ACUERDOS QUE HOMBRES DE PELO EN PECHO, CUYOS NOMBRES MÁS VALE CALLAR DELANTE DE UNIFORMADOS, TOMARON EN EL BOSQUE DE PIEDRA

Poco a poco surgieron del Bosque de Piedra. El viento les obligaba a calarse las máscaras de nieve. La luna acentuaba el ominoso parentesco de las rocas: pájaros enredados en combates repulsivos, titanes pisados por la sandalia de San Pedro, federaciones de brujas petrificadas por el conjuro de yacarcas infinitamente poderosos. La luz de los nevados acentuaba la atmósfera espectral. Era el lugar. ¿Quién se atrevería a cruzar cincuenta kilómetros por la estepa sin caminos? Los hombres y sus sombras emergieron.

—¿Quién va?

Una sombra gigantesca y una carabina trancaron el paso del tusino.

—Pasco.

—¡Sigan!

El tusino distinguió sombras que chupaban cigarrillos, tranquilas.

—¡Santa Ana de Tusi saluda!

—¡Buenas noches!

Sus ojos recorrieron a los hombres sentados o tendidos bajo sombreros hoscos. Reconoció al ambino y unos metros más allá, en cuclillas, al delegado de Huariaca, un vendedor de gorros de piel en el mercado de Cerro. Reconoció también a los delegados de Junín, de Tapuc y de Pillao. Desconocía al resto. Se sentó. Alguien le pasó una botella de

anisado «Poblete». Las sombras seguían llegando.

—Son las doce —dijo el Amargo. Era un hombre musculoso y pequeño, el único que desdeñaba el poncho—. ¡Comencemos! Yo tengo doce leguas de vuelta.

—Comencemos.

—Usted nos ha reunido. Algo tendrá que decirnos.

—Quisiera que antes conociéramos las novedades de Yanahuanca.

Se sacó el sombrero. La luna le talló una cara ancha, picoteada por la viruela. La bufanda y cierta ansiedad le disfrazaba la voz. Un hombre se levantó de una piedra chata.

—Es triste su experiencia, hermanos. Es triste luchar tantos años y fracasar —dijo el tusino.

—No hemos fracasado —murmuró el chinchino—. La tropa ha partido. Treinta muertos, cien inválidos, trescientos caballos muertos y todo el rumbo de Murmunia incendiado y asaltado. ¡Toda la cosecha perdida! ¡Pero hemos ganado! La tropa se fue. La tierra es nuestra.

—Es cierto. La tropa se ha ido.

El yanahuanquino insistió:

—Cerca de Tambopampa hay un nuevo cementerio. Si viajan mirarán veinte cruces. Pero hay muertos sin cruz, muertos enterrados por sus parientes en cuevas, en las alturas.

—¡Mejor!

Se volvieron escandalizados hacia un hombre corpulento.

—¿Cómo mejor?

El otro no se alteró.

—¡Eso era lo que nos faltaba! ¡Que sigan matando y matando para que los pueblos comprendan que con los reclamos pacíficos no se saca nada! No se sulfure, compañero.

—Compañero será tu abuelo.

—Yo estuve en Chinche antes de los carnavales. No quiero ofender, pero la verdad es que sus paisanos se llenaban la boca con las promesas: «Que nos han visitado los diputados que nos regalarán frazadas, que patatín, patatán.» No se me caliente, compadre.

—Tampoco soy tu compadre.

—Yo vi a muchos de los chinchinos trompearse por las

frazadas y las carpas que dizque les regalaría el Ministro Elías Aparicio. ¡Catafalcos les regaló!

—¡Ni eso! Las comunidades pagaron el entierro.

—¿Quién espera algo ahora? Los pueblos comienzan a comprender que reclamando sólo obtendrán nuevos cementerios. La única tierra gratis que tienen los pobres es la de las uñas. Pero todavía hay gente ciega. ¡Ésos sólo comprenderán delante de los cadáveres de sus padres o de sus hijos!

—Eso es.

—El compañero tiene razón.

—Hay que acabar con los abusos de canto a canto, y para eso sólo hay una medicina: rebelión general. Por mí, ¡que venga una nueva masacre! Cuando antes mejor. ¡Porque entonces se arma la de a verdad!

—Eso es.

—Ya nos cansamos de palabritas. Tusi quiere guerra. Cuando llegó la noticia de la masacre de Yanahuanca muchos decían: «¡Como vinieran por acá los cachacos! ¡Qué ganas tenemos de fajarnos a tiros!» ¡Tenemos muchos licenciados y hartas armas!

—Nosotros también disponemos de armados —dijo el de Ondores.

—Pillao tiene a sus licenciados organizados.

—Yo no creo que haya ningún inconveniente para juntar trescientos armados en la quebrada Chaupihuaranga.

—Calcule otros trescientos hombres en la pampa.

—Ustedes tendrán licenciados, pero nosotros tenemos huevos —se rió el yanacochano.

El alto se sopló las manos: el viento cortaba.

—Convendría acordar algo.

—¿Qué?

—Por si hay una nueva matanza, convendría convenir algo.

—¿Como qué?

—Cada pueblo debe comprometerse a organizar un contingente.

—Se podría dinamitar puentes.

—Lo principal es organizar un Estado Mayor. Ustedes, como ex soldados, saben que lo principal es el comando.

—El comando nunca muere.

—Así es.

—¿Qué se le ocurre?

—Formemos, pues, el comando y preparemos la sublevación.

—¿Y cómo sería?

—Cada uno de nosotros organizará en su pueblo, con disimulo, grupos de combate. Todos los pueblos tienen soldados y cabos y sargentos licenciados. ¡Convénzanlos! Consigan armas. Los malos elementos, los ladrones, los abigeos saben dónde comprar. ¡Llámenlos!

—¿Y luego?

—Busquen pretextos, organicen cacerías y entrenen a su gente.

—¡Formemos el comando!

—Esto debe ser secreto.

—¡Es secreto!

—Cambiemos de nombres. Hay demasiados hijos de puta. Cambiemos de apellido. Yo, por ejemplo, me llamaré Yanacocha y usted se apellidará Junín. Si usted recibe un papel o un aviso firmado por Yanacocha, ya sabe quién se lo manda. Y usted me llamará Ambo.

—Yo me llamaré entonces Tusi.

—Yo, San Rafael y usted Rancas.

—Mejor usemos los nombres de pueblos distintos. Así será más difícil descubrirnos.

—¿Aprobado?

—Aprobado.

En el oriente del Bosque de Piedra se estrelló un relámpago. Su luz iluminó el rencor del tusino.

—¡Hace tiempo que tengo ganas de sacarme la mierda! El ambino se rió.

—Pues ya se sacó la lotería, compañero.

El escándalo de su carcajada se agigantó sobre los gallos de piedra enzarzados en una pelea que ya duraba cien mil años.

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugues de Llobregat.
Barcelona

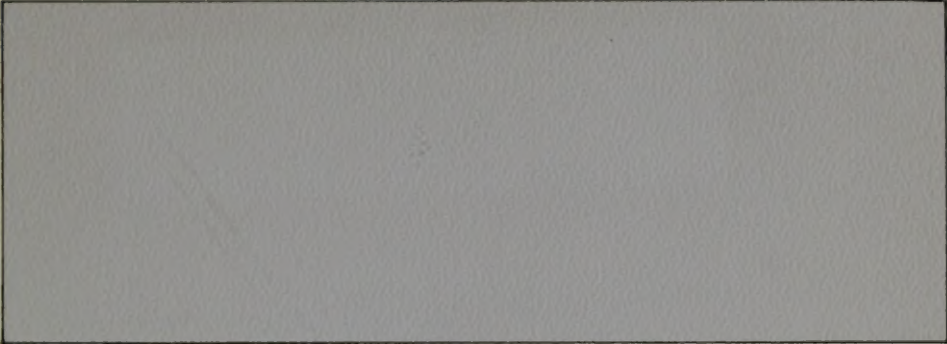
BOSTON PUBLIC LIBRARY



3 9999 00804 310 9

WITHDRAWN

No longer the property of the
Boston Public Library.
Sale of this material benefits the Library.



Obras publicadas en esta colección:

LOS CUADERNOS DE UN VATE VAGO

Gonzalo Torrente Ballester

LAS GIGANTEAS

Francisco Umbral

LA CASA DE LOS ESPÍRITUS

Isabel Allende

LA CASA

Manuel Mujica Lainez

LA DANZA INMÓVIL

Manuel Scorza

BAILE DE DISFRACES

Germán Sánchez Espeso

LA PRINCESA DURMIENTE VA A LA ESCUELA

Gonzalo Torrente Ballester

TENDIDOS EN LA OSCURIDAD

William Styron

REDOBLE POR RANCAS

Manuel Scorza

NUESTRO VIRGEN DE LOS MÁRTIRES

Terenci Moix

EL MANDRÁGORO

Luigi Santucci

LA RELIQUIA

Germán Sánchez Espeso

LECTURA DE HENRY MILLER

Lawrence Durrell

UN MUERTO EN LA 105

Cristóbal Zaragoza

EL DÍA QUE MURIÓ MARILYN

Terenci Moix

QUIZÁ NOS LLEVE EL VIENTO AL INFINITO

Gonzalo Torrente Ballester

GARABOMBO, EL INVISIBLE

Manuel Scorza

Con «Redoble por Rancas» —aparecida en 1970, y reeditada en esta misma colección, el mes de setiembre de 1983—, Manuel Scorza inició un vasto friso épico con el que denunciar ante el mundo lo que el escritor denominó «La Guerra Silenciosa». De esta guerra dijo que, «opone, desde hace siglos, a la sociedad criolla del Perú y a los sobrevivientes de las grandes culturas precolombinas». A esa patética novela, que tanta resonancia tuvo en lo literario y en lo político, le seguiría un nuevo título, que ahora «Plaza & Janés» también incorpora a su colección «Literaria»: «GARABOMBO, EL INVISIBLE». Ésta sería la segunda parte de una pentalogía que continuó con «El Jinete Insomne», «Cantar de Agapito Robles» y «La Tumba del Relámpago».

Un nuevo héroe se alza audazmente, en esta segunda parte de la pentalogía: es «Garabombo», «invisible como invisibles eran todos los reclamos, los abusos y las quejas», escribe Scorza. Un personaje inolvidable y opuesto al antihéroe que ya aparece en «Redoble por Rancas», ese «juez Montenegro», con el que se simboliza una opresión. A la vez documento histórico y cuadro literario de Historia, «Garabombo, el invisible» es otra espléndida creación de Manuel Scorza, en la que también asistimos a lo fabuloso como componente de la realidad. Igual que cada una de las partes de esta pentalogía, «Garabombo, el invisible» posee unidad propia, lo que permite una lectura independiente de los demás títulos que integran el gran ciclo épico que es «La Guerra Silenciosa». Ciclo que ha hecho de Manuel Scorza uno de los más justamente famosos novelistas hispanoamericanos.



Plaza & Janés / Literaria

LECTORUM

\$9.25